



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

**Alexandre Herculano (1810-1877):
historia, narración, nación**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTOR EN HISTORIA

PRESENTA:
RICARDO LEDESMA ALONSO

Tutor principal:
Dr. Rodrigo Díaz Maldonado
(Instituto de Investigaciones Históricas)

Miembros de Comité Tutor:
Dr. Javier Rico Moreno
(Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)
Dra. Maria do Rosário da Cunha Duarte
(Universidade Aberta)

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., julio de 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Mayra

A mis padres, mi abuela y mi hermano

AGRADECIMIENTOS

En estos breves párrafos quiero rendir homenaje y agradecer a todas aquellas instituciones y personas que hicieron posible la elaboración del presente trabajo.

De entrada, importa señalar que esta investigación hubiera sido imposible sin el apoyo institucional del Programa de Maestría y Doctorado en Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México. Agradezco al Comité Académico y a todo el personal de la Coordinación, la información y la ayuda prestadas a lo largo de mi trayectoria como alumno del Posgrado. Asimismo, guardo una enorme gratitud hacia el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pues la beca con la que fui favorecido para realizar mis estudios de doctorado, me dio la estabilidad económica indispensable para desarrollar mis pesquisas sin preocuparme por otras condiciones materiales que no fueran las del Portugal del siglo XIX.

Aprovechando la mención de Portugal, quiero dar las gracias tanto al Centro de Literatura Portuguesa de la Universidade de Coimbra como a la Universidade Aberta (Delegação Coimbra), por su cálida y amable recepción durante la estancia de investigación que realicé en sus instalaciones. Agradezco, particularmente, al Dr. Carlos Reis, a la Dra. Maria Helena Santana y al Dr. João Caetano, titulares de las mismas, por las facilidades que me dieron para acceder a material bibliográfico, asistir a cursos y trabajar en sus bibliotecas y aulas. Merecen, igualmente, mi agradecimiento, el personal administrativo de la UAb – Paula, Fernanda y Sandra– y la Dra. Marisa das Neves Henriques, bibliotecaria del CLP, no sólo por su apoyo institucional, sino también por su compañía y amigable trato.

Refiriéndome aún al plano académico, mas en pleno tránsito hacia el personal, considero indispensable expresar mi sincero agradecimiento hacia los miembros de mi Comité tutor y del sínodo que me fue aprobado. Al Dr. Rodrigo Díaz Maldonado, por haber confiado en la plausibilidad de este proyecto; por las críticas y comentarios a mis borradores; por las recomendaciones de lecturas; por la libertad para desarrollar mis intereses académicos; pero, sobre todo, por haber contribuido, con su amistad y su ejemplo, a mi formación como humanista. Al Dr. Javier Rico Moreno, por la profundidad de sus críticas y observaciones a mis textos, y, aún más, por el generoso apoyo que, desde mi egreso de la Licenciatura, ha otorgado a mi actividad docente y de investigación. À Dra. Maria do Rosário da Cunha Duarte, pela sua sempre amável disposição para atender e responder às minhas dúvidas intelectuais e para me guiar no universo fascinante da cultura e da língua portuguesas

—sem a sua orientação esta pesquisa houvesse muito provavelmente naufragado pelo mar e o mundo fora. Além do estritamente académico —das nossas reuniões de trabalho pelo Skype, dos muitos livros que me enviou, da sua intervenção para que eu fosse recebido no CLP e na UAb—, agradeço a sua sincera amizade e as frequentes conversas que temos tido ao longo destes quatro anos. Muito obrigado por tudo. Al Dr. José Rubén Romero Galván, que desde que tuve la fortuna de conocerlo, ha tenido una disposición inmensa para leer y comentar mis textos. A la Dra. Rebeca Villalobos Álvarez, por su lectura siempre aguda de mis escritos, sus recomendaciones puntuales, sus sensatos consejos de profesora y amiga, y, todavía más, por haberme escuchado y apoyado en esta última fase del doctorado tan llena de incertidumbre. Finalmente, y si bien no forma parte de mi sínodo, al Dr. Miguel Pastrana Flores, por estar siempre al pendiente de mi trayectoria en el doctorado y en el Colegio de Historia.

Especial agradecimiento merecen mis colegas y amigos del Posgrado, del Colegio de Historia y de la Universidade de Coimbra, lo mismo que mis amigos y amigas de otros ámbitos de la vida. A los primeros —Diego, Marcelino, Luis, Gus, Ana, Bárbara, Andrea, Eli, Mario, Marisa y Martha—, por las provechosas discusiones académicas que tuvimos en salas y pasillos universitarios, y por los momentos que compartimos frente a un café o a una cerveza hablando sobre el mundo y otras cosas. A los segundos —Luis, Sandra, Jordy, Itzel T., David, Marce, Anjos, Marco, Blanca, Marix, Itzel, Bolthar, Alan, Mitzi, Tabatha, Guada—, por el franco cariño que me han regalado a lo largo de todos estos años, el cual me ha impulsado a seguir trabajando en este asunto de la historia que tanto me apasiona.

Por último, quisiera agradecer a quien más debo: a mi familia de sangre y a mi familia adoptiva. A la Sra. Sara Luz y a los suyos —Sr. Juan, Nancy, Roger, Mar, Alma, Ara, Astrid y Migue—, por haberme arropado y adoptado como uno más de la familia. A Mayra, mi pareja, por la confianza que todos los días, con tezón y sin importar lo difícil que sea, intenta sembrar en mi cabeza; por sus opiniones y consejos sobre mi trabajo; por soportarme en esos días en que no me salían las cosas y estaba de malas; por su amor infinito; por estar siempre ahí, con sus ojos inmensos y hermosos, alegrándome la vida. A mis padres, Jacob y Diana, a mi abuela Chabelita, a mi hermano René y a su esposa Adri, por aceptarme como soy, con todas mis disfuncionalidades y debilidades —que son muchas; por apoyarme, abrazarme y llorar conmigo cuando más lo necesité; por su amor incondicional. Gracias.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
I. UN MAESTRO DEL FUTURO.....	17
La interpretación fundadora.....	17
Introducción del romanticismo.....	23
Creador de la historia crítico-científica en Portugal.....	26
El sentido de la historia.....	29
II. NOVUS ORDO SECLORUM.....	35
Una revolución, dos experiencias.....	36
Vintismo y cartismo.....	42
Devoto de la Carta.....	47
La era del Pueblo y el surgimiento de una conciencia histórica.....	55
III. DE LA POESÍA A LA HISTORIA.....	63
Un comercio impuro.....	63
La belleza historizada.....	69
Un eco de las eras poéticas de nuestra tierra.....	78
La historia, ciencia-social.....	108
IV. NOSTALGIAS DEL VIEJO PORTUGAL.....	123
El pasado-cadáver.....	124
La resurrección del pasado.....	138
La historia: profecía en reversa.....	155
V. NARRANDO PORTUGAL.....	171
Nacionalismo e índole portuguesa.....	171
Biografía de una nación.....	184
El origen y el comienzo.....	200
El Portugal esperado, o las plumas y el plumero.....	220
CONCLUSIONES.....	243
BIBLIOGRAFÍA.....	249

A Europa jaz, posta nos cotovelos:
De Oriente a Ocidente jaz fitando,
E toldam-lhe românticos cabelos
Olhos gregos, lembrando.

O cotovelo esquerdo é recuado:
O direito é em ângulo disposto.
Aquele diz Itália onde é pousado:
Este diz Inglaterra onde, afastado,
A mão sustenta, em que se apoia o rosto.

Fita, com olhar esfíngico e fatal,
O Ocidente, futuro do passado.

O rosto com que fita é Portugal

Fernando Pessoa,
Mensagem

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende ser una contribución al estudio de la conciencia histórica en la Europa del siglo XIX. Lo ambiciona, si se quiere, de forma indirecta, pues su foco es el pensamiento histórico de un autor particular –Alexandre Herculano de Carvalho e Araújo (Lisboa, 1810-Vale de Lobos, Santarém, 1877). La intención y el enfoque resultarán extraños, sin duda, a todo aquél que posea algún conocimiento de la historia de la historiografía moderna. El nombre del escritor portugués no aparece en ninguno de los tratados que refieren esa historia. Ni J. P. Gooch, ni Eduard Fueter, pero tampoco Hayden White o Michael Bentley, lo mencionaron jamás en sus recuentos sobre los grandes maestros del oficio historiográfico.¹ Aún así, tengo por cierto que un estudio centrado en su pensamiento podría ampliar la perspectiva que se tiene sobre la conciencia histórica en la Europa decimonónica –más incluso que realizar un nuevo análisis del pensamiento de Ranke, Droysen, Humboldt, Thierry o Michelet. Esta afirmación la hago con base en un argumento tomado de Erich Auerbach y Roland Barthes, según el cual en el siglo XIX el “historismo” o el “reino de la historia ‘objetiva’”, esto es, “la obsesión referencial” por lo “concreto”, por lo “real”, por la vida individual y social comprendida como un flujo dinámico, no fue una forma de conciencia exclusiva de la historiografía, sino una que trascendió diversas expresiones culturales –que dio forma lo mismo a la poesía que al teatro, a la música, a la pintura y a la novela.² El caso de Alexandre Herculano ilustra esa obsesión cultural como pocos: autor de una cantidad considerable de poemas, cuentos, novelas e historias, en toda esa diversidad de formas discursivas manifestó una aguda y constante preocupación por lo histórico.

Su obra se compone de más de una veintena de títulos. Escribió textos líricos como *A Voz do Profeta* (1837) y *A Harpa do Crente* (1838); cuentos históricos como *O Castelo da Faria. Crónica do XIV Século. 1373* (1838), *Destruição de Áuria. Lendas Espanholas. Século VIII* (1838), *Mestre Gil. Crónica do Século XV* (1838), *Três Meses em Calecut. Primeira*

¹ Cfr., G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, trad. Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, 610 p. Cfr., Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, trad. Ana María Ripullone, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, 2 vol. Cfr., Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Estela Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, 432 p. Cfr., Michael Bentley, *Modern Historiography: An Introduction*, New York, Routledge, 1999, 192 p.

² Cfr., Eric Auerbach, *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature*, trad. Willard R. Trask, New Jersey, Princeton University Press, 2003, pp. 434-492. Cfr., Roland Barthes, “L’effet de réel”, in Gérard Genette et Tzvetan Todorov, *Littérature et réalité*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1982, pp. 87.

Crónica dos Estados da Índia. 1498 (1839), *A Abóbada. 1401* (1839), *A Morte do Lidador. 1170* (1839), *O Bispo Negro. 1130* [*O Cronista –Viver e Crer de Outro Tempo. 1535*] (1839), *Arras por foro de Espanha. 1371-1372* (1841-1842), *O Alcalde de Santarém. 950-961* (1845); novelas históricas como *O Bobo. 1128* (1843), *Eurico O Presbítero* (1844) y *O Monge de Cister ou a Época de João I* (1848); y trabajos historiográficos como las *Cartas sobre a História de Portugal* (1842), los *Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e Forais* (1843), la *História de Portugal. Desde o Começo da Monarquia até ao Fim do Reinado de Afonso III* (1846-1853) y la *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal* (1853-1859). A la vista de tan copiosa producción, lo que destaca no es tanto que redactara trabajos de distinta naturaleza discursiva, que incursionara en los géneros lírico y narrativo, o que compusiera lo mismo ficción que historia –otros escritores contemporáneos lo hicieron igualmente, v. gr. Novalis, Scott, Carlyle, etc.; sino que en todos ellos demostrara un acusado interés por narrar el pasado de Portugal. Esta última característica de su obra es, de hecho, el pivote de la hipótesis principal de la presente investigación: que a través de sus poemas, cuentos, novelas y textos historiográficos, Herculano construyó un meta-discurso histórico de Portugal, o mejor aún, una meta-narrativa de la historia nacional de Portugal. A este respecto, cabe aclarar desde este momento, que comprendo esa meta-narrativa como una “narrativa maestra” de la historia de la nación portuguesa, la cual –considero–, al mismo tiempo que subyace a todos los entramados configurados por este autor en sus trabajos individuales, fue asimismo cuidadosa y progresivamente delineada en la referencia que cada uno de esos trabajos hizo a momentos particulares de la historia de Portugal.³

Esta investigación no guarda, sin embargo, por única finalidad exhibir que Herculano construyó una “narrativa maestra” de la historia de Portugal. Su objetivo consiste igualmente en indagar los supuestos ontológicos, epistemológicos, estéticos y éticos bajo los cuales esa narración fue elaborada. De ahí la segunda parte del título de este trabajo –“historia, narración, nación”. Con Jacques Rancière, sostengo que el discurso histórico moderno fue producto de la articulación de un triple contrato: científico, narrativo y político.⁴ En términos concretos, esto quiere decir, en primer lugar, que ese discurso pretendió descubrir el orden oculto –las correlaciones exactas de un proceso complejo– detrás de las acciones visibles de

³ Cfr., Stefan Berger with Christoph Conrad, *The Past as History. National Identity and Historical Consciousness in Modern Europe*, New York, Palgrave Mcmillan, 2015, pp. 11-12.

⁴ Jacques Rancière, *Les mots de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1992, p. 22.

la política; en segundo, que aspiró a representar ese orden oculto en la forma inteligible de un relato que comprendiera un comienzo y un final, personajes y acontecimientos; y en tercero, que proyectó asociar las correlaciones descubiertas por la ciencia y lo inteligible de la narración a las restricciones y contradicciones político-sociales de la era de las masas – “las grandes regularidades de la ley común y de los grandes tumultos de la democracia, las revoluciones y contra-revoluciones”.⁵ Estimo que este contrato científico-narrativo-político descrito y analizado por Rancière, estructuró, asimismo, la meta-narrativa de la historia nacional de Portugal de Herculano.

No obstante que este juicio será desarrollado en el cuerpo del presente trabajo, considero prudente delinear aquí algunas de sus tesis principales. En función del pre-concepto romántico-historicista de que la realidad histórica era un flujo dinámico irreversible e irrepitable, pero al mismo tiempo continuo y significativo –supuesto ontológico determinado por las circunstancias político-sociales y culturales concretas del Portugal y la Europa de la pos-revolución–, el autor portugués planteó una forma particular de conocer el sentido oculto de los acontecimientos que conformaban esa realidad: la comprensión histórica –ésta sería la dimensión epistemológica de su discurso histórico o su contrato científico. Ahora, tal manera de hacer inteligible el sentido de los acontecimientos históricos fue asumida por él como una empresa esencialmente narrativa; de ahí su planteamiento de que comprender la historia de Portugal consistía en narrar el “origen”, “crecimiento” y “destino” de una individualidad nacional irreductible –la dimensión estética o el contrato narrativo de su discurso. Finalmente, es fundamental tener en cuenta que Herculano afirmó, de forma consciente y abierta, que el conocimiento-narración de la historia de Portugal debía servir para legitimar un cierto tipo de perspectiva política acerca de lo que debía ser, y debía hacer, la sociedad portuguesa luego del advenimiento de la era democrática –ésta sería la dimensión ética o el contrato político de su discurso histórico.

En virtud de los objetivos planteados, esta investigación se compone de cinco capítulos. El primero, titulado “Un maestro del futuro”, es básicamente un estado del arte. En él presento las distintas interpretaciones que, a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, críticos literarios, historiadores y poetas han ofrecido sobre la obra y el pensamiento de Herculano. Más allá, empero, de la mera exposición de los argumentos de dichas

⁵ *Idem.*

interpretaciones, pretendo dilucidar las posibles causas de que sus poemas, cuentos, novelas y libros de historia hayan interesado a tantos escritores lusófonos, llegando a ser considerados como “obras maestras” de la literatura y del pensamiento histórico portugueses. Mi hipótesis particular sobre este asunto es que su obra ha permanecido vigente en razón de la interpretación general de la historia nacional portuguesa –la “meta-narrativa” de la historia nacional o “filosofía de la historia nacional” de Portugal– inmanente a toda ella.

El segundo capítulo, que lleva por título “Novus ordo seclorum”, se aboca a explicar cómo fue que surgieron en el pensamiento de Herculano los fundamentos ontológicos de la mencionada interpretación general de la historia nacional de Portugal. Apoyado aquí en la propuesta “histórico-antropológica” de Reinhart Koselleck sobre la “correlación” entre las innovaciones teórico-metodológicas del conocimiento histórico y la experiencia individual o colectiva de determinados fenómenos socio-políticos,⁶ analizo el vínculo entre el contexto revolucionario portugués de la primera mitad del siglo XIX y el pre-concepto romántico-historicista de realidad histórica del autor en cuestión.

El capítulo tercero “De la poesía a la historia” estudia –a la manera whiteana– la interdependencia formal, temática y ética⁷ observable en la estructura de los distintos tipos de discurso que Herculano eligió para dar cauce a sus inquietudes históricas y representar momentos particulares del devenir portugués. Además, con el apoyo de la teoría de los géneros literarios de Karl Viëtor, la cual considera a las “formas de la poesía” como “actitudes fundamentales del hombre frente a la realidad [socio-histórica]”,⁸ planteo aquí que la experiencia que tuvo el autor portugués de determinados fenómenos socio-políticos y culturales de escala nacional y europea –v. gr. las revoluciones y los movimientos sociales de la primera mitad del siglo XIX, el romanticismo y el historicismo–, determinó el sentido irreversible de su trayectoria discursiva a través de la poesía, el cuento histórico, la novela histórica y la historiografía.

⁶ Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. Daniel Inneraroty, Ediciones Paidós, I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2001, 156 p. Los principales argumentos de esta teoría serán tratados con detenimiento en el cuerpo de la tesis, fundamentalmente en los capítulos II, III y IV.

⁷ Hayden White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1987, 244 p.

⁸ *Cfr.*, Karl Viëtor, “L’histoire des genres littéraires” in Gérard Genette et Tzvetan Todorov dir., *Théorie des genres*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1986, pp. 10-11.

El capítulo cuarto, titulado “Nostalgias del viejo Portugal”, está dedicado al análisis sucinto de la ontología y la epistemología romántico-historicistas sobre las cuales Herculano construyó su meta-narrativa de la historia nacional de Portugal. En primer lugar, amparado en los estudios de Karl Mannheim y Reinhart Koselleck sobre la noción de pasado surgida entre los románticos luego de las revoluciones industrial y democrática,⁹ sostengo que la idea de la historia del autor portugués partió de la noción de que el pasado era algo irremediabilmente separado del presente. En segundo lugar, teniendo en cuenta su conciencia de tal separación, pero también el consecuente anhelo que experimentó por el pasado perdido, valiéndome del concepto de “nostalgia romántica” abordado por Svetlana Boym, Frank Ankersmit y Jaap den Hollander,¹⁰ pero también de la discusión de Roland Barthes y Lionel Gossman sobre el concepto romántico-cristiano de la “resurrección del pasado”,¹¹ ambiciono deslindar a Herculano de cualquier pretensión restaurativa del pasado, vinculándolo, por el contrario, con una actitud reflexiva y comprensiva del mismo. Por último, ayudado por la discusión de Frank Ankersmit en torno a las “ideas históricas” del historicismo clásico,¹² estudio cómo la comprensión histórica planteada por el portugués tuvo por finalidad la configuración de los acontecimientos del pasado en unidades temporales y teleológicas como el “carácter” o la “índole” de la nación.

El capítulo quinto “Narrando Portugal” tiene por objetivo analizar la estructura narrativa y las implicaciones ideológicas de la meta-narrativa de la historia nacional de Portugal que Herculano delineó a través de su obra poética, cuentística, novelística e historiográfica. Sostengo aquí que, a la manera de las historias nacionales aparecidas en otras latitudes de Europa por aquella misma época, la del autor en cuestión tuvo asimismo la forma de una “biografía”; en otras palabras, que aquél construyó su historia de Portugal a la manera

⁹ Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Psychology*, ed. Paul Kecskemeti, New York, Oxford University Press, 1953, pp. 74-164. Cfr., Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, pp. 43-92.

¹⁰ Cfr., Svetlana Boym, *The Future of Nostalgia*, New York, Basic Books, 2001, pp. 13-18. Cfr., Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, trad. Nathalie Schwan, México, Universidad Iberoamericana, 2010, p. 401. Cfr., Jaap den Hollander, “Contemporary History and the Art of Self-Distancing”, in *History and Theory*, Theme Issue 50, Middletown CT, Wesleyan University, 2011, p. 65.

¹¹ Cfr., Roland Barthes, *Michelet*, trad. Jorge Ferreiro, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 97. Cfr., Lionel Gossman, *Between History and Literature*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990, pp. 202-204.

¹² Cfr., Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, The Hague, Martinus Nijhoff Publishers, 1983, pp. 120-123. Cfr., Frank Ankersmit, “Historicism: An Attempt at Synthesis”, in *History and Theory*, Vol. 34, No. 3, Wesleyan University, Oct., 1995, pp. 143-147.

del relato de vida de un *cuasi*-individuo –el Estado-nación– que desarrolla en el tiempo el carácter o identidad presente en él desde su mismo nacimiento. Con base en esta premisa, apoyado en las aportaciones a la teoría narrativa de críticos como Edward Said, Louis O. Mink, Frank Kermode, Andrea del Lungo y Hayden White,¹³ estudio la caracterización de Portugal y la trama de su historia vital formuladas por Herculano, esto con el fin de elucidar los ideales ético-políticos que aquéllas encarnaron.

Una última reflexión sobre los alcances de la propuesta teórico-metodológica de la presente investigación. Como fue referido en los párrafos iniciales de esta “Introducción”, un estudio como éste, centrado en las manifestaciones lírica, ficcional e historiográfica del pensamiento histórico de Alexandre Herculano, no pretende ni mucho menos agotar la discusión sobre el tema de la conciencia histórica en la Europa decimonónica, sino tan sólo ofrecer algunos matices que dilaten un poco la perspectiva que se tiene sobre dicho fenómeno. El anhelo fundamental es hacer visible que, durante el siglo XIX, el discurso histórico de los historiadores fue uno más en el universo más amplio de formas discursivas en que se representó el pasado histórico. En la actualidad existen varios proyectos que han contribuido, con mucha mayor eficacia, a este afán, entre los cuales destaco al del grupo NHIST (“Representations of the Past: The Writing of National Histories in Nineteenth and Twentieth Century Europe”), comandado por Stefan Berger. El trabajo de los distintos equipos del grupo en torno al problema de la representación del pasado nacional ha producido numerosos artículos, ya no sólo sobre las narraciones del pasado en medios discursivos tradicionales y bastante afines como lo son la historia y la literatura, sino en medios visuales como la pintura, los monumentos públicos, o incluso, el cine.¹⁴ A la luz de estas contribuciones, se vuelve indispensable, para aquéllos que pretendemos especializarnos en el estudio de la historia de la historiografía decimonónica, examinar desde una perspectiva global el lugar y la función culturales del modelo historiográfico.

¹³ Edward W. Said, *Beginnings. Intention & Method*, New York, Columbia University Press, 1985, 414 p. Louis O. Mink, *Historical Understanding*, ed. Brian Fay, Eugene O. Golob, Ithaca, Cornell University Press, 1987, 294 p. Frank Kermode, *The Sense of an Ending. Studies in the Theory of Fiction*, New York, Oxford University Press, 1968, 208 p. Andrea del Lungo, *L'incipit romanesque*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, 382 p. Hayden White, *The Content of the Form*, 244 p.

¹⁴ Stefan Berger, Linas Eriksonas & Andrew Mycock eds., *Narrating the Nation. Representations in History, Media and the Arts*, New York, Berghahn Books, 2011, pp. 1-16.

I. UN MAESTRO DEL FUTURO

La reflexión sobre la obra poética, novelística, ensayística e historiográfica de Alexandre Herculano ha ocupado una posición de privilegio en el pensamiento portugués de los últimos ciento cincuenta años. Prueba preliminar de esa relevancia son las decenas de libros y artículos en cuyos títulos o subtítulos aparece el nombre del autor.¹ En vista de una situación bibliográfica como ésta, no parece una violencia retomar y extender al siglo XX aquello que el crítico portugués Vitorino Nemésio afirmó exclusivamente para el XIX; esto es, que “casi todos los escritores [portugueses] han tenido su momento de meditación herculaniana en la mesa de trabajo”.²

El poder de atracción que obras como la *História de Portugal, Eurico o Presbítero, A Voz do Profeta* o la *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal* han generado en un grupo no menor de literatos, historiadores y críticos, invita a considerar las posibles causas del acontecimiento de dicho fenómeno. Esa discusión será desarrollada en el presente apartado, y partirá del análisis de los argumentos que distintos escritores han dado para explicar la “fortuna duradera”³ de los textos de Herculano. El examen de esos juicios, y su comparación con las ideas surgidas de la lectura personal y directa de la obra en cuestión, conducirán, previsiblemente, a la formulación de una nueva interpretación sobre el asunto.

La interpretación fundadora

El punto de arranque de esta discusión será el apartado del libro *Portugal Contemporâneo* (1881) que el historiador y ensayista de la “Geração de 70”, Joaquim Pedro Oliveira Martins,⁴

¹ Ver lista de “Obras com capítulos ou referências desenvolvidas sobre Herculano” y “Obras sobre Herculano”, contenida en Joaquim Barradas de Carvalho, *As Ideias Políticas e Sociais de Alexandre Herculano*, 2ª ed., Lisboa, Seara Nova, 1971, pp. 197-235.

² Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano: 1810-1832*, nota preambular de David Mourao Ferreira, Amadora, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003 (1934 1ra ed.), p. 42.

³ José Mattoso, “Prefácio”, in Alexandre Herculano, *História de Portugal. Desde o começo da Monarquia até ao fim do Reinado de Afonso III*, prefácio e notas de José Mattoso, Lisboa, Bertrand Editora, 2007, vol. I, p. VII.

⁴ La llamada “Geração de 70” estuvo integrada por un grupo de intelectuales, la mayor parte de ellos egresados de la Universidad de Coimbra, quienes se revelaron contra el ultra-romanticismo portugués al amparo de las nuevas tendencias literarias y filosóficas realistas y científicas provenientes de allende los Pirineos. Se ha denominado de esa manera a este grupo por las “Conferencias Democráticas” que sus miembros organizaron en el Cassino de Lisboa en 1871. Entre sus más destacados integrantes se cuenta a Antero de Quental (1842-1891), Eça de Queirós (1845-1900), Joaquim Pedro de Oliveira Martins (1845-1894), Ramalho Ortigão (1836-1915) y Teófilo Braga (1843-1924). *Cfr.*, António José Saraiva, *Breve historia de la literatura portuguesa*, Madrid, Ediciones Itsmo, 1971, pp. 215-238.

dedicó al análisis de la obra de Herculano. La lógica indicaría, no obstante, la pertinencia de abordar inicialmente aquello que se escribió sobre ella durante los treinta o cuarenta años anteriores a la publicación de las observaciones de Oliveira Martins. En defensa de la decisión tomada, es preciso aclarar que, durante el periodo que se extiende entre 1846 y 1880, todas las tentativas de apreciación sobre los libros de Herculano se redujeron, o bien a invectivas contra del autor –alegatos a favor de las tradiciones milagrosas sobre el origen de Portugal por él ignoradas–, o si no a polémicas eruditas en torno a declaraciones singulares contenidas en sus textos.⁵ Oliveira Martins emitió, en cambio, la primera valoración crítica y global de la obra herculaniana.

Este último fundó la originalidad, el valor de la misma básicamente en uno de sus elementos: en el “escrúpulo crítico” de su autor. “La *História de Portugal* y los trabajos que con ella forman un cuerpo de estudios eruditos”, apuntó, “son la obra más importante del escritor y el sólido fundamento de su nombre imperecedero en la historia literaria

⁵ Ejemplo de esas invectivas son las condenas que, primero desde el púlpito, y luego en la prensa, fueron lanzadas a Herculano a causa de su negación, o mejor dicho, omisión, del “Milagro de Ourique” en el primer volumen de la *História de Portugal* –la aparición de Cristo a Afonso Henriques en el previo al supuesto combate definitivo entre portugalenses y sarracenos en el Bajo Alentejo-Algarve. A. L. Magessi Tavares autor de una *Demonstração histórica e documentada da aparição de Christo nos campos de Ourique, contra a opinião do sr. A. Herculano* (1846), y de una *Nova insistencia pela conservação e utilidade da tradição de Ourique, em resposta ao «Eu e o clero» do sr. A. Herculano, na parte que tem relação com este objecto* (1850), se inserta en esta línea de pensamiento. Después de guardar silencio por algún tiempo, Herculano respondió finalmente a estas críticas. Esas respuestas están contenidas en sus artículos *Eu e o Clero* (1850), *Considerações Pacíficas* (1850), *Solemnia Verba I* (1850) y *Solemnia Verba II* (1850). Cfr., Alexandre Herculano, *Opúsculos. Tomo III*, Lisboa, Viuva Bertrand & C.^a, 1876, pp. 3-184. Ahora, un caso paradigmático de las mencionadas polémicas eruditas es el artículo publicado por Sancho Manuel (*alias* “Vilhena Saldanha”) en el N^o 41 de la *Revista Universal Lisbonense* (1846), en respuesta también al primer volumen de la *História de Portugal*. Este personaje discutió dos cuestiones específicas: la falta de identidad entre portugueses y lusitanos argumentada por Herculano, así como detalles de la narración de la toma de Lisboa –deploró particularmente la utilización de testimonios de cruzados extranjeros en detrimento de las tradiciones portuguesas. Cfr. Alexandre Herculano, “Resposta às Censuras de Vilhena Saldanha” [1846], in *Opúsculos. Tomo V*, Lisboa, Viuva Bertrand & C.^a, 1886, pp. 163-190. Otros ejemplos de esta actitud son las críticas del arabista António Caetano Pereira (1851), del erudito español Tomás Muñoz y Romero y del historiador francés del derecho M. de Rozière. Caetano Pereira, igualmente a causa de la cuestión de Ourique, sostuvo que el autor de la *História de Portugal* no fue capaz de comprender lo ocurrido en aquella batalla –la completa derrota de los árabes en el Algarve–, puesto que no conoció la lengua árabe. Herculano refutó a su oponente en un artículo titulado *A Sciencia Árabeto-académica* [1851]. Cfr., Alexandre Herculano, “A Sciencia Árabeto-académica”, in *Opúsculos. Tomo III*, pp. 185-234. Muñoz y Romero en la *Colección de Fueros Municipales* (1847) y en la *Revista Española de Ambos Mundos* (1854), y luego M. de Rozière en la *Revue Historique du Droit Français et Étranger* (1855), contrariaron la hipótesis del autor sobre la transformación de la servidumbre en adscripción a la gleba durante la monarquía neo-gótica de Asturias –los dos pensaban que, durante la Monarquía asturiana y ovetense, la servidumbre había continuado idéntica a como existió en el Imperio visigótico. La defensa de Herculano contra los argumentos de estos dos críticos se encuentra en “Do Estado das Classes Servas na Península” [1858]. Cfr. Alexandre Herculano, “Do Estado das classes servas na Península”, in *Opúsculos. Tomo III*, pp. 239-244 y pp. 253-254.

portuguesa.”⁶ Desde su perspectiva, “profesionalmente” Herculano “era historiador”.⁷ Su otra faceta, la de creador de novelas históricas, no le interesó en absoluto. Para él, textos como las *Poesías* o *Eurico o Presbítero* eran una ilustración de la entera falta de cualidades artísticas de su creador. En contraste con el caso de João Baptista de Almeida Garrett, el otro escritor sobrasaliente del periodo, consideró que Herculano había entendido la literatura como “misión” y no como “un estudio sutil y curioso”.⁸ Así, a pesar de estimar sus poemas y novelas como textos “interesantes”, pues en ellos podía “seguirse al mismo tiempo el desenvolvimiento de su pensamiento y la historia de su conciencia”,⁹ el juicio general que se hizo de ellos fue bastante negativo. Por otro lado, aseguró que Herculano destacaba en el plano historiográfico por su “vasto saber general” y por su capacidad para representar a las generaciones pasadas en sus “hábitos, costumbres y leyes”, pero sobre todo por su “escrúpulo crítico” en la “recolección e interpretación” de los materiales documentales.¹⁰ Esta serie de cualidades historiográficas validaban su estimación como el exponente “más ilustre de la historiografía peninsular”, y su ubicación entre historiadores de la talla de Mommsen, Guizot, Thierry o Michelet.¹¹ Con todo, a pesar de situarlo en el primer lugar de la historiografía portuguesa de su tiempo, Oliveira Martins sostuvo que del autor de la *História de Portugal* y de la *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal* jamás podría llegar a decirse que había sido un “gran historiador”, un estudioso del pasado equiparable a Ranke. Si bien el “escrúpulo crítico” del portugués le había permitido “resolver” la cuestión de los orígenes sociales y políticos de su nación, el crítico no le disculpaba que, al igual que toda la escuela romántica y liberal de la que Guizot era líder, careciera de la “alta y serena imparcialidad” rankeana, de las “visiones rigurosamente objetivas” del historiador alemán.¹² Herculano –concluyó Oliveira Martins– “estaba demasiado convencido y apasionado para poder prescindir de sí, de sus creencias, de sus opiniones. Llevaba al estudio del pasado las preocupaciones del presente”.¹³

⁶ Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Portugal Contemporâneo II*, Lisboa, Guimarães Editores, 1986, p. 255.

⁷ *Idem*.

⁸ *Ibid.*, pp. 230-231 y 255.

⁹ *Idem*.

¹⁰ *Ibid.*, pp.255-257.

¹¹ *Idem*.

¹² *Idem*.

¹³ Para Oliveira Martins, esas preocupaciones, latentes tanto en la literatura como en la historiografía de Herculano, podían resumirse en un solo concepto: “liberalismo”. Desde su perspectiva, el “liberalismo” era una doctrina filosófica, política, económica y social que lograba cierta “originalidad” en el caso particular de

Las apreciaciones de Oliveira Martins sobre la obra de Herculano tuvieron enorme impacto en los “herculanistas” del siglo XX.¹⁴ Puede incluso decirse que sus tesis principales constituyen los cimientos de todas las reflexiones posteriores sobre este asunto. La mayor parte de los estudiosos de la obra herculaniana ha citado alguno de los juicios de Oliveira Martins, ya sea para contradecirlo o para reafirmarlo. Quizás la causa de esta ascendencia tenga que ver con la importancia que tuvo la llamada “Geração de 70” –compuesta, entre otros, por Antero de Quental, el propio Oliveira Martins, Eça de Queiros, Teófilo Braga, Ramalho Ortigão, José Fontana y Guerra Junqueiro– para el ulterior desarrollo cultural portugués.¹⁵ Sea como fuere, lo cierto es que la influencia de este crítico ha llegado a ser tal que, en ocasiones, resulta incluso nociva para la apreciación de las ideas de Herculano. Por ejemplo de ello es la tendencia a interpretar el pensamiento entero del autor en cuestión a la luz de sus cartas a Oliveira Martins,¹⁶ dejando fuera de cuadro buena parte de su obra previa,

Herculano, pues “superaba” al liberalismo racionalista de Mouzinho da Silveira, pero que, aún así, resultaba irreal y problemática dada su combinación “artificial” y contradictoria de racionalismo ilustrado, individualismo kantiano y cristianismo romántico de cariz social. *Cfr.*, Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *op. cit.*, pp. 155-157.

¹⁴ Podría, ciertamente, objetarse que existe un balance previo al de Oliveira Martins: el “Livro II” de la *História do Romantismo em Portugal* (1880) de Teófilo Braga. Ahora bien, como ya fue señalado por António Sérgio en un ensayo de 1918 “Alexandre Herculano e o problema moral e social do Portugal moderno”, resulta imposible reconocer en ese texto el desarrollo de una crítica seria por parte de su autor. *Cfr.*, António Sérgio, *Ensaaios*, Lisboa, Livraria Sá da Costa Editora, 1972, vol. III, pp. 223-224. La percepción de Braga sobre Herculano carece de cualquier sustento en las obras de este último. Braga argumentó que el autor del *Eurico* fue un mero remedador de Walter Scott y de Victor Hugo que sólo ejerció influencia en sus contemporáneos porque “todos los talentos aparecieron orientados en el sentido del romance histórico, en el cual se agotaron”. *Cfr.* Teófilo Braga, *História do Romantismo em Portugal*, Lisboa, Ulmeiro, 1984, pp. 300 y 317-318. Asimismo, sostuvo que el “degenerado monarquista y cristiano” autor de la *História de Portugal* –“obra ilegible”– fue un “pueril imitador” de Thierry y de Schaeffer que no contribuyó en ningún sentido al desarrollo del “espíritu científico” portugués. *Cfr.*, Teófilo Braga, *op. cit.*, pp. 317-319 y 33. Sin embargo, como apunta António Sérgio, Braga no fue sino un “impostor” que, por motivos personales, deformó los textos de Herculano y dio una interpretación de ellos totalmente alejada de la realidad. Por eso no puede considerarse al “Livro II” de la *História do Romantismo* como el primer intento de balance crítico de la obra y del pensamiento que aquí se analizan. Para conocer otro testimonio de la injusticia de Braga hacia Herculano, *Cfr.* Fernando Catroga, “Ética e Sociocrácia – O exemplo de Herculano na Geração de 70”, in *Estudos Contemporâneos. Aspectos da Cultura Portuguesa Contemporânea*, N° 4, Porto, Imprensa Nacional-Casa de Moeda, 1982, p. 10. Por otro lado, es preciso señalar que el mismo año en que Oliveira Martins publicó su *Portugal Contemporâneo* apareció otra obra que intentó desarrollar una perspectiva de conjunto sobre la vida y la obra de Herculano: *Alexandre Herculano e o Seu Tempo* (1881) de António de Serpa Pimentel. En ella, Serpa Pimentel explicó la génesis de algunas de las ideas políticas y religiosas de su antiguo maestro y amigo, así como el impacto de su figura en las generaciones inmediatas. Empero, a pesar de ser contemporáneas, el balance de Oliveira Martins y no el de Pimentel, fue el que más fortuna tuvo entre la crítica posterior. *Cfr.*, António de Serpa Pimentel, *Alexandre Herculano e o Seu Tempo*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1881, 262 p. *Cfr.* Vitorino Nemésio, *op. cit.*, p. 40.

¹⁵ António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, Lisboa, Livraria Bertrand, 1977, p. 237. *Cfr.*, Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino. Seguido de Mitologia da Saudade*, Lisboa, Grádiva, 1999, p. 37.

¹⁶ Alexandre Herculano, *Cartas*, 3ª ed., Lisboa, Livraria Bertrand, s.d., vol. I, pp. 199-240.

aquella donde desarrolló sus ideas filosóficas, históricas, políticas, económicas y culturales con mayor rigor y amplitud.

Empero, sería imprudente no apreciar que Oliveira Martins resaltó varios puntos que hoy en día continúan siendo discutidos por los interesados en el pensamiento de Herculano. Temas como su liberalismo, su romanticismo y su cristianismo, abordados por los críticos con asiduidad y desde distintas perspectivas, resultan todavía problemáticos. No se ha llegado, por ejemplo, a un consenso sobre qué clase de liberal era Herculano; sobre si era romántico o racionalista, o ambos; católico romano o anticlerical. También se ha rescatado al poeta y al literato que Oliveira Martins contribuyó a devaluar. Se han vuelto a pesar los méritos poéticos de obras como *A Voz do Profeta*, *A Harpa do Crente*, *O Bobo*, *Eurico o Presbítero*, *O Monge de Cister* y *Lendas e Narrativas*, esto a la luz de enfoques que analizan las estructuras sintácticas y semánticas de los textos –sin olvidar, claro está, aquellos significados políticos que tanto disgustaban al autor del *Portugal Contemporâneo*. La idea de la historia de Herculano y la cuestión de sus fuentes teórico-metodológicas, al paso del tiempo se han convertido en los temas predilectos de la crítica. Actualmente es lugar común afirmar que el autor de la *História de Portugal* sí tenía una filosofía de la historia, no obstante que él mismo y luego Oliveira Martins se empeñasen en negarlo; o que heredó de los historicistas-idealistas alemanes –Herder, Savigny, Ranke– el concepto del “carácter” de los pueblos y la metodología crítica, así como recibió de los románticos franceses –Thierry y Guizot– el interés por el *Tiers État* y el concepto de historia como “ciencia de aplicación”.

Sobre uno u otro de estos elementos, los críticos han cifrado el valor y la vigencia de la obra de Herculano en el ámbito de la cultura portuguesa. De manera consciente o inconsciente, la mayor parte de los razonamientos a este respecto han adoptado una perspectiva que podría ser definida como histórica, ya que observan las temáticas y los contenidos de la obra herculaniana como una suerte de cruce de caminos de un desarrollo histórico-cultural general que sería por entero incomprensible de no tenerlos en cuenta.¹⁷ Así, por ejemplo, estudiosos como Vitorino Nemésio, João Gaspar Simões, Maria da Natividade Pires y Carlos Reis señalan que el grueso de la literatura portuguesa que se produjo durante

¹⁷ Cfr., Vasco da Graça Moura, “Herculano Poeta”, in *Herculano e a sua obra. Ciclo de conferências promovido pelo Instituto Cultural do Porto, no Centenário da Morte de Alexandre Herculano*, Porto, Fundação Eng. António de Almeida, 1978, p.45 Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, Lisboa, Livraria Bertrand, 1977, p. 178.

el tercer cuarto del siglo XIX, y, por encima de todas, la del “ultra-romanticismo”, trajo a cuentas elementos estéticos desarrollados por Herculano en obras como *Eurico o Presbítero* y *O Monge de Cister* –v. gr., el “aspecto medievalista” y el “predominio de la melancolía y de lo fúnebre en la expresión de la emoción estética”.¹⁸ Otros más como António José Saraiva, Fernando Catroga y António Machado Pires subrayan que, fuera del ascendiente del autor sobre los llamados “ultra-románticos”, es necesario reconocer su impacto en la “Geração de 70” –no obstante las diferencias ideológicas que lo distanciaban de Oliveira Martins, Teófilo Braga o Antero de Quental– y en el grueso de los pensadores portugueses del siglo XX, entre los que destaca el caso particular de António Sérgio.¹⁹

¹⁸ Cfr. Vitorino Nemésio, “Eurico. História de um livro”, in Alexandre Herculano, *O Monasticon. Tomo I. Eurico O Presbítero*, introdução e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972, pp. XLII-XLIX. Cfr., João Gaspar Simões, *Perspectiva Histórica da Ficção Portuguesa. Das Origens ao Século XX*, 2ª ed., Lisboa, Publicações Dom Quixote, 1987, p. 291. Cfr., Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *História crítica da literatura portuguesa*, Editorial Verbo, Lisboa, 1993, vol. V, p. 108. Cfr., Carlos Reis, *Construção da Leitura. Ensaio de Metodologia e Crítica Literária*, Coimbra, Instituto Nacional de Investigação Científica, Centro de Literatura Portuguesa da Universidade de Coimbra, 1982, p. 106. Los “ultra-románticos” portugueses fueron un grupo de escritores que durante la segunda mitad del siglo XIX publicaron una serie de novelas históricas y poemas que refritaban los temas medievalistas y sentimentales del romanticismo francés de 1830, ya presentes en los trabajos de Herculano. Entre sus principales exponentes estuvieron los novelistas Luis Augusto Rebelo da Silva (1822-1871), Oliveira Marreca (1815-1889), Andrade Corvo (1823-1890), Manuel Pinheiro Chagas (1842-1895), el poeta José Freire de Serpa Pimentel (1814-1870) y el dramaturgo José da Silva Mendes Leal (1818-1886). Cfr., António José Saraiva, *Breve historia de la literatura portuguesa*, pp. 195-196.

¹⁹ Cfr., António Machado Pires, “A expressão do sagrado n'A Harpa do Crente de Herculano”, in Vitorino Nemésio (dir.), *Estética do Romantismo em Portugal. Primeiro Colóquio*, Lisboa, Grémio Literário, 1970, p. 123. Cfr., António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, p. 152. Cfr., Joel Serrão, “Herculano, Alexandre”, in *Dicionário de História de Portugal Vol. III*, Porto, Livraria Figueirinhas, 1981, p. 212. Cfr., Fernando Catroga, “Ética e Sociocracia – O exemplo de Herculano na Geração de 70”, pp. 10 y 29-40. Para resaltar la importancia de Herculano en la historia de la cultura portuguesa, los críticos remiten continuamente a cuestiones materiales de la recepción de su obra. Afirman, por ejemplo, que el *Eurico* fue un libro leído con entusiasmo por la “Segunda generación romántica” y por el público burgués en general de la segunda mitad del siglo XIX, aduciendo que fue el volumen más pedido en la Biblioteca Nacional hasta bien entrado el siglo XX. También señalan que *A Harpa do Crente* tuvo un tiraje de mil quinientos ejemplares; que *O Panorama* tuvo uno de cinco mil por número semanal; y que el primer volumen de la *História de Portugal* –obra reconocida a nivel nacional e internacional (Irlanda, España, Francia, Italia, Alemania, Brasil y Estados Unidos)–, tuvo un tiraje de tres mil quinientos ejemplares en su primera edición, y que hasta 1863 se publicaron tres ediciones. En agregado, se afirma que los otros tres volúmenes tuvieron un tiraje de dos mil ejemplares en su primera edición, y ya dos ediciones para 1863. También se aduce la pertenencia de Herculano a las Reales Academias de Ciencias de Turín, Baviera y Madrid, al Instituto de Francia y a la Sociedad Histórica de Nueva York. Cfr., José Mattoso, “Prefácio”, in Alexandre Herculano, *História de Portugal, Desde o começo da Monarquia até ao fim do Reinado de Afonso III*, prefácio e notas de José Mattoso, Lisboa, Bertrand Editora, 2007, vol. I, pp. XV-XVII.

Introdução do romantismo

Buena parte de la relevancia cultural que la crítica ha adjudicado a Herculano responde a su asociación con el movimiento romántico portugués. Junto a Almeida Garrett y António Feliciano de Castilho, se le considera “introducción” y “figura tutelar” de esa corriente de pensamiento en Portugal. Escritores como Vitorino Nemésio, Álvaro Manuel Machado, Maria de Lourdes Belchior, Carlos Reis y una larga lista de nombres que sería tedioso enumerar aquí, conciben que las formas y los temas del romanticismo herculaniano –las temáticas del exilio, de la libertad y de la patria, la inclinación hacia lo fantástico proveniente de la novela gótica de Anne Radcliffe y de Matthew Gregory Lewis, la “añoranza de naturaleza”, el interés hacia lo histórico en general, y hacia la Edad Media en particular, el concepto de “color local” heredado de Walter Scott, Vigny y Hugo, la tentativa de “envolvencia del pasado y el presente”, la “rehabilitación estética” del cristianismo a la Klopstock y a la Chateaubriand, el *ethos* épico y lírico– configuraron el “modelo”, la “norma” de buena parte de la literatura portuguesa hasta fines del siglo XIX.²⁰

Los críticos han fijado su atención sobre aquélla que, consideran, fue la principal y más influyente manifestación del romanticismo de Herculano: su novela histórica.

²⁰ Cfr., Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *op. cit.*, pp. 16-17, 105 y 107. Cfr., Maria do Rosário Cunha, “Garrett, Herculano e o romance histórico”, in *Discursos. Série de Estudos Portugueses e Comparados*, N° 1, VI Série, Lisboa, Universidade Aberta, 2006, p. 138. Cfr., Álvaro Manuel Machado, “Herculano: Nationalisme, histoire et religion”, in *Les Romantismes au Portugal. Modèles étrangers et orientations nationales*, Paris, Fondation Calouste Gulbeinkian, Centre Cultural Portugais, 1986, pp. 199-222. Cfr. Maria João Reynaud, “Herculano, exílios e profetismo”, in *Colóquio Letras*, N.º 177, Maio-Agosto 2011, Lisboa, Fundação Calouste Gulbeinkian, pp. 69-81. Cfr., João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 285-287. Cfr. Maria da Graça Videira-Lopes, “Les Paroles d'un Croyant de Lamennais et A Voz do Profeta de Herculano”, in *Ariane. Revue d'Etudes Littéraires Françaises*, N° 2, Lisbonne, Groupe Universitaire d'Etudes de Litterature Française, 1983, pp. 259-260. Cfr., Carlos Reis, *Construção da Leitura*, p. 106. Cfr., António Pires, “A expressão do sagrado n'A Harpa do Crente de Herculano”, in Vitorino Nemésio (dir.), *Estética do Romantismo em Portugal. Primeiro Colóquio*, p. 122. Cfr., Vitorino Nemésio, “Alexandre Herculano, Perfil de um Escritor”, in *Alexandre Herculano. Ciclo de Conferências Comemorativas do I Centenário da sua morte. 1877-1977*, Porto, Biblioteca Pública Municipal do Porto, Gabinete de História da Cidade, 1979, p. 11. Cfr., Jacinto do Prado Coelho “Herculano poeta – Uma imagem em negativo”, in *Alexandre Herculano. Ciclo de Conferências Comemorativas do I Centenário da sua morte*, p. 99. Cfr., Maria de Fátima Marinho, “O Romance Histórico de Alexandre Herculano”, in *Revista da Faculdade de Letras*, Porto 1992, p. 97. Cfr., Maria Helena Santana, “Prefácio”, in António Machado Pires e Maria Helena Santana, *Alexandre Herculano. O Escritor. Antologia*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2010, pp. 27-28. Cfr., Maria de Lourdes Belchior, *Os Homens e os Livros II. Séculos XIX e XX*, Lisboa, Editorial Verbo, 1980, pp. 199-215. Cfr., Vasco Graça Moura, *op. cit.*, pp. 43-77. Cfr., Cândido Beirante, *Alexandre Herculano: as faces do poliedro*, Lisboa, Vega, 1991, pp. 8-38. Cfr., B. Pereira Capelo, “Herculano”, in Helena Carvalhão Buescu (coord.), *Dicionário do Romantismo Literário Português*, Lisboa, Editorial Caminho, 1997, pp. 222-225. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, p. 83. Cfr., Francisco Caeiro, “Herculano — Homem Romântico ou Liberal?”, in *Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo: Ciclo de Conferências*, Lisboa, Academia Portuguesa de História, 1977, pp. 12-17.

Argumentan que fue él quien verdaderamente introdujo este género literario en el ámbito cultural portugués y quien colmó el vacío ficcional que existía en ese país en el primer tercio del siglo XIX.²¹ Esta tesis ha sido defendida por autores como Hernâni Cidade, Álvaro Manuel Machado, Joel Serrão, Maria do Rosário Cunha, Carlos Reis, Maria Helena Santana y Maria João Reynaud, entre otros tantos. Ahora, lo más interesante de este asunto es que, para demostrar su argumento, los mencionados críticos insisten en comparar las novelísticas de las “máximas figuras” de la “Primera generación romántica”: Garrett y Herculano. Al cotejar sus obras, han concluido que las del segundo, y no las del primero, fueron la “norma de la novela histórica”, “el modelo romántico” de la práctica de esta clase de literatura en Portugal. Detectaron, por ejemplo, que mientras una obra como *O Bobo* (1843) da cuenta del interés de Herculano por representar el pasado medieval portugués con plena “seriedad”, fíncando en esta última la condición de posibilidad para el cumplimiento de objetivos “didáctico-nacionalistas”, en cambio, un libro como *O Arco de Sant'Ana* (1845-1850) revela a un Garrett que se apega muy poco a los hechos, que superpone los tiempos y que subordina la “verdad histórica” a la finalidad de “revigorizar el sentimiento de orgullo nacional”.²²

Varias interpretaciones se han hecho en relación a estas dos actitudes distintas de los primeros practicantes de la novela histórica en Portugal. Ciertos críticos, entre los que destaca el caso de Ofélia Paiva Monteiro y Maria Helena Santana, observan en las obras de Herculano un rasgo de “pasadismo melancólico”, al tiempo que valoran en las de Garrett una “postura moderna” de experimentación estilística.²³ En defensa del primero, estudiosos como Albin Beau, Maria Reynaud, Álvaro Manuel Machado, Maria Pires y Carlos Reis, opinan que el interés por el pasado medieval del autor de *O Bobo* no fue producto de un deseo de “fuga de

²¹ Cfr., Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *op. cit.*, pp. 16-17 y 105. Cfr., Álvaro Manuel Machado, “Herculano: Nationalisme, histoire et religion”, p. 204. Cfr., João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 285-289. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *História da História em Portugal. Séculos XIX-XX*, Coimbra, Círculo de Leitores, 1996, p. 46. Cfr., Maria Helena Santana, *op. cit.*, p. 28. Cfr. Harry Bernstein, *Alexandre Herculano (1810-1877). Portugal's Prime Historian and Historical Novelist*, Paris, Fundação Calouste Gulbenkian, 1983, p. 137. Cfr., Joel Serrão, *op. cit.*, p. 212. Cfr., António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, p. 152.

²² Cfr., Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *op. cit.*, pp. 16-17 y 105. Cfr., Álvaro Manuel Machado, “Herculano: Nationalisme, histoire et religion”, p. 204. Cfr., João Simões, *op. cit.*, pp. 285-289. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.* pp. 46-52. Cfr., Carlos Reis, “Herculano e a ficção romântica”, p. 107. Cfr., Maria Helena Santana, *op. cit.*, pp. 27-28. Cfr., Hernâni Cidade, *Século XX. A revolução cultural em Portugal e alguns dos seus mestres*, Lisboa, Editorial Presença, 1985, p. 49. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, p. 178.

²³ Cfr., Maria do Rosário Cunha, *op. cit.*, pp. 128-138.

la realidad” ni de “evasión alienante”, sino de un claro interés “moderno” por el análisis del presente a través del pasado –por la “corrección” de lo real a través de lo “verosímil”.²⁴ Otros más, como Herâni Cidade, Maria de Lourdes Belchior, João Gaspar Simões y Harry Bernstein consideran, por el contrario, al *Arco de Sant'Ana* como “un pseudo-romance histórico”, como la obra de un “dilettante”, de un autor no de novelas, sino de “panfletos políticos”.²⁵ Aunque quizá sea exagerado considerar a Garrett como un mero aficionado en el ámbito de la novela histórica, sobre todo cuando su obra literaria ha sido valorada en tan alto grado por la mayor parte de los críticos, y aún teniendo en cuenta sus capacidades estéticas unánimemente reconocidas,²⁶ es preciso aceptar que un libro como *O Arco de Sant'Ana* da la impresión de adolecer de algo que manifiestamente abunda en *O Bobo*, *Eurico o Presbítero* (1844) y *O Monge de Cister* (1848): un sentido de historia dinámica.²⁷ En pocas palabras, de los propios argumentos aportados por los estudiosos es posible deducir que, mientras Garrett parece no haber llegado a comprender la historicidad de la realidad –y de ahí su tendencia hacia la superposición a-histórica de los tiempos–, Herculano, ya en sus obras de ficción, habría surgido plenamente a una conciencia histórica moderna –evidente,

²⁴ Cfr., Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *op. cit.*, p. 106. Cfr., Álvaro Manuel Machado, “Herculano: Nationalisme, histoire et religion”, p. 206. Cfr. Maria João Reynaud, *op. cit.*, pp. 70-71 y 79. Cfr., João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 297. Cfr. Albin Eduard Beau, *Estudos. Vol. II*, Coimbra, Universidade de Coimbra, 1964, pp. 139-140. Cfr., Carlos Reis, *Construção da Leitura. Ensaios de Metodologia e Crítica Literária*, p. 106.

²⁵ Cfr., João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 285-286. Se sabe que Garrett acudió a Herculano para que le ayudase a recuperar los documentos sobre los que su relato se basaba, así como para fijar las fechas y obtener información histórica sobre las costumbres de la época que trataba. Cfr., Maria de Lourdes Belchior, *op. cit.*, pp. 199-215. Cfr., Herâni Cidade, *op. cit.*, p. 49. Cfr. Harry Bernstein, *op. cit.*, p. 137.

²⁶ Cfr., Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *op. cit.*, pp. 16-17 y 105. Cfr., Álvaro Manuel Machado, “Herculano: Nationalisme, histoire et religion”, p. 204. Cfr., João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 285-289. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.* pp. 46-52. Cfr., Carlos Reis, “Herculano e a ficção romântica”, p. 107. Cfr., Maria Helena Santana, *op. cit.*, pp. 27-28. Cfr., Hernâni Cidade, *op. cit.*, p. 49. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciencia do Liberalismo Português*, p. 178.

²⁷ Quizá Eduardo Lourenço sea el único que afirma lo contrario. Cfr. Eduardo Lourenço, *O Labirinto da Saudade. Psicanálise Mítica do Destino Português*, Lisboa, Grádiva, 2001, pp. 82-86. Desde su perspectiva, fue Garrett, y no Herculano, el primero que creó una literatura cuyo núcleo estaba constituido por una “realidad histórico-cultural” llamada Portugal. Lourenço sostiene esto último pensando en el “drama histórico” *Frei Luís de Sousa* (1844) de Garrett. Dejando de lado la cuestión de las fechas de publicación, que ya de entrada contradice su tesis –pues las primeras narrativas históricas de Herculano datan de 1839, y su primera novela histórica, *O Bobo*, de 1843–, el propio Lourenço pone en duda que el autor del *Frei Luís de Sousa* tuviese una clara conciencia histórica, esto al señalar que el Portugal que ahí aparece es “*un pueblo que ya sólo tiene un ser imaginario* (o hasta fantasmagórico) –realidad indecisa, incierta de su perfil y lugar en la historia”. A mi entender, aunque ciertamente no puede negarse a Garrett el mérito de haber dado nacimiento en Portugal a una literatura “que ya no puede concebirse sólo como creadora de obras abstractamente valiosas”, sino que persiguió el objetivo de modelar el perfil político, presente y futuro de la patria, esto no quiere decir que el autor hubiera observado a su país como una entidad “histórica”. Herculano, como se verá más adelante, desarrolló el concepto de Portugal como una “realidad histórica” ya desde *A Voz do Profeta* (1836) y *A Harpa do Crente* (1838).

por ejemplo, en su concepción paradójica del pasado como algo distinto y separado del presente, aunque plenamente implicado en él.

Creador de la historia crítico-científica en Portugal

Al final, todo parece indicar que Oliveira Martins acertó cuando caracterizó a Herculano, en primer lugar, como un “historiador”. Aún así, debe ser precisado que el autor del *Portugal Contemporâneo* fue ciego para observar que los poemas y las novelas de su “Maestro”, lo mismo que sus obras historiográficas, daban testimonio de la eclosión en Portugal de una conciencia histórica moderna, esto es, de una nueva manera de pensar la realidad portuguesa cuya estructura determinó, por igual, las formas y los contenidos de la ficción y de la historiografía que se escribieron en ese país durante la segunda mitad del siglo XIX y a lo largo de todo el XX.²⁸

Siguiendo el ejemplo de Oliveira Martins, no han sido pocos los escritores interesados en destacar la originalidad del pensamiento histórico de Herculano. Ya en fecha muy temprana, António Sérgio (1883-1969) tuvo a dicho pensamiento por el fundamento mismo del “cerebro más lúcido, más reflexivo, más bien afinado y sistemático que pensara en lengua portuguesa”; como esa “fuerza que se concentra sobre sí misma [...] para someter la imaginación y dominar la sensibilidad, hasta reposar en la comprensión.”²⁹ A partir de este balance, lo mismo críticos literarios que historiadores de las ideas, todos han visto en aquel pensamiento, el marco de referencia fundamental de la historiografía portuguesa de todos los tiempos.³⁰ La razón aducida para sostener esa afirmación es que el autor de la *História de Portugal* creó una historiografía de características distintas con respecto a la que hasta entonces había sido escrita en Portugal. Su obra histórica, aseguraron, si bien “antecedida y preparada” por el movimiento ilustrado, liberal y crítico portugués del siglo XVIII,³¹

²⁸ Cfr. Eduardo Lourenço, *O Labirinto da Saudade*, pp. 82-86.

²⁹ António Sérgio, *Ensaio*, vol. 3, p. 120.

³⁰ Cfr., António Borges Coelho, *Alexandre Herculano*, Lisboa, Editorial Presença, 1965, p. 50. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 19, 65 y 84-85. Cfr., Guilherme d'Oliveira Martins, *Alexandre Herculano. Mestre-Cidadão*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa de Moeda, 2010, p. 8. Cfr., Jorge Borges de Macedo, *Alexandre Herculano. Polémica e Mensagem*, Amadora, Livraria Bertrand, 1980, pp. 9-11. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *op. cit.*, p. 106.

³¹ Cfr., António Borges Coelho, *op. cit.*, p. 50. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 19

ameritaba ser comprendida como la verdadera iniciadora de “la historia crítica-científica” en ese país, como la “constructora” de “una nueva visión sobre el pasado nacional”.³²

Desde Albin Beau hasta Eduardo Lourenço, pasando por Vitorino Magalhães Godinho, Joaquim Veríssimo Serrão, Cândido Beirante, Joel Serrão, Luís Reis Torgal, Fernando Catroga, Mário Costa y José Mattoso, la mayor parte de los interesados en el pensamiento histórico de Herculano ha coincidido en reflexionar sobre los distintos puntos en que se funda su “novedad”. En primer lugar, los críticos refieren que el autor de obras como la *História de Portugal* (1846-1853) y la *História da Origem da Inquisição em Portugal* (1853-1859) llevó a la plenitud la crítica documental desarrollada por historiadores y eruditos anteriores, y que además innovó al utilizar una serie de herramientas –hoy se hablaría de ciencias auxiliares– como la paleografía, la numismática y la epigrafía, para apoyar sus investigaciones. En segundo lugar, esos mismos estudiosos consideran invaluable la labor realizada por Herculano al introducir los modelos del “historicismo romántico europeo” –las propuestas de comprensión histórica de Herder, Savigny, Eichhorn, Ranke, Guizot y Thierry– al análisis de la realidad histórica del Occidente de la Península Ibérica. En el tercero, subrayan la revolución que el autor efectuó al explicar los acontecimientos, ya no recurriendo al “acaso” o al “milagro”, sino construyendo relaciones causales e integrando los hechos en el marco de conceptos generales surgidos a partir de la investigación documental. En el cuarto, reconocen la mudanza que efectuó en relación a la valorización de ciertos periodos de la historia portuguesa, básicamente al instituir el interés de la historiografía de su país por un periodo hasta entonces relegado a la sombra de la época de Descubrimientos y Conquistas: la Edad Media. Y finalmente, en quinto lugar, aprecian la originalidad de Herculano al no restringir su obra a una “mera narración” de hechos políticos, e intentar, en cambio, una “descripción” de la estructura de la organización social del pueblo portugués.³³

³² Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 65. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, “Alexandre Herculano e a Fundamentação da «História de Portugal»”, in *Alexandre Herculano. Ciclo de Conferências Comemorativas do I Centenário da sua morte. 1877-1977*, p. 86. Cfr., Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino*, p. 31.

³³ Cfr. Albin Eduard Beau, *op. cit.*, pp. 151-194. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 19 y 54-72. Cfr., Vitorino Magalhães Godinho, “Alexandre Herculano, Historiador”, in *Alexandre Herculano. Ciclo de Conferências Comemorativas do I Centenário da sua morte. 1877-1977*, pp. 27-44. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, “Alexandre Herculano e a Fundamentação da «História de Portugal»”, in *Alexandre Herculano. Ciclo de Conferências Comemorativas do I Centenário da sua morte. 1877-1977*, pp. 86-90. Cfr., Guilherme d'Oliveira Martins, *op. cit.*, p. 8. Cfr., Cândido Beirante, *op. cit.*, pp. 81-88. Cfr., Joel

En este conjunto de elementos cifran los escritores la “novedad” y “perennidad” de los textos historiográficos de Herculano –e incluso también de novelas como *O Bobo, Eurico o Presbítero* (1843) y *O Monge de Cister* (1848).³⁴ Se asume que la crítica documental, la explicación causal y conceptual, y el interés por lo social, constituyen una suerte de estructura teórico-metodológica que continúa en la base de las prácticas historiográficas actuales. De esta manera, a pesar de afirmarse que muchas de las tesis del autor han sido “superadas” o “corregidas” por los desarrollos intelectuales del siglo XX –por ejemplo, la tesis de la ausencia de parentesco entre portugueses y lusitanos “definitivamente desacreditada” por las investigaciones históricas, arqueológicas y etnográficas de Martins Sarmiento, Leite de Vasconcelos y Mendes Correia,³⁵ o la del origen romano del municipio portugués “desmantelada” por Sánchez Albornoz y por Hinojosa –,³⁶ fuera de esos “errores”, se asegura que el “método científico-crítico” de Herculano prevalece en aquéllos mismos que echaron abajo algunas de sus interpretaciones. Si el historiador “se equivocó” en ciertas conclusiones, dicen, fue por falta de acceso a documentos y no porque su método tuviese fallas. Hay hasta quien se aventura a señalar como “evidente” que si hoy en día Herculano pudiera re-examinar su obra, apoyado en los numerosos documentos todavía inexistentes en su tiempo y que entonces le fue imposible consultar, sus ideas serían otras pero su método permanecería idéntico.³⁷

Evidentemente, argumentos como este último resultan un tanto difíciles de sostener. Su formulación sólo es posible cuando se separan cuestiones que se encuentran por naturaleza implicadas en la práctica historiográfica. Bien se sabe que desde la selección del objeto de

Serrão, *op. cit.*, p. 212. *Cfr.*, Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, pp. 99-106. *Cfr.*, José Mattoso, *op. cit.*, pp. XXI-XXXVIII. *Cfr.*, José-Augusto França, *O Romantismo em Portugal. Estudo de Factos Socioculturais*, trad. Francisco Bronze, Livros Horizonte, 1875-1977, vol. I, pp. 302-304. *Cfr.*, Mário Júlio de Almeida Costa, “Significado de Alexandre Herculano na Evolução da Historiografia Jurídica”, *A Historiografia Portuguesa de Herculano a 1950: Actas do Colóquio*, Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1978, p. 236. *Cfr.*, Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino*, pp. 27-31.

³⁴ *Cfr.*, Maria do Rosário Cunha, *op. cit.*, p. 133. *Cfr.*, João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 295-297. *Cfr.*, Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 42-46. *Cfr.*, Carlos Reis, “Herculano e a Ficção Romântica”, pp. 110-112. *Cfr.* António Machado Pires y Maria Helena Santana, *op. cit.*, pp. 43-44.

³⁵ *Cfr.*, António Machado Pires, *op. cit.*, p. 22. *Cfr.*, Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, p. 104. *Cfr.*, Fernando de Almeida “As Origens do Povo Português e Alexandre Herculano”, in *Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo: Ciclo de Conferências*, p. 141.

³⁶ Humberto Baquero Moreno, “Herculano e a História de Portugal”, in *Herculano e a sua obra. Ciclo de conferências promovido pelo Instituto Cultural do Porto, no Centenário da Morte de Alexandre Herculano*, Porto, Fundação Eng. António de Almeida, 1978, pp. 14-15.

³⁷ Fernando de Almeida, “As Origens do Povo Português e Alexandre Herculano”, in *Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo*, pp. 164-165.

estudio, hasta la discriminación de las fuentes y la manera de explicar los hechos contruidos a partir de ellas, todos estos procesos del pensamiento histórico están relacionados con los principios, ya no se diga epistemológicos y metodológicos del historiador, lo cual resulta obvio, sino que están también implicados con sus preconcepciones ideológicas, estéticas y ontológicas.³⁸ No obstante, para el caso de la obra de Herculano, hay quienes piensan que es factible, por ejemplo, incorporar “nuevos datos” a los relatos contruidos por el historiador, sin por ello alterar sus formas y significados. Como si fuera posible, tal y como lo plantea Jorge Borges de Macedo, “completar” los datos y “reformular” las hipótesis de una obra como la *Historia das Origens da Inquisição em Portugal*, y al mismo tiempo “conservar la secuencia esquemática definida en la «tentativa histórica»”.³⁹ Empero, lo interesante de reconocer el absurdo de esta posición, estriba en la oportunidad que ofrece para discernir que, implícito al “método científico-crítico” desarrollado por el historiador portugués, existe un elemento de su conciencia histórica que podría ayudar a comprender –y quizá de manera más radical– la vitalidad de sus obras literarias e historiográficas. Si se pone cuidadosa atención en la prescriptiva de Borges de Macedo, en su alegato a favor de “completar” y “continuar” las investigaciones iniciadas por la *História de Portugal* o la *Historia da Origem da Inquisição em Portugal*, pero “conservando” la “secuencia esquemática” trazada por su autor, bien pronto se comprenderá que ese “esquema” cuya preservación se solicita no es otra cosa que la filosofía de la historia planteada por Herculano.

El sentido de la historia

Se ha asegurado con frecuencia que Herculano completó la obra de destrucción de los mitos fundadores de la historia portuguesa emprendida por eruditos como Frei António de Brandão

³⁸ En el ámbito de la historia de la historiografía portuguesa, desde Albin Beau hay un empeño por separar lo metodológico de lo religioso o lo ideológico en el pensamiento de Herculano. Se dice, por ejemplo, que el respeto religioso del autor por los elementos ideales, trascendentales y eternos de la historia, y por las realizaciones temporales de estos elementos, nada tiene que ver con el método crítico empleado en su historiografía. Cfr., Albin Beau, *Estudos. Vol. II*, pp. 218-219.

³⁹ Cfr., Jorge Borges de Macedo, “Introdução”, in Alexandre Herculano, *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, revisão de Vitorino Nemésio, introdução de Jorge Borges Macedo, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1975, pp. CXXXIII-CXXXIV. Cfr., António Brásio, “Ainda e sempre o Problema de Ourique”, in *Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo*, pp. 35-48. Cfr., José Augusto França, “A Arte Medieval Portuguesa na Visão de Herculano”, in *Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo*, p. 49. Cfr., Humberto Baquero Moreno, “Herculano e a História social e económica”, in *Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo*, pp. 179-184. Cfr., António Dias Farinha “A Civilização Árabe na Obra de Herculano”, in *Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo*, p. 68.

—autor de la tercera parte de la *Monarquia Lusitana* (1632)—, Francisco Freire de Melo —autor de *Cortes de Lamego Fuzeladas* (1834)— y Coelho da Rocha —autor del *Exame Crítico das Cortes de Lamego* (1841). Ahora, aunque es sobradamente reconocida la anterioridad de estos juicios, no aparece claro por qué los defensores decimonónicos de las raíces divina y contractualista de la monarquía portuguesa, los llamados “tradicionalistas,”⁴⁰ reaccionaron con virulencia contra el autor de la *História de Portugal* y no así contra los iniciadores de la polémica en torno a las cuestiones del milagro de Ourique y de las Cortes de Lamego.⁴¹ Una explicación de este fenómeno podría ser que las obras de António Brandão, Freire de Melo y Coelho da Rocha fueron consideradas inocuas para la interpretación general de la historia del *Ancien Régime* portugués; y esto porque, a pesar de su incredulidad con respecto a la intervención de la divinidad en la Batalla de Ourique, o de su escepticismo en relación a una supuesta asamblea de nobles, clérigos y populares portugalenses que eligieron y aclamaron a Afonso Henriques como su primer rey, ninguno de ellos habría construido una interpretación inédita sobre el origen y el destino de Portugal. La tercera parte de la *Monarquía Lusitana* de Brandão, por ejemplo, era una narrativa que buscaba fundamentar la restauración de la monarquía absolutista portuguesa de 1640, ahora bajo el escudo de armas de la dinastía Bragança. Por su parte, los opúsculos de Freire de Melo y de Coelho da Rocha, aunque implícitamente cuestionaban la legitimidad del absolutismo monárquico,⁴² eran un par de discusiones eruditas que no intentaban ir más allá del objetivo particular de refutar el acaecimiento de un hecho —las Cortes de Lamego— en base a la negación de la autenticidad de ciertos documentos. Herculano, en cambio, a través de sus poemas, novelas y libros de historia, él sí construyó algo que puso en peligro a la cosmovisión absolutista. Con todo el poder ideológico implicado por el acto de contar una historia, el autor de *A Voz do Profeta*, *O Bobo*, *Eurico o Presbítero*, la *Historia de Portugal* y la *Historia da Origem da Inquisição em Portugal* creó una interpretación revolucionaria sobre el pasado, el presente y el futuro

⁴⁰ El movimiento contra-revolucionario o “tradicionalista” portugués consistió en la defensa de un orden político fundado en una supuesta tradición histórica, en oposición a las tendencias innovadoras del movimiento liberal que pretendía crear una nueva organización de la sociedad, o insertar en la vieja organización, nuevos principios. El “tradicionalismo” pretendió cimentar el absolutismo regio atacado por los liberales, fortalecer la jerarquía social frente a la “igualdad” social reclamada por los liberales, y defender el catolicismo integral frente al ataque protestante a la ortodoxia. *Cfr.*, Luís Reis Torgal, *Tradicionalismo e Contra-revolução. O Pensamento e a Acção de José da Gama e Castro*, Coimbra, Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, Publicações do Seminário de Cultura Portuguesa, 1973, p. 1.

⁴¹ *Cfr.*, Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 72-74.

⁴² *Idem.*

de Portugal. En pocas palabras, Herculano formuló un nuevo “mito”,⁴³ o mejor dicho, una “filosofía de la historia”: una que narra la marcha del pueblo portugués, de la clase media, en pos de la libertad –libertad que sería ganada en la lucha con las clases aristocráticas y la monarquía absoluta.

Cabe reconocer que no es ninguna novedad señalar que en el pensamiento histórico de Herculano existe una “filosofía de la historia”, una interpretación general de la historia portuguesa que comprende a los acontecimientos como guiados por un principio que los encamina hacia un fin.⁴⁴ No obstante, entre todos los interesados en el tema, tal parece que sólo el medievalista Humberto Baquero Moreno notó con perspicacia que la “filosofía de la historia” del autor, su concepción de la historia como “lucha del pueblo portugués por alcanzar los derechos fundamentales” a través de las “instituciones municipales”, era “la causa principal de la resistencia temporal de su obra”, de su “permanencia” como “un mensaje paradigmático” que “compromete al ciudadano portugués con el sentimiento colectivo de la grey, de la que forma parte, y a la cual se encuentra indisolublemente ligado a través de las raíces multiseculares de la esencia de la nacionalidad”.⁴⁵ Ahora, que de tantos interesados en el pensamiento histórico de Herculano sólo uno haya subrayado la relevancia de su filosofía de la historia, más que un acierto podría ser indicativo de un error de apreciación. Pues, ¿cómo fincar la razón misma de la vitalidad de su obra sobre un asunto en realidad bien poco concienciado? Una posible solución para esta paradoja podría encontrarse al considerar que con la filosofía de la historia de Herculano –en tanto que narrativa de la

⁴³ Cfr. Eduardo Lourenço, *O Labirinto da Saudade*, p. 85. Cfr., Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino*, p. 31. Entiendo aquí “mito” a la manera propuesta por Northrop Frye en su libro *The Secular Scripture*. El crítico canadiense definió al “mito” como un relato considerado “real” por una sociedad o cultura verbal, no obstante su carácter imaginativo, y que se ubica en el centro de la misma. Se trata de un relato que ilustra las preocupaciones fundamentales de una sociedad: su origen, su religión, sus leyes, su estructura social, su historia, su futuro. Frye considera que las historias nacionales pueden ser consideradas bajo esta particular definición de “mito”. Cfr., Northrop Frye, *The Secular Scripture. A Study of the Structure of Romance*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1976, pp. 6-8.

⁴⁴ Cfr. Albin Eduard Beau, *op. cit.*, pp. 185-186. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 82. Cfr., Vitorino Magalhães Godinho, *op. cit.*, p. 75. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, p. 91. Cfr., José-Augusto França, *op. cit.*, pp. 302-304. Cfr., Mário Júlio de Almeida Costa, *op. cit.*, p. 236. Cfr., Joaquim Barradas de Carvalho, “A explicação de Portugal de Alexandre Herculano”, in *Estética do Romantismo em Portugal. Primeiro Colóquio*, pp. 6-8. Cfr., Joaquim Barradas de Carvalho, *As ideias políticas e sociais de Alexandre Herculano*, p. 76. De hecho, hay incluso quien afirma –de manera poco acertada– que, por el hecho de haber desarrollado una filosofía de la historia con elementos providencialistas, “no hay pensamiento histórico moderno en el primer historiador portugués”. Cfr., António José Saraiva, *Herculano e o liberalismo em Portugal*, p. 94. Cfr., Alexandre Herculano, “Carta a Oliveira Martins, Val-de-Lobos, 25 de Dezembro de 1872”, *Cartas*, vol. I, pp. 228-229.

⁴⁵ Humberto Baquero Moreno, *op. cit.*, pp. 20-21.

historia de Portugal– sucede aquello que Arthur C. Danto y Harold Bloom afirmaron respecto a los grandes trabajos literarios y a las grandes representaciones artísticas en general: que la originalidad de los mismos radica en una extrañeza que nos absorbe, nos contiene y nos ciega para reconocer sus componentes idiosincrásicos, en la medida en que esa extrañeza se convierte en algo dado, en algo aparentemente familiar en lo cual estamos inmersos.⁴⁶

Como defensa de esta última hipótesis, conviene hacer algunas reflexiones sobre la actitud que la crítica ha asumido frente a uno de los elementos del pensamiento histórico de Herculano que se encuentra directamente relacionado con el asunto de su filosofía de la historia. Se trata del concepto herculaniano de la historia como “ciencia de aplicación” o como “maestra del futuro” –tema que será abordado con mayor detenimiento en el capítulo cuarto de esta investigación. Ya sea que los críticos consideren desafortunada la pretensión del autor de hacer que la historia sirviera a los intereses de su propio tiempo, pues “confundía al pasado y al presente (y también al futuro, para el cual lanzaba miradas proféticas) en una misma visión apasionada de justiciero” –es éste el parecer de José Augusto França y de Borges de Macedo;⁴⁷ o que, en cambio, guarden especial admiración por la posición de un poeta, novelista e historiador que no se conformó con una “fuga nostálgica del presente desastroso”, sino que encaró al pasado con un “propósito actualista”, con la finalidad de “corregir e iluminar el presente y el futuro” –tal y como afirman Albin Beau, Fernando Catroga, Carlos Reis y Joaquim Barradas de Carvalho;⁴⁸ lo cierto es que la mayor parte de ellos ha sido consciente de la íntima relación entre el pasado, el presente y el futuro que Herculano configuró en cada una de sus obras. Con todo, ninguno de esos críticos se cuestionó por las condiciones de posibilidad de dicha relación. Nadie discernió, por ejemplo, que la propuesta herculaniana de estudio del pasado como una herramienta útil a la sociedad portuguesa del presente y del futuro –la historia como “ciencia de aplicación”–, únicamente

⁴⁶ Cfr., Arthur C. Danto, *La transfiguración del lugar común. Una filosofía del arte*, trad. Ángel y Aurora Mollá Román, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 292-296. Cfr., Harold Bloom, *The Western Canon. The Books and School of the Ages*, New York, Harcourt Brace & Company, 1994, pp. 4-25.

⁴⁷ França, José-Augusto, *op. cit.*, p. 306. Cfr., Jorge Borges de Macedo, *op. cit.*, p. CXI.

⁴⁸ Cfr. Albin Eduard Beau, *op. cit.*, pp. 139-140. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 47. Cfr., Carlos Reis, “Herculano e a ficção romântica”, pp. 109-110. Cfr., Joaquim Barradas de Carvalho, “A explicação de Portugal de Alexandre Herculano”, pp. 1-2 y 8. Cfr., Vitorino Magalhães Godinho, *op. cit.*, pp. 27-44. Cfr., Jacinto do Prado Coelho, *op. cit.*, p. 107. Cfr., António Machado Pires *op. cit.*, p. 22. Cfr., Joaquim Barradas de Carvalho, *As ideias políticas e sociais de Alexandre Herculano*, p. 72. Cfr., Luís A. De Oliveira Ramos, “Herculano, o liberalismo, a democracia e o socialismo”, in *Herculano e a sua obra. Ciclo de conferências promovido pelo Instituto Cultural do Porto, no Centenário da Morte de Alexandre Herculano*, p. 79. Cfr., Francisco Caeiro, *op. cit.*, p. 63. Cfr., José-Augusto França, *op. cit.*, p. 308.

podía ser sostenida por un pensamiento que considerara al porvenir como un problema y no como algo esencialmente idéntico al pasado; en otras palabras, que ese concepto de historia sólo podía ser asequible para una conciencia filosófica de la historia –inédita en el contexto intelectual portugués de mediados del siglo XIX– que buscara en el pasado la revelación de un principio que diera sentido y guiara a las acciones, únicas e imprevisibles, presentes y futuras, de una sociedad.⁴⁹

Cabría, entonces, plantear que esta inadvertencia de parte de la crítica obedece, quizá, a que esta última se encuentra todavía “contenida” y “cegada” –como dirían Danto y Bloom– por el mito configurado por Herculano hace más de ciento cincuenta años, situación que le impediría observar y ser consciente de los presupuestos ontológicos del mismo. No parece inverosímil pensar que, tan “familiar” y “dada” se ha vuelto esta filosofía de la historia, tan entrañable por su capacidad para dar sentido al mundo en que aún viven los escritores portugueses, que algunos de ellos se han aventurado a afirmar, no sólo como factible, sino como deseable, la idea de insertar los descubrimientos de la disciplina histórica en esa misma interpretación general de la historia de Portugal. De ser esto cierto, bien podría sostenerse – y eso es, precisamente, lo que se intentará demostrar a partir de este momento– que la vigencia de los poemas, novelas y libros de historia de Herculano estriba en la efectividad de su narrativa para familiarizar la realidad inédita, desconcertante, y aún imperante, que emanó de la conmoción política, económica, social y cultural originada por el ciclo revolucionario portugués de la primera mitad del siglo XIX.

⁴⁹ Tal y como dice Karl Löwith, el futuro se convirtió en un asunto problemático y angustiante para el hombre Occidental sólo en la medida en que ese hombre se volvió cristiano y abandonó la idea griega de la identidad esencial del pasado, el presente y el futuro humanos –la concepción del hombre como destinado a describir, también en la esfera de la política y de lo social, los ciclos de ascenso y descenso del mundo natural. La filosofía de la historia, heredera del cristianismo, asume al futuro como esencialmente distinto del pasado, al tiempo que considera que este último revela las líneas de desarrollo del presente y del futuro. *Cfr.*, Karl Löwith, *Meaning in History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1949, pp. 1-19.

II. NOVUS ORDO SECLORUM

Desde las fases iniciales de su carrera intelectual, y al igual que muchos otros precursores de corrientes de pensamiento, Herculano manifestó sobrada conciencia en relación a la revolución cultural que emprendía. Este hecho no ameritaría una mención particular si el autor no hubiese sido suficientemente lúcido para entrever que las innovaciones estéticas, epistemológicas y éticas que, en el ámbito cultural portugués, él y sus contemporáneos estaban ensayando, se correspondían con las transformaciones político-sociales que habían sobrevenido al país desde inicios del siglo XIX –“La revolución literaria que la generación actual intentó y concluyó, no fue instinto: fue el resultado de largas y profundas cogitaciones; vino con las revoluciones sociales, y se explica por el mismo pensamiento de éstas”.¹ El presente capítulo tiene como objetivo principal demostrar la pertinencia de este juicio. Observando, de entrada, que uno de los elementos fundamentales de dicha “revolución literaria” fue la asunción, por parte de este autor, de un innovador punto de vista histórico con respecto a la realidad portuguesa –“Diremos sólo que somos románticos, queriendo que los portugueses vuelvan a una literatura suya [...] que amen a la patria ya en su poesía: *que aprovechen nuestros tiempos históricos*”–,² se pretende verificar que el fenómeno del nacimiento de ese punto de vista sólo comienza a ser inteligible cuando se le observa integrado al proceso de las revoluciones políticas y sociales que convulsionaron Portugal durante las décadas de veinte y treinta del siglo XIX.³

¹ Alexandre Herculano, “Elogio histórico de Sebastião Xavier Botelho [1842]”, in *Opúsculos. Vol. IX*, Lisboa, Viuva Bertrand & C^a, 1907, pp. 209-210. La obra de Herculano no se encuentra traducida al castellano. Todas las citas de su obra serán traducciones mías.

² Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade [Repositório Literário, 1835]”, in *Opúsculos IX*, pp. 68-69. Las cursivas son mías.

³ Esta interpretación de la relación entre la idea de la historia de Herculano y la realidad político-social de su momento siguió muy de cerca la teoría de la *Weltanschauung* de Karl Mannheim. Según refiere el sociólogo húngaro, el pensamiento completo de un individuo –en el cual se incluyen su aparato conceptual y su sistema de ideas (por ejemplo, sus ideas sobre la historia), pero también sus juicios y opiniones– debe ser comprendido a la luz de la situación de vida –el medio social– desde la cual se expresa. Mannheim tendría a los sistemas de pensamiento como una función de la situación de vida del que piensa. *Cfr.*, Karl Mannheim, *Ideology and Utopia, Ideology and Utopia. An Introduction to Sociology of Knowledge*, translated from German by Louis Wirth and Edward Shils, New York, Harvest Book-Harcourt, Inc., 1936, pp. 56-57.

Una revolución, dos experiencias

Si bien ya en algunos de sus ensayos de 1835 Herculano dio muestras de su interés por los temas históricos –v.gr. sus declaraciones en “Poesia. Imitação – Bello – Unidade” (1835) a favor de un regreso de la literatura portuguesa a la fuente de la “mitología nacional”–, *A Voz do Profeta* (1836) fue el primer texto en que asumió, *de facto*, aquello que es posible clasificar como una perspectiva histórica moderna en el más amplio sentido del término, esto es, una forma de pensamiento que da sentido al presente y al futuro de una sociedad a través del recuento del pasado de la misma.⁴ Como se verá a lo largo de este capítulo, todo parece indicar que tal perspectiva surgió como una respuesta explícita a lo acontecido en Portugal en 1836. En el proceso entero de la Revolución liberal portuguesa –enmarcado entre el estallido del movimiento Regenerador el 24 de agosto de 1820, y la segunda y última restauración de la Carta Constitucional el 10 de junio de 1842–,⁵ ninguno de sus episodios fue tan radical, lo mismo en su acontecer que en sus consecuencias, como el que se conoce bajo el rótulo de “Revolución de septiembre de 1836”. Por primera vez en la historia de Portugal sucedió que los sectores populares de Lisboa respondieron al llamado de las clases medias para instaurar en el país un régimen liberal-democrático.⁶ Independientemente del éxito o del fracaso de los objetivos de esta alianza –un día después del triunfo revolucionario (10 de septiembre de 1836) sus líderes asumieron una posición conservadora que tuvo por finalidad neutralizar las prerrogativas democráticas de la pequeña burguesía y de la plebe lisboetas–,⁷ su mero acaecimiento reveló el inevitable comienzo de una nueva era en Portugal: una en que el pueblo surgía como personaje clave de la vida política portuguesa. *A Voz do Profeta*, y, de hecho, la totalidad de la obra literaria e historiográfica que Herculano produjo a partir de 1836, derivó de su reconocimiento del surgimiento de ese mundo nuevo. A lo largo de dicha obra, y por medio de una interpretación histórica de la realidad

⁴ Cfr., Johann Huizinga, “Definición del concepto de Historia”, en Johan Huizinga, *El concepto de la historia y otros ensayos*, trad. Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 97. En el capítulo IV se precisarán los rasgos particulares de esa perspectiva histórica.

⁵ Cfr., Isabel Nobre Vargues, “O Processo de Formação do Primeiro Movimento Liberal: A Revolução de 1820”, in José Mattoso (dir.), *Historia de Portugal*, coords. Luís Reis Torgal e João Lourenço Roque, Lisboa, Editorial Estampa, 1998, vol. V, p. 51. Cfr., Maria Manuela Tavares Ribeiro, “A Restauração da Carta Constitucional: Cabralismo e Anticabralismo”, in José Mattoso (dir.), *Historia de Portugal. Quinto Volume*, p. 91.

⁶ Cfr., Victor de Sá, *A Revolução de Setembro de 1836*, 3ra ed., Lisboa, Livros Horizonte, 1978, pp. 41-42.

⁷ *Ibid.*, pp. 56-57.

portuguesa, el autor pretendió justificar y dar dirección al advenimiento del pueblo a la escena política nacional.

Una de las cuestiones más interesantes que se presentan cuando se investiga la eclosión de la conciencia histórica en la inteligencia de Herculano, es aquella que pregunta por las circunstancias que favorecieron su ocurrencia. Hechos tales como la educación que el personaje recibió durante su infancia de parte de los Padres de la Congregación del Oratorio –reconocidos en el Portugal de comienzos del siglo XIX a causa de su inclinación hacia los estudios empíricos;⁸ las lecturas juveniles que realizó de las obras de historiadores y literatos contemporáneos ingleses, alemanes y franceses –Walter Scott, Lord Byron, Schiller, Klopstock, Savigny, Ranke, Schaefer, Victor Hugo, Alfred de Vigny, Tocqueville, Guizot y Thierry, entre otros;⁹ o su asistencia a la cátedra de Ortografía Diplomática impartida por el erudito João Pedro Ribeiro (1758-1839) en el Archivo Real da Torre do Tombo (1830-1831);¹⁰ todos merecen ser considerados como factores de enorme relevancia en la estructuración de sus facultades histórico-críticas. No obstante, lo cierto es que ninguna de esas situaciones explica por qué esa perspectiva histórica apareció en el pensamiento de Herculano hasta 1836, y no antes; ni tampoco hacen inteligible por qué esa perspectiva fue tan diferente de la que desarrollaron otros intelectuales portugueses contemporáneos suyos. Esta última constatación sugiere que, para comprender a profundidad la particular configuración de la conciencia histórica de Herculano, quizá haga falta tener en mayor consideración su experiencia de los sucesos de 1836, condicionada por el ideario político que sostenía por entonces. Para comprobar esta hipótesis será necesario comparar su caso con el del personaje de mayor relevancia en el ámbito cultural portugués del momento, su amigo y colega João Baptista de Almeida Garrett (1799-1854).

A pesar de que la crítica le ha calificado como un escritor poco dotado para el manejo documental y para “la comprensión del pasado en sus propios términos”,¹¹ Garrett manifestó un agudo sentido histórico en sus *Viagens na Minha Terra* (1846) –considerada por muchos su obra cumbre. La crítica a su pasado reciente que se observa en ese libro y que en algunos

⁸ Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa. Doutrina e Crítica*, Lisboa, Editorial Verbo, 1972, vol. III, pp. 190-191.

⁹ Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, pp. 301-320 y pp. 456-507.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 335-337.

¹¹ Cfr., João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 285-286. Cfr., Maria de Lourdes Belchior, *op. cit.*, pp. 199-215. Cfr., Herâni Cidade, *op. cit.*, p. 49. Cfr. Harry Bernstein, *op. cit.*, p. 137.

de sus puntos es semejante a la que se deja ver en *A Voz do Profeta*, apareció, sin embargo, con siete años de atraso en relación a este último texto –algunos episodios de los *Viagens* fueron publicados entre 1843 y 1845 en la *Revista Universal Lisbonense*, y el volumen completo sólo vio la luz en 1846.¹² Esta diferencia relativa al momento de adquisición de una perspectiva histórica por parte de estos dos escritores, si bien podría ser atribuida a las discrepancias en el proceso educativo de uno y de otro –aleccionado por jesuitas, Garrett, a diferencia de Herculano, no tuvo una formación crítica, sino una educación fundada en la escolástica y en las humanidades clásicas (gramática latina, literatura latina y retórica latina)–,¹³ encuentra una explicación más verosímil en la distinta actitud política que cada uno de ellos asumió frente a la Revolución de 1836.

Aunque, en principio, Garrett y Herculano formaron parte del mismo universo ideológico comúnmente conocido como “liberalismo portugués”, es preciso señalar que, en el conflicto intra-liberal que constituyó el núcleo de la Revolución de 1836, el primero perteneció a la facción vencedora, mientras el segundo a la vencida. Garrett, se sabe, fue partidario de los principios democráticos que triunfaron de manera provisoria con el movimiento revolucionario,¹⁴ al tiempo que Herculano fue uno de los mayores detractores de esos principios. Los productos intelectuales de estos dos escritores reflejan esa toma de

¹² *Cfr.*, Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *op. cit.*, p. 62

¹³ *Cfr.*, Carlos Reis e Maria da Natividade Pires, *op. cit.*, pp. 55-56. *Cfr.*, António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, pp. 115-116.

¹⁴ Véase, por ejemplo, este discurso optimista de Garrett pronunciado frente a las Cortes Constituyentes de 1837: “Portugueses, recordemos que ésta no es la guerra de un partido contra otro partido. Si tal fuera, tan criminales seríamos unos como otros. De nuestra parte está la Nación, como ella apareció en agosto de 1820, como ella se mostró en septiembre, y más decididamente en noviembre de 1836, unida, unánime, invencible [...]”

Procedamos como Nación. El desorden es para las facciones. Los grandes movimientos nacionales son gravemente solemnes y ordenados, fuertes en su unidad, invencibles por la regularidad con que marcharon.”

La Nación está armada; y las poblaciones de Lisboa y Porto, que triunfaron de los ochenta mil soldados de Don Miguel, basta que se muestren a ese puñado de rebeldes para disiparlos.”

Salgamos al campo, que ni combatir será preciso. Pero salgamos con orden; que no vamos a caer en el lazo que los enemigos extranjeros y domésticos nos están armando. Así, y para los mismos fines, arrojaron a Francia a los horrores de aquella sorprendente revolución, en que la Libertad se ahogó en el mismo abismo de sangre donde surgió el despotismo.”

Conciudadanos, vuestros representantes merecen vuestra confianza. Descansen el ánimo: ellos velan en el depósito sagrado que les confiásteis. Moriremos, si es necesario, defendiéndolo; pero en cuanto viviéramos, la libertad de los Portugueses, las prerrogativas del Trono, de su Reina, la Monarquía Constitucional y Representativa, cual nos la entregó el Pueblo, no ha de ser tocada por manos profanas.” *Cfr.*, João Baptista da Silva Leitão de Almeida Garrett, “Manifesto das Cortes Constituintes à Nação Portuguesa em 22 de Agosto de 1837”, in João Baptista da Silva Leitão de Almeida Garrett, *Escreptos Diversos*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1876, pp. 158 -160. Las cursivas son mías.

posición, y, lo que es más interesante, parecen dar cuenta de aquello que Reinhart Koselleck afirmó en relación a los diferentes tipos de historiografía producidos por los vencedores y los vencidos en los conflictos político-sociales.

Koselleck argumenta que “a corto plazo la historia la hacen los vencedores”. La historia escrita por aquellos que triunfan en los conflictos socio-políticos, afirma, “está construida sobre el corto plazo, se concentra sobre aquella cadena de acontecimientos que, gracias a su acción, les han proporcionado la victoria”. El vencedor no busca explicaciones trascendentes a su propia acción, ya que sabe que ha sido ésta que le ha llevado a modificar la historia a su gusto y beneficio.¹⁵ Este tipo de interpretación histórica de “corto plazo” es evidente, por ejemplo, en el pensamiento de Garrett de la década de 1840. Como consecuencia directa de sus simpatías por el liberalismo democrático victorioso en 1836, alguien seguro como él del papel que había representado en el advenimiento de la nueva realidad política y social, no podía sino concentrarse en la cadena de acciones inmediata que había posibilitado su triunfo –y esto muy a pesar de que, ya en 1846, Garret fuera consciente de las consecuencias desastrosas de la revolución. De ahí se explica, por ejemplo, que en una obra como *Viagens na Minha Terra*, su autor se haya restringido a explorar sólo las causas recientes –casi siempre remontadas a algunos años, y sólo en ciertas ocasiones a poco más de un siglo– de la situación vigente en su momento:

Santarém es un libro de piedra en que la más interesante y más poética parte de nuestras crónicas está escrita. Rico de iluminaciones, de recortes, de juegos florales, de imágenes, de arabescos y arreglos primorosos, el libro era el más bello y precioso de Portugal. Encuadernado en esmalte de verde y plata por el Tajo y por sus riberas, cerrado en broches de bronce por sus fuertes murallas góticas, el magnífico libro debía durar para siempre mientras la mano del Creador no se extendiese para apagar las memorias de la criatura.

Pero esta Nínive no fue destruida, esta Pompeya no fue sumergida por ninguna catástrofe grandiosa. El pueblo de cuya historia ella es el libro, todavía existe; pero ese pueblo volvió a la infancia, le dieron el libro para jugar, lo rasgó, lo mutiló, le arrancó hoja por hoja, e hizo cometas y muñecas, hizo caperuzas con ellas.

No se describe de otra forma lo que esta gente llamada gobierno, llamada administración, está haciendo y dejando hacer hace más de un siglo en Santarém.

Las ruinas del tiempo son tristes pero bellas, las que las revoluciones traen quedan marcadas con el cuño solemne de la historia. Pero las brutas degradaciones y las más brutas reparaciones de la ignorancia, los mezquinos conciertos del arte parásito, esos profanan, quitan todo el prestigio.¹⁶

¹⁵ Cfr., Reinhart Koselleck, *op. cit.*, pp. 82-83.

¹⁶ Almeida Garrett, *Viagens na Minha Terra*, Porto, Porto Editora, 2016, p. 176. Las cursivas son mías.

En contraste, a causa de haber experimentado los eventos revolucionarios con evidente desafecto, ya desde 1836, Herculano fue capaz de enfocarlos desde la distancia. Este fenómeno es posible explicarlo recurriendo de nuevo a Koselleck. Desde el punto de vista de este teórico, son “los vencidos” quienes tienen la capacidad para emprender “reinterpretaciones del pasado a largo plazo”. “Tematizar” las razones del “cambio estructural” que afectó sus vidas, indagar en “las tendencias a largo plazo”, las cuales “terminan sustrayéndose de su disposición”, es el interés fundamental de los vencidos. Su reflexión histórica da la impresión de estar impulsada por la necesidad “justificativa” de “explicar por qué todo ha sucedido de otra manera y no como lo habían pensado”, por la “búsqueda para comprender, y tal vez explicar, a largo plazo los motivos de su actual sorpresa”.¹⁷ Esa parece ser la situación de Herculano. Su aptitud para reconocer que en 1836 se había efectuado un cambio estructural en la vida política y social portuguesa, además de su aguda conciencia para percibir que las cosas habían salido de manera distinta a como las había esperado, le encaminaron a explorar, simultáneamente, las causas profundas que habían posibilitado este cambio y sus consecuencias a largo plazo. No extraña, pues, que para tratar de comprender la nueva realidad gestada en la tercera década del siglo XIX, ya en las páginas de *A Voz do Profeta* apareciese su primer intento de abordar la historia entera de Portugal, desde la Edad Media hasta su propio tiempo:

De hiel y de trabajo me cercó el Señor. Ésta es una de sus visiones, que él me envió en espíritu.

En un campo extensísimo estaba yo, y se me cargaba el corazón, como traspasado del frío del terror. Era al caer de las tinieblas.

Había por ahí sepulcros, pero sepulcros semejantes a dorsos de montañas [...]

El sitio en que yo estaba era el cementerio de las naciones y de los siglos [...]

Allá estaba también el monumento de nuestra patria.

En él reposaban los cadáveres de muchos siglos.

Y la historia de cada uno de estos se leía en la cara de la piedra, escrita por la mano del arcángel que velaba el sepulcro y que forcejaba por sostener la loza, que ya pendía, como para cubrirles la luz.

Y esta era la leyenda sepulcral:

Dios escogió para sí una nación del extremo occidente, y la bendición del Altísimo descendió sobre la cuna de ella.

Y pasó glorioso el primer siglo de su existencia, rico de combates y victorias: él heredó al siguiente la cruz plantada en los chapiteles de las mezquitas, y una raza valiente y virtuosa, que defendiese la tierra conquistada.

¹⁷ Cfr., Reinhardt Koselleck, *op. cit.*, pp. 82-83.

De incremento y prosperidad fue el segundo siglo; y aunque ahí hubiese días de turbación, el pueblo creció; porque el Señor los bendecía.

Y en la tercera era sonó en país extraño una voz que hablaba de servidumbre. El pueblo portugués lanzó mano de la espada y de la lanza, y en veinte combates probó su independencia, y que el Dios de los ejércitos había sido el Dios de sus padres.

Y en la cuarta era llegó a la edad viril de la república: su estatura se asemejaba a la de un gigante, sus brazos a los de un atleta.

Y en la quinta ella extendió la mano para el Oriente, y aferrando centenares de pueblos, los metió debajo de sus pies.

Entonces se cometieron crímenes, la corrupción se extendió, y el rostro del Señor se turbó.

Aquí en la inscripción seguía sólo un nombre de poeta, y después una larga beta negra. Esta significaba que de la infamia y servidumbre había sido la sexta edad de la república.

La inscripción tumular proseguía:

Surgió un día el pueblo, y quebrando los grilletes que tiranos extraños le habían lanzado, alcanzó de nuevo su espada olvidada, y combatió casi un siglo.

Y recobró su independencia, pero no la libertad.

De aquí en adelante, hablaba el letrado de existencia y de largos años; pero de existencia sin gloria, y de años semejantes sólo a la decrepitud de hombre que fue robusto.

Y había guerras y victorias y leyes: pero las victorias coronaban al general y no al soldado, porque el soldado era siervo: las leyes eran quizá justas, pero descendían del trono de los reyes sin la sanción popular, y el pueblo doblaba la rodilla.

Y esto era impío. El siervo que acepta serlo es sólo medio cristiano. Del evangelio deriva la libertad, como condición indispensable del hombre, responsable por sus actos frente a Dios. La libertad puede desprenderse del evangelio; no separarse de él.

Después se leía el nombre de un rey; y este nombre era grande y honrado, como el de los antiguos reyes portugueses, y su historia estaba escrita en el monumento de la eternidad. Después seguían algunas palabras de esperanza.

Y de ahí en adelante la piedra estaba en blanco; porque la octava era de la república todavía no había adormecido junto del umbral del pasado.¹⁸

Las dos diferentes clases de conciencia histórica asumidas por Garrett y Herculano – una que intenta explicar la realidad del presente a través de los acontecimientos del pasado inmediato; otra que se remite al pasado distante para encontrar las causas y las consecuencias de los hechos del presente– se advierten condicionadas por las maneras distintas en que cada uno experimentó la Revolución de 1836. A su vez, las formas diversas de vivir esa coyuntura político-social parecen estar subordinadas a la posición política que cada uno de ellos asumió frente a ella. Así, para poder comprender de manera más profunda la serie de factores existenciales que originaron en Herculano esa forma particular de concebir las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro de Portugal, resultará indispensable conocer a fondo su actitud política a inicios de la década de 1830. Para empezar, será necesario matizar la

¹⁸ Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, Lisboa, Viuva Bertrand & C^a, 1873, pp. 99-103.

habitual clasificación del joven Herculano como un liberal puro.¹⁹ Lograr esto implica integrar a este personaje en el complejo contexto ideológico de la primera mitad del siglo XIX portugués. En ese entorno –como probablemente sucedió en toda Europa occidental– jamás existió algo así como un liberalismo homogéneo. Haciendo un enorme ejercicio de abstracción, es factible decir que en aquellos años fundacionales había en Portugal dos tipos de liberalismo bien diferenciados, el “vintista” y el “cartista”. Herculano, desde fecha muy temprana, se inclinó hacia uno de ellos: el cartismo.

Vintismo y cartismo

Los principios fundamentales del liberalismo “vintista”, los cuales fueron retomados en su mayor parte por los revolucionarios de 1836 –y entre estos últimos se encontraba Garrett–, tuvieron su origen en la llamada “Revolución” o “Regeneración” portuguesa de 1820.²⁰ Bajo el liderazgo de la llamada “Junta de Porto”, integrada por miembros de la media y pequeña burguesía portuense como Manuel Fernandes Tomás (1771-1822), José da Silva Carvalho (1782-1856) y José Ferreira Borges (1786-1838), la Revolución “vintista” logró, por un lado, el desplome de la tutela política ejercida por la Corona inglesa sobre el Consejo de Regencia del Reino de Portugal –el cual gobernaba absolutamente el país desde la partida de la Corte de João VI (1767-1826) hacia Brasil en 1807, esto a causa de la invasión napoleónica a la península Ibérica–, y, por el otro, el nacimiento del primer régimen constitucional portugués.²¹ Este último fue instituido a través de las Bases de la Constitución de 1821 y la Constitución de 1822, inspiradas ambas en la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* francesa (2 de agosto de 1789) y en la constitución de Cádiz de 1812. Los códigos políticos redactados por los revolucionarios portugueses manifestaron un cierto radicalismo liberal, ya que consignaban la institución de un régimen político que, si bien continuaba siendo monárquico, efectuaba un corte de tajo con el absolutismo: aparecía fundado sobre los principios de la soberanía nacional, la representación nacional electa por sufragio ampliado y directo, la división e independencia de los poderes públicos –legislativo

¹⁹ Cfr., António Machado Pires, *op. cit.*, p. 12. Cfr., Jorge Borges de Macedo, *op. cit.*, p. 46. Cfr. Cândido Beirante, *op. cit.*, p. 155. Cfr., José Augusto Seabra, “Alexandre Herculano, o político”, in *Alexandre Herculano. Ciclo de Conferências Comemorativas do I Centenário da sua morte. 1877-1977*, p. 28. Cfr., Luís A. De Oliveira Ramos, *op. cit.*, p. 83.

²⁰ El nombre de esta facción política, “vintista”, derivó del número 20 (*vinte*) en portugués.

²¹ Cfr., Isabel Nobre Vargues, *op. cit.*, p. 51.

(unicameral), ejecutivo y judicial–, la igualdad ante la ley y la salvaguarda de las garantías individuales originarias –libertad, propiedad y seguridad.²²

Por su parte, la postura liberal-moderada que derivó su nombre y sus tesis fundamentales de la Carta Constitucional otorgada al pueblo portugués por el príncipe Don Pedro (1798-1834) en abril de 1826, el “cartismo”, en oposición al vintismo, defendió la posibilidad de lograr un compromiso entre algunas tesis liberales y ciertos elementos de la estructura política, social y económica del Antiguo Régimen.²³ Ahora, la aparición de la Carta, su carácter moderado y la consolidación política de la facción que fundó en él sus principios y su accionar, sólo pueden ser comprendidos atendiendo al conflicto entre el liberalismo vintista y las fuerzas reaccionarias acaecido en Portugal entre 1820 y 1834. La oposición hacia los postulados vintistas surgió de manera casi inmediata a la firma de la Constitución de 1822 por parte del rey João VI –quien, en febrero de 1821, regresó de su estancia brasileña de casi 14 años.²⁴ Entre 1822 y 1824 la reina consorte Doña Carlota Joaquina de Borbón (1775-1830) –hermana del rey Fernando VII de España– y su hijo menor el príncipe Don Miguel (1802-1866), organizaron una serie de revueltas –entre las más famosas, la “Vila-Francada” (27 de mayo de 1823) y la “Abrilada” (20 de abril de 1824)– que tuvieron por objetivo resucitar la monarquía absoluta.²⁵ Esas rebeliones fueron reprimidas con prontitud por las fuerzas militares leales a João VI y al orden constitucional. Sin embargo, contrario a lo que podría pensarse, a pesar del éxito en la contención de la contra-revolución –Don Miguel fue, de hecho, exiliado en Austria–, entre 1823 y 1824 el régimen constitucional fue adquiriendo un carácter más afín a los intereses reaccionarios, desembocando en la disolución de las Cortes y en la puesta en vigor de las leyes tradicionales del Reino.²⁶ Para 1826, consciente de los riesgos que corría la Corona portuguesa al ahondarse las desavenencias entre liberales y absolutistas, João VI cavilaba ya la idea de la otorga de una Carta –a la manera francesa– que salvaguardara los intereses de los moderados

²² Cfr., J. Joaquim Gomes Canotilho, “As Constituições”, in José Mattoso (dir.), *Historia de Portugal. Quinto Volume*, pp. 126-130.

²³ Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, p. 41. Cfr., Isabel Nobre Vargues e Luís Reis Torgal, “Da Revolução à Contra-Revolução: Vintismo, Cartismo, Absolutismo. O Exílio Político”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, pp. 75-76.

²⁴ Cfr., Ana Cristina Bartolomeu de Araújo, “Invasões Francesas e a Afirmação das Ideias Liberais”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, pp. 54-55.

²⁵ Cfr., Isabel Nobre Vargues e Luís Reis Torgal, *op. cit.*, pp. 55-62.

²⁶ Cfr., J. Joaquim Gomes Canotilho, “As Constituições”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, p. 129.

de ambos bandos.²⁷ Empero, su muerte, sucedida el 10 de marzo de 1826, suspendió el proyecto mediador. Fue su primogénito Don Pedro quien logró realizar el plan. Aunque heredero natural al trono, este príncipe estaba impedido de asumir la corona portuguesa en razón de su calidad de Emperador del ya independiente Brasil (1822), lo cual lo llevó a abdicar en nombre de su hija Doña Maria (1819-1853). En esos momentos, la precariedad del orden constitucional convertía en un peligro la vuelta del absolutismo pleno, personificado en la figura del príncipe exiliado Don Miguel. Para construir una barrera contra esta amenaza, además de encargar la regencia a su hermana la infanta Doña Isabel Maria (1801-1876) –pues su hija Doña Maria era por entonces una cría de siete años–, Don Pedro proyectó la institución de un régimen satisfactorio para absolutistas y liberales de principios moderados, esto mediante la otorga de una base jurídica escrita de la constitución del Reino.²⁸ Esa base legal fue la Carta Constitucional de 1826.

Los estudiosos de la historia de las constituciones portuguesas han caracterizado a la Carta de Don Pedro como un código político esencialmente ambiguo, sobre todo por cuanto, por un lado, buscó dar satisfacción al espíritu constitucional de la época, mientras por el otro, pretendió devolver al poder monárquico su prestigio anterior a los acontecimientos de 1820.²⁹ De entrada, con el solo hecho de su existencia escrita, la Carta afirmaba la idea del Estado constitucional, es decir, de un dominio estatal regulado y limitado por el Derecho, en el cual tenía un lugar preeminente la protección de las garantías fundamentales de la libertad, la propiedad y la seguridad.³⁰ Sin embargo, al mismo tiempo, ese documento reconocía que el Estado constitucional nacía, no de la voluntad de la nación, sino de la concesión de un príncipe. Con esto se reafirmaba la prioridad de la monarquía frente a la nación, se legitimaba la supremacía de la soberanía real, concebida como pre-constitucional y constituyente, frente a la soberanía de la representación nacional, pensada como ulterior al poder monárquico constituyente y manifiesta únicamente en la elección periódica de los representantes de la nación.³¹ La Carta de 1826 permitía, pues, al monarca legitimar el poder político que la Constitución de 1822 le negaba. Esta última había hecho derivar la autoridad del rey de la

²⁷ *Ibid.*, p. 61.

²⁸ *Cfr.*, Isabel Nobre Vargues e Luís Reis Torgal, *op. cit.*, pp. 62-63.

²⁹ *Cfr.*, J. Joaquim Gomes Canotilho, “As Constituições”, *op. cit.*, p. 130.

³⁰ *Ibid.*, pp. 130-131.

³¹ *Ibid.*, pp. 130-133.

soberanía nacional ejercida por los representantes de la nación legalmente electos a la Cámara de Diputados y había conferido al monarca un poder político casi nulo, ya que lo concebía como un jefe de Estado con facultades para nombrar y dimitir ministros del Poder ejecutivo, magistrados y comandantes de las fuerzas armadas, pero sin derecho de iniciativa o sanción de leyes ni de disolución de las Cortes.³² Por su parte, la Carta comprendía al rey como una entidad cuya autoridad era independiente y anterior a ella misma. De ahí se desprende la asignación que hizo a la monarquía del papel de Poder moderador del Estado constitucional: facultado para nombrar y dimitir a los ministros de Estado, sancionar las leyes, los decretos y las resoluciones de las Cortes, para prorrogar, postergar y disolver estas últimas, y para nombrar a los Pares del Reino, miembros vitalicios de una segunda cámara que hacía de contrapeso a la de Diputados y a través de la cual el rey intervenía en el Poder legislativo.³³

El análisis comparativo de los principios fundamentales de la Constitución de 1822 y de la Carta Constitucional de 1826, revela que el segundo documento instituyó una serie de frenos a las prerrogativas alcanzadas por la burguesía liberal portuguesa tras la Revolución de 1820. No obstante, aunque es evidente que la Carta ambicionó devolver a la monarquía parte de su poder político tradicional, no es posible afirmar que prevaleciera en ella una actitud contraria al cambio, una renuencia a aceptar las tendencias de la nueva época o un empeño por restaurar el Antiguo Régimen —esto es, una actitud típicamente reaccionaria.³⁴ Por muy exigua que hubiese sido la vigencia del régimen instituido por las Bases de 1821 y continuado por la Constitución de 1822 —el llamado “Trienio liberal” (1821-1823)—, Don Pedro y sus principales partidarios, la nobleza liberal y la gran burguesía financiera y latifundista,³⁵ comprendieron que el hecho había bastado para resquebrajar la legitimidad del orden político absolutista, en condiciones precarias desde la partida de la Corte a Brasil.³⁶ En todo caso, lo que da la impresión de privar en la Carta es un espíritu conservador, que, en cuanto tal, presupuso y reconoció como algo inapelable el fin del Antiguo Régimen y la validez del orden liberal emanado de la Revolución; en otras palabras, una actitud que aceptó

³² *Ibid.*, pp. 127-129

³³ *Ibid.*, pp. 131-132.

³⁴ *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Psychology*, pp. 94-98. *Cfr.*, Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, trad. Nathalie Schwan, México, Universidad Iberoamericana, 2010, pp. 345-346.

³⁵ *Cfr.*, Victor de Sá, *op. cit.*, pp. 12-14.

³⁶ *Cfr.*, Ana Cristina Bartolomeu de Araújo, *op. cit.*, pp. 28-32.

las nuevas reglas políticas para poder modularlas a su favor.³⁷ De ahí se explica su pretensión simultánea de salvaguardar los privilegios tradicionales de la corona y de la nobleza, y de respetar ciertos principios liberales que resultaban ineludibles.³⁸ Gracias a la Carta Constitucional, el rey conservaba su tradicional aura divina –pues aunque no fuera mencionado en el texto, de Dios derivaba su autoridad pre-constitucional y constituyente; y no obstante, había dejado de ser un gobernante absoluto. En ella quedaba consignado que la monarquía reconocía los derechos originales de los individuos y la existencia de un Estado regido por el Derecho; que el rey abandonaba sus pretensiones de concentración de facultades ejecutivas, legislativas y judiciales, y que admitía la compartición del poder político con la nación representada en las Cortes o Cámaras –las cuales dejaban de ser el mero órgano consultivo que habían sido durante los siglos anteriores,³⁹ para convertirse en el Poder Legislativo; pero también aparecía en ella definido que la sociedad portuguesa conservaba la estructura altamente jerarquizada del Antiguo Régimen, refrendándolo la institución de una cámara integrada, en exclusivo, por la nobleza hereditaria –la Cámara de los Pares.⁴⁰

Quizá en razón de su ambigüedad idiosincrásica, la Carta Constitucional tuvo una primera vigencia bastante corta. Tras sufrir ataques constantes de vintistas y reaccionarios, ambas facciones insatisfechas a causa de sus imprecisiones ideológicas, a sólo dos años de su promulgación, aquel código político fue derogado por Don Miguel. El regreso a Portugal de este príncipe fue posibilitado por el propio Don Pedro, quien, a través del proyecto de matrimonio entre su hermano menor y su hija Doña María, pretendió dar solución a la lucha entre los bandos absolutista y liberal-radical. A cambio de respetar la Carta y de honrar el pacto matrimonial, Don Miguel obtuvo la regencia a inicios de 1828. Sin embargo, luego de la asunción del cargo, el nuevo Regente derogó la Carta y urdió un golpe de Estado que, a 11 de junio de 1828, le llevó a ser aclamado en Cortes como rey absoluto de Portugal.⁴¹ Acontecida su coronación, Don Miguel radicalizó los métodos del régimen absolutista para la persecución de los sectarios del liberalismo, sin importar que estos fuesen vintistas o cartistas. Se implementaron medidas de espionaje y denuncia de sospechosos de liberalismo,

³⁷ Cfr., Frank Ankersmit, *op. cit.*, pp. 345-346.

³⁸ Cfr., J. Joaquim Gomes Canotilho, *op. cit.*, p. 133.

³⁹ Cfr., Luís Manuel Reis Torgal, *Tradicionalismo e Contra-revolução*, p. 199.

⁴⁰ Cfr., Irene Maria Vaquinhas y Rui Casão, “Evolução da sociedade em Portugal: A lenta e complexa afirmação de uma civilização burguesa”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, pp. 382-384.

⁴¹ Cfr., Isabel Nobre Vargues e Luís Reis Torgal, *op. cit.*, pp. 64-67.

y se promovió la creación de tribunales especiales –las llamadas *alçadas*– donde aquéllos eran juzgados y, de inmediato, condenados a muerte. Con todo, el endurecimiento de las medidas del régimen para extinguir al liberalismo tuvo el efecto contrario de unir, aunque fuera sólo momentáneamente, a sus diferentes facciones. Hacia 1831, los partidarios del orden liberal, exiliados en Inglaterra, Francia, y las islas Azores a causa de las persecuciones que sufrían en su patria, planeaban ya, bajo dirección de Don Pedro, una expedición para libertar Portugal del absolutismo.⁴²

Un devoto de la Carta

Recién adherido al bando liberal a finales de 1829 o comienzos de 1830, el propio Herculano fue objeto del hostigamiento por parte de las fuerzas leales a Don Miguel, y luego de su participación en un motín fallido en Lisboa, salió al exilio en 1831.⁴³ Durante su estadía en los núcleos de emigrados portugueses de Plymouth, Jersey, Saint-Malo, Rennes e isla Terceira (1831-1832), aquel joven de tan sólo veinte años se topó con una oposición liberal que, si bien, como ha sido dicho, se hallaba agrupada bajo la bandera de Don Pedro, era ideológicamente heterogénea y estaba dividida en grupos de radicales y moderados.⁴⁴ Teniendo ante sí las facciones vintista y cartista, tal parece que Herculano se decantó prematuramente por la orientación moderada o conservadora.⁴⁵ Esta elección puede ser deducida de su participación en las tropas de la “Expedición libertadora” contra Don Miguel, de la cual Don Pedro excluyó a los elementos radicales, entre ellos al mariscal João Carlos de Saldanha Oliveira e Daun (1790-1876) y a los futuros revolucionarios de 1836, los hermanos Manuel (1801-1862) y José da Silva Passos (1802-1863).⁴⁶

Ahora, a pesar de tener alguna certeza con respecto a la fecha aproximada en que Herculano se decantó por el liberalismo cartista –1831 o 1832–, ninguna se tiene sobre si en ese momento tuvo plena conciencia de las implicaciones éticas y políticas de la doctrina adoptada. Las fuentes que podrían ser empleadas para desvelar la cuestión, esto es, los

⁴² *Ibid.*, pp. 64-66.

⁴³ *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, p. 342-366.

⁴⁴ *Cfr.*, Isabel Nobre Vargues e Luís Reis Torgal, *op. cit.*, pp. 69-76. *Cfr.* Isabel Nobre Vargues e Maria Manuela Tavares Ribeiro, “Estruturas políticas: Parlamentos, Eleições, Partidos Políticos e Maçonarias”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, p. 71.

⁴⁵ *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, p. 565.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 76.

poemas de *A Harpa do Crente* (1838) y las reflexiones de *Cenas de um Ano da Minha Vida* (inédito hasta 1910), resultan inadecuadas para la tarea. De entrada porque, aunque el autor afirmó haber escrito dichos textos entre 1829 y 1832, lo más probable es que esto aconteciera con posterioridad a 1836. Para demostrarlo, véase, por ejemplo, el caso del poema “Semana Santa. 1829” (*A Harpa do Crente*), uno de los textos más utilizados para defender la tesis del precoz e hiper-consciente liberalismo de Herculano:⁴⁷

Tibio el sol entre las nubes del occidente,
Ya ahí se inclina el mar. ¡Grave y solemne
Va la hora de la tarde! – El oeste pasa
Mudo en los troncos de la alameda antigua,
Que a la voz de la primavera los brotes produce:
El oeste pasa mudo, y cruza el atrio
Puntiagudo del templo, edificado
Por manos duras de abuelos, en monumentos
De una herencia de fe, que nos legaron,
A nosotros sus nietos, hombres de alto esfuerzo
Que nos reímos de la herencia, y que insultamos
La cruz y el templo y la creencia de otras eras;
Nosotros, hombres fuertes, siervos de los tiranos,
Que sabemos tan bien arrastrar los fierros
Sin quejarnos, menospreciando la Patria
Y la libertad, y el combatir por ella.

¡Yo no! – Yo rujo esclavo; yo creo y espero
En el Dios de las almas generosas, puras,
Y los déspotas maldigo. – Entendimiento
Ignorante, lanzado en siglo fundido
En la servidumbre de gozo ataviada,
¡Creo que Dios es Dios y los hombres libres!⁴⁸

Con base en la fecha apuntada en el título de este poema, los especialistas aseguran no sólo que la redacción del mismo aconteció a finales de la década de 1820, sino que tuvo por finalidad denunciar el ataque a la libertad que, como ya se sabe, fue emprendido por Don Miguel por aquellos años.⁴⁹ Empero, el reconocimiento de la temática fundamental del

⁴⁷ Cfr., Jacinto do Prado Coelho, *op. cit.*, pp. 106-107. Cfr., Cândido Beirante, *op. cit.*, pp. 155-156. Cfr., Joaquim Barradas de Carvalho, *op. cit.*, p. 35. Cfr., Luís A. De Oliveira Ramos, *op. cit.*, pp. 212-213. Cfr., Paulo Merea, *O Liberalismo de Herculano*, Coimbra, Coimbra Editora, 1941, pp. 5-6.

⁴⁸ Alexandre Herculano, *A Harpa do Crente*, Lisboa, Viuva Bertrand e Filhos, 1860, pp. 3-5.

⁴⁹ Cfr., Jacinto do Prado Coelho, *op. cit.*, pp. 106-107. Cfr., Cândido Beirante, *A Ideologia de Herculano. Da Teoria do Progresso da Civilização às Reformas Regeneradoras de Portugal*, Santarém, Edição da Junta Distrital de Santarém, 1977, pp. 155-156. Cfr., Joaquim Barradas de Carvalho, *op. cit.*, p. 35. Cfr., Luís A. De Oliveira Ramos, *op. cit.*, pp. 212-213. Cfr., Paulo Merea, *op. cit.*, pp. 5-6. Cfr., Maria João Reynaud, *op. cit.*, pp. 70-71. Cfr., Albin Beau, *op. cit.*, pp. 151. Cfr., Jacinto do Prado Coelho, *op. cit.*, pp. 106-110. Cfr., Joaquim

poema entero, la defensa de la religión católica como fuente de libertad frente a los excesos del radicalismo liberal, revela la imposibilidad de su redacción en la fecha mencionada por su autor. Antes de 1834, no existían las condiciones de posibilidad para el tratamiento de esta materia. Si bien durante el Trienio liberal (1820-1823) habían sido tomadas una serie de medidas para retirar a la sociedad portuguesa de las manos del clero y reducir el poder económico de la Iglesia, entre las cuales estaban la supresión de la Inquisición, la prohibición a las órdenes religiosas de recepción de nuevos novicios y la extinción de algunos monasterios, lo cierto es que, salvo la cuestión de la Inquisición, las otras disposiciones fueron echadas por tierra luego de la derogación temprana de la Constitución de 1822. Estas últimas únicamente alcanzaron ejecución en 1834, cuando la promulgación del decreto de extinción de las órdenes religiosas y de nacionalización de sus bienes (30 de mayo de 1834), elaborado por Joaquim António de Aguiar (1792-1884), ministro de Negocios Eclesiásticos y de Justicia de la regencia de Don Pedro.⁵⁰ Por lo tanto, el juicio que Herculano efectuó en “Semana Santa” sobre la actitud de sus contemporáneos, correspondería a la realidad político-social portuguesa posterior a 1834, y no, como se pretende, a la de 1829.⁵¹ Esta hipótesis se refuerza considerando que, entre 1836 y 1844, el autor publicó una serie de textos que denunciaron el procedimiento de ejecución de la reforma de 1834 –v. gr. *A Voz do Profeta* (1836), “O Cristianismo” (1839), “O clero português” (1841), “Petição humilíssima a favor de uma classe desgraçada” (1842) y *O Paroco de Aldeia* (1844)–,⁵² y en la cual es posible incluir los poemas de *A Harpa do Crente*.

Esta larga digresión fue necesaria para poner en evidencia el error de quienes han afirmado que Herculano era ya un cartista consumado antes, incluso, de su adopción de esa doctrina política. Por el contrario, todo parece indicar que su cartismo se fortaleció y

Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, pp. 48-49. Cfr., Maria de Lourdes Belchior, *op. cit.*, pp. 203-204.

⁵⁰ Cfr., António Martins, “A Vitória definitiva do liberalismo e a instabilidade constitucional: Cartismo, septembrismo e cabralismo”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, pp. 83-84.

⁵¹ De la misma manera que sucede con los poemas de *A Harpa do Crente*, los textos que integran *Cenas de um Ano da Minha Vida* no pueden ser tomados como fuentes del pensamiento político del autor en el periodo de 1831-1832. Allende que esos escritos quedaron inéditos hasta 1910, cuando publicados por Brito Rebêlo en el *Arquivo Histórico Português* (Vol. III, n.ºs 3 y 4, Marzo-Abril), el propio Herculano dio algunas pistas que permiten sostener que su redacción fue posterior a 1836. En una nota de a *Harpa do Crente* (Segunda Série, Lisboa, 1838, pp. 79-80), afirma que *Scenas de um Ano –o A Minha Mocidade*, todavía no sabía el título final que daría a su proyecto– era todavía hacia 1838 “un libro ya todo escrito en el entendimiento, pero del que sólo algunos capítulos están trasladados al papel”.

⁵² Cfr., António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, p. 56.

concienció ya en la década de 1830, durante su periodo como soldado del ejército de Don Pedro (1832-1833), y luego mientras se desempeñaba como segundo bibliotecario de la Biblioteca Pública de Porto (1833-1836).⁵³ Tal vez su participación directa en la lucha armada contra el ejército absolutista, y también su vivencia de la restauración de la Carta en 1834 – ocurrida luego del triunfo de las fuerzas liberales en ese mismo año–,⁵⁴ robustecieran su adhesión a la doctrina política contenida en ese documento; o quizá su nombramiento como segundo bibliotecario produjera un sentimiento de gratitud y adhesión hacia los líderes cartistas que le habían concedido el empleo.⁵⁵ Son éstas meras suposiciones. En realidad, de aquellos años formativos lo único que puede decirse con certidumbre es que, hacia 1836, su cartismo había adquirido los rasgos de una creencia religiosa.

Esta última hipótesis de modo alguno es original de quien suscribe la presente discusión. Ya el propio Herculano, en su “Introducción” de 1867 a *A Voz do Profeta* (1836-1837), interpretó de esa manera la actitud política sustentada por él y los demás adeptos de la Carta antes y durante la Revolución de 1836:

Las fiebres políticas eran entonces [en 1836] ardientes, indomables, porque derivaban de las creencias. En aquella época había, como hubo siempre, charlatanes de la política; pero constituían la excepción. Por lo general era gente bautizada con fuego y con sangre en las dos religiones enemigas del absolutismo y del liberalismo. Les llamo religiones, porque lo eran. La guerra civil, que terminó en 1834, tuvo mucho de los caracteres de las antiguas cruzadas. Sobre todo en los primeros ímpetus de ella se habían practicado actos de abnegación, de constancia, de valor y de sufrimiento sobrehumanos, al paso que se perpetraban otros de brutalidad y ferocidad inauditas.⁵⁶

Los especialistas en la historia de la primera mitad siglo XIX portugués se han referido a las décadas de 1820 y 1830 como un momento de profundas convulsiones políticas y sociales. Hablan del enfrentamiento político y militar entre varias ideologías empeñadas en lograr la supremacía sobre la sociedad portuguesa del momento: el absolutismo, el vintismo y el cartismo.⁵⁷ No obstante, tal y como se observa en estas líneas, ya en su momento Herculano ensayó un sugestivo análisis de dicho conflicto. En sus rasgos generales, su perspectiva no se advierte discordante con las concepciones actuales del asunto. Empero, una

⁵³ Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, pp. 47-57.

⁵⁴ Cfr., António Martins, *op. cit.*, pp. 80-81.

⁵⁵ Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, pp. 47-49.

⁵⁶ Alexandre Herculano, “*Voz do Profeta*”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 5-7.

⁵⁷ Cfr., Isabel Nobre Vargues e Luís Reis Torgal, *op. cit.*, pp. 57-77.

cuestión salta a la vista: la caracterización que hizo de esa guerra ideológica como una guerra religiosa, como un conflicto “brutal” y “feroz” entre “creencias enemigas”. El extracto citado invita a pensar que el autor emparentó la actitud de los participantes en el conflicto con la de feligreses, con el comportamiento de individuos que no reflexionaron racionalmente sobre los principios de su creencia, y que más bien los asumieron como verdades absolutas incompatibles con cualquier otra.

Hacia la época en que ocurrió la segunda derogación de la Carta –10 de septiembre de 1836–,⁵⁸ Herculano estaba muy lejos de pensar al cartismo como un corpus teórico que pudiera ser sometido a la crítica. Por el contrario, las escasas cinco líneas de *A Voz do Profeta* que se citan a continuación, demuestran que daba por hecho la existencia de este dogma en la base misma de la vida social portuguesa; evidencian que presuponía los principios cartistas, que contaba con ellos, que tenía fe en ellos como se hace con esas creencias tan radicales que se confunden con la realidad misma:⁵⁹

Y una vez más, hijos de la perdición, una vez más les hablaré en nombre del Señor nuestro Dios.

¿Qué fue lo que hicieron asesinando las esperanzas de salvación pública, derribando la santa tradición de la patria?

Hasta en el crimen fueron cobardes. ¿Por qué no se alza uno de vosotros, perverso, mas sublime, como un arcángel de las tinieblas, y dice: – fui yo quien concitó el motín popular, fui yo el primero que clamé «*Quiébrense las tablas de la ley*»?⁶⁰

La caracterización de la Carta a partir de un lenguaje que, de manera explícita, evoca la tradición bíblica de la Ley como una concesión sagrada de Dios a su Pueblo elegido,⁶¹ no debe ser vista como un mero artificio del lenguaje, sino como algo que revela que, efectivamente, el autor concebía entonces a ese documento como una suerte de verdad eterna y universal. Esta interpretación se sustenta todavía más aludiendo al ya citado poema “Semana Santa. 1829”. Uno de sus más significativos versos, “Creo que Dios es Dios y los hombres libres”, muestra con claridad que reconocía a la libertad –a la defensa de las garantías individuales sostenida por la Carta–, no como una proposición sujeta a examen

⁵⁸ *Cfr.*, António Martins, *op. cit.*, p. 86. La primera derogación ocurrió, como ya fue señalado, cuando Don Miguel asumió la corona portuguesa en 1828. *Vid. supra.*, p. 51.

⁵⁹ *Cfr.*, José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias (y otros ensayos de filosofía)*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1986, p. 24.

⁶⁰ Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, *Opúsculos. Tomo I*, p. 93. Las cursivas son mías.

⁶¹ Hans Küng, *El judaísmo. Pasado, presente y futuro*, trad. Víctor Abelardo Martínez de Lopera y Gilberto Canal Marcos, séptima edición, Editorial Trotta, 2013, pp. 55-57.

racional, sino como un presupuesto básico de la vida humana, como una facultad esencial del hombre que le venía directamente de Dios.

Ahora bien, para entender con mayor profundidad el carácter “impetuoso” e “indomable” de la fe cartista de Herculano en vísperas de la Revolución de 1836, no parece trivial profundizar en un detalle de los orígenes de su creencia que no ha sido mencionado hasta el momento. Se trata de la cuestión de su llegada al cartismo a través de una suerte de conversión. Como se verá enseguida, de este autor puede decirse algo muy semejante a lo que él mismo afirmó de uno de los personajes de su novela *O Bobo*, Martim Eicha –moro converso al cristianismo que había alcanzado la posición de capellán de Doña Teresa, madre de Afonso Henriques, primer rey de Portugal: “como en todas las opiniones de este mundo, los renegados son los más fervorosos en su nueva creencia.”⁶² Renegado él mismo del absolutismo, Herculano fue uno de los más fervorosos defensores de la fe cartista que adquirió luego de su apostasía.

Se sabe en realidad muy poco sobre la etapa en que fue partidario de Don Miguel. Empero, la mayor parte de sus biógrafos ha señalado esta fase de su vida política.⁶³ Incluso se ha dicho que la cicatriz que atravesaba sus labios, y que se observa en todos sus retratos, fue obtenida como consecuencia de una trifulca entre pandillas de miguelistas y liberales, participando él del lado de los prosélitos del absolutismo. Para argumentar la tesis de su miguelismo original, los autores aducen los asertos de Inocêncio Francisco da Silva (1810-1876). Este personaje fue contemporáneo suyo y autor de una sátira inspirada en su vida, titulada *Aleixo Fagundes Becerro*, y en la cual el aludido aparecía entre los jóvenes que cantaban loas a Don Miguel en el Palacio de Queluz.⁶⁴ Es difícil descifrar si los hechos que refiere Da Silva son verdaderos o falsos. Empero, sería poco prudente descartarlos de inmediato, aún más si se tiene en cuenta que el propio Herculano aceptó su simpatía juvenil por el absolutismo. El reconocimiento que hizo de este asunto aparece en un artículo que escribió para el *Correio de Lisboa* (12-III-1838) como respuesta a los ataques del diario *O Toureiro*, que por aquel tiempo lo acusaba todavía de miguelista. En las páginas de ese escrito

⁶² Alexandre Herculano, *O Bobo (1128)*, revisão e prefácio de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972, p. 37.

⁶³ Cfr., Teófilo Braga, *op. cit.*, p. 240. Cfr., Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, p. 203. Cfr., António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, pp. 28-29.

⁶⁴ Cfr., António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, pp. 28-29.

no reniega de su pasado como partidario del absolutismo, sino que lo califica como un “desvío de los dieciséis años” y procura disminuir su importancia recalcando su posterior participación en las huestes liberales de Don Pedro.⁶⁵

Dado que Herculano provenía de una familia favorable al liberalismo –su padre, se afirma, fue “honrado funcionario del Tesoro” y “un liberal de *vielle roche*”, y el hermano de su madre un activo participante en la Revolución liberal de 1820–,⁶⁶ no se advierte cómo fue que llegó a miguelista el retoño más joven de aquel clan evidentemente vintista. El asunto es un misterio. Alguna claridad podría surgir de considerar que, entre 1826 y 1830, el imberbe “Aleixo” fue protegido de Doña Leonor de Almeida, Marquesa de Alorna, introductora en Portugal de las innovaciones literarias románticas provenientes de Alemania.⁶⁷ No sería descabellado pensar que aquella dama de opiniones políticas reaccionarias y aristocráticas,⁶⁸ hubiese ejercido alguna influencia sobre la manera de concebir el mundo socio-político de un joven aspirante a poeta. Quizá también contribuyese a dicho “desvío”, la profunda religiosidad católica en que fue educado –en casa y en el colegio con los padres oratorianos lisboetas–,⁶⁹ pues, se sabe, durante la década de 1820 y también a lo largo de la de 1830, la mayor parte del alto y del bajo clero católico portugués fue partidario de Don Miguel.⁷⁰

Misterio semejante envuelve su abandono de la fe absolutista en favor del cartismo. La mayor parte de las interpretaciones tienen al “Terror miguelista” de comienzos de 1830 como la causa principal de esta conversión.⁷¹ En efecto, podría ser que lo sanguinario de la persecución al liberalismo mermase su adhesión al régimen de Don Miguel, tal y como ocurrió con muchos de los simpatizantes moderados de este último.⁷² Sea cual fuere la causa

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, p. 124.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 268-278.

⁶⁸ *Cfr.*, José Augusto França, *op. cit.*, p. 52. *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano.*, pp. 280-281.

⁶⁹ *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, pp. 108-110.

⁷⁰ *Cfr.*, Vitor Neto, *O Estado, a Igreja e a Sociedade em Portugal (1832-1911)*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1998, pp. 56-57.

⁷¹ *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano.*, pp. 203-213. *Cfr.*, António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, p. 14.

⁷² *Cfr.*, António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, p. 14. Esta última es la hipótesis que invitan a formular los juicios que, años después, el autor elaboró sobre el reinado de aquel Rey: “Y extendiendo el pensamiento por toda la superficie del país, que nos había dado el ser, veía una horda de asesinos asolándolo de un extremo a otro y cubriéndolo de lágrimas y de luto; veía magistrados corruptos anegando de sangre los patíbulos al mínimo gesto de la tiranía; veía al sacerdocio hipócrita y vicioso, incitando a la plebe a los crímenes en nombre del crucificado, y esta nación, otrora humana y generosa, convertida en un bando de hienas”. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “2º Caderno”, *Cenas de um ano da minha vida. Apontamentos de viagem*, coord. y pref. de Vitorino Nemésio, 3.ª ed., Amadora, Livraria Bertrand, 1955, p. 40.

de su apostasía, se conoce que a mediados de aquella década, Herculano ya había sido “bautizado con fuego y con sangre” en una fe que, si bien sería temperada y concienciada con el paso de los años, habría de mantenerse firme en su pensamiento hasta su vejez, como lo demuestra su “Introdução” a *A Voz do Profeta* de 1867.⁷³

A favor de la manutención de la Carta militaba no sólo la buena razón; militaban afectos y afectos profundos. La Carta había sido el grito de guerra del campo liberal en lid de uno contra diez. Había sido, digamos así, la traducción moderna del *¡Sanctiago!* de Afonso I, del *¡San Jorge!* del Mestre de Avis. En las reminiscencias indelebles de muchos de entonces (bien pocos de hoy), estaban todavía los vivos a la Carta proferidos por labios que iban a cerrarse en la muerte, cuando las bayonetas enemigas descendían inexorables sobre el pecho o sobre el vientre de nuestros soldados heridos y derribados. En nombre de la Carta que había deshecho el triángulo fatal del patíbulo, y quebrado el cerrojo de la mazmorra y de la prisión, en nombre de ella se habían abierto para los forajidos las puertas de la patria que daban para los desiertos del destierro, del destierro que es siempre soledad y desventura. La Carta había sido como la estrella polar de la esperanza en los días, tan largos, del hambre, de la desnudez, de las tempestades, del desaliento [...]

Han pasado treinta años desde aquella época; las pasiones tempestuosas de entonces hicieron silencio, y el cartismo y el septembrismo son dos cadáveres sepultados en el cementerio de la historia. El autor de *A Voz do Profeta* contempla tan plácidamente su opúsculo como si mano extraña lo hubiese escrito. La experiencia o los desengaños le hacen sonreír de aquellas cóleras, de aquellas hipérboles de los veintiséis años. ¡Cuántos errores, cuantas ignorancias en muchas de sus opiniones de ese tiempo! Y sin embargo, todavía los sentimientos que inspiraban el cartismo en su cuna le parecen nobles y elevados, las doctrinas que constituyeron su esencia, sólidas y justas.⁷⁴

A la luz de este extracto, no será difícil percibir el respeto que la Carta merecía a Herculano aún cuando habían pasado treinta años desde que se lanzara a su férrea defensa. Más que un sobrio balance, estos párrafos se asemejan a una confesión de amor inquebrantable. Es como si la evocación del “nombre” de aquel viejo amor que había sido su “estrella polar de la esperanza” en los días de “destierro, que es siempre soledad y desventura”, le hiciese experimentar de vuelta “las pasiones tempestuosas” de las primeras fases de su enamoramiento. La lectura de este texto permite imaginar a un hombre que se esfuerza por alejarse y resistir al embate de sus recuerdos del amor, que apela incluso al dolor vivido y a las heridas todavía abiertas como medio de protección ante su hechizo; pero que, al final, reconoce la inutilidad de su resistencia y termina por admitir la inexorabilidad de sus afectos.

⁷³ Cfr., Vitorino Nemésio, *op. cit.*, p. 213.

⁷⁴ Alexandre Herculano, “Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 19-25.

Tal idilio con la Carta constitucional ocurría cuando Herculano tenía 57 años y estaba ya retirado de la vida política lisboeta, a una altura de su vida en que había tenido suficientes oportunidades para rumiar en sus creencias juveniles. Y si ese tiempo no había bastado para menguar su fe, ya puede imaginarse lo que pudo haber sido su apego por el régimen cartista en vísperas de los hechos revolucionarios de 1836; ya puede también ser intuido el cariz de su reacción frente al vintismo-septembrismo que triunfó con la Revolución. Esa reacción fue, sin duda, la de alguien que vivió y padeció el nacimiento de un mundo distinto al que hasta entonces había conocido y amado; la de alguien que, al experimentar el desmoronamiento del sistema de creencias en que había basado su existencia, buscó alguna manera de darle sentido a la nueva realidad que surgía. Ahora, ¿cuál fue la índole de la realidad posibilitada por la Revolución de 1836? La resolución de esta cuestión se advierte esencial para descifrar cómo fue que Herculano llegó a pensar que la historia podía ser la clave para comprender la nueva era que comenzaba.

La era del Pueblo y el surgimiento de una conciencia histórica

Como ya fue adelantado al inicio de este capítulo, a partir de la Revolución de 1836 devino prácticamente imposible concebir la vida política portuguesa sin la consideración de un personaje que hasta entonces había permanecido tras bambalinas: las masas populares; tanto así, que es posible afirmar que 1836 marca el inicio de “la era del Pueblo” en Portugal.⁷⁵ Con todo, como se verá a continuación, este advenimiento no fue algo planificado, sino una consecuencia inesperada del movimiento revolucionario. Se sabe bien que, originalmente, el sector de la sociedad lusa que encabezó la insurrección, la clase media agrícola e industrial de la ciudad de Porto, tenía por único objetivo poner remedio a la exclusión política y económica a que había estado sujeta desde el triunfo liberal de 1834. De hecho, lo que esta clase buscaba era, en primer lugar, adquirir un papel protagónico en los asuntos públicos del Reino, y en segundo, gozar de los beneficios económicos de la venta de los bienes nacionales posibilitada por la ley de desamortización de los bienes eclesiásticos (30 de mayo de 1834), la cual hasta entonces sólo había favorecido a la nobleza y a la gran burguesía financiera y latifundista lisboeta. En su programa inicial, jamás estuvo presente la idea de compartir el

⁷⁵ Cfr., Victor de Sá, *op. cit.*, p. 41

poder con las masas; no obstante, la coyuntura política y social la orilló a procurar una alianza con aquéllas y a cobijar algunas de sus prerrogativas.⁷⁶

Desde el fracaso del motín contra los precios del maíz que emprendieron en la “Cidade Invicta” a comienzos de 1836,⁷⁷ los líderes de la clase media portuense reconocieron que la Corona y el gobierno cartista encabezado entonces por el duque da Terceira (1792-1860), se opondrían a cualquiera de sus tentativas para lograr su ascenso al poder político. Sabían que la reina Doña Maria II –Don Pedro había muerto en 1834– era poco favorable a la alteración del *status quo*, e igualmente percibían que el sistema electoral establecido por la Carta –voto indirecto y censatario– nunca posibilitaría la conformación de una Cámara de Diputados de mayoría burguesa.⁷⁸ La única solución que vieron a su problema fue la puesta en vigor de la Constitución de 1822, que con sus principios de soberanía popular y su sistema de elecciones directo y ampliado, garantizaría su promoción y consolidación en la élite política y económica del Reino.⁷⁹ Conscientes, sin embargo, de la imposibilidad de lograr este cambio por otra vía que no fuera la insurrección armada, y percatados de la insuficiencia de sus propios cuerpos militares –las Guardias Nacionales– para enfrentar al entrenado Ejército del gobierno, la clase media portuense comprendió la necesidad que tenían del apoyo popular.⁸⁰ Fue entonces cuando se planteó la posibilidad de conformar una coalición con algunos sectores de las clases populares de la capital. La oportunidad se presentó con la llegada a Lisboa, el 9 de septiembre de 1836, de los únicos miembros de la clase media que habían salido electos a la Cámara de Diputados en los comicios de junio de 1836: los hermanos José y Manuel da Silva Passos. La alianza política y militar que, de manera inmediata, éstos establecieron con varias organizaciones pro-democráticas de pequeños

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 11-28.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 28-30

⁷⁸ La Carta establecía en su artículo 65° un sistema de elecciones indirectas y un régimen censatario altamente restrictivo de electores y elegibles. Instituí que las “asambleas parroquiales” estarían compuestas por electores con rendimientos mínimos de 100 000 réis de propiedad, industria, comercio o empleo, los cuales designarían a los electores para los “colegios provinciales”. A su vez, estos últimos electores debían tener rendimientos mínimos de 200 000 réis. Los electores de los colegios provinciales eran quienes podían elegir a los diputados; sin embargo, para acceder a una diputación se debía contar con rendimientos arriba de 400 000 réis. En aquel momento de la historia portuguesa, sólo muy pocos miembros de la media y pequeña burguesía portuguesa contaban con los recursos económicos para siquiera ser elegibles como diputados. *Cfr.*, Irene María Vaquinhas e Rui Casão, “Evolução da sociedade em Portugal: A lenta e complexa afirmação de uma civilização burguesa”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, p. 382. *Cfr.*, Victor de Sá, *op. cit.*, pp. 31-32.

⁷⁹ *Cfr.*, Victor de Sá, *op. cit.*, pp. 30-35.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 40.

burgueses y proletarios lisboetas –la *Sociedade Patriótica Lisbonense* y el *Clube do Arsenal*–,⁸¹ permitió que, a tan sólo un día de iniciada la revolución (9 de septiembre), aconteciera la caída fulminante del gobierno cartista y el decreto real de puesta en vigor de la Constitución de 1822.⁸²

Sin embargo, lo que parecía un movimiento revolucionario relativamente incruento y al más puro estilo de la mítica Revolución Gloriosa de 1688, a las pocas semanas del triunfo se convirtió en uno semejante al acontecido en Francia en junio de 1791 –en otras palabras, en un movimiento popular que se radicalizó hasta el punto de poner en causa la existencia misma del régimen monárquico-constitucional.⁸³ El 4 noviembre de 1836, luego de un intento de golpe de Estado promovido por la propia reina Doña Maria II –quien buscaba derogar la recién reinstaurada Constitución de 1822–, se reunieron en el Campo de Ourique, la Guardia Nacional y la plebe lisboeta, dispuestas a recurrir a las armas para defender al depuesto Passos Manuel⁸⁴ y a las prerrogativas democráticas que les habían llevado a unirse a la Revolución, entre las cuales destacaban la abolición de todo poder administrativo central, la creación del Poder municipal, la eliminación del censo en las elecciones y la desaparición de los poderes del Rey para convocar, prorrogar o disolver las Cámaras.⁸⁵ Así, cual si se hubiese intentado replicar en Portugal el episodio de la Fuga de Varennes, el pueblo armado –que ya para ese momento había asesinado al prócer liberal y antiguo ministro de Guerra de Don Pedro IV, Agostinho José Freire (1780-1836)– se preparó para marchar sobre el Palacio de Ajuda, donde se hallaba refugiada la reina tenida por “traidora”. Únicamente el desembarque de la guarnición inglesa instalada en el Tajo logró disuadir a las masas populares en su creciente hostilidad contra la monarquía.⁸⁶ Días más tarde, apoyada por los ingleses, pero temerosa de perder la corona frente a las masas populares, una precavida Doña Maria II llamó a la conformación de un gobierno integrado por Passos Manuel y otros líderes septembristas.⁸⁷

⁸¹ *Idem.*

⁸² *Ibid.*, pp. 46-47.

⁸³ *Ibid.*, pp. 79-82.

⁸⁴ Para diferenciarlo de su hermano José, se denominó así a Manuel da Silva Passos.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 67-68.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 79-82.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 47.

Como ha sido ya mencionado, Herculano presenció los episodios más álgidos de la Revolución septembrista. Luego de su renuncia al cargo que tenía en la Biblioteca Pública de Porto –esto por causa de su enemistad con el septembrismo triunfante–, de regreso a la capital de donde era originario, fue testigo de los cruentos acontecimientos de noviembre de 1836.⁸⁸ Los textos que escribió de manera casi simultánea a esos hechos –*A Voz do Profeta*, *A Harpa do Crente*, *Cenas de um Ano da Minha Vida*– dan cuenta del impacto que tuvo en su pensamiento la vivencia del instante en que el pueblo firmó, “con fuego y con sangre”, su entrada oficial a la vida política portuguesa. Como botón de muestra, veáse el siguiente extracto de *A voz do Profeta*:

El que tenga oídos para oír, oiga: el que tenga ojos para ver, vea: el que tenga corazón para entristecerse, entristezca.

El pueblo tenía la libertad y quiso la licencia; tenía la justicia y quiso la iniquidad: el pueblo perecerá.

Desgraciado de aquél que anda fuera de los caminos del Señor: corriendo despeñado por despeñaderos, se sentirá por fin caer en el fondo de un precipicio.

Porque la ley y la virtud fueron puestas en el mundo para provecho del hombre, no para provecho de Dios.

Cuando una nación quiebra todos los lazos sociales, de ella será todo el daño.

Para la turba el aroma de sangre es perfume suave; el robo, gloriosa conquista.

Y ellas se hartarán de sangre y de rapiñas con la voluptuosidad atroz del antropófago que hace percusiones con los miembros semivivos de su semejante.

Porque la plebe desenfadada es como el fantasma del crimen, como el espectro de la muerte, como el grito de exterminio.

Horrible es el aspecto del apestado, que, entreabriendo la sábana que le servía de mortaja, descubre las pústulas, de donde mana la podredumbre y el aroma de sangre, y que por entre los labios amarillos y los dientes cerrados deja huir el sonido ronco del estertor.

Pero el hombre honesto, que contemplase una escena de las rabias de la plebe y escuchase sus blasfemias y viese los rostros hediondos de los hombres disolutos, será como alivio a la asquerosidad de las yagas, el hálito putrefacto y el ronco estertor del apestado.⁸⁹

El carácter hiperbólico de las frases con que Herculano reprendió las acciones de la plebe lisboeta, así como el tono de lamentación que priva en muchas de ellas, todo ello da cuenta

⁸⁸ Se sabe que Herculano salió de Porto en los primeros días de noviembre de 1836. Todavía el 19 de octubre seguía pidiendo a Passos Manuel, ministro del Reino del gobierno septembrista, que aceptase su renuncia: “Hace un mes que el I.º Bibliotecario de la Biblioteca Pública de esta ciudad, y yo, fuimos convocados a prestar juramento a la Constitución de 1822, que entonces y hoy, de futuro alterada, felizmente nos regía y rige. Ambos recusamos practicar este acto: procedimiento a que, por mi parte, me llevaron las razones que V. Ex.ª verá de la respuesta que le dí, y que remito inclusa. Fue luego dimitido mi colega, y yo todavía estoy aquí olvidado”. Alexandre Herculano, “Carta a Passos Manuel (19 de octubre de 1836)”, in *Cartas*, vol. I, p. 184. *Cfr.*, Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, p. 57.

⁸⁹ Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 31-33.

de la tragedia vivida por este personaje en aquel momento de la historia político-social de su país; durante el dramático surgimiento del pueblo portugués a la existencia política.

En base a lo que ha sido argumentado a lo largo de este capítulo, gracias a los hechos contextuales y biográficos que fueron mencionados y analizados, resulta ahora más fácil comprender la experiencia que tuvo Herculano de los sucesos revolucionarios de 1836. A quien ignora estos factores y sólo ha leído las obras más tardías del autor, aquéllas donde aparece como un campeón de la libertad popular y de “la verdad del sistema representativo”,⁹⁰ le resultará extraño encontrarse con un texto en que se caracteriza al pueblo portugués como un “fantasma del crimen” o un “espectro de la muerte”. No obstante, quien conoce que, a mediados de la década de 1830, este autor era un férreo cartista, tendrá por naturales dichos juicios y el tono apocalíptico de los mismos. Para un personaje que, por aquel entonces, concebía al monarca como el arquitecto de la nacionalidad portuguesa, como una figura que, pese a compartir el poder con los representantes de la nación, era el primer ciudadano y el director de los destinos públicos,⁹¹ debió haber sido doloroso observar a la reina Doña María II en un estado de absoluta fragilidad política. De igual manera, debió haber sido aterrador ser testigo de cómo la *res publica* dejaba de ser un ámbito gobernado por la voluntad de unos cuantos individuos, para convertirse en el patrimonio de la voluntad de las multitudes o bien de quien supiera manejarlas.⁹²

En el conjunto de los intelectuales portugueses ya consolidados en el mundo de las letras o que comenzaban a despuntar en él –por ejemplo, José Liberato (1772-1855), Almeida Garrett o José Estevão (1809-1862)–, quizá por el hecho de haber sido el único que permaneció fiel al cartismo luego del triunfo de Don Pedro en 1834, sólo Herculano fue lo suficientemente sensible para advertir que la Revolución había creado un abismo insalvable entre la realidad presente y la pasada; sólo él tuvo plena conciencia del drama que estaba aconteciendo –del fin de una era y el comienzo de una nueva:

⁹⁰ “De un lado estaba um montón de ruínas políticas; del otro se oía la gran voz del pueblo, que gritaba: queremos la restauración de la Carta en su verdad: queremos la reforma que ella faculta, o antes, ordena: queremos que cese el reinado de la corrupción y de la venalidad: queremos la verdad del Gobierno representativo”. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “As duas ditaduras” (O Português, N.º 9 – 19 de Abril de 1853), in António José Saraiva, *Herculano desconhecido*, 2ª ed., Pova de Varzim, 1971, p. 108.

⁹¹ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “2º Caderno (c.a. 1838)”, in *Cenas de um ano da minha vida. Apontamentos de viagem*, pp. 45-49.

⁹² “Pueblo, hoy eres tú quien impera, y absoluto es tu poder; porque te dices única fuente de él”. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, p. 90.

Lisboa, ciudad de mármol, reina del océano, tú eres hermosa entre las ciudades del mundo.

La brisa que barre tus colinas es pura como el cielo azul, que se refleja en tu amplio puerto, semejante al grande mar.

Treinta siglos han pasado desde que tú surgiste, y sorbiendo millares de existencias cayeron todos en el abismo del pasado.

Y tú los has visto nacer y morir, y sonreíste; porque juzgabas que tu vida estaba ligada a la vida del universo.

Escondiendo tu origen en las tinieblas de los tiempos remotísimos, decías a las otras ciudades de Europa: – Soy vuestra hermana más vieja.

Noble y rica otrora, cuando el Oriente y África mandaban el oro de sus venas, los extraños venían a asentarse al pie de tus muros y a abastecerse con las migajas caídas de las mesas de tus banquetes.

Cada uno de tus viejos palacios abrigó ya en los últimos días un gran capitán; en cada piedra de tus templos hay un recuerdo de las virtudes pasadas; en muchas losas de sepulturas nombres que no morirán.

En tus eras de gloria, los monarcas de los últimos confines de la tierra se tenían por honrados al llamar hermanos a tus hijos; e hijos tuyos daban y retiraban coronas [...]

Entonces, ¡oh ciudad del Tajo!, reinabas tú y eras fuerte, más que Roma y Cartago; pero el imperio y la fuerza te venían de las virtudes de tus hijos, de los hombres a quien sin pudor llamamos abuelos.

Te vivificaban el seno un sin número de bien nacidos espíritus, y eras seminario ferocísimo de corazones generosos.

Sin embargo, ¿qué te resta hoy del antiguo esplendor, de la gloria de tantos siglos? Un eco del pasado en las páginas de la historia, el sol puro de tu primavera, los restos de los palacios y de los templos que los terremotos no te consumieron, y el gran semblante de las aguas de la amplia desembocadura del Tajo.

Mas este eco de la historia, que debía ser para ti como un grito de remordimiento, no hay oídos que escuchen, y suena en vano y muere en medio del vocerío de la plebe:

Mas este cielo puro que te cubre, y que testificará en el gran día las virtudes de nuestros mayores, testificará también frente al Señor tu corrupción actual:

Mas este puerto, que la libertad pautada de tres años comenzaba a poblar de mástiles, lo volverá reinado de licencia tan yermo como los extremos de los mares helados:

Mas por los palacios de mármol ya no retumba la voz de los héroes, y los templos están desiertos: sólo por lupanares y plazas susurra el clamor de los populares, o entonando los cánticos de las orgías, o tumultuando en asonadas y preparando el día en que satisfagan la sed de robo y de asesinato [...]

Ese corto plazo bastó al pueblo para agotar los tesoros de la misericordia divina, que los errores y culpas de siglos habían podido empobrecer.

Los hechos portentosos de dos años de combates civiles fueron vituperados por el pueblo en una noche de sedición, y el árbol de la libertad cercenado junto de la tierra.

Y las esperanzas de salvación y de felicidad pasaron como el sueño matutino se desvanece al nacer el sol.⁹³

Como lo demuestra este fragmento de *A Voz do Profeta*, debido a sus convicciones políticas, enemigas de los movimientos populares y democráticos, justo en el medio de la crisis, Herculano percibió –patéticamente– que el “vocerío de la plebe” había relegado al

⁹³ *Ibid.*, pp. 77-81. Las cursivas son mías.

“abismo del pasado” todo cuanto hasta entonces había formado parte de una misma realidad. El mundo cartista en que había habitado y creído había sido definitivamente derrumbado; ese mundo en que “la voz de los héroes” de “las eras de gloria” todavía retumbaba en “los palacios de mármol”; en que los fundamentos de la tradición política portuguesa convivían con “la libertad pautada de tres años”; en fin, ese mundo en que el pasado era uno mismo con el presente había sido asesinado y “vituperado por el pueblo en una noche de sedición”.

Ahora, sería equivocado suponer que este autor tomaría una actitud meramente contemplativa frente a la escisión de la realidad provocada por la Revolución de 1836. Por el contrario, su mismo cartismo –moderado y conservador–, al tiempo que le permitió reconocer lo definitivo de la transformación que había aconteciendo, le hizo también tomar conciencia de la urgencia que había en comprender ese cambio para poder hacerse de sus riendas y llevarlo a buen término.⁹⁴

Pueblo que vagas desenfrenado por las sendas de la muerte, conviértete a la vida, conviértete al Dios de tus padres.

Él no se olvidará de los nietos de esos fuertes que expandieron la luz de su Verbo entre los más remotos bárbaros, y tus errores serán olvidados.

Nuestros abuelos supieron ser libres sin ser licenciosos; supieron ser grandes sin crímenes: eterna es su gloria.

¿Osaríamos nosotros ir a juntarnos con ellos en el reposo del túmulo cargados de las maldiciones del Altísimo, y sepultando con nosotros la herencia del nombre portugués cubierta de la execración del universo?

Recordad que las cenizas de los caballeros de João I; de los valientes de Ceuta, de Tanger y de Arzila, de los conquistadores del Oriente, están cubiertas por la tierra que pisáis.

Y donde quiera que pongáis los pies levantará el pasado un grito de reprehensión contra la depravación del siglo actual.

Hermosa y pura es la luz del sol en este amoroso clima del Occidente: no queráis convertirla en el farol enrojecido y siniestro de salteadores y asesinos.

Unámonos, pues, como hermanos, y abrazándonos unos con otros, caigan algunas lágrimas de reconciliación sobre esta tierra tan regada de lágrimas de amargura; tan mojada de sangre del fratricidio.

Reflorezca entre nosotros la paz y la amistad: tengamos un sólo nombre, el de portugueses, un sólo bando, el de la patria.

Quizá algún día estos ruegos del profeta serán oídos: pero cuándo, es un secreto de Dios.⁹⁵

Si bien en las líneas de este extracto no es afirmado de manera explícita, es factible deducir de ellas que su autor ya pensaba en el saber histórico como el medio más efectivo

⁹⁴ *Cfr.*, Frank Ankersmit, *op. cit.*, pp. 346-347.

⁹⁵ Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 73-75.

para redimir al pueblo portugués del error en que había caído al olvidar los hechos de sus mayores, al desconocer que “Nuestros abuelos supieron ser libres sin ser licenciosos; supieron ser grandes sin crímenes”. Dibujando un panorama de la historia portuguesa desde la época medieval hasta sus propios días, elaborando una interpretación general de la historia portuguesa en base al principio de la libertad –una “filosofía de la historia nacional”–, Herculano invitaba al pueblo de su presente a cambiar su actitud “licenciosa”; a lograr su salvación a través de la rememoración significativa de los hechos de su pasado. Herculano predicaba, pues, una nueva fe que no era el cartismo que había amado hasta ese momento; su nuevo Evangelio de salvación para Portugal era la historia: el conocimiento de las acciones del pasado, de esos hechos distintos y únicos que conformaban, o mejor dicho, debían conformar, una nueva unidad con las acciones del presente. Aquello que había sido desterrado de la actualidad por los septembristas, clamaba que fuera recuperado por la historia, la cual tenía el poder de convertirlo en algo nuevamente “vivo”, en “un grito de reprehensión contra la depravación del siglo actual”.

En las páginas de *A Voz do Profeta*, como producto que fue de la experiencia política de Herculano de los acontecimientos de 1836, es posible detectar el testimonio más primitivo de la eclosión en su pensamiento de una conciencia histórica. De manera un tanto tímida, en este opúsculo se deja ver el fundamento ontológico de su idea de la temporalidad y, por ende, de su interpretación general de la historia de Portugal. Aparece ya ahí su concepción del pasado como una realidad ajena y distinta al presente, pero que aún así ejerce su influencia sobre la actualidad y la posteridad –“Y donde quiera que pongáis los pies levantará el pasado un grito de reprehensión contra la depravación del siglo actual”. Con todo, esa concepción no es sino un anuncio, o una prefiguración, de la que el autor desarrolló y completó a lo largo de las tres décadas subsecuentes. El análisis suscrito de este desarrollo compete a la exposición de los siguientes capítulos, en los cuales se investigará cómo fue la evolución de la conciencia histórica de Herculano en los primordios del mundo al que dio nacimiento la Revolución demo-liberal de 1836.

III. DE LA POESÍA A LA HISTORIA

Al igual que otros tantos escritores decimonónicos, Alexandre Herculano fue poseedor de una pluma extremadamente versátil. Fue un autor que se desarrolló lo mismo en el verso que en la prosa narrativa, la prosa mixta (diálogo y relato) y la prosa descriptiva, y que cultivó una amplia gama de géneros literarios y no literarios, entre los cuales sobresalen el himno, el treno, el oráculo, el cuento, la novela, el ensayo histórico y la historiografía. Con todo, en contraste con la heterogeneidad formal de su obra, destaca la homogeneidad temática de la misma. El pasado portugués prevalece como objeto de representación a lo largo de los más de veinte títulos que conforman el *corpus* herculaniano. El presente capítulo tiene por objetivo principal dar una explicación a dicho fenómeno. Para este efecto, se intentará desvelar las diversas circunstancias culturales y político-sociales que encauzaron al autor a dar satisfacción a su afán histórico primero en la poesía, luego en el cuento y la novela histórica, y finalmente en el ensayo histórico y la historiografía. De manera simultánea, se examinará la solución de representación del pasado portugués lograda en cada una de esas formas compositivas.

Un comercio impuro

No fue sino hasta fecha relativamente reciente que la literatura y la historia adquirieron el carácter de disciplinas independientes. Desde el Renacimiento hasta inicios del siglo XIX, ambas fueron tenidas por especies de un mismo género, quiero decir, como ramas de la retórica –de la ciencia de la oratoria, la escritura y la lectura. Tanto las *belle-lettres*, que abarcaban lo que hoy en día denominamos literatura, como la historiografía, fueron concebidas como convenciones lingüísticas, como discursos, y, en cuanto tales, se las consideró poseedoras de una naturaleza figurativa.¹ En aquellos tiempos, la poesía fue un arte cuyos principios y procesos figurativos podían identificarse, enseñarse y aprenderse –era posible, por ejemplo, dar y obtener instrucciones para escribir un soneto.² Por su parte, la historiografía fue comprendida como un arte literario cuya misión consistía, no tanto revelar

¹ Cfr., Hayden White, *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría. 1957-2007*, trad. María Julia De Ruchi, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2001, pp. 341 y 499-500.

² *Ibid.*, p. 500.

nueva información sobre el pasado, como preservar el conocimiento existente a través de un discurso que persuadiera y fuera agradable a su audiencia.³

Como bien se sabe, esta situación perdió vigencia a la vuelta del siglo XIX. El esteticismo romántico primero, y más tarde el realismo literario, buscaron la separación de los diversos géneros poéticos con respecto al dominio general del discurso, el cual fue visto como un territorio regido por una serie de principios compositivos fraudulentos y frívolos. Surgió entonces la literatura como un ámbito particular del lenguaje figurativo que se pensó a sí mismo, por un lado, ajeno a los artificios retóricos, y por el otro, distinto al lenguaje meramente correcto y útil.⁴ Los historiadores, entretanto, procuraron también emancipar su actividad de la retórica y convertir los estudios históricos, si no en una ciencia nomológico-deductiva como la física, la química o la naciente biología, por lo menos en una disciplina que lograra presentar los hechos del pasado de manera objetiva, en una prosa directa y transparente, liberada de la ambigüedad y la polivalencia del lenguaje figurativo.⁵

Ahora, en el curso de su búsqueda de autonomía, y en contradicción con el natural deslinde que cabría esperar de dos disciplinas que necesitaban construir su campo de acción específico,⁶ de manera inusitada, la literatura y la historia vivieron un momento de enorme proximidad. La primera mitad del siglo XIX fue para Europa occidental la época de los grandes poetas-historiadores: fue el momento de la hegemonía cultural de Walter Scott en Inglaterra y en Europa entera; de François-René de Chateaubriand, Alfred de Vigny y Victor Hugo en Francia; de Alessandro Manzoni en Italia;⁷ y, por supuesto, de Alexandre Herculano en Portugal. Empero, ¿cómo explicar que, al tiempo que estas dos actividades espirituales procuraban su afirmación con respecto a la retórica, se diera entre ellas una suerte de comercio impuro, una merma de los deseos de independencia de una y de los de profesionalización de la otra? El esclarecimiento de esta paradoja quizá pueda provenir de su

³ Cfr., Lionel Gossman, *Between History and Literature*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1990, p. 257. Cfr., Elisabeth Wesseling, *Writing History as a Prophet. Postmodernist Innovations of the Historical Novel*, John Benjamins Publishing Company, Philadelphia, 1991, p. 44.

⁴ Cfr., Hayden White, *La ficción de la narrativa*, pp. 502-505.

⁵ *Ibid.*, pp. 342-343.

⁶ Cabe mencionar que, desde finales del siglo XVII, Pierre Bayle venía abogando por la separación de los territorios de la historia y la literatura, de lo factual y lo ficcional. Cfr., Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, pp. 34-35. Cfr., Richard Maxwell, *The Historical Novel in Europe, 1650-1950*, New York, Cambridge University Press, 2009, p. 11.

⁷ Cfr., Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, pp. 50-54. Cfr., Ann Rigney, "Fiction as a Mediator in National Remembrance", in Stefan Berger, Linas Eriksonas & Andrew Mycock eds., *op. cit.*, p. 83.

comprensión como parte de la que, en palabras de Isaiah Berlin y Rüdiger Safransky, ha sido la mayor revolución de la conciencia occidental de los últimos dos siglos: el romanticismo.⁸

Al romanticismo se debe el descubrimiento de la naturaleza histórica de la realidad. El relato de este hallazgo es bien conocido: en el año de 1769, en una barca que navegaba de Riga a Nantes, un espíritu aventurero y revuelto contra la cultura libresca de su tiempo y contra la fe en la transparencia y en la calculabilidad del mundo, concibió que todo en la realidad, incluida la naturaleza, era histórico. Fue Johann Gottfried Herder quien señaló –por primera vez con consecuencias para el desarrollo del pensamiento occidental–⁹ que la vida era una fuerza creadora, un proceso evolutivo abierto, productor de la multiplicidad de formas existentes, y no un mecanismo de relojería como la habían entendido los ilustrados.¹⁰ Con el golpe asestado por Herder a la cosmovisión ilustrada, pero también a causa de la experiencia de los sucesos tumultuarios y violentos de la Revolución francesa, los cuales obligaron a la comprensión de procesos históricos de larga escala, poco a poco fue imponiéndose en Occidente una visión “histórica” de las cosas.¹¹ La moral, los órdenes sociales, lo bello, lo verdadero, la libertad, e incluso Dios, todo aquello que hasta entonces había pertenecido a la esfera de lo etéreo e inmutable quedó inserto en el devenir histórico, en “el vaivén de las cosas en el torrente del tiempo”.¹²

Tan absoluto fue el dominio ejercido por este nuevo sentido de historicidad, que no resulta extraño el interés por profundizar en esa materia de parte de hombres de letras de diversas especialidades. Tampoco se advierte insólito que fueran los poetas, y no los historiadores, la vanguardia en dicha empresa. Las condiciones culturales, políticas y sociales

⁸ Cfr., Isaiah Berlin, *The Roots of Romanticism*, edited by Henry Hardy, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1999, p. 24. Cfr., Rüdiger Safransky, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, México, Tusquets Editores México, 2009, p. 29.

⁹ Cabe recordar que un siglo antes de Herder, Giambattista Vico había ya argumentado que el hombre y las naciones poseían una naturaleza que no respondía a las leyes del mundo físico sino a las leyes históricas del desarrollo. Cfr., Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 119-120.

¹⁰ Cfr., Rüdiger Safransky, *op. cit.*, pp. 24-29. Algunos años más tarde, otro romántico, Novalis, profundizaría en la crítica a la Ilustración llevada a cabo por Herder, caracterizando a esta corriente de pensamiento a través de la metáfora de la “máquina uniforme”. Cfr. Novalis, *La cristiandad o Europa*, trad., Lorena Díaz González, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2009, p.35: “[...] con enormes dificultades el hombre fue erigido sobre el orden natural de la existencia, y la infinita música creadora del universo se transformó en el ruido monótono de un terrible molino, accionado por la corriente del azar y abandonado a su suerte; un molino en sí, sin arquitecto ni molinero, era en verdad un *perpetuum mobile*, un molino triturándose a sí mismo”.

¹¹ Cfr., Georg Lukács, *The Historical Novel*, trad. Hannah and Stanley Mitchell, London, Merlin Press, 1962, pp. 22-23.

¹² Cfr., Rüdiger Safransky, *op. cit.*, p. 29.

prevalecientes a finales del siglo VIII y principios del XIX, hacían favorable la incursión aventajada de los poetas en la historia. La reciente e incompleta configuración de las disciplinas literaria e historiográfica como campos de actividad independientes de la retórica; la propuesta de los poetas románticos de crear una “poesía universal”, una poesía que superase las especializaciones entre las diversas actividades espirituales, incluida la historia;¹³ la desilusión con las historias eruditas y las pesadas compilaciones documentales experimentada por una burguesía que, tras la Revolución francesa, se encontró profundamente interesada en la historia nacional:¹⁴ todos estos factores han de tomarse en cuenta a la hora de interpretar el fenómeno de la primacía de la poesía sobre la historiografía en la tarea de abordar la cuestión del pasado en aquel momento de la historia del pensamiento europeo.

Poetas como Karl Grosse, Ludwig Tieck y Friedrich von Hardenberg “Novalis”, fueron los primeros casos de esta tendencia histórica en la literatura. En sus poemas y novelas expresaron esa nueva forma de conciencia histórica años antes que personajes como Wilhelm von Humboldt, Gustav Droysen o Leopold von Ranke hicieran lo propio desde el ámbito de la historiografía.¹⁵ Grosse, por ejemplo, en su novela de ligas secretas *El genio* (1791), dio rienda suelta a los anhelos de misterio y extrañeza de una época que pensaba la realidad desde la filosofía de la historia, y que, como el héroe de esta narración, reconocía que “en todos los embrollos de aparentes causalidades actúa una mano invisible, que quizá fluctúa sobre alguno de nosotros, lo domina desde la oscuridad y puede haber tejido desde hace mucho tiempo el hilo que el afectado cree tejer él mismo con despreocupada libertad”.¹⁶ Tieck, por su parte,

¹³ Esta propuesta fue teorizada por Friedrich Schlegel y Novalis en el famoso fragmento 116 de la revista *Athenäum*: “La poesía romántica es una progresiva poesía universal. Su meta no es tan sólo unir de nuevo todos los géneros separados de la poesía y poner en contacto a ésta con la filosofía y la retórica, sino que, además, ora ha de mezclar, ora ha de fundir la poesía y la prosa, la genialidad y la crítica. Tiene que hacer viva y sociable la poesía, y hacer poética la vida y la sociedad [...]”. *Cfr.*, Rüdiger Safransky, *op. cit.*, p. 56.

¹⁴ *Cfr.*, Ann Rigney, *op. cit.*, p. 88. *Cfr.*, Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 22-25. *Cfr.*, Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, pp. 43-45.

¹⁵ Ann Rigney, *op. cit.*, pp. 101-102. Es importante tener en cuenta que los motivos literarios desarrollados por la avanzada del romanticismo europeo en los umbrales del siglo XIX, y con esto me refiero, por ejemplo, a la complacencia en lo misterioso y en lo maravilloso, a la pasión por lo nocturno y por la profundidad de la vida, al deseo de infinito, al culto exacerbado de la identidad propia y al sentido de pertenencia a una comunidad de los muertos, los vivos y los no nacidos, derivaron precisamente de esa conciencia de la historicidad de la realidad. Pues ¿qué podía ser más misterioso, profundo e infinito que la realidad, el propio tiempo, la historia? ¿Qué, si no la historia, podía dar a los individuos y a los pueblos un sentido de identidad individual o colectiva? *Cfr.*, Isaiah Berlin, *op. cit.*, pp. 20-22. *Cfr.*, Rüdiger Safransky, *op. cit.*, pp. 51-52.

¹⁶ Karl Grosse, *Der Genius*, Frankfurt del Meno, 1982, p. 6, *cit. por* Rüdiger Safransky, *op. cit.*, p. 54.

en la novela *Franz Sternbald* (1798) –subtitulada *Una historia de la antigua Alemania*–, pretendió evocar la época del pintor Albrecht Dürer, anudando en su narración escenarios históricos repletos de castillos, conventos y bosques donde comparecían caballeros, damas, ermitaños y monjes.¹⁷ De manera semejante, Novalis confesó en una carta a Caroline Schlegel datada de 1799, que planeaba hacer de su *Enrique de Ofterdingen* la primera de una serie de novelas que revelaran a los alemanes, en una “forma fantástica y rica en pensamientos”, el lugar que ocupaba su nación en la historia del Occidente cristiano.

Con todo, no fue un poeta alemán sino uno escocés quien desarrolló con mayor audacia el proyecto romántico de síntesis histórico-literaria. En 1814, Walter Scott publicó *Waverley, or 'Tis Sixty Years Since*, considerado por la crítica como el primer espécimen de un nuevo subgénero literario: la novela histórica.¹⁸ Aquello que Scott emprendió en esta novela, y que posteriormente desarrolló en obras como *Guy Manering* (1815), *The Antiquary* (1816), *Old Morality* (1816), *Rob Roy* (1817), *Ivanhoe* (1820), *The Monastery* (1820), *Quentin Duward* (1823) y *Count Robert of Paris* (1832), entre otras tantas, fue una forma inédita de relacionar la esfera de lo factual-pasado y lo ficcional. A la inserción de un personaje ficticio en un momento histórico de turbulencia social, que era una forma composicional ya trabajada en los siglos XVII y XVIII por los practicantes de la novela sentimental, la novela de costumbres, la novela social realista y la novela gótica,¹⁹ el autor escocés agregó aquello que es tenido por su sello particular, la esencia de lo que en la literatura y la historiografía decimonónicas sería conocido como el "modelo de Scott": esto es, al famoso "color local".²⁰ Contrariamente a lo que aconteció en la obra de sus

¹⁷ Rüdiger Safransky, *op. cit.*, pp. 96-97.

¹⁸ Desde la publicación de *La novela histórica* (1937) de Georg Lukács, ha existido entre los críticos literarios un relativo consenso en cuanto a reconocer en *Waverley* la primera novela histórica. *Cfr.*: Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, p. 28. Con todo, es posible encontrar algunas disensiones a este respecto. Tal es el caso de Richard Maxwell, quien en *The Historical Novel in Europe, 1650-1950* (2009) argumenta que la obra de Scott no es sino una "re-invencción" de la ficción histórica de los siglos XVII y XVIII. Según Maxwell, en novelas como *La Princesse de Clèves* (1678) de Madame de la Fayette, *Don Carlos* (1672) de César de Saint-Réal y *Cleveland* (1731-1739) de Antoine Prévost, se encuentra ya presente aquello que desde el siglo XIX fue asumido como la firma original del autor escocés y la característica principal de la novela histórica: "la inserción del relato de un protagonista histórico (un gran rey, reina o soldado) dentro del relato de un personaje ficticio, insistiendo, no obstante, en la distancia moral y ontológica entre estas dos narraciones". *Cfr.*: Richard Maxwell, *op. cit.*, pp. 12-13.

¹⁹ Me refiero a autores como Richard Head, Daniel Defoe, Horace Walpole, Henry Fielding, Madame D'Aulnoy, César de Saint-Réal, Antoine Prevost, Friedrich Schiller y Johan Wolfgang Goethe. *Cfr.*, Erich Auerbach, *Mimesis*, p. 438. *Cfr.*, Georg Lukács, *op. cit.*, p. 19. *Cfr.*, Elisabeth Wesseling, *op.cit.*, pp. 32-35. *Cfr.*, Richard Maxwell, *op. cit.*, pp. 16-47.

²⁰ *Cfr.*, Ann Rigney, *op. cit.*, p. 83. *Cfr.*, Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, p. 49.

predecesores, por ejemplo, en *The Castle of Otranto* (1764) de Horace Walpole, en *La Princesse de Clèves* (1678) de Madame de la Fayette, o incluso en el *Wilhelm Meisters Lehrjahre* (1795-1796) de Johan Wolfgang Goethe, donde personajes ficticios y factuales aparecían perfilados con caracteres que no eran adjudicables a ningún tiempo concreto, y colocados además en espacios de acción abstractos,²¹ en las novelas de Scott todo personaje era dibujado como un tipo histórico-social particular y ubicado además en un medio con costumbres, maneras y hasta materialidades –v.gr., las vestimentas y la arquitectura que los rodeaba– específicas de la época a que hacía referencia el autor. El "color local" scottiano no era, pues, otra cosa que la manifestación literaria de la conciencia de la “historicidad de la historia”, de la asunción de la realidad como un todo dinámico, fruto de un proceso histórico compuesto por etapas con características particulares e irrepetibles.²²

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, desde Rusia hasta Portugal resonó con fuerza la invitación romántica a la unión de la historia y la poesía a través de composiciones de naturaleza lírica o novelística. Entre las distintas propuestas para realizarlo, probablemente la más difundida y emulada fue la de Walter Scott. De entrada, es posible comprobar el éxito de su poética reparando en la enorme cantidad de trabajos literarios que fueron escritos inspirados por la matriz del "color local". *I promesi sposi* (1825) de Alessandro Manzoni, *Cinq-Mars* (1827) de Alfred de Vigny, *Notre-Dame de Paris* (1831) de Victor Hugo, *Kapitanska doja* (1836) de Alexander Pushkin, *Leeuw van Vlaaderen* (1838) de Hendrik Conscience,²³ y *Eurico o Presbítero* de Alexandre Herculano, son algunos de los ejemplos más conspicuos de novelas escritas a la manera scottiana durante las primeras cuatro décadas que siguieron a la publicación de *Waverley*. Pero también es importante resaltar que la fortuna del modelo no se restringió al campo literario. Los grandes maestros del oficio historiográfico que hicieron florecer la disciplina a partir de la segunda década del siglo XIX, fueron lectores ávidos de las obras de Scott y, ya fuera de manera positiva o negativa, todos reconocieron su deuda con este último. Thomas Carlyle y Thomas B. Macaulay en Inglaterra, Augustin Thierry y Jules Michelet en Francia, Leopold von Ranke en Alemania, y el mismo Alexandre Herculano en Portugal, cada uno a su manera alabó la capacidad del escocés para traer a

²¹ Cfr., Erich Auerbach, *op. cit.*, p. 448-451. Cfr., Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 19-20. Cfr., Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, p. 53.

²² Cfr., Georg Lukács, *op. cit.*, p. 43.

²³ Cfr., Ann Rigney, *op. cit.*, p. 83. Cfr., M. Pittock, ed., *Reception of Sir Walter Scott in Europe*, London, 2006.

cuentas aquello que los historiadores de los siglos previos habían olvidado al concentrarse sólo en los hechos políticos: las costumbres, los atuendos, la vida diaria de los hombres del pasado; admiraron su capacidad para crear una historia emocionante y para “resucitar” el pasado. Sin embargo, pensaron, asimismo, que ellos, los historiadores del momento, podían y debían retomar la capacidad evocativa de Scott, sólo que purgada del recurso a la invención y siguiendo lo que consideraban las reglas crítico-científicas de la profesión historiográfica.²⁴

Como señalé, la obra poética, novelística e historiográfica Herculano no estuvo libre del ascendiente que el romanticismo ejerció sobre el pensamiento europeo durante la primera mitad del siglo XIX. Para percibir la magnitud de esta influencia, basta tener en cuenta que el interés de este autor por la historia comenzó también en la poesía y la novela, y no en la historiografía. Además, trabajos literarios como *A Voz do Profeta* (1836), *O Bobo* (1843) y *Eurico o Presbítero* (1844), pero también producciones historiográficas como la *História de Portugal* (1846-1853) y la *História da Inquisição* (1853-1859), todas manifiestan la marca profunda del “color local”. No obstante, es importante subrayar que el escritor luso no fue un mero imitador de los principios románticos desarrollados en otras latitudes. En realidad, lo que éste llevó a cabo a lo largo de su amplia obra fue una aprehensión de esos principios a la luz de la realidad política, social y cultural portuguesa de su momento.

La belleza historizada

Es bien sabido que, antes de su salida abrupta y obligada de Portugal, cuando era un joven de tan sólo 16 o 17 años y frecuentaba la casa de la Marquesa de Alorna y las tertulias de la Tebaida da Mãe-D’água –también conocida como Tebaida de Assentis–, Herculano tuvo un acercamiento importante hacia la obra de los llamados pre-románticos portugueses.²⁵ Con todo, la noticia de dicha aproximación no permite concluir que los principios fundamentales de su estética literaria hubiesen sido orientados por la poética de escritores como Francisco

²⁴ Cfr., Ann Rigney, *op. cit.*, pp. 89-90.

²⁵ Cfr., Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, pp. 224-308. “Pre-romanticismo portugués” es un concepto acuñado por la crítica para dar cuenta de un fenómeno literario acontecido en Portugal a finales del siglo XVIII, y cuya característica principal fue la reacción contra la poesía de cuño neoclásico, haciendo énfasis en lo sublime, los sentimientos, la originalidad, el genio y la utilidad de la poesía. Sus principales representantes fueron Francisco Manuel do Nascimento, alias Filinto Elísio (1734-1819), Leonor de Almeida, Marquesa de Alorna (1750-1839), y Manuel Maria de Barbosa du Bocage (1765-1805). Cfr., Álvaro Manuel Machado, *As Origens do Romantismo em Portugal*, Amadora, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, Ministerio da Educação, pp. 47-48. Cfr., Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. IV, p. 16.

Manuel do Nascimento, alias Filinto Elísio, Leonor de Almeida, Marquesa de Alorna, y Manuel Maria de Barbosa du Bocage. Es verdad que el espíritu de abandono del equilibrio neoclásico entre la razón y los afectos manifiesto en la obra de estos escritores, así como su exaltación grandilocuente de los sentimientos naturales humanos,²⁶ tuvo repercusiones evidentes en su obra –la fuerte carga emotiva presente, por ejemplo, en su *Eurico*, es básicamente innegable. Empero, desde mi perspectiva, esa actitud sentimental de ninguna manera constituye el núcleo de la corriente de pensamiento que la crítica denomina romanticismo portugués, y de la cual se considera a este autor un conspicuo representante.

Esta afirmación se encuentra basada en el concepto de romanticismo formulado por Benedetto Croce en su *Teoria e storia della storiografia* (1915). En ese texto, el filósofo napolitano argumenta que, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, convivían en Europa occidental dos tipos de romanticismo: uno falso y otro verdadero. A su entender, existía, por un lado, un sentimentalismo nostálgico que, más que romanticismo, merecía el apelativo de pseudo-romanticismo; por el otro, tenía también presencia una forma de conciencia fundada sobre la idea de desarrollo, sobre el concepto de realidad como proceso acumulativo único y sin repeticiones, y que representaba “el verdadero romanticismo en cuanto época de la historia del pensamiento”.²⁷ Considero que esta interpretación resulta bastante útil para valorar lo que la poética del pre-romanticismo portugués heredó al romanticismo. Desde una óptica croceana, bien podría sostenerse que la desatención o ignorancia del pre-romanticismo portugués en relación a la dimensión dinámica, histórica, de la realidad, vedaría su definición como precursor del movimiento propiamente romántico encabezado por Almeida Garrett y Alexandre Herculano en la década de 1830. A lo más podría decirse que transmitió a los jóvenes poetas de la siguiente generación un acusado interés por abordar la dimensión sentimental de la vida humana –una actitud más bien pseudo-romántica.²⁸

²⁶ Cfr., Álvaro Manuel Machado, *As Origens do Romantismo em Portugal*, pp. 44-69. Cfr., Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. IV, pp. 156-221. Cfr., José Augusto França, *op. cit.*, vol. I, pp. 27-42.

²⁷ Benedetto Croce, *Teoria e storia della storiografia*, Milano, Adelphi Edizioni, 1989, pp. 291-315.

²⁸ Ni siquiera puede decirse que la introducción del joven aspirante a poeta, por parte de la Marquesa de Alorna, a las obras de autores como Edward Young (1683-1765), Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803) y Christoph Martin Wieland (1733-1813), hubiese contribuido a la formación de su estética romántica. La precoz lectura que Herculano realizó de los *Night Thoughts* (1744-1745) de Young y del *Oberon* (1780) de Wieland, ambas traducidas al portugués por su protectora, así como del *Messias* (1749-1773) de Klopstock, al que trabajó directamente en alemán a instancias de ella misma, quizá pudo haberlo familiarizado respecto a ciertas temáticas superficiales que fueron muy caras al romanticismo –v. gr. las imágenes nocturnas y de misterio. Cfr., Augusto

Ahora bien, este argumento lleva a pensar que el primer contacto de Herculano con la auténtica cultura romántica no ocurrió en su natal Lisboa, sino en Plymouth y Rennes, es decir, durante su experiencia como exiliado en tierras inglesas y francesas (1831-1832). La inestabilidad política que el Reino de Portugal venía arrastrando desde 1807 –y en este juicio coinciden tanto los historiadores de la literatura de la actualidad como el propio autor en cuestión– había impedido la entrada y aclimatación de *la maladie du siècle* entre los portugueses.²⁹ En consecuencia, se cree que fue el exilio su principal escuela del romanticismo. Se dice que en las bibliotecas públicas de aquellas dos ciudades que aglomeraron al liberalismo portugués en el destierro, habría leído algunas de las obras de los principales escritores románticos del momento: Walter Scott, Georg Gordon Byron, Felicité Robert de Lamennais, Alphonse de Lamartine, Alfred de Vigny y Victor Hugo.³⁰

Apoya, asimismo, la hipótesis de su formación romántica en el exilio, el hecho de no existir ningún trabajo suyo anterior a 1831 donde hubiese quedado plasmado algún vestigio de su aprehensión de la estética romántica. En cambio, ya en los primeros artículos que redactó a su vuelta a Portugal, principalmente en “Qual é o estado da nossa litteratura? Qual é o trilho que ella hoje tem a seguir?” (1834) y en “Poesia. Imitação – Bello – Unidade” (1835), publicados ambos en la revista *Repositório Literário*, es factible observar el germen de una poética de naturaleza histórica y, en ese entendido, auténticamente romántica.³¹ De

França, *op. cit.*, p. 42. *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade do Herculano*, pp. 278-301. Sin embargo, la hipótesis no se extiende hacia la cuestión de la formación de la conciencia histórica propia del romanticismo. Pues si bien es posible observar en los tres escritores mencionados una tenue predisposición hacia una idea de realidad dinámica, lo cierto es que todos ellos estaban aún lo bastante inmersos en el neoclasicismo como para generar en sus lectores este tipo de inclinación. *Cfr.*, Albert Beguin, *L'Âme romantique et le rêve. Essai sur le romantisme allemand et la poésie française*, Paris, Le Livre de Poche, 2006, p. 209. *Cfr.*, Rüdiger Safranski, *op. cit.*, pp. 50-51.

²⁹ *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, pp. 421-476 y pp. 543-544. *Cfr.*, Álvaro Manuel Machado, “Herculano: nationalisme, histoire et religion”, pp. 203-204. *Cfr.*, João Gaspar Simões, *op. cit.*, pp. 287-288. *Cfr.*, Carlos Reis, “Herculano e a ficção romântica”, pp. 106-107. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Qual é o estado da nossa litteratura? Qual é o trilho que ella hoje tem a seguir?”, in *Opúsculos. Tomo IX*, Lisboa, Viuva Bertrand & C.^a, 1907, pp. 6-9.

³⁰ Esta tesis que denomino de la formación romántica en el exilio, si bien exhibe cierta fragilidad dado que basada en escritos no contemporáneos de los hechos que se refieren –principalmente *Cenas de Um Ano na Minha Vida*, c.a. 1838–, encuentra apoyo en las tardías traducciones al portugués de, por ejemplo, las obras de Scott (1837) y de Lamennais (1836). Se dice que las obras de Scott y de otros románticos ingleses, franceses y alemanes llegaron tarde a Portugal por causa de las guerras civiles que atravesó el país durante las primeras tres décadas del siglo XIX. Se afirma, de hecho, que fueron Almeida Garrett y Herculano quienes, al regresar del exilio en 1832, introdujeron a tierras lusas las obras de aquellos autores. *Cfr.*, Álvaro Manuel Machado, “Herculano: nationalisme, histoire et religion”, pp. 203-204. *Cfr.*, João Gaspar Simões, *op. cit.*, p. 286.

³¹ Fue el propio Herculano quien terminó por acotar en un sentido histórico el carácter de la filiación de su estética con el romanticismo. Varias décadas antes de Croce, el autor portugués ya distinguía que la principal

entrada, porque el autor concibió ahí a la propia poética, no como una teoría de la belleza literaria compuesta por principios universales y eternos, sino como un cúmulo de teorías – así, en plural– cuyos principios comunes y dispares obedecían a las circunstancias particulares de los distintos tiempos, espacios y sociedades donde se habían generado:

El examen de las diferentes teorías sobre lo bello y lo sublime, y las consecuencias, objeto inmediato a que nos conducirían los primeros raciocinios, darían en resultado los principios necesarios y universales de todas las poéticas, y consecuentemente aquellos sobre los que deberíamos emitir una opinión absoluta y exclusiva: en el resto respetaríamos las opiniones de cada pueblo, de cada época, en todo aquello en que ellas no se opusieran a los principios generales. Indagando la historia de la poesía en los diversos tiempos y naciones, la veríamos después de la caída de la bella literatura greco-latina, surgiendo del norte con una sublimidad de melancolía y también de ferocidad, propio de los pueblos que la inventaron: veríamos esta poesía fundida con los restos de la romana, y posteriormente con la árabe, producir diversas especies de lo romántico, de esa poesía variada y verdaderamente nacional, en Francia y en las dos penínsulas, y término medio entre la bella simetría clásica y lo sublime gigantesco del septentrión: hallaríamos esa originalidad naciente de la literatura de la Edad Media destruida casi en el resurgimiento de las letras y sustituida por teorías antiguas, que, conservando siempre el mismo nombre, fueran siendo insertadas en ideas, en preceptos modernos: encontraríamos, finalmente, el espíritu de libertad y de nacionalidad de la actual literatura.³²

La lectura de este extracto permite básicamente observar la definición de una conciencia que comenzaba a asumir la historicidad del concepto de belleza, por lo menos en el campo de la literatura. El razonamiento del autor deja pocas dudas a este respecto: si bien el crítico o el historiador de la literatura debía aceptar como componentes de la poética ciertos “principios necesarios y universales”, era preciso que comprendiese que ésta se encontraba asimismo conformada por la serie de opiniones que sobre ella habían tenido “diversos tiempos y naciones”.

A través de la historización de la belleza literaria, al considerarla, ya no como un valor universal y atemporal, sino como uno inmerso en el torrente del tiempo,³³ Herculano justificó la formulación de una poética distinta a la del neoclasicismo portugués. Este movimiento

característica del verdadero romanticismo era su sentido histórico. En su artículo “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, adelantándose al filósofo napolitano –aunque, claro, sin la profundidad teórica del mismo–, se le observa hacer un deslinde del verdadero y del falso romanticismo. Deja ahí ver una crítica negativa hacia aquella forma de poesía que, a su entender, había sido “impropiamente” tenida por romántica: la poesía sentimental de Lord Byron, quien, dice, había “hecho amar la irreligión, la inmoralidad y cuanto hay de negro y abyecto en el corazón humano”. En contraste con esto último, Herculano se decía romántico en la “verdadera acepción del término”, es decir, partidario de una poesía histórica. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, Lisboa, Viuva Bertrand & C.^a, 1907, pp. 69-72.

³² Alexandre Herculano, “Qual é o estado da nossa litteratura? Qual é o trilho que ella hoje tem a seguir?”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 10-11.

³³ *Cfr.*, Isaiah Berlin, *op. cit.*, pp. 70-72. *Cfr.*, Rudiger Safransky, *op. cit.*, pp. 26-27.

literario había surgido en Portugal durante el siglo XVIII, y sus ideas del arte poético como armonía formal y de contenidos y, sobre todo, como “imitación de lo bello de la naturaleza, teniendo por condiciones la unidad y la verdad, o la verosimilitud”,³⁴ eran todavía dominantes en las primeras tres décadas del siglo XIX.³⁵ El propio Herculano había sido educado en esta concepción de la poesía. En el Hospício da Ribeira de Alcântara, especie de escuela de primeras letras regentada por los padres de la Congregación de San Felipe Neri, estudió, entre otras materias, gramática latina y retórica –disciplinas fundamentales para lograr escribir con una sintaxis disciplinada–, y leyó también, en su lengua original, a los grandes escritores clásicos, tenidos entonces por el modelo literario de todos los escritores en cualquier tiempo y lugar –Polibio, Cicerón, Horacio, Virgilio, Tácito, Suetonio, Quintiliano, Plinio y Plutarco.³⁶ Más tarde, ya en su juventud, asistiendo a las veladas bohemias de la Tebaida de Assentis y de la Marquesa de Alorna, escuchó o leyó la poesía sentimental, pero apegada al ideal de imitación de la naturaleza, de Filinto Elisio, de Elmano Sandino y de la propia Alcipe.³⁷ Se trataba, pues, de un denso esqueleto neoclásico el que sostenía el pensamiento de Herculano antes de 1831. Sin embargo, tal parece que el exilio, las lecturas de los autores ingleses y franceses que realizó en aquel momento, fracturaron por completo esa estructura. Tanto así que muy poco o prácticamente nada de la estética neoclásica se detecta en la totalidad de su obra. Muy diferente y significativo a este respecto es el caso del otro poeta importante de la primera mitad del siglo XIX portugués, su amigo y compañero de exilio, Almeida Garrett. Este último, no obstante haber expresado su afinidad por una idea estética de cariz romántico, evidente, por ejemplo, en su exaltación de la variedad poética –la poesía nacional– en oposición al ideal greco-latino,³⁸ jamás abdicó de su armazón neoclásico. Ni en

³⁴ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 32-35.

³⁵ *Cfr.*, Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. IV, pp. 13-115. Los principales representantes del neoclasicismo portugués fueron Francisco Xavier de Meneses (1673-1743), José Xavier de Valadares e Sousa (?-1759), Luís António Verney (1713-1792), Francisco José Freire (1719-1773), António Dinis da Cruz e Silva (1731-1799), Manuel Nicolau Esteves Negrão (¿?) y Teotónio Gomes de Carvalho (1728?-1800). Los tres últimos, António Dinis da Cruz e Silva, Manuel Nicolau Esteves Negrão y Teotónio Gomes de Carvalho, fueron los fundadores de la llamada “Arcadía Lusitana”, asociación literaria conimbricense cuyos propósitos fueron el destierro de la exuberancia barroca, la recuperación del equilibrio clásico y la instrucción del público en el “verdadero gusto”. *Cfr.*, Álvaro Manuel Machado, *As Origens do Romantismo em Portugal*, p. 46.

³⁶ *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *op. cit.*, pp. 141-160.

³⁷ *Ibid.*, pp. 224-274. Los respectivos pseudónimos de los “pre-románticos” Francisco Manuel do Nascimento, Leonor de Almeida y Manuel Maria de Barbosa du Bocage, dan parte de su estrecha relación con el neoclasicismo.

³⁸ “Lo que es preciso es estudiar nuestras primitivas fuentes poéticas, los romances en verso y las leyendas en prosa, las fábulas y creencias viejas, las costumbres y las supersticiones antiguas: leerlas en el mal latín

su primer trabajo –*Camões* (1825)– ni en sus últimos –v. gr. los *Viagens na Minha Terra* (1846)– da la impresión de haber tenido otra “teoría del arte” que la de “pintar de lo vivo, dibujar lo desnudo y no buscar poesía ninguna, ni de invención ni de estilo, fuera de la verdad y de lo natural”.³⁹

No se sabe con exactitud qué lecturas sirvieron de base a Herculano para la temprana formulación de la poética que propuso en sustitución de aquélla que estaba “ceñida casi ciegamente a la autoridad de los antiguos”.⁴⁰ Por testimonio del propio autor, se tienen algunas vagas noticias de su conocimiento de las obras de los mencionados Scott, Vigny y Hugo.⁴¹ Con todo, no parece que los planteamientos teóricos del joven crítico de 1834-1835 hubiesen encontrado inspiración ya fuera en *Waverley* (1814), o bien en *Ivanhoe* (1820), *Cinq*

mozárabe medio suevo o medio godo de los documentos obsoletos, en el mal portugués de los fueros, de las leyes antiguas, y en el castellano del mismo tiempo –que hasta bien tarde la literatura de las Españas fue casi toda una. El tono y el espíritu verdadero portugués ése es forzoso estudiarlo en el gran libro nacional, que es el pueblo y sus tradiciones y sus costumbres y sus vicios, y sus creencias y sus errores. Y por todo eso es que la poesía nacional ha de resucitar verdadera y legítima, despojado, en el contacto clásico, el sudario de la barbaridad, en que fue amortajada cuando murió, y con el que se vestía cuando estaba viva”. J. B. de Almeida Garrett, *Romanceiro II. Romances Cavalharescos Antigos*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1851, pp. XII-XIII.

³⁹ J. B. de Almeida Garrett, “Memoria ao Conservatório Real (1843)”, in J. B. de Almeida Garrett, *Teatro III*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1844, pp. 11-12. La negativa de Garrett a abdicar de su primera formación podría explicarse, quizá, a partir del rigor de su temprana educación neoclásica a cargo de su tío, el poeta y obispo de Angra (Azores), Frei Alexandre da Sagrada Família (1737-1818), y por su asistencia a la Universidad de Coimbra, cuna del Arcadismo portugués. Cfr., Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. V, pp. 57-58. La hipótesis de no considerar a Almeida Garrett como un exponente del “verdadero” romanticismo en el sentido croceano que he referido con anterioridad, se justificaría mediante dos argumentos. En primer lugar, por la cercanía del escritor con respecto a la estética del neoclasicismo portugués. Esta proximidad no se expresa únicamente en su declarada simpatía hacia Francisco Manuel do Nascimento, alias “Filinto Elisio”, la cual lo llevó a adjudicar a este personaje la autoría de su propio poema *Dona Branca* (1826), sino también en la sintaxis disciplinada, en las frecuentes referencias a la mitología greco-latina, y en los epígrafes de autores clásicos que utilizó en sus obras. Cfr., Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. IV, p. 164 y vol. V, pp. 57-58. En segundo lugar, cabe resaltar que, no obstante que sus trabajos demuestren, como señalan los críticos, gran cantidad de elementos estéticos que invitarían a hacer su filiación con el romanticismo, por ejemplo, su apología de la autenticidad como criterio de creación artística, su predilección por temas como el elogio de la cultura nacional, el exilio y el sentimiento amoroso; con todo, en todos ellos resulta patente la ausencia de aquello que está en la base misma de la estética romántica: la idea de la realidad como desarrollo, como historia dinámica. Especialistas en la obra de Garrett como Ofélia Paiva Monteiro o Maria Elena Santana, reconocen dicha ausencia, por ejemplo, en su novela *O Arco de Sant’Ana* (1845-1851). Dicen, sin embargo, que la falta de erudición exhibida en este texto, es decir, su desinterés por imprimir en él la técnica scottiana del “color histórico”, se debe a una supuesta y consciente actitud “modernista” de su parte. Cfr., Ofélia Paiva Monteiro, “Algumas reflexões sobre a novelística de Garrett”, in *Colóquio/Letras*, 30, Março, 1976, pp. 13-29. Cfr., Maria Helena Santana, “Introdução”, in Almeida Garrett, *O Arco de Sant’Ana*, Ofélia Paiva Monteiro coord., Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2004, pp. 26-27. Difiero por entero de esta interpretación. Considero que fue intención del autor elaborar una novela histórica y no una suerte de “novela de actualidad”, y que su indiferencia por la reconstrucción histórica del siglo XIV obedece a la debilidad en su pensamiento de la concepción de una historia dinámica.

⁴⁰ Alexandre Herculano, “Qual é o estado da nossa litteratura? Qual é o trilho que ella hoje tem a seguir?”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 3-4.

⁴¹ Cfr., Alexandre Herculano, “D. Maria Telles. Drama em Cinco Actos. Parecer [1842]”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 244-345. Cfr., Alexandre Herculano, “A Velhice”, in *O Panorama*, nº 170, 01/08/1840, pp. 243-244.

Mars (1828) o *Notre Dame de Paris* (1831). En cambio, se perciben más cercanos a aquello que Novalis argumentó en sus *Fragmente* (1799-1800), o mejor aún a lo que desarrollaron William Hazlitt en “On Poetry in General” (1818) y Samuel Taylor Coleridge en “On Poesy or Art” (1818). Sucede que, a pesar de no conocerse con certeza si Herculano leyó a estos últimos, al igual que ellos, el portugués rechazó la idea de la belleza como “algo existente fuera de nosotros”,⁴² y la concibió más bien como un producto interior, como algo surgido de la subjetividad de quien crea o contempla la poesía:

La poesía es la expresión sensible de lo bello por medio de un lenguaje armonioso.

Lo bello es el resultado de la relación de nuestras facultades, manifiesta como juego de su actividad recíproca.

Esta relación consistirá en una comparación de la idea del objeto con una idea general e indeterminada: la armonía resultante de ella producirá el sentimiento de lo bello: esta armonía será subjetiva, residirá en nosotros; y su existencia *a priori* necesaria y universal.

Como compuesta, la idea del objeto lleva consigo la variedad; como general, el otro término de la comparación es puramente subjetivo y consecuentemente uno.

La condición, pues, de lo bello es la concordancia de la variedad de la idea particular con la unidad general: condición que es por tanto necesaria en todos los juicios acerca de lo bello.⁴³

Desde mi perspectiva, la definición de poesía contenida en estas líneas guarda una cierta familiaridad con las respectivas tesis que sobre esta misma materia desarrollaron Novalis, Hazlitt y Coleridge en las primeras décadas del siglo XIX. Novalis, el primero, concibió la poesía como “la representación del espíritu, del mundo interno en su totalidad”.⁴⁴ Por su parte, Hazlitt afirmó que “ni la mera descripción de objetos naturales, mucho menos el simple delinear de sentimientos naturales, aún siendo distintos y poderosos, constituyen el fin último y el objetivo de la poesía [...] La luz de la poesía no es sólo directa, sino también una luz reflejada, que mientras nos muestra el objeto, lanza un resplandor cintilante en todo su alrededor”.⁴⁵ Finalmente, Coleridge declaró que el arte poético era “el mediador entre, y reconciliador de, naturaleza y hombre. Es, entonces, el poder de humanizar la naturaleza, de infundir los pensamientos y las pasiones del hombre en todo lo que es objeto de su contemplación”.⁴⁶ De todos estos extractos, incluido el del propio Herculano, se deduce que,

⁴² Cfr., Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 32-35.

⁴³ *Ibid.*, pp. 49-50.

⁴⁴ Novalis, *Fragmente*, cit. por. M. H. Abrams, *The Mirror and the Lamp. Romantic Theory and the Critical Tradition*, New York, Oxford University Press, 1971, p. 50.

⁴⁵ William Hazlitt, “On Poetry in General”, cit. por. M. H. Abrams, *op. cit.*, p. 52.

⁴⁶ Samuel Taylor Coleridge, “On Poesy or Art”, cit. por. M. H. Abrams, *op. cit.*, p. 52.

para sus autores, la mente del poeta había dejado de ser un órgano pasivo, suerte de espejo que imitaba o reflejaba la *belle-nature* –la naturaleza material y espiritual no como era en la realidad, sino como idealmente debía ser, perfecta y armoniosa.⁴⁷ Ahora la subjetividad era concebida por ellos como un elemento activo en el proceso de creación de la belleza; ya no como un mero reflector del mundo, a la manera neoclásica, sino como una lámpara o luminaria natural que proyectaba su luz emocional sobre el mismo.⁴⁸ Esto era básicamente a lo que el autor portugués aludía con su afirmación de “lo bello” como “el resultado de la relación de nuestras facultades, manifiesta como juego de su actividad recíproca”.

Ahora, en tanto que posterior y bastante semejante a las reflexiones de los mencionados escritores, la poética que Herculano desarrolló en “Qual é o estado da nossa litteratura?” y en “Poesia. Imitação – Belo – Unidade” no merecería, quizá, demasiada atención, de no ser por el sustrato histórico que le dio cuerpo. Me explico. Para empezar, es preciso tener en cuenta que Herculano construyó su concepto sinecdóquico de lo bello –“la concordancia de la variedad de la idea particular con la unidad general”–,⁴⁹ a partir de la idea de la realidad como algo heterogéneo, fluido y asimétrico, en otras palabras, como algo

⁴⁷ Cfr., M. H. Abrams, *op. cit.* pp. 36-42. Cfr., Isaiah Berlin, *op. cit.*, pp. 31-34.

⁴⁸ Cfr., M. H. Abrams, *op. cit.*, p. 52. “Tal vez alguien las juzgue abtrusas en demasía; pero, lo bello, objeto de la poesía, sea enteramente el resultado de las relaciones de nuestras facultades intelectuales entre si, o de las de estas facultades con el mundo objetivo, o, finalmente, resida en éste, es siempre el alma del hombre que lo siente y lo goza. Para nosotros su existencia depende de la nuestra; y la metafísica influirá siempre en cualquier sistema que sobre tal objeto vengamos a adoptar. Se há dicho, y mil veces repetido, que es preciso para que la literatura florezca alejarla de esta ciencia: esto equivale a decir que para que las ramas de un árbol se conserven vivas es menester cortarles el tronco principal. En la poesía hay esencia y formas: estas deben convenir a aquella, o diremos mejor, de ella deben partir. Sin llevar la antorcha de la filosofía al seno de las artes, sin examinar la esencia de éstas, las teorías formales quedan sin fundamento; y es justamente lo que ha acontecido”. Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 25-26.

⁴⁹ En la presente investigación, se comprenderá la sinécdoque como la figura del lenguaje en que la parte pasa por el todo, o el todo por la parte, el contenedor por el contenido, el signo por la cosa significada, la causa por el efecto, el efecto por la causa, el género por la especie, la especie por el género, etc. Cfr., J. A. Cuddon, *The Penguin Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*, 4th edition, England, Penguin Books, 1991, p. 890. El paradigma o prototipo de la sinécdoque, afirma Kenneth Burke, se encuentra en las doctrinas metafísicas que proclaman la *identidad* del microcosmos (individuo) y el macrocosmos (universo), en tanto que el microcosmos se encuentra vinculado con el macrocosmos en una relación de una parte del todo, si bien el todo puede *representar* a la parte y la parte al todo. De lo cual se desprende que, para comprender el macrocosmos-universo, uno puede observar sus lejanías, pero también sumergirse en el interior del propio individuo-microcosmos. Cfr. Kenneth Burke, *A Grammar of Motives*, California, University of California Press, 1969, p. 508. Vistas estas características de la sinécdoque, es posible afirmar que el concepto herculaniano de belleza es característicamente sinecdóquico. Textos posteriores del autor refuerzan esta interpretación. En la novela de costumbres *O Pároco da Aldeia* (1844) definió a la belleza como una creación del espíritu que resulta de “la fusión de la variedad absoluta e infinita en la infinita y absoluta unidad”, lo cual no es otra cosa que el reconocimiento de que “en todo está todo”. Cfr., Alexandre Herculano, “O Pároco de Aldeia. 1825 [1844]”, in *Lendas e Narrativas*, prefácio e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1970, vol. II, pp. 218-220.

histórico. Desde su punto de vista, la realidad no era esencialmente homogénea, estática, simétrica y unitaria como pensaban los neoclásicos, y, por ende, no había en ella ninguna “unidad de acción” a descubrir e imitar.⁵⁰ Lo que había era un cúmulo de acciones varias, desunidas, a las que el poeta imponía sentido cuando lograba su “armonía”, su “fusión” con “nuestras ideas morales”.⁵¹ En segundo lugar, y en esto se cifra buena parte de la originalidad de su propuesta, cabe reparar que este autor pensó que la propia subjetividad que producía la belleza era en sí misma histórica, es decir, que estaba inmersa en el torrente del tiempo:

Diremos solamente que somos románticos, queriendo que los portugueses vuelvan a una literatura suya, no obstante, sin dejar de admirar los monumentos de la griega y la romana: que amen la patria también en poesía: que aprovechen nuestros tiempos históricos, los cuales el Cristianismo con su dulzura, y con su entusiasmo y el carácter generoso y valiente de esos hombres libres del norte, que derrumbaron el vil imperio de Constantino, tornaron más bellos que los de los antiguos: que destierren de sus cantos esos númenes griegos, agradables para ellos, pero ridículos para nosotros y las más de las veces inarmónicos con nuestras ideas morales: que los sustituyan por nuestra mitología nacional en la poesía narrativa; y por la religión, por la filosofía y por la moral en la lírica.⁵²

Detrás de este exhorto a los poetas portugueses para que volvieran “a la literatura suya”, para que tomaran sus temas de los “tiempos históricos” portugueses y de la “mitología nacional”, se advierte una conciencia que comprende la historicidad de la subjetividad poética, su relatividad a un tiempo, a un espacio y a una sociedad concretos. Esa conciencia, precisamente, permitió decir a Herculano que era inadecuado para el poeta nacido en Portugal, tomar como modelo los “monumentos de la [literatura] griega y la romana”, cuando éstos habían surgido de ideales que resultaban “ridículos” e “inarmónicos” con las “ideas morales” portuguesas. El núcleo de la subjetividad de un poeta, el cúmulo de sus “ideas morales”, estaba dado por el carácter nacional, por la índole del pueblo a que ese poeta pertenecía. Peculiar y único en el tiempo y en el espacio, ese carácter se manifestaba en la operación poética de unificar, a partir de una “idea general”, una serie diversa de acciones.⁵³ Y los propios ejemplos que, para soportar su argumento, el autor dio en las mismas páginas de “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, resultan esclarecedores a este respecto. La “idea

⁵⁰ Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 50-52. Cfr., Aristotle, *Poetics*, edited and translated by Stephen Halliwell, London, Harvard University Press, Michigan, 1995, Cap. 8, pp. 55-57.

⁵¹ Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, p. 33.

⁵² *Ibid.*, pp. 68-69.

⁵³ *Ibid.*, pp. 50-52.

general” que daba sentido a las acciones referidas en la *Iliada*, la *Eneida*, *Orlando Furioso*, *Jerusalén Liberada* y *Os Lusíadas*, era distinta en cada caso: Homero, en tanto griego, había cantado “la gloria de la patria griega”; Virgilio, ciudadano romano, se había abocado a “las recordaciones de la república [romana]”; Ariosto, hombre todavía medieval, había escrito su poema guiado por el ideal de “la época brillante” de “la caballería”; Tasso, poeta profundamente católico, se había concentrado en “la lucha y victoria de la cruz sobre el creciente”; y, finalmente, Camões, portugués entre los portugueses, había escrito por “la gloria nacional”, por “la idea de renombre portugués”.⁵⁴ Las diferencias en la “idea general” que había guiado la configuración de cada poema encontraban explicación en la identidad del poeta con el carácter del pueblo y de la época a que había pertenecido. Por esa razón era tan distinta –y así debía ser– la poesía de un griego o romano confiado en sus “númenes”, y la de un portugués forjado por “el Cristianismo con su dulzura, y con su entusiasmo y el carácter generoso y valiente de esos hombres libres del norte [los visigodos]”.

Esta compleja teoría histórica de una belleza literaria que Herculano planteó entre 1834 y 1835 no quedaría en letra muerta, olvidada como un desvarío de juventud, ni tampoco devendría en un mero exhorto para que otros realizaran la tarea. Todo lo contrario. El otrora crítico literario se convirtió en poeta, llevando entonces a la práctica los principios básicos de su teoría estética. Surgió así su original literatura romántica portuguesa. Convencido de que la belleza sólo podía crearla el poeta al “trasmitir a los que vienen algunos fragmentos del pasado”,⁵⁵ entre 1836 y 1845 escribió una serie de poemas y novelas guiadas por una sola “idea general”: dar cuenta de la historia multiseccular del carácter nacional portugués.

Un eco de las eras poéticas de nuestra tierra

Dos trabajos de naturaleza lírica, *A Voz do Profeta* (1836-1837) y *A Harpa do Crente* (1838), fueron la carta de presentación de Herculano en el medio literario portugués.⁵⁶ A estas obras

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 57-66.

⁵⁵ Alexandre Herculano, *O Monasticon. O Monge de Cister*, introdução e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972, vol. II, p. 5.

⁵⁶ De hecho, fue a partir de este par de trabajos que Herculano saltó a la fama. Gracias a *A Voz do Profeta* fue invitado a formar parte de la Sociedad Propagadora de Conhecimentos Úteis, editora del periódico semanal *O Panorama*, el cual pretendía “vulgarizar los conocimientos científicos entre los portugueses [...] abarcando los más variados dominios del conocimiento, desde el romance y la poesía hasta las ciencias naturales, pasando por la etnografía, la historia y el saber arqueológico”. Convertido a comienzos de 1837 en editor y primer redactor de este periódico, conquistó un público vasto de más de 5000 suscriptores. Fue también en sus páginas que publicó los primeros esbozos de sus novelas históricas y otras narrativas. Por otro lado, el prestigio ganado por

siguieron otras de carácter narrativo como *Mestre Gil* (1838), *Destruição de Áuria* (1838), *A Abobada* (1839), *O Bispo Negro* (1839), *Arras por foro de Espanha* (1841-1842), *A Dama Pé de Cabra* (1843), *O Bobo* (1843), *Eurico o Presbítero* (1844), *O Pároco da Aldeia* (1844), *O Alcalde de Santarém* (1845) y *O Monge de Cister* (1848). ¿Debe acaso interpretarse este orden en su producción literaria –el comienzo en la poesía lírica seguido de una fase narrativa– como una mera imitación del proceder del icónico Walter Scott, quien también inició su carrera escribiendo poemas y sólo posteriormente se aventuró en el campo de la novela histórica?⁵⁷ A mi entender, una respuesta afirmativa y categórica para esta pregunta olvidaría que el decurso literario del escritor portugués estuvo también condicionado por su experiencia de la circunstancia histórico-social lusa de la primera mitad del siglo XIX.

Para explorar la dimensión ética de la trayectoria literaria descrita por Herculano, resulta muy útil recurrir a la teoría de los géneros literarios de Karl Viëtor. Apoyado en la tesis de las *Naturformen der Dichtung* de Goethe,⁵⁸ pero también en la teoría de las “formas de la experiencia” de Robert Halt –quien a su vez retomó la teoría de “los tres fundamentos del alma” de Kant–, el erudito alemán concibió los géneros lírico, épico o narrativo y dramático, ciertamente como estructuras discursivas que relacionan una forma prosódica y un contenido específico, pero también, y sobre todo, como “actitudes fundamentales del poeta, actitudes naturales y últimas, actitudes no respecto del objeto estético ni del público, sino, de manera más elemental, actitudes fundamentales del hombre frente a la realidad, actitudes para asegurarse el dominio de la realidad en la acción y la reacción”.⁵⁹ Esas tres

estas primeras contribuciones, tanto por *A Voz do Profeta* como por *A Harpa do Crente*, y también por sus artículos de *O Panorama*, terminaría por favorecer a Herculano frente a la Corte Real de Doña Maria II, aliviando de esa manera su situación económica. En 1839, el propio rey consorte, Don Fernando II, le nombró Bibliotecario mayor de su Majestad y encargado Real de las bibliotecas de los Palacios de Ajuda y de las Necesidades, puestos públicos que le garantizaron un sueldo mensual y una vivienda –una pequeña casa junto al Palacio de Ajuda. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, pp. 57-59.

⁵⁷ Como bien se sabe, antes de 1814, es decir, antes del comienzo de la debacle napoleónica, Walter Scott sólo había publicado poesía lírica. Su nombre era entonces reconocido por sus exitosos poemas *Marmion* (1808), *The Lady of the Lake* (1810) y *The Vision of Don Roderick* (1811). Poco antes de Waterloo fue cuando dio comienzo a su carrera novelística con la escritura de *Waverley* (1814). Cfr., Linas Eriksonas, “Towards the Genre of Popular National History: Walter Scott after Waterloo”, in Stefan Bertal, Linas Eriksonas & Andrew Mycock eds., *Narrating the Nation. Representations in History, Media and the Arts*, pp. 117-131.

⁵⁸ En sus *Notas y Disertaciones para servir de inteligencia del «Diván occidental-oriental»*, Goethe afirmó “que no había sino tres verdaderas formas naturales de poesía: una que cuenta claramente, otra que se exalta y se entusiasma, una tercera que actúa personalmente. Esos tres modos poéticos pueden accionar en conjunto o de forma separada”. Cfr., Karl Viëtor, *op. cit.*, pp. 10-11.

⁵⁹ Karl Viëtor, *op. cit.*, pp. 11-12.

“actitudes” eran, a su parecer, la “facultad de sentir” –asociada a la lírica–, la “facultad de conocer” –vinculada a la narrativa–, y la “facultad de desear” –relacionada al drama. Cada una de ellas implicaba una distinta “reacción” o “respuesta creativa” frente al mundo por parte del poeta, si bien en ocasiones podían aparecer unidas en una obra literaria. En la lírica esa “reacción creativa” era expresión de un “ser de sentimientos”; en la narrativa era la de un “ser que contempla y conoce”; y finalmente en el drama era la de un “ser de deseo y acción”.⁶⁰ Auxiliado, precisamente, por estas ideas, mi intención es postular que las distintas estructuras discursivas que Herculano ensayó en el curso de su carrera literaria respondieron, en parte, a las diferentes “actitudes” que asumió frente a momentos específicos de la circunstancia portuguesa. Considero, además, que en todas las respuestas poéticas ideadas por Herculano para hacer frente a la realidad portuguesa, el pasado ocupó un papel de primer orden. Intentaré, pues, probar aquí que este autor puso en práctica, tanto en su lírica como en su narrativa de ficción, los principios básicos de su teoría estética romántico-historicista. Esta última afirmación aparece sustentada por las palabras del propio autor, quien, en diversos lugares de su obra literaria, aseguró que era su idea...

[...] que el drama, el poema, la novela, sean siempre un eco de las eras poéticas de nuestra tierra. Que el pueblo encuentre en todo y por todos lados la gran figura de sus antepasados. Le será amarga la comparación. Pero como el infante inocente de *Jerusalén liberada*, hombres de arte, rocíen de suave licor el borde de la taza donde está el remedio que puede salvarlo.⁶¹

Desde muy temprano el autor concibió que la realidad social en que estaba inserto necesitaba ser “salvada”, y que la literatura podía ser portadora del “remedio” de su redención: la historia. Estas líneas extraídas de la novela histórica *O Bobo* datan, es cierto, de 1843, pero como se verá más adelante, ya desde sus primeros poemas estuvo latente este concepto de la literatura como el “suave licor” que, derramado en “el borde de la taza” de la historia, podía llevar a la transformación de la realidad portuguesa.

Para demostrar estas hipótesis, comenzaré por abordar el problema de la “actitud fundamental” manifiesta en las dos obras líricas del autor en cuestión. Una vez completada esta tarea, haré lo propio con sus obras narrativas.

⁶⁰ *Ibid.* p. 12.

⁶¹ Alexandre Herculano, *O Bobo*, p. 12.

En *A Voz do Profeta*, Herculano exploró el hasta entonces poco transitado camino del poema en prosa.⁶² Encontró en las *Paroles d'un croyant* (1834) de Lamennais y en la Biblia su inspiración ética y estética.⁶³ Fue en base a ellas que creó esa particular composición literaria que es *A Voz do Profeta*, mezcla de varios subgéneros de la lírica religiosa, principalmente de la profecía, la lamentación, el salmo, la parábola y el proverbio.⁶⁴ A continuación un fragmento que lo ejemplifica:

El espíritu de Dios pasó por mi espíritu, y me dijo: vé y haz resonar en los oídos de las turbas palabras de terror y de verdad.
Yo obedeceré a mi Dios en medio de los puñales asesinos.
¡Pueblo!... En breve sonará tu hora extrema: tú mismo la señalaste en el correr de los tiempos.
El ángel exterminador vibra sobre ti la espada de la desolación, y tú bailas y descansas ebrio de tus esperanzas.
Esa tierra que pisas crees que es un suelo redimido por tus manos: repara, sin embargo; mira que es un sepulcro.
Amplio es el sepulcro de un pueblo: dentro de poco tú callarás ahí para siempre.
Te creíste fuerte, porque sabes rugir como pantera: pero solamente Dios es grande.
Llenaste el vaso de tus iniquidades; él se trasbordó, y la tierra quedó manchada.
Malditos los nombres de los que encendieron el volcán popular; nombres abominables delante del cielo y la tierra.
Portugal fue pesado en la balanza de la eterna justicia, y la Providencia retiró la mano de encima de él.
Derribense los altares, ciérrense las puertas de los templos: Dios ya no acepta los sacrificios, ni escucha las súplicas de este pueblo, sino como una expresión de escarnio.
Y como el Aquilón barre la hoja seca del otoño, el soplo de Dios barrerá de la faz de la tierra esta raza corrupta e inmoral.⁶⁵

El extracto citado posee todas las características estructurales de un texto lírico en el más amplio sentido del término: no está escrito en verso, pero tiene una organización rítmica; es un Yo el que habla, quien cuenta sus pensamientos y sus emociones exaltadas; da la

⁶² Cfr., Maria João Reynaud, *op. cit.*, p. 74.

⁶³ Hay muchas similitudes y diferencias entre los textos de Lamennais y Herculano. Ambos son poemas en prosa en que sus autores se asumen como la voz de la conciencia del pueblo, guía del mismo en tiempos agitados. También deben contarse entre las similitudes, el tono bíblico y profético, la estructura en estancias, el recurso a parábolas, alegorías y visiones apocalípticas. Sin embargo, se separan en que, mientras el autor de las *Paroles d'un croyant* tomó como fuente de inspiración ética al mesianismo del Nuevo Testamento, el de *A Voz do Profeta* hizo lo propio en relación a la tradición profética del Antiguo Testamento. De hecho, como se verá a continuación, Herculano replicó muchas de las fórmulas de los libros de los profetas, asumiéndose como una suerte de continuador de esa tradición. Cfr., Maria João Reynaud, *op. cit.*, p. 74. Cfr., Maria da Graça Videira-Lopes, *op. cit.*, pp. 260-267.

⁶⁴ Cfr., Maria da Graça Videira-Lopes, *op. cit.*, p. 262.

⁶⁵ Alexandre Herculano, "A Voz do Profeta", in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 31-32.

impresión de ser la creación de un proceso retórico de asociación libre –si bien no parece el producto de un proceso inconsciente, caótico o semejante al sueño.⁶⁶ Además de todo esto, manifiesta un estilo oracular, lleno de los juegos de palabras y los ecos verbales de la profecía bíblica.⁶⁷ La cercanía con los textos proféticos del Antiguo Testamento es evidente, particularmente con el libro de Amos.⁶⁸ Incluso la estructura de sus estancias imita la de las estrofas del profeta de Técoa.⁶⁹ El fragmento citado comienza con la llamada “fórmula del mensajero” –“Así habla Yhwh”; sólo que aquí ha sufrido una pequeña variación que, sin embargo, no violenta su esencia –“El espíritu de Dios pasó por mi espíritu, y me dijo”. El desarrollo ulterior del texto es igualmente semejante a la lírica profética de Amos: luego de hacer la exposición de los reproches, finaliza con el anuncio del castigo divino.⁷⁰

Por razones de espacio y tiempo, resulta imposible hacer aquí un análisis pausado de todas las estructuras discursivas presentes en *A Voz do Profeta* –lo cual sería más que pertinente para poder tener una imagen clara de la naturaleza de este libro. Con todo, creo que la estancia citada y las que a continuación presento, sintetizan de manera adecuada la forma, los contenidos y el tono general del poema:

Como la antigua Jerusalén se perdió en el mar de crímenes, así la moderna Sión, la gran ciudad de Occidente, se hundió en el torrente de perversidades.

Y la maldición celeste que sumió a aquella entre las naciones pesará todavía más duramente sobre la desgraciada Lisboa, sobre esta caverna de vicios y desenfreno [...]

Alrededor de los muros de Solima se apiñaban los caballeros de Babilonia, y las tiendas de Nabucodonosor estaban asentadas al pie del torrente de Cedrón [...]

⁶⁶ Cfr., Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, trad. Enrique Pezzoni, México, Siglo XXI Editores, 1974, pp. 182-183. Cfr., Northrop Frye, *Anatomy of Criticism. Four Essays*, New Jersey, Princeton University Press, 1957, pp. 271-272. J. A. Cuddon, *op. cit.*, pp. 481-484.

⁶⁷ Cfr., Northrop Frye, *Anatomy of Criticism*, p. 294.

⁶⁸ Cfr., Jacques Vermelyen “Los géneros literarios proféticos”, en Thomas Römer, Jean-Daniel Macchi y Christophe Nihan (eds.), *Introducción al Antiguo Testamento*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2008, p. 314.

⁶⁹ Compárese esta estancia con una de las estrofas del libro de Amos (Am 2:1-3):

“Así dice Yahvé:
¡Por tres crímenes de Moab y por cuatro,
seré inflexible!
Por haber quemado hasta calcinar
los huesos del rey de Edom,
enviaré fuego a Moab
que devorará los palacios de Queriyot,
perecerá con estruendo Moab,
con tumulto, al son del cuerno;
extirparé de ella al juez,
y con él mataré a todos sus principes, dice Yahvé.”

⁷⁰ Cfr., Jacques Vermelyen, *op. cit.*, p. 314.

Había llegado el día extremo para la ciudad de las maravillas, para la réproba Solima. Y de ahí a un año, sobre las ruina de ella estaba sentado un viejo.

Era el profeta de Anathot, que, encima de la osamenta de los palacios y del templo, entonaba una elegía tremenda, la elegía de su nación.

También el día en que, entre los vestigios de la ciudad maldita, algún vate se levante en un grito de agonía, un grito de desesperanza, no tardará en llegar.

Porque Dios se irguió con furor, y mandó descender sobre este país el ángel del exterminio.

Más cruel será tu castigo, oh tierra de mi cuna, que el de Jerusalén: porque ella pereció a manos de extraños, y sus hijos murieron defendiendo los lares paternos.

Pero de ti es un matricidio popular, es la fiebre ardiente de las sediciones que te va llevar al sepulcro.⁷¹

Estas líneas se advierten muy próximas a la tradición del treno o lamentación bíblica, particularmente al segundo capítulo del Libro de las Lamentaciones.⁷² No pasa desapercibida la identidad forjada aquí entre Sion y Lisboa; tampoco pueden ignorarse las imágenes del extravío de la capital portuguesa en el pecado y del castigo divino que le espera como retribución. Destaca, además, el ritmo y el contenido fúnebre del poema, la voz meditativa del yo lírico a la vista del pasado que la acción de Dios ha convertido en ruinas.⁷³

A Harpa do Crente, el otro trabajo lírico de Herculano, comparte con *A Voz do Profeta* el apego sistemático a la poesía religiosa del Antiguo Testamento. De hecho, bien podría

⁷¹ Cfr., Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 81-83.

⁷² Cfr., Lm 2:1-22

“¡Cómo ha nublado en su cólera,
el Señor a la capital Sion
¡Desde el cielo ha tirado por tierra
el esplendor de Israel,
sin acordarse del estrado de sus pies,
el día de su cólera! [...]”
Se ha portado el Señor como enemigo:
ha acabado con Israel,
ha destruido sus palacios,
ha derribado sus fortalezas,
ha llenado la capital de Judá
de llantos y lamentos [...]”
El Señor ha rechazado su altar,
su santuario ha desdeñado;
ha dejado a merced del enemigo
los muros de sus palacios;
¡se oyeron gritos del templo de Yahvé,
lo mismo que en día solemne!”

⁷³ Cfr., Northrop Frye, *Anatomy of Criticism*, p. 296. Cfr., Christoph Uehlinger, “Lamentaciones”, en Thomas Römer, Jean-Daniel Macchi y Christophe Nihan (eds.), *op. cit.*, p. 554.

decirse que su cercanía a esa tradición es incluso mayor, ya que, al igual que la lírica bíblica, la totalidad de los poemas que componen esta obra fueron escritos en verso:⁷⁴

Y seguía la visión. – Creía todavía hallarme,
Alta noche solitaria
Entre los muertos, que, erectos sobre los campos,
Eran hacía poco humo que ondeaba
Por las grietas del vasto pavimento [...]
En matutino rocío. El firmamento
Era profundo y amplio. Envuelto en la gloria,
Sobre las olas de nubes, rodeado
De las legiones del cielo, el Anciano de los días,
El Santo, El Dios descendía. El sumo gesto
Paraba el tiempo, la inmensidad, la vida
De los mundos a escuchar. ¿Era ésta la hora
Del juicio de esos que se alzaban
La voz de arriba sobre las sepulturas?⁷⁵

Los versos citados pertenecen al poema “Semana Santa”, y revelan a todas vistas un importante parentesco con aquello que los especialistas han definido como “la visión profética”. Es ésta un tipo particular de poesía religiosa en que el yo lírico refiere una serie de visiones que le fueron dadas por la divinidad.⁷⁶ Los ejemplos más conspicuos de esta clase de oráculos están en los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Amos.⁷⁷ En las estrofas presentadas, es posible contemplar la visión mística de un poeta que afirma que Dios le ha revelado “el íntimo ver del alma”,⁷⁸ una imagen del mundo espiritual.

⁷⁴ La edición original de 1838 de *A Harpa do Crente* estuvo compuesta por ocho poemas: “Semana Santa”, “A Voz”, “A Arrábida”, “Mocidade e Morte”, “Deus”, “A Tempestade”, “O Soldado” y “D. Pedro”.

⁷⁵ Alexandre Herculano, *Poesías*, p. 12-13.

⁷⁶ *Cfr.*, Jacques Vermeyen, *op. cit.*, p. 315. *Cfr.*, Northrop Frye, *Anatomy of Criticism*, p. 301.

⁷⁷ *Cfr.*, Am 7:1-3

“Esto me hizo ver el Señor Yahvé:
He aquí que él formaba langostas,
cuando empieza a crecer el forraje,
el forraje que sale después de la siega
del rey.
Y cuando acaban de devorar la
hierba de la tierra,
dije, «¡Perdona, por favor, Señor Yahvé!,
¿cómo va a resistir Jacob, que es tan
pequeño?»
Se arrepintió Yahvé de ello:
«No sucederá», dijo Yahvé”

⁷⁸ Alexandre Herculano, *Poesías*, p. 11.

Al lado de la lamentación y la visión profética, el salmo es una de las formas líricas con más presencia en *Harpa do Crente* –lo cual era de esperarse en un libro con ese título. Véase un ejemplo tomado del poema “Deus”:

En las horas del silencio, a media noche,
¡Yo alabaré al Eterno!
Óiganme la tierra, y los mares rugidores,
Y los abismos del infierno.
Por la amplitud de los cielos mis cantos suenen,
Y la luna resplandeciente
Pare en su giro, al resonar de esta harpa
El himno del Omnipotente.⁷⁹

Imposible no distinguir en esta estrofa, el ritmo imponente y simple del salmo hebreo; la voz de un yo que pertenece más bien a la comunidad de los creyentes; la alabanza al ser y a la obra del Dios omnipotente, señor del mundo.⁸⁰ Todo el poema, de hecho, recuerda mucho al salterio davídico; sus líneas se antojan una paráfrasis de los imponentes versos del Salmo 148, la llamada “Alabanza de la creación”.⁸¹

Ahora, una vez presentadas y caracterizadas las dos principales obras líricas de este autor, encuentro factible traer a cuentas las ideas de Karl Viëtor en torno a la “actitud fundamental” manifiesta en el género lírico. Considero que *A Voz do Profeta* y *A Harpa do Crente* ilustran la reacción sentimental de un hombre frente a su realidad. Advierto en sus páginas un “ser que siente”: un Yo que se lamenta de su situación presente; que exhibe su ira contra el pueblo rebelde; que se horroriza frente a sus visiones del fin del mundo; pero que también canta su amor hacia el Dios del universo. Vistas así las cosas, se vuelve necesario saber qué clase de realidad fue la que generó este tipo de reacción lírica, pues sucede que aquellos arranques sentimentales plenos de simbolismo religioso sólo parecen adquirir

⁷⁹ Alexandre Herculano, “Deus”, in Alexandre Herculano, *Poesías*, p. 81.

⁸⁰ *Cfr.*, Northrop Frye, *op. cit.*, p. 294. *Cfr.*, Martin Rose, “Salmos”, en Thomas Römer, Jean-Daniel Macchi y Christophe Nihan (eds.), *op. cit.*, p. 554. p. 487.

⁸¹ *Cfr.*, Sal 148

“¡Aleluya!
¡Alabad a Yahvé desde el cielo,
alabadlo en las alturas,
alabadlo, todos sus ángeles,
todas sus huestes, alabadlo!
¡Alabadlo, sol y luna,
alabadlo, estrellas lucientes,
alabadlo, cielos de los cielos,
aguas que estáis sobre los cielos!”

sentido cuando se les ubica como partes integrantes de una realidad histórica específica: la Revolución de septiembre de 1836 –cuyas consecuencias inmediatas se prolongaron, por lo menos, hasta 1838.

No está de más recordar que *A Voz do Profeta* fue publicada durante el momento más álgido de la Revolución septembrista, cuando los tumultos de la plebe lisboeta pusieron en jaque la existencia misma de la monarquía portuguesa.⁸² Pero lo mismo podría decirse en relación al momento de aparición de *A Harpa do Crente*. Pues si bien una situación de aparente calma dominaba el panorama en 1838, manifiesta, por ejemplo, en la jura (4 de abril) de una nueva Consitución del Reino –un compromiso entre el cartismo y el septembrismo al que el propio Herculano había terminado por adherirse;⁸³ con todo, dado que ninguno de los bandos había quedado satisfecho con la situación, la tensión prevalente entre ellos anunciaba la próxima reanudación de la guerra civil.⁸⁴

Herculano enfrentó con una “actitud” lírica esa serie dramática de eventos sucedidos entre 1836 y 1838, los cuales derivaron en la destrucción del mundo que tanto amaba. El lenguaje oracular, meditativo, irregular y discontinuo del género lírico⁸⁵ resultó más que adecuado para expresar su descontento frente a la derrota del cartismo; para manifestar los sentimientos de pesadumbre que lo embargaban cuando contemplaba una realidad también irregular, impredecible y discontinua con respecto a las tradiciones que, hasta entonces, habían dado sentido a la vida portuguesa. Quizá a ello se deba que todos sus escritos de esa época fuesen líricos, y que todos reflejasen un sentimiento de desasosiego en relación a una realidad tenida por caótica:

¡Mi triste Patria era tan bella
Y fuerte, y virtuosa! Y ahora el guerrero
Y el sabio y el hombre bueno allá duermen.
Allá los sepulcros olvidados

⁸² *Vid. supra.*, p. 42.

⁸³ *Cfr.*, António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, p. 16. La Constitución de 1838, llamada también Constitución “septembrista”, fue editada por Almeida Garrett y estuvo vigente del 4 de abril de 1838 al 27 de enero de 1842. Se dice que fue una mezcla de la Constitución de 1822 y de la Carta Constitucional de 1826. Del documento de 1822, recuperó la idea de soberanía de la nación; empero, en lo que se refiere a las prerrogativas del poder monárquico y a la distinción entre derechos civiles (universales) y derechos políticos (restringidos), estuvo más cerca de la Carta de 1826. *Cfr.*, J. Joaquim Gomes Canotilho, *op. cit.*, pp. 134-137.

⁸⁴ Cuatro años después de la publicación de esta Constitución, António Bernardo da Costa Cabral dio un golpe de Estado que resultó en la restauración de la Carta Constitucional de 1826. *Cfr.*, António Martins, *op. cit.*, pp. 88.

⁸⁵ Northrop Frye, *Anatomy of Criticism.*, p. 271.

Que sus nietos infames en nada cuentan
De la antigua honra y pudor y eternos hechos.
¡El esclavo portugués encadenado
Carcomer les deja junto a las lozas
Los mutilados troncos de ese arbusto,
Por manos de ellos plantado a la libertad
Y por tiranos derribado en breve,
Cuando patrias virtudes se acabaron,
Como un sueño de infancia!⁸⁶

Sin duda, los trozos más bellos de la poesía herculaniana son precisamente aquéllos en que, como en el caso del aquí citado, el Yo lírico manifiesta un acusado desasosiego frente a la pérdida de la identidad del mundo conocido, esto frente al surgimiento de la nueva realidad emanada de la Revolución septembrista.⁸⁷ La razón de dicho desasosiego se explica por la experiencia de Herculano de los acontecimientos de 1836-1838. Conociendo que, por aquellos años, el joven poeta temía verdaderamente por la supervivencia de la Monarquía parlamentaria frente al ascenso del despotismo de las mayorías; que se asumía a sí mismo como enemigo de la soberanía popular y de los reyes, y que no creía en la existencia de otra soberanía que la de Dios y las leyes; que amaba las libertades civiles y concebía las libertades políticas en términos restrictivos⁸⁸ –sólo entonces se comprende el sentido de su canto por la suerte trágica de su “triste Patria”. De igual forma, es así como se entiende por qué para Herculano la lírica bíblica resultó un modelo tan adecuado para expresar sus sentimientos de desesperación. Hace falta recordar que, según cuenta la Biblia, los profetas siempre aparecieron entre los hebreos en los momentos de mayor crisis: cuando el alejamiento de Israel del camino de Dios había llevado a la derrota frente a los poderosos del mundo –Asiria, Babilonia, Macedonia, Roma. Educado con rigor por los padres oratorianos en el conocimiento de la historia sagrada, no extraña que al enfrentar la muerte de la identidad cartista –suerte de credo sagrado para él en aquel entonces–, el poeta portugués encontrase consuelo y, sobre todo, un modelo de acción, en la historia de apostasía y redención del pueblo de Israel.⁸⁹ Fue así como asumió el papel del profeta que reprendía a su pueblo por alejarse de “la Verdad” que Dios le había revelado progresivamente a través de la historia.

⁸⁶ Alexandre Herculano, *Poesías*, pp. 28-29.

⁸⁷ Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 345.

⁸⁸ *Vid. infra.*, Capítulo V.

⁸⁹ Para profundizar más con respecto al *mythos* o narrativa de la apostasía y restauración de Israel *Cfr.*, Northrop Frye, *El gran código. Una lectura mitológica y literaria de la Biblia*, Barcelona, Editorial Gedisa S. A., 1988, pp. 198-226.

Así se explica que sus lamentaciones, salmos y profecías –“Dios compasiva mirada vuelve a nosotros triste / ¡Cesa de vengarte! Venos esclavos, / Siervos de siervos en país extraño, / ¡Ten dolor de nuestros males! / ¿Acaso serás tú siempre inflexible? / ¿Olvidaste del todo a tu nación?”–,⁹⁰ siempre redundasen en una misma imagen nostálgica del pasado, de añoranzas por “la antigua honra y pudor y eternos hechos” del “guerrero, y el sabio y el hombre bueno” portugueses:

¡Oh sí! – Rústico amador de antiguos sueños,
Iré pedir a los túmulos de los viejos
Religioso entusiasmo, y canto nuevo
He de tejer, que los hombres del futuro
Entenderán; un canto escarnecido
Por los hijos de esta época mezquina
En que vine peregrino a ver el mundo
Y llegar a mi turno, y reclinarme
A la blanda sombra del ciprés amigo.⁹¹

Teniendo en cuenta estos testimonios líricos, es posible confirmar la tesis planteada en la introducción del presente apartado. Ahí postulé que, ya desde sus poemas, Herculano recurrió al pasado portugués para intentar dar alguna solución a los problemas de su presente. Y en efecto, ahora es posible confirmar que este poeta logró “aprovechar nuestros tiempos históricos”, que usó la religión, la filosofía y la moral de los antiguos portugueses como base de sus composiciones líricas,⁹² y que, por medio de esa clase de literatura, pretendió salvar su propia circunstancia. Ahora, a reserva de ser un problema que trabajaré a profundidad en el capítulo siguiente, debo hacer alguna aclaración sobre el modo como el poeta recurrió al pasado en sus obras líricas. De entrada, hay que precisar que no hay en sus poemas esa intención de conocer el pasado tan característica de sus cuentos y novelas. No. En relación a esto último, podría afirmar, con Viëtor, que la “actitud fundamental” de la lírica no es “conocer” sino “sentir”. Sus poemas reflejan, pues, un sentimiento de nostalgia por el pasado: una suerte de “añoranza por un hogar que ya no existe o que nunca existió [...] un sentimiento de pérdida y desplazamiento”.⁹³ ¿Acaso no se observa esta actitud nostálgica en sus añoranzas por esa “triste Patria” que antiguamente “era tan bella / Y fuerte, y virtuosa!”; en

⁹⁰ Alexandre Herculano, *Poesías*, p. 25.

⁹¹ *Ibid.*, pp. 4-5.

⁹² Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 68-69.

⁹³ Svetlana Boym, *The Future of Nostalgia*, New York, Basic Books, 2001, p. XIII.

su llanto por “el guerrero / Y el sabio y el hombre bueno”, por “los sepulcros olvidados / Que sus nietos infames en nada cuentan / De la antigua honra y pudor y eternos hechos”?

Perdida y desplazada la identidad del mundo en que hasta entonces había vivido, la primera reacción de Herculano fue lírica y nostálgica: una expresión de sus sentimientos de desasosiego, de su búsqueda de abrigo “a la blanda sombra” del pasado. Con todo, ya en la lectura de sus poesías se adivina que esa clase de reacción, o mejor dicho, consuelo, no era bastante para él. Entre las líneas del último fragmento citado se deja ver un adelanto de la actitud respecto al pasado que defenderá durante la mayor parte de su carrera intelectual: “Rústico amator de antiguos sueños, / Iré pedir a los túmulos de los viejos / Religioso entusiasmo, y canto nuevo / He de tejer, que los hombres del futuro / Entenderán”. Lo que Herculano en el fondo deseaba era conocer el pasado portugués para organizar su futuro; conocer lo viejo para crear algo nuevo en base a él.

* * *

A finales de la década de 1830 y a comienzos de la de 1840, ocurrió una mudanza radical en el pensamiento de Herculano: abandonó toda nostalgia por la identidad de la sociedad portuguesa anterior a 1836 y la reemplazó por el reconocimiento de la definitividad de la pérdida y por la intención de llevar a buen término la transición del antiguo modo de ser al nuevo.⁹⁴ Este cambio de actitud es factible deducirlo no sólo de sus intervenciones políticas de aquella época; y con esto me refiero a actos como, por ejemplo, su adhesión a la Constitución de 1838, o a su silencio respecto a la restauración de la Carta Constitucional emprendida de forma autoritaria por António Bernardo da Costa Cabral en junio de 1842.⁹⁵ También sus decisiones poéticas de ese tiempo reflejaron dicho cambio. Su desplazamiento de la lírica hacia la narrativa da cuenta de su alejamiento respecto al ámbito de los sentimientos restaurativos y su acercamiento al del conocimiento reparativo.

Muy lejos estaba Herculano de una reconciliación con la realidad creada por la Revolución de septiembre. Seguía pensando que el mundo nacido en 1836 estaba enfermo, postrado por el cáncer material y moral del despotismo democrático. No obstante, pasados

⁹⁴ *Cfr.*, Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 347.

⁹⁵ *Cfr.*, António José Saraiva, *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, pp. 17-18. *Cfr.*, Maria Manuela Tavares Ribeiro, “A Restauração da Carta Constitucional: Cabralismo e Anticabralismo”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, p. 91.

algunos años del –a su entender– desgraciado acontecimiento, había logrado entrever que existía un paliativo que podía atenuar los males y mejorar la situación de la sociedad portuguesa. Dicho remedio, advertía, no estaba, como imaginaban los artistas más radicales, en la restauración literal del pasado –objetivo vano y básicamente imposible; consistía, en cambio, en salvar la realidad presente a través del cultivo del conocimiento del pasado:

Pobres, débiles, humillados, después de tan hermosos días de poderío y renombre ¿que nos queda sino el pasado? Allá tenemos los tesoros de nuestros afectos y alegrías. Sean las memorias de la patria que tuvimos, el ángel de Dios que nos devuelva la energía social y los santos afectos de la nacionalidad. Que todos aquellos a quienes el ingenio y el estudio habilitan para los graves y profundos trabajos de la historia se dediquen a ella. En medio de una nación decadente, pero rica en tradiciones, el ministerio de recordar el pasado es una especie de magistratura moral, es una especie de sacerdocio. Que lo ejerzan los que pueden y saben; porque no hacerlo es un crimen.

¿Y el arte? Que el arte en todas sus formas externas represente este noble pensamiento.⁹⁶

En estas líneas de la novela histórica *O Bobo* (1843), si bien son evidentes el profundo pesar experimentado ante la situación de pobreza, debilidad y humillación del Portugal post-revolucionario, y la añoranza por un pasado “de poderío y renombre”, dichos sentimientos adolecen del aura paralizante característica de *A voz do Profeta* y de *A Harpa do Crente*. Más aún, el pasado de que habla el autor de este fragmento es concebido como algo separado para siempre del mundo del sujeto,⁹⁷ como algo básicamente irrecuperable –no en balde se refiere a él como “la patria que tuvimos”. Sucede que en esos momentos, Herculano no precisaba más de un pasado que lo resguardara del presente doloroso. Ahora lo que quería era conocer el pasado a través “del ingenio y el estudio” para que se convirtiera en “el ángel de Dios que nos devuelva la energía social y los santos afectos de la nacionalidad”. Y lo más interesante del asunto es que el autor encontraba que “el arte”, y particularmente la literatura, compartía con la historia la función de ejercer aquel “noble pensamiento”.

Antes de enfrascarse en “graves y profundos trabajos de la historia”, antes de escribir la *História de Portugal* que tanta fama le trajo, durante casi una década (1838-1848) Herculano consideró que el cuento y la novela históricos eran los medios más eficaces para transmitir la historia de su país, para dar cuenta de “las eras poéticas de nuestra tierra” y devolverle “la energía social y los santos afectos de la nacionalidad”. Frente a una tal

⁹⁶ Alexandre Herculano, *O Bobo*, p. 12.

⁹⁷ Cfr., Frank Ankersmit, *op. cit.* p. 347.

asunción, la pregunta obligada que surge es, a mi parecer, la siguiente: ¿por qué consideraría este autor que el cuento y la novela eran capaces de ejercer también, o mejor dicho, en primer lugar, este “ministerio” del conocimiento del pasado, esta “magistratura moral” de “recordar el pasado”? La respuesta quizá podría encontrarse en la naturaleza narrativa de esos dos subgéneros literarios.

La consideración de la literatura y la historia como artefactos lingüísticos productores de conocimientos en nada sorprende a los historiadores del siglo XXI. A estas alturas, sabemos muy bien que su propiedad cognitiva radica principalmente en su carácter narrativo. Con Karl Viëtor en la década de 1930, pero sobre todo con Louis O. Mink en los años 1970, quedó evidenciado que la narración es un instrumento primario para hacer comprensible el flujo de la experiencia. Mink la definió, de hecho, como “la forma en la cual hacemos comprensible las muchas relaciones sucesivas contenidas por un curso”;⁹⁸ como una estructura lingüística que, al configurar un todo coherente a partir de una mera sucesión de hechos, al crear una unidad formal con un principio, un medio y un final, es decir, un ensamble de interrelaciones de muchos tipos, hacía posible explicar cómo fue que algo, un hecho ficticio o real, llegó a ser.⁹⁹ Herculano, por su parte, no tuvo semejante conciencia en relación a las posibilidades cognitivas de la narrativa de ficción; y afirmar lo contrario sería un franco anacronismo. No obstante, es factible decir que actuó como si hubiese tenido esa conciencia. Su giro narrativo fue animado por el objetivo de hacer inteligible el devenir portugués –su pasado, su presente y su futuro; todas sus narraciones guardaron la función de explicar cómo el Portugal pos-revolucionario había llegado a ser y cuáles eran las posibilidades de modificar o dirigir esa realidad.

Ahora bien, teniendo en cuenta que, tanto la historiografía como la novela y el cuento guardaban por entonces un carácter narrativo, resulta un tanto sorprendente que para llevar a cabo esta empresa de conocimiento del pasado, una mente tan afecta a la historia como la de Herculano se hubiese decantado, de inicio, por el tipo de conocimiento que podía proporcionarle la narrativa de ficción, y no por el que le daba la narrativa historiográfica. Pero esta sorpresa es sólo aparente, pues se encuentra viciada por el prejuicio de considerar a la historiografía profesional como la más adecuada para el cumplimiento satisfactorio del

⁹⁸ Louis O. Mink, *Historical Understanding*, edited by Brian Fay, Eugene O. Golob, and Richard T. Vann, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1987, pp. 185-186.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 195-198.

conocimiento del pasado. Sin embargo, si se toma en cuenta el contexto romántico referido con antelación en este mismo capítulo, y sobre todo, si se profundiza un poco en lo que era la historiografía portuguesa a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX –de hecho, hasta la aparición misma de las obras historiográficas del propio Herculano–, se advertirá una profunda lógica en la elección ficcional del autor.

Páginas atrás fue mencionado que entre los factores a considerar como determinantes para el surgimiento de las ficciones históricas, uno de los más importantes era el tipo de historiografía que se escribía en Europa a comienzos del siglo XIX. Los especialistas en la materia afirman que el cuento y la novela históricos fueron una suerte de reacción frente a dos modalidades de estudios historiográficos: los trabajos de erudición histórica llamados “anticuarios”, dedicados primordialmente a la recopilación, almacenamiento y crítica de fuentes; y la historiografía política, abocada al relato de las acciones de los grandes individuos –reyes, príncipes y generales– y regida por los principios de la retórica, es decir, impregnada de una profunda carga ideológica, destinada a persuadir y complacer a una audiencia.¹⁰⁰ Esta interpretación general del origen de la ficción histórica en el marco de la historiografía europea del periodo entre siglos, si bien merece ser tomada con sus respectivas reservas, como sucede con toda generalización, es, sin embargo, bastante certera en lo que se refiere al caso portugués. Como bien lo dejan ver Luís Reis Torgal en su valioso artículo sobre la escritura de la historia “Antes de Herculano” y Joaquim Veríssimo Serrão en su *Historiografia Portuguesa*,¹⁰¹ las obras tanto de ficción como propiamente factuales de Herculano aparecieron en un contexto historiográfico abundante en obras anticuarias y de historiografía política.

Los estudios históricos eruditos eran, por mucho, los más numerosos. Este hecho se encuentra, en parte, ligado a la política ilustrada del rey José I. Durante la época del ministerio del Marqués de Pombal (1750-1777), como parte de su proyecto modernizador de la sociedad portuguesa, se dio un gran impulso a ciertas disciplinas que se consideraban fundamentales para la racionalización de la burocracia estatal. Entre estas últimas se encontraban varias asociadas a la historia: la diplomática, la paleografía, la cronología y la geografía. De hecho,

¹⁰⁰ Cfr., Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, pp. 44-48

¹⁰¹ Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 19-37. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa. Doutrina e Crítica*, Lisboa, Editorial Verbo, 1972, vol. 3, pp. 9-237.

fue en ese momento cuando se planteó el proyecto de una Cátedra de Ortografía Diplomática (1775) cuya finalidad sería formar a los funcionarios del Real Archivo en la búsqueda e interpretación de documentos relativos a la historia patria.¹⁰² A raíz del fomento de estas disciplinas, en el último cuarto del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX, aparecieron una gran cantidad de obras históricas de carácter erudito. Mediante el estudio paleográfico, diplomático y cronológico de los documentos originales se pretendió penetrar en cuestiones oscuras del pasado jurídico y social portugués, correspondientes sobre todo a las épocas romana y medieval. Entre los más importantes trabajos de esta naturaleza es obligado mencionar las *Memórias sobre a forma do governo e costumes dos povos que havitaram o terreno lusitano desde os primeiros tempos conhecidos até ao estabelecimento da monarquia portuguesa* (1792) de António Caetano do Amaral (1747-1819), la *Síntesis Chronológica* (1790) de José Anastacio Figueiredo (1766-1805), y las *Dissertações chronológicas e críticas sobre a história e jurisprudência ecclesiástica e civil de Portugal* (1810-1836) de João Pedro Ribeiro (1758-1839).¹⁰³

Al lado de esta clase de estudios –los cuales más que presentar el decurso del pasado portugués ofrecían una discusión crítica de los materiales sobre los que un relato histórico podía llegar a ser construido–,¹⁰⁴ estaba otra preocupada más por dirigir la opinión pública que por las cuestiones de erudición. Dos obras ejemplifican de manera inmejorable la naturaleza de estos trabajos: me refiero al *Ensaio Histórico-Político sobre a Constituição e Governo do Reino de Portugal* (1830) de José Liberato Freire de Carvalho (1772-1855) y *O Novo Príncipe ou O Espírito dos Governos Monarquicos* (c.a. 1838 y 2^{da}. ed. 1841) de José da Gama e Castro (1795-1873). Se trata de dos textos que, pese a ser ideológicamente diversos, se encuentran emparentados por la marcada carga política que sus autores dieron a sus respectivos recuentos del pasado portugués. Por un lado, partiendo del liberalismo vintista, José Liberato construyó un relato que pretendía probar que la constitución

¹⁰² Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 24-25. Cfr., Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano.*, pp. 335-336. Cfr., A esa cátedra asisitó Herculano entre 1830 y 1831. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. III, p. 198.

¹⁰³ Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 30-31. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. III, pp. 210-237. Otras obras del mismo carácter que ameritan mención son: *Repertório Geral ou Índice Alfabético das Leis Extravagantes do Reino de Portugal* (1815) de Manuel Fernandes Tomás (1771-1822) y *Mapa Cronológico das Leis e mais Disposições de Direito Português, Publicadas desde 1603 até 1817* (1818) de Manuel Borges Carneiro (1774-1833).

¹⁰⁴ Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. III, p. 237.

portuguesa original, fundada en la institución de las Cortes medievales, había sido pervertida por los monarcas absolutos posteriores a João III, pero resucitada por la Revolución liberal de 1820 y la Carta Constitucional de 1826.¹⁰⁵ Por el otro, el miguelista ultramontano José da Gama e Castro planteó la tesis opuesta: sostuvo que el liberalismo no tenía sentido alguno ni justificación, pues la monarquía absoluta tradicional, sobre todo la de la dinastía Bragança nacida en 1640, había tenido también su constitución, sus leyes, su asamblea consultiva, su libertad.¹⁰⁶ Cabe subrayar que ninguno de los dos autores tuvo demasiado cuidado por comprobar la autenticidad de los documentos que servían de base a sus recuentos; los dos usaron las fuentes que tuvieron por más adecuadas, no para conocer el pasado, sino para persuadir al lector de tomar partido, ya fuera por la tesis liberal o por la ultramontana.¹⁰⁷

A la vista de un panorama historiográfico como el que ha sido descrito, y teniendo en cuenta que el objetivo de Herculano era que el conocimiento del pasado devolviese al pueblo portugués “la energía social y los santos afectos de la nacionalidad”, bien podría afirmarse que ninguna de las dos opciones resultaba idónea para la empresa. Es de resaltar, no obstante, que en toda la obra de este autor, jamás encontraremos un solo ataque hacia la historiografía de su tiempo. De hecho, de forma engañosa, no parece que en su pensamiento hubiese existido otra cosa que elogios para las obras de, por ejemplo, Antonio Caetano do Amaral y João Pedro Ribeiro, a quienes tuvo por sus maestros y hombres poseedores del “espíritu de la ciencia histórica”.¹⁰⁸ Empero, considero que ya en las páginas de su artículo de 1840 sobre “Os historiadores portugueses” Herculano desarrolló una crítica –velada, pero al fin crítica–, lo mismo hacia los historiadores eruditos que hacia los historiadores-políticos.¹⁰⁹ El análisis que en ese texto hizo de la pseudo-crónica de Garcia de Resende (1470-1536) resulta fundamental, pues en él parece fundarse su elección de la ficción histórica como el medio más adecuado para la transmisión de un cierto tipo de conocimiento del pasado.

¹⁰⁵ Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 32-33. Otras obras que entran en esta categoría son: *Oração gratulatoria pelo ansiosamente desejado regresso do mui alto e mui poderoso Senhor D. Miguel I* (1828) de Fr. Fortunato de São Boaventura (1777-1844), y la *Refutação methódica das chamadas bases da Constituição política da monarquia portuguesa* (1824) de José Agostinho de Macedo (1761-1831).

¹⁰⁶ Cfr., Luís Reis Torgal, *Tradicionalismo e Contra-Revolução. O pensamento e a Acção de José da Gama e Castro*, Coimbra, Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, Publicações do Seminário de Cultura Portuguesa, 1973, p. 26.

¹⁰⁷ Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 32-34.

¹⁰⁸ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 106.

¹⁰⁹ Cfr., Alexandre Herculano, “Historiadores Portuguezes” [1839-1840, *O Panorama*], in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 3-30.

A mi entender, Herculano hizo de la *Chronica de João II* (1545) de Garcia de Resende,¹¹⁰ el símbolo de las deficiencias de los estudios eruditos y de la historiografía política de su propio tiempo. De esa crónica afirmó que no era sino una “mezquina colección de historietas”, “un esqueleto de hechos políticos y nombres célebres”, un amasijo de “anécdotas desabridas y triviales de antecámara”; era, sobre todo, una “biografía real”, es decir, un texto donde “la figura real abarca todos los horizontes del cuadro, y sólo allá en el fondo, mal dibujadas e indistintas, se insertan los personajes históricos de aquella época”.¹¹¹ Desde su perspectiva, la *Chronica* de Garcia de Resende no podía tener otro aspecto que el de una falsa crónica, preocupada sólo por la figura individual de un monarca. Era un fruto del despotismo, y ¿qué otra forma –se preguntaba– podía tener un trabajo escrito “en una época en que la organización social tenía sometido al clero, a la nobleza, y también al pueblo, debajo del trono del monarca”?¹¹² Frente a declaraciones como éstas, teniendo en cuenta lo que ya ha sido dicho sobre la historiografía de la primera mitad del siglo XIX portugués, uno no puede dejar de pensar que la crítica de este autor no estaba dirigida exclusivamente al famoso cronista de Don Manuel I. Los trabajos eruditos de António Caetano do Amaral, José Anastacio Figueiredo y João Pedro Ribeiro, y las historias políticas, sobre todo de las de ultramontanos como José da Gama e Castro, Fr. Fortunato de São Boaventura y José Agostinho de Macedo (1761-1831), ¿no habían sido todos escritos bajo los auspicios de la monarquía absoluta? ¿No eran también, por esa misma causa, un “esqueleto de hechos políticos y nombres célebres”?

Herculano deseaba hablar del pasado pero no de la manera como hasta entonces se había hecho. No quería referirse sólo a la vida y hechos de reyes, nobles y generales; no quería construir un mero “esqueleto de hechos políticos”. La era del pueblo que la Revolución de 1836 había inaugurado en Portugal hacía necesario que se hablara al pueblo de su propia historia, de su carácter y costumbres nacionales; y nada decían de esto las historias de las acciones de una serie de “nombres célebres”. El modelo para abordar esta nueva problemática lo encontró, en parte, en las obras de Walter Scott. A raíz de su desilusión con la historiografía política y con el anticuarismo de su tiempo, éste último había creado una nueva manera de

¹¹⁰ *Cfr.*, Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. I, pp 425-426. *Cfr.*, Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. III, pp. 102-117.

¹¹¹ Alexandre Herculano, “Historiadores Portuguezes”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 26-29.

¹¹² *Ibid.*, pp. 26-27.

recuperar el pasado nacional: la novela histórica.¹¹³ Se trataba de una forma narrativa que tenía por objeto no las vidas y acciones políticas de grandes personajes, sino “la vida privada de nuestros ancestros” y “el carácter y costumbres” de las épocas pasadas –el “color local”.¹¹⁴ Su peculiaridad radicaba no sólo en su temática, sino en la manera que proponía para abordarla. Scott había concebido que únicamente la mezcla entre una “composición ficticia” y “la investigación minuciosa y grave” podía “revivir las tradiciones del país” y cultivar el conocimiento del pasado nacional; había pensado a la novela histórica como un medio didáctico, como “una manera amigable” de acercar al lector a “cuestiones [del pasado nacional] que parecen oscuras y obsoletas”.¹¹⁵

Pocas dudas se podrían plantear en relación a la presencia del concepto del *historical romance* de Walter Scott en la obra literaria de Herculano. Pese a las escasas referencias a los trabajos del poeta escocés por parte del portugués, y no obstante los intentos de este último por desmarcarse de la influencia del primero,¹¹⁶ su deuda hacia él fue importante, y lo reconoció varias veces a lo largo de su carrera, si bien no de la manera directa que cabría esperarse. En la “Advertência” a sus *Lendas e Narrativas* –texto que data de 1851 y que no es otra cosa que una colectánea de las ficciones históricas que publicó entre 1839 y 1845 en los periódicos *O Panorama* y *A Ilustração*–¹¹⁷ hizo este reconocimiento de manera tangencial. Realizando un ejercicio de autocrítica en un momento en que no escribía más ficciones históricas, aceptaba que sus trabajos pertenecían al género literario de la “novela

¹¹³ Cfr., Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, pp. 44-48. Cfr., Ann Rigei, *op. cit.*, pp. 83-90.

¹¹⁴ Walter Scott, “Introductory Epistle to the Rev. Doctor Dryasdust” in Walter Scott, *Ivanhoe. A Romance*, Boston, Ticknor and Fields, 1866, pp. 24 y 29.

¹¹⁵ Walter Scott, *op. cit.*, pp. 22, 25-27. Cfr., Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, pp. 46-47. Cfr., Ann Rigei, *op. cit.*, pp. 84-85.

¹¹⁶ En la “nota 1” de *Eurico o Presbítero* (1844), Herculano declaró que no era ésa una obra que pudiera ser clasificada como una “novela histórica” a la manera de Scott. Su argumento era temporal: decía que él había escrito sobre una época anterior al siglo VIII, y que “La novela histórica, como la concibió Walter Scott, sólo era posible después del siglo octavo –tal vez sólo más acá del décimo siglo; porque sólo después de esa fecha la vida de la familia, el hombre sinceramente hombre, y no ensayado y trabajado para aparecer en la plaza pública, se nos va poco a poco revelando. Las formas y el estilo que convienen a los tiempos visigóticos serían, desde entonces, absurdos y, me parece, hasta ridículos”. Alexandre Herculano, *O Monasticon. Eurico o Presbítero*, introdução e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972, “nota 1”, pp. 280-281. Más adelante, específicamente en el Capítulo V de esta tesis, discutiré la concepción de la historia de este autor como historia del Estado-nación portugués. Desde su perspectiva, era posible hablar en términos míticos de las épocas anteriores a la configuración del Estado portugués, pero de ninguna manera en términos históricos.

¹¹⁷ En esta edición no fueron incluidas sus grandes narrativas históricas: *O Bobo*, *Eurico o Presbítero* y *O Monge de Cister*. Sí lo estaba su novela de costumbres *O Pároco da Aldeia*, trabajo que fue suprimido en las posteriores ediciones de *Lendas e Narrativas*.

histórica”, y que “tal vez el único mérito” de los mismos hubiese sido que fueron “las primeras tentativas del romance histórico que se hicieron en lengua portuguesa. Monumentos de los esfuerzos del autor para introducir en la literatura nacional un género ampliamente cultivado en estos nuestros tiempos en todos los países de Europa”.¹¹⁸ Y por si esto fuera poco, afirmaba, en el más puro espíritu scottiano, que la novela histórica tenía una función complementaria, o incluso suplementaria, a la historiografía de su tiempo: ser un medio de “popularizar el estudio de aquella parte de la vida pública y privada de los siglos semibárbaros que no cabe en el cuadro de la historia social y política”.¹¹⁹

Ahora, si bien es innegable que Herculano utilizó las obras de Walter Scott y de otros exponentes del género como Vigny, Hugo y Manzoni, como modelo de su producción cuentística y novelística, considero que sería un error caracterizarlo como un simple imitador de aquéllos. Es cierto, está fuera de discusión que las premisas scottianas del *historical romance* se encuentran en la base del proyecto herculaniano de recomposición histórico-ficcional de la vida del pueblo –con Scott, el portugués afirmó, por ejemplo, que el “novelista puede ser más verídico que el historiador” en la empresa de “recomponer el corazón del pueblo que pasó”;¹²⁰ empero, habrá que reconocer que el último desarrolló esa empresa de manera bastante original. Dicha originalidad la adjudico a que se tomó más en serio que los propios Scott, Hugo, Vigny o Manzoni, su labor como “historiador” del “corazón del pueblo”.

El lector de las ficciones históricas de Herculano no debe pasar por alto –como si se tratara de un detalle sin importancia– las palabras que componen los títulos y, sobre todo, los subtítulos de las mismas. De ninguna manera es casual ni insignificante que en todos ellos aparezca, o bien la palabra “crónica” o la referencia a una “época” o año específicos –v. gr., *Mestre Gil. Crónica do XVI Século, A Abóbada. 1401, O Bispo Negro. 1130, O Monge de Cister ou a Época de D. João I, Arras por Foro de Espanha. 1371-2, O Bobo. 1128*. No se trata aquí de un mero ornamento, o de una estrategia literaria para, desde el propio título, generar un “efecto de realidad”. Lo que sucede, a mi parecer, es que el autor de estos textos

¹¹⁸ Alexandre Herculano, *Lendas e Narrativas*, vol I, p. 1.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 4.

¹²⁰ Alexandre Herculano, “A Velhice”, in *O Panorama*, nº 170, 01/08/1840, p. 243. “Nos parece que en esta cosa llamada hoy novela histórica hay más historia que en los graves e interesados escritos de los historiadores. Dicen personas entendidas que conocen más las cosas escocesas leyendo las *Crónicas de Canongate*, de Walter Scott, que su *Historia de Escocia*. También hay quien diga que en la mayoría de las historias de Francia, escritas hasta el año de 1800, no había todavía aparecido la época de Luis XI como apareció después en *Notre Dame*, de Victor Hugo.” Alexandre Herculano, “O Cronista” [1839], in *Lendas e Narrativas*, vol. II, pp. 305.

no pensó que hubiese escrito ficciones, sino “crónicas-novelas”, o mejor aún, “crónicas” a secas.¹²¹ Para entender por qué definió de esa manera a las mencionadas obras, se advierte necesario conocer sus ideas sobre lo que era una “crónica”. Para este efecto, me remitiré a dos textos: una vez más a su artículo de 1840 sobre los “Historiadores portugueses”, en el cual hizo un análisis de la que consideró el paradigma de la crónica medieval portuguesa, la *Crónica d’El Rei D. João I* (1443) de Fernão Lopes; pero también a una nota aclaratoria de su cuento histórico *O Bispo Negro. 1130* (1839) relativa a las *Chronicas dos Senhores Reis de Portugal* (1535, inéditas hasta 1824) de Cristobão Rodrigues Acenheiro.

En relación a la *Crónica d’El Rei D. João I* y a su autor, Fernão Lopes, Herculano dijo lo siguiente:

Allende el primor con que trabajó siempre por referir los sucesos políticos, Lopes adivinó los principios de la moderna historia: la *vida* de los tiempos de la cual escribió la transmitió a la posteridad, y no, como otros hicieron, solamente un esqueleto de sucesos políticos y de nombres célebres. En las crónicas de Fernão Lopes no hay sólo historia: hay poesía y drama: está la edad media con su fe, su entusiasmo, su amor de gloria. En esto se parece al casi contemporáneo cronista francés Froissart; pero en todos esos dones le lleva conocida ventaja. Con esto, y con llamar a Fernão Lopes el Homero de la gran epopeya de las glorias portuguesas, habremos hecho a tan ilustre varón el más cabal elogio.¹²²

En este breve fragmento hay una descripción muy puntual de lo que Herculano entendió por “crónica”. La obra de Fernão Lopes, su “crónica”, no era un simple “esqueleto de sucesos políticos”, como la “falsa crónica” de García de Resende, sino un trabajo que había plasmado la “poesía”, la “vida” de la Edad Media. De hecho, en estas líneas se perciben las ideas precursoras de la definición teórica de “crónica” que dos años más tarde ensayó en sus *Cartas sobre a História de Portugal* (1842). En este último texto afirmó que las crónicas eran “monumentos” que estaban atentos, no tanto “al orden de los acontecimientos”, como al “color local de la época”.¹²³

¹²¹ Alexandre Herculano, “O Cronista”, p. 304. Tal hipótesis es incluso válida para el caso del icónico *Eurico o Presbítero*, el cual no lleva ningún subtítulo y, sin embargo, en el cuerpo del libro fue definido por el propio autor como una “crónica-poema, leyenda o lo que fuere del presbítero godo”; como “la primera de una colección de crónicas, que bajo el título de *Monasticon* comenzará a salir a la luz en el próximo año”. Alexandre Herculano, *Eurico o Presbítero*, pp. 6 y 311. (Para las próximas citas de esta obra usaré esta versión abreviada del título de la edición antes referida: *Monasticon. Eurico o Presbítero*, introdução e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972.)

¹²² Alexandre Herculano, “Historiadores Portuguezes”, p. 9.

¹²³ “Yo haría la distinción en la nomenclatura de las dos especies de monumentos que nos quedan de la edad media: una que es la de las cronologías de los hechos capitales; otra que es la de los que, menos o nada atentos a la fechas, dan más idea del *color local* (perdóneseme la frase que no sé otra) de la época, que del orden de los

La nota contenida en *O Bispo Negro* sobre las *Chronicas dos Senhores Reis de Portugal* de Critobão Rodrigues Acenheiro dará más pistas sobre la naturaleza de las crónicas y su relación con la novela histórica:

En la crónica de Acenheiro, la historia de los primeros reinados es un tejido de cuantos errores y fábulas corrían entre el vulgo, en el principio del siglo XVI, acerca de aquellas épocas [siglo XII]: esos errores y fábulas constituyen, sin embargo, parte de la poesía de la historia: fue ésta que quisimos aprovechar. Poniendo en boca del cronista lo que vamos escribiendo, no debemos hacerlo hablar como Fray António Brandão, o João Pedro Ribeiro, a los cuales importaba la verdad de los hechos, y no el espíritu de los siglos; en los escritos de ellos hallará *probablemente* aquélla, quien anda sólo en busca de la verdad de los hechos. Nosotros buscamos desentrañar del olvido la poesía nacional y popular de nuestros mayores: trabajamos por ser los historiadores de la vida íntima de una grande y noble, y generosa nación que hubo en el mundo, llamada nación portuguesa, la cual o ya no vive, o si vive, ya ni siquiera tiene esfuerzo, o virtud para morir sin infamia. Nos alargamos en esta nota, porque alguien nos increpó de haber alterado la historia en varias crónicas-novelas que hemos publicado, principalmente en *Mestre Gil* y en *A Abóbada*: nos era lícito hacerlo; pero creemos que no lo hicimos en cosa esencial: en esto dimos la crónica; en el vestuario con que lo ataviamos dimos la novela. No confundamos ideas: lo extra-histórico no es lo contra-histórico. ¿Viven acaso en aquellas dos... *novelas* – si se quiere – las épocas a que aluden? No tendremos tanto orgullo de afirmarlo sin recelo. Pero si, en efecto, aparece, en una *el modo de existir portugués* del tiempo de D. João II, en outra *el creer y el sentir robustísimo* del reinado de D. João I, diremos sin dudar que salimos con nuestro intento.¹²⁴

De lo afirmado por Herculano en este extracto, resulta fundamental resaltar su aserto de que, si bien entreverada a un “tejido de cuantos errores y fábulas corrían entre el vulgo”, “la historia de la vida íntima” del pueblo portugués constituía el núcleo de crónicas medievales como la de Acenheiro. Ahora, desde mi perspectiva, lo más interesante de todo esto es que el autor definió a la crónica¹²⁵ como el modelo de sus “crónicas-novelas” o novelas históricas. Sostuvo que, como en el caso de aquéllas, éstas referían el “creer y el sentir” de los tiempos pasados de Portugal también entremezclados a un entramado de “errores y fábulas”.

sucesos. Llamaría a los de la primera, *Chronicones*, a los de la segunda, *Chronicas*. Aquéllos son como el *Memorandum* de un pueblo bárbaro: éstas la expresión singular y poética de la sociedad en la infancia y juventud. El *Chronicon lusitano* y el *conimbricense* son un tipo del primer género: las *Chronicas* de Fernão Lopes lo son del segundo. La distancia entre los dos géneros es mucho mayor que la de la *chronica* a la historia”. Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 93.

¹²⁴ Alexandre Herculano, “O Cronista”, in *Lendas e Narrativas*, vol. II, pp. 304-305.

¹²⁵ Más tarde, en su *Historia de Portugal*, Herculano definió a la crónica como una “medio novela, medio historia”, esto en atención a mezcla de “lo maravilloso” y “lo real” que había en las crónicas medievales. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 575.

Relacionar la novela histórica con la crónica medieval es, a mi parecer, una propuesta bastante original. Ni siquiera el propio Manzoni, que tan perspicaz fue en su análisis de la naturaleza mixta de la novela histórica,¹²⁶ imaginó la posibilidad de la analogía. Insisto que esto se debe a que el escritor portugués se tomó muy en serio la idea de historiar la vida pasada de una sociedad a través de la novela. Por eso mismo, considero que ciertos críticos de la producción literaria de Herculano se equivocan cuando afirman que él sólo usó la historia “para intensificar la fuerza imaginativa de una historia ficcional, donde el personaje funciona no como un símbolo del proceso histórico, sino como el foco de nuestras esperanzas y miedos intemporales”.¹²⁷ En realidad, varias marcas textuales presentes en las obras de este autor evidencian precisamente lo opuesto: que la trama, y con esto me refiero al esqueleto de acciones que constituye el hilo conductor de sus ficciones históricas,¹²⁸ fue un elemento secundario a al objetivo principal de dibujar el “color local” de una época.

Esto último resulta visible, por ejemplo, en la tendencia de Herculano a ironizar sobre las herramientas convencionales que los autores de novela histórica utilizaban para legitimar la verosimilitud de sus tramas. Objeto particular de sus burlas fue la estrategia llamada del “manuscrito hallado”, popularizada por Walter Scott. Varias de sus novelas –*Rob Roy* (1817), *Ivanhoe* (1820), *Quentin Durward* (1823) y *Woodstock, or the Cavalier* (1826)– comenzaban con la noticia de cómo el narrador había hallado, en las páginas de un documento inédito, la historia que estaba a punto de referir.¹²⁹ El escritor portugués hizo mofa en varias ocasiones de esta estrategia. La primera y más inocua aparece en las últimas líneas de *O Bobo*, donde se refirió a su propio relato del amor trágico de Egas Moniz y Dulce como una “muy verdadera historia” la cual había extraído de un supuesto “pergamino” que un “monje curioso” había copiado de las trovas que cubrían la piedra de una sepultura –pretendidamente de Dulce; “pergamino” ahora extraviado, pero que en su origen había sido guardado “en el cartulario del monasterio [de Guimarães], donde todavía en el siglo XVI se conservaba”. Una

¹²⁶ Cfr., Alessandro Manzoni, “Del romanzo storico e, in genere, de’ componimenti misti di storia e d’invenzione”, in *Opere varie*, 1850, pp. 473-552.

¹²⁷ Cfr., Maria de Fátima Marinho, *O Romance Histórico em Portugal*, Porto, Campo das Letras, 1999, p. 57. “Mientras en la mayor parte del maestro escocés la Historia funciona como el asunto primordial del texto, en Herculano novelista, la Historia es usada «to intensify a fictional story’s imaginative force», donde el personaje «functions not as a symbol of the historical process, but as the focus for our timeless hopes and fears»”

¹²⁸ Cfr., Robert Scholes, James Phelan and Robert Kellogg, *The Nature of Narrative*, 4th ed., New York, Oxford University Press, 2006, Pp. 207-239. Cfr., Steven Cohan and Linda M. Shires, *Telling Stories. A Theoretical Analysis of Narrative Fiction*, New York, Routledge, 1988, p. 58.

¹²⁹ Cfr., Elisabeth Wesseling, *op. cit.*, p. 37. Cfr., Walter Scott, *op. cit.*, p. 31.

crítica mucho más virulenta a la mencionada estrategia aparece, sin duda, en la “Nota del Autor (1848)” de *O Monge de Cister*, la cual transcribo a continuación:

«*O Monge*», pensaba él, «está ahí, en aquél rincón, cubierto de polvo, mal cepillado e incompleto; verdadero fraile sapudo, burdo, informe, sin pulir, sin elegancia; pero, a final de cuentas, en ese rudo esbozo de una obra literaria hay el sustrato de una historia guapa; de historia sacada de un manuscrito que sólo yo vi, el que le da cierto perfume de santo misterio; de historia de casos singulares y maravillosos incidentes. Y además, el protagonista es un fraile de hígados, un portugués de gema. De la masa de *O Monge de Cister* es que se hacen historias como sus reverencias dicen que debe ser. ¡Upa! ¡Vamos! Que yo puedo con algún tiempo de lento trabajo acomodar este griterío, y hasta – ¿quién sabe? – no sólo llegar a obtener la absolución de sus reverencias, sino también igualar en legítima gloria al padre-mestre Fr. Bernardo de Brito» [...]

Y sin embargo, *O Monge* fue dejado de lado y olvidado, como un traste viejo e inútil. Reflexionaba, no obstante, que sacando aquí, poniendo allá, aplanándolo, lijándolo e imprimiéndolo desempeñaría la palabra que diera a sus lectores, ofreciéndoles modestamente una novela, donde, a falta de otro mérito, se hallase, por lo menos, el cuadro de la lucha social que caracteriza la época de D. João I, y las costumbres y creencias de esa época, al paso que aprovecharía esta oportunidad para probar a sus reverencias que, si los inescrutables decretos de arriba lo arrastran por el camino del Gólgota y lo constriñen a no desamparar la obra fatal que comenzó, tiene docilidad bastante para aceptar y seguir en sus actos espontáneos, en las composiciones donde puede usar el libre albedrío, las sanas doctrinas, y para confesar ingenuamente que las tradiciones del vulgo, los fraudes píos, las ilusiones de la superstición, los preconceptos nacionales y otros cuentos de viejas son las fuentes legítimas y los fundamentos indestructibles de la Historia.¹³⁰

Muy difícil será pasar aquí por alto la opinión negativa que le mereció la trama que él mismo configuró en su novela *O Monge de Cister* –la historia de la venganza de Fr. Vasco da Silva contra el hidalgo Fernando Afonso por haber seducido a su hermana Beatriz y a su prometida Leonor. Su desdén por la estrategia del “manuscrito hallado”, tenuta por una mera herramienta retórica para crear “misterio”; su concepción del entramado como un amasijo de “casos singulares y maravillosos incidentes”, como expresión de las “tradiciones del vulgo”, de “fraudes píos”, de “ilusiones de la superstición”, de “preconceptos nacionales”, en fin, de “cuentos de viejas” que, en absoluto, podían constituir los fundamentos de la historia; todo esto permite concluir que a Herculano las tramas de sus novelas le merecieron un lugar asaz secundario.

Cabe señalar, no obstante, que este fragmento de la “Nota del Autor” de *O Monge de Cister* no fue una mera declaración paratextual sin fundamento en el cuerpo de la obra. Por

¹³⁰ Alexandre Herculano, *O Monge de Cister*, vol. III, pp. 340-345. (Para las próximas citas de esta obra usaré esta versión abreviada del título de la edición antes referida: *O Monasticon. O Monge de Cister*, introdução e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972).

el contrario, a lo largo de la misma es posible comprobar que, para su autor, lo más importante era la construcción del “cuadro de la lucha social que caracteriza la época de D. João I, y las costumbres y creencias de esa época”. Para empezar, Fr. Vasco –como todos los protagonistas de sus novelas– no es un simple “foco de nuestras esperanzas y miedos intemporales” como afirman algunos críticos, sino un personaje que representa un papel en la lucha social de esa época, y que aparece caracterizado, por lo tanto, con todas las marcas de una condición histórico-social concreta:

»Un año antes habría reído, como los demás, de la desventura de aquel mezquino; pero todo en mí había cambiado. ¿Acreditarás, virtuoso Fr. Lourenço, que yo, caballero de Cristo, tuve dolor de un moro y maldije a los nobles?».

»¡Viles idiotas – dije en voz baja –, dejan pasar a los poderosos que oprimen, y escarnecen al agraviado, porque es un pobre moro! – Por ventura esta reflexión nacía de que yo también era oprimido. También caballeros me habían pisado como al pobre bufón.

»Mi reflexión fue escuchada por un viejo que estaba al pie de mí. Me midió con la vista y, sonriendo, me dijo:

» – Fe, senhor, que tengo setenta años, y es la primer a vez que oigo a un caballero dolerse de un villano. De los mejores son esos que ves y, a pesar de todo, ahí tienes lo que le hicieron al triste juglar.¹³¹

Los sentimientos de odio y pesar del protagonista ciertamente importaban al autor; el sufrimiento de Fr. Vasco por la deshonra de su familia es lo que da pie al desarrollo del relato. No obstante, es preciso tener en cuenta que esos sentimientos Herculano los concibió como productos de una condición histórico-social específica: el odio del protagonista contra el noble Fernando Afonso por haber seducido y abandonado a su hermana y a su prometida, no se explica sino teniendo en cuenta la condición del primero como miembro de la nobleza baja, casi rozando con la burguesía, y sujeto a las vejaciones de caballeros de mayor rango como lo era el segundo. De hecho, toda esta trama de venganza personal sólo adquiere sentido cuando se la contempla como parte del movimiento iniciado por João I y el ministro João das Regras para someter a la orgullosa, altanera y vieja nobleza portuguesa a la autoridad y voluntad de la Monarquía popular.

Cosa idéntica sucede en todos sus demás cuentos y novelas históricos. Los amores imposibles de Eurico y Hermengarda en *Eurico o Presbítero*, de Egas Moniz y Beatriz en *O Bobo*, y de Élfrida y Afonso en *Destruição de Auria*; las aventuras de los pícaros Gil en *Mestre Gil* y Dom Bibas en *O Bobo*; las historias de reconocimiento personal del Afonso

¹³¹ Alexandre Herculano, *O Monge de Cister*, vol. II p. 45.

Domingues en *A Abóbada* y del negro Soleima en *O Bispo Negro*; la trágica historia del tribuno del pueblo Fernão Vasques en *Arras por Foro de Espanha* –todas esas “tradiciones” que el pueblo “poetizaba” y “atribuía a un solo individuo” únicamente interesaban a Herculano en cuanto eran un “resumen” de “los hechos que caracterizaron una época notable”:¹³² la invasión musulmana a la península Ibérica en *Eurico o Presbítero* y en *Destruição de Auria*; las luchas entre Afonso Henriques y Doña Teresa por el gobierno del condado portucalense en *O Bobo* y *O Bispo Negro*; el triunfo del rey popular João I frente a Castilla en *A Abóbada*; las luchas entre la nobleza y el rey João II en *Mestre Gil*; los conflictos entre la burguesía y el rey durante el gobierno de Fernando I en *Arras por Foro de Espanha*. Fue por esta razón que Herculano enfrentó con tanto cuidado y erudición la empresa de reconstrucción de la vida en las distintas épocas de la historia portuguesa. Las descripciones de tiempos, espacios y situaciones político-sociales con que abrió siempre sus novelas –siguiendo en esto a los grandes maestros del género–, estuvieron, por regla general, acompañadas por referencias a documentos originales y a autores de la época:

Aquellos de entre los nobles que todavía conservaban puras las tradiciones severas de los antiguos tiempos se indignaban por el oprobio de la Corona y por las consecuencias que debía tener el repudio de la infanta de Castilla, cuyo matrimonio con el-rei, ajustado y jurado, éste había deshecho con la levedad que se nota como defecto principal en el carácter de D. Fernando. Entre los que altamente desaprobaban tales amores, el infante D. Dinis, el más joven de los hijos de D. Inês de Castro, y el viejo Diogo Lopes Pacheco* eran, según parece, las cabezas de la parcialidad contraria a D. Leonor: aquél por la altivez de su ánimo; éste por gratitud a D. Enrique de Castilla, en quien había hallado amparo y abrigo en el tiempo de sus infortunios, y que lo había salvado de la triste suerte de Álvaro Gonçalves Coutinho y de Pedro Coelho, sus compañeros en el patriótico crimen de la muerte de D. Inês.

*Fernão Lopes afirma que Pacheco no había vuelto al reino desde que había huido por escapar a la venganza de D. Pedro I por causa de la muerte de D. Inês, sino en el año de 1372, en que había venido por embajador de el-rei D. Enrique. Esto parece inexacto; Fray Manuel dos Santos afirma lo contrario fundado en la restitución de todos sus bienes y títulos hecha por D. Fernando en el comienzo de su reinado. No es esto que prueba la asistencia de Pacheco en Portugal en el año de 1371, no sólo porque después de venir podía volver para Castilla, pero también porque esa restitución podía ser hecha estando y conservándose él ausente, visto que la posesión de un título o de otro de la Corona, por simple merced, no obligando al servicio personal, al menos hasta el tiempo de D. João I, no hacía necesaria la presencia del donatario en el reino. Lo que prueba la verdad de la opinión de Santos y la donación hecha a Diogo Lopes en 1371 (*Chancel. De D. Fern.*, L. 1.º, f.84) de la tierra de Trancoso *para pago de su cuantía*, lo que supone servicio personal: porque era por cuantías que los hidalgos estaban obligados a hacerlos.¹³³

Es cierto que, desde Scott, el uso de documentos originales se había convertido en una convención de la novela histórica, tanto así que, para mostrar que su trabajo estaba

¹³²Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 693.

¹³³Alexandre Herculano, “Arras por Foro de Espanha”, in *Lendas e Narrativas*, vol. I, pp. 63-65.

basado en una “investigación minuciosa y grave”, el poeta escocés llegó a poner notas en algunas de sus ediciones.¹³⁴ No extraña, pues, que Herculano hiciera uso de la misma técnica. Empero, a través de las obras del portugués es posible observar una cierta radicalización de la convención. En su afán por transmitir de forma “verosímil” el espíritu de una época, hay cuentos suyos, sobre todo los que en 1851 fueron recopilados en *Lendas e Narrativas*, que dan la impresión de ser verdaderas traducciones a lenguaje moderno de relatos contenidos en fuentes medievales: por ejemplo, *O Castelo da Faria* (1838) y *Arras por Foro de Espanha*, que son un par de narrativas en las cuales transcribió fragmentos enteros de la *Crónica de D. Fernando* (1436-¿?) de Fernão Lopes –respectivamente, los capítulos LXXIX y LX a LXIV; *O Bispo Negro*, donde hizo lo propio con parte de la *Crónica de D. Afonso Henriques* (1505-1514) de Duarte Galvão –capítulos XXI a XXIV; y *A Dama Pé de Cabra*, que no es otra cosa que una transliteración del título IX, parágrafo 2, del *Livro das Linhagens* (1340-1344) atribuido al Conde D. Pedro.¹³⁵ Véase aquí un extracto de *Arras por Foro de Espanha*, donde el autor confesó abiertamente su reproducción de un fragmento de la *Crónica de D. Fernando*:

– Señores, a mi dieron cargo estas gentes que están juntas de decir algunas cosas a el-rei nuestro señor que entienden por su honra y servicio; y porque el derecho escrito dice que, siendo las partes principales presentes, el oficio de procurador debe cesar en lo que ellas bien supieran decir, vosotros que sois principales partes en este hecho, y a que esto más atinge que a nosotros debéis decir esto, y yo no: empero, no embargando que así sea, yo diré aquello de que me dieron cargo, pues vosotros en ello no queréis por malo, mostrando que vos duele poco la honra y el servicio de el-rei.*

*Textual. Véase Fernão Lopes, *Cr. De D. Fernando*, cap. 61.¹³⁶

Ahora, el hecho de que en sus cuentos y novelas históricos Herculano hubiese empleado una serie de estrategias literarias para producir el “efecto de realidad” pasada¹³⁷ – caracterizaciones de los personajes en función de un contexto histórico-político; descripciones sucintas de espacios y tiempos basadas en fuentes documentales; lenguaje arcaizante; reproducciones de fragmentos enteros de documentos medievales–, no significa que hubiese pretendido para aquéllos el estatuto de historias. A su entender, los “dibujos” que

¹³⁴ Cfr., Walter Scott, *op. cit.*, pp. 24-25. Cfr., Richard Maxwell, *op. cit.*, p. 47. Cfr., Linas Eriksonas, *op. cit.*, pp. 121-124. Cfr. Ann Rigney, *op. cit.* p. 85

¹³⁵ Cfr., Maria de Fátima Marinho, *O Romance Histórico em Portugal*, p. 55.

¹³⁶ Alexandre Herculano, “Arras por Foro de Espanha”, in *Lendas e Narrativas*, vol. I, pp. 99-100.

¹³⁷ Cfr., Roland Barthes, “L’effet de réel”, pp. 81-89.

había hecho de la “historia de la vida” del pueblo portugués no eran “verdaderos”, pero tampoco eran meros productos de la “fantasía”.¹³⁸ Ciertamente, los había calificado de “tradiciones del vulgo” y de “fraudes píos”; sin embargo, pensaba que esos “cuentos de viejas” hablaban del pasado en una forma “verosímil”, así como en su momento lo habían hecho las crónicas medievales.¹³⁹ Sus “crónicas-romances” no alcanzaban el estatuto de “verdaderas” porque, pese a dar cuenta del ámbito de “los hechos”, de lo real –de la historia–,¹⁴⁰ traían entremezclado “lo maravilloso”. Herculano reconoció, de hecho, que esa mezcla histórico-ficcional eran la manera natural de hablar del pasado en las “eras poéticas de nuestra tierra”. Consideró, con Vico, que no se podía exigir que una nación “joven” se expresara sobre el pasado en términos distintos a la poesía:

La existencia de las naciones en la infancia y juventud es como la del hombre también en la infancia y en la mocedad; precisa de vida externa y de movimiento; de aire, de luz y de espacio. Los pueblos vírgenes son guerreros y turbulentos, y son las más firmes tradiciones de los combates las que permanecen firmes en el recuerdo público. A ellas va fácilmente asociarse lo maravilloso, que alimenta al mismo tiempo el orgullo nacional y la credulidad del vulgo; y así nacen las crónicas, medias novela, medias historia, que son como la crisálida de esta última, la cual sólo puede purificarse, desenvolverse y completarse en la edad grave de las naciones.¹⁴¹

Haciendo eco, probablemente, de la teoría del *corsi e ricorsi* de Giambattista Vico, esto es, de la recurrencia de las etapas del pensamiento de las naciones,¹⁴² Herculano razonó que su propia época manifestaba un espíritu “infantil”, un nuevo comienzo creativo, semejante, más no idéntico, al que había acontecido en el medioevo portugués –no en vano

¹³⁸ Alexandre Herculano, “O Bispo Negro”, in *Lendas e Narrativas*, vol. II, p. 80.

¹³⁹ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 47.

¹⁴⁰ Alexandre Herculano, “O Bispo Negro”, in *Lendas e Narrativas*, vol. II, p. 80.

¹⁴¹ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 575.

¹⁴² Pese a no contener ninguna referencia directa a la *Scienza Nuova* (3^{ra} ed. 1744), lo afirmado en estas líneas da la impresión de seguir muy de cerca los planteamientos de Vico en torno a su teoría de la recurrencia de las etapas del pensamiento de las naciones. En su *opus magna*, el filósofo napolitano argumentó que, mientras la naturaleza o forma de pensamiento que predominaba en la “infancia del mundo” –en las etapas “divina” y “heróica”– era esencialmente “poética y creativa”, y esto por cuanto era un pensamiento que “reducía todas las especies a un sólo género”; en la etapa “madura” o “humana” lo que prevalecía era una naturaleza prosaica, “inteligente”, “razonable, que reconoce por leyes la conciencia, la razón y el deber.” Afirmaba también que, después de la etapa humana, Dios, que era la guía del curso de las naciones, podía traer de vuelta la etapa divina, seguida de una nueva etapa heroica y de otra humana. *Cfr.*, Giambattista Vico, *The New Science*, trad. Thomas Goddard and Max Harold Fisch, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1948. §215-217, §915-§935, §1046-1056. En una sola ocasión a lo largo de toda su obra, Herculano mencionó explícitamente a Vico. Fue en una carta a Oliveira Martins con fecha del 25 de diciembre de 1872. (*Cfr.*, “Cartas a Oliveira Martins” [Valde-Lobos, 25 de Dezembro de 1872], *Cartas*, vol. I, pp. 228-229). Esta mención es más bien superficial, pues no hizo sino englobarlo en la categoría de los autores de filosofías de la historia. Sin embargo, su breve tratamiento del filósofo napolitano en nada contradice la hipótesis aquí planteada.

sostuvo que existían “muchas y muy completas analogías” entre “la existencia, en fin, intelectual, moral y material de la edad media” y la de la “sociedad presente”.¹⁴³ A su entender, la Edad Media del Condado Portucalense había sido una época “ruda”, “guerrera” y “dominada por las pasiones violentas”; un tiempo “bárbaro” de “creencias ardientes”, de “grandiosa fiereza y de heroísmo tenaz que incitaban la imaginación, a exagerar la realidad”.¹⁴⁴ Empero, había sido también un momento “singular” y “creativo” donde “el espíritu humano, semejante a la hiedra, se abrazaba a todos los troncos del árbol de la vida”; una época que “había poblado la noche oscura de miedos y larvas, los bosques de monstruos, los cementerios de fantasmas, y los templos, y otros lugares consagrados, de maravillas y milagrosos acontecimientos”;¹⁴⁵ un tiempo, en fin, que había dado luz a la “crónica”: suerte de simulacro de historia –“crisálida de la historia”– que, endulzando “la aridez” de los hechos con la “poesía popular”, alimentaba “al mismo tiempo el orgullo nacional y la credulidad del vulgo”. Y sucedía que en el siglo XIX, a raíz de las guerras liberales (1820-1838), había sobrevenido a Portugal una nueva “barbarie”, una suerte de recurrencia hacia el espíritu “infantil” predominante en “los comienzos de todas las naciones”.¹⁴⁶ En función de esta idea afirmó que su presente había tenido también “heroísmo” en aquellos “soldados de la libertad” que, en la lucha contra el absolutismo de 1832, “murieron en los combates de la patria y mezclaron su sangre con la sangre de los satélites de la tiranía”,¹⁴⁷ que había tenido, asimismo, “pasiones violentas”, manifiestas en la guerra entre el cartismo y el septembrismo, entre las dos “creencias” que se debatían la vida social portuguesa con “fiebres políticas [...] ardientes e indomables”;¹⁴⁸ y que tenía igualmente “rudeza” y “violencia” en el despotismo, primero de la plebe “licenciosa” y revolucionaria de 1836,¹⁴⁹ y luego del restaurador de la Carta Constitucional, António Bernardo da Costa Cabral, quien, entre 1842 y 1851, había “robado, mal gobernado, insultado y traicionado” a Portugal.¹⁵⁰ Ese tiempo de

¹⁴³ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 144.

¹⁴⁴ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 138.

¹⁴⁵ Alexandre Herculano, “O Cronista”, pp. 289-290.

¹⁴⁶ *Cfr.*, Giambattista Vico, *op. Cit.* §215-217.

¹⁴⁷ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *A Voz do Profeta*, p. 35.

¹⁴⁸ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 5-7.

¹⁴⁹ *Ibid.*, pp. 31-33.

¹⁵⁰ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “O Paiz e a Nação (1851)”, in *Opúsculos. Tomo VII*, Lisboa, Viuva Bertrand & C^a, 1898, pp. 94-95. Antiguo septembrista, y de los más radicales –fue miembro del “Club do Arsenal”–, pero pasado al bando cartista “duro” a finales de la década de 1830, Antonio Bernardo da Costa Cabral organizó un golpe de Estado que logró la restauración de la Carta Constitucional en junio de 1842. El gobierno cabralista, que tuvo una duración de casi una década (1842-1851) –con una pausa de casi dos años (1846-1848) por su

“exageraciones” y de “barbarie” surgido en 1820, representaba, no obstante, un nuevo comienzo juvenil y creativo. Aquella “revolución social” que había ganado para el pueblo su libertad, había traído consigo una “revolución literaria”:¹⁵¹ habían aparecido las poesías de Almeida Garrett y las suyas propias: poesías que hablaban al pueblo “en su lenguaje y sobre sus cosas; de sus tradiciones y creencias, o de sus pasiones y de su vida actual”.¹⁵²

Comprendido el carácter viquiano de la tesis de Herculano sobre la recurrencia de la “bárbarie infantil y creativa” en su propio tiempo, se explica mejor el carácter histórico-ficcional que atribuyó a sus modernas “crónicas”. Según su parecer, trabajos como *Eurico o Presbítero*, *O Bobo*, *O Monge de Cister*, *Arras por Foro de Espanha*, *O Bispo Negro*, *A Abóbada*, *Mestre Gil*, entre otros, eran el tipo de narración sobre el pasado que un “pueblo virgen”, recién surgido a una nueva vida, podía producir. Esas “medias novelas, medias historias” –declaraba–, surgidas del pueblo y para el pueblo, contenían “errores” y hablaban de “fábulas”, pero tenían la virtud de transmitir el tipo de conocimiento que el pueblo portugués precisaba por entonces para dar sentido a su presente –al hablar del “pasado glorioso” medieval y forzar la comparación con el presente, azuzaban “el orgullo nacional” decaído a través de los siglos modernos.¹⁵³

Sin embargo, tal y como se ha visto a lo largo de este apartado, desde sus más tempranas obras de ficción histórica, Herculano fue consciente de que este tipo de producciones literarias daban pie a “la credulidad del vulgo”. Las “crónicas-romances” referían un pasado “verosímil”, pero no decían “verdad”; hablaban de “tradiciones”, mas no de “hechos”;¹⁵⁴ eran, sí, “la crisálida de la historia”, pero no eran la historia. Conforme fue

salida del Consejo de Ministros a causa de las revueltas, popular de Maria da Fonte (1846), y septembrista de “A Patuleia” (1846-1847)–, se caracterizó por su corrupción y sus atropellos a las garantías constitucionales. Además de éstas, los especialistas en este período de la historia política y social portuguesa sostienen –con Herculano– que fue un régimen liderado por una oligarquía financiera con una política conservadora y centralista; que tuvo una política fiscal desastrosa y dilapidadora de la hacienda pública; que se apoyó sobre un sistema electoral viciado; y que atacó las garantías individuales, particularmente la de expresión (persecución a la prensa). Cfr., António Martins da Silva, *op. cit.*, p. 88. Cfr., Maria Manuela Tavares Ribeiro, “A Restauração da Carta Constitucional e a Revolta de 1844” in *Revista de História das Ideias 7. Revoltas e Revoluções*, Coimbra, Instituto de História e Teoria da Ideias, Faculdade de Letras, Universidade de Coimbra, 1985, pp. 189-190. Cfr., Maria de Fátima Bonifácio, *História da Guerra Civil da Patuleia. 1846-1847*, Lisboa, Editorial Estampa, 1993, pp. 20 y 62.

¹⁵¹ Cfr., Alexandre Herculano, “Novellas de cavallaria Portuguesas. Amadis de Gaula I” [1838, *O Panorama*], in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 87-88. Cfr., Alexandre Herculano, “Elogio histórico de Sebastião Xavier Botelho” [1842], in *Opúsculos. Tomo IX*, p. 219.

¹⁵² Cfr., Alexandre Herculano, “Elogio histórico de Sebastião Xavier Botelho”, in *Opúsculos. Tomo IX*, p. 221.

¹⁵³ Cfr., Alexandre Herculano, *O Bobo*, p. 12.

¹⁵⁴ Cfr., Alexandre Herculano, “O Bispo Negro”, in *Lendas e Narrativas*, vol II, pp. 80-81.

avanzando la década de 1842, le fue siendo cada vez más claro que las “crónicas-novelas” eran sólo un paliativo y no un verdadero remedio para la enfermedad que padecía Portugal – la anarquía revolucionaria y el despotismo de las masas y de los dictadores. Si se quería lograr la verdadera salvación de la nación portuguesa –razonaba–, ésta precisaba madurar, salir de esa etapa “infantil” y llegar a la “edad grave”; precisaba de abandonar los “preconceptos nacionales” y observar su devenir tal cual era; precisaba, en fin, de fomentar la escritura su propia historia –“averiguar cual fue la existencia de las generaciones que pasaron”; encontrar “la verdad histórica [que] es una”.¹⁵⁵

La historia – ciencia-social

Su acusado interés por “la verdad histórica” no acercó, sino más bien alejó a Herculano de las formas historiográficas hasta entonces vigentes en Portugal –los trabajos eruditos y la historiografía política. A su entender, las revoluciones de la década de 1830 habían vuelto inactuales a estas últimas, pues en la era del pueblo recién inaugurada no tenía cabida una historia preocupada sólo por las cronologías de los grandes hechos políticos de reyes y nobles. En contraste, tuvo por cierto que la misión del historiador consistía en hacer una narración verdadera del principal acontecimiento de la vida del pueblo: la formación y el desenvolvimiento de su “índole” o carácter. Esta empresa revolucionaria la desarrolló a través de dos obras monumentales: la *História de Portugal* (1842-1853)¹⁵⁶ y la *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal* (1853-1859).

Ahora, sería una franca mentira afirmar que Herculano realizó *ex nihilo* dicha revolución historiográfica. Cuando se decidió a llevarla a cabo en Portugal, ya habían aparecido, sobre todo en Alemania, Francia e Inglaterra, una serie de obras abocadas a la

¹⁵⁵ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 47.

¹⁵⁶ Aquellos que conocen la obra completa de Alexandre Herculano con justa razón señalarán el error en que he incurrido al marcar en 1842 la fecha de aparición de la *Historia de Portugal* –el primer volumen fue publicado en 1846–, y al dejar de mencionar, como una de las grandes obras históricas de este autor, sus *Cartas sobre a História de Portugal* (1842). En mi defensa, quiero aclarar que el doble error es ilusorio. La *História de Portugal* no apareció por arte de magia un buen día de 1846; el proceso de investigación que le dio forma proviene por lo menos de 1842-1843, ya que las bases teóricas sobre las que fue construida son básicamente las *Cartas*. Así, al igual que en el caso de Thierry, quien entendió a sus *Considérations sur l’Histoire de France* y a sus *Récits des Temps Mérovingiens* (1840) como partes distintas de una misma obra –“una parte de disertación histórica, la otra de narración” (Cfr., Augustin Thierry, *Récits des Temps Mérovingiens*, ed. Pierre Riché, Éditions Bartillat, Paris, 2014, pp. 13-23)–, propongo que los dos textos de Herculano sean vistos como partes complementarias de un proyecto conjunto al que es posible dar el título general de *História de Portugal* –la parte de disertación serían las *Cartas*; la parte narrativa, la *História*.

empresa de búsqueda del “carácter” de los pueblos. Publicadas, e incluso agotadas, estaban la *Historia del derecho romano en la Edad Media* (1815-1831) de Fridrich Karl von Savigny; *El Estado alemán y la historia del derecho* (1808-1844) de Johann Gottfried Eichhorn, la *Historia de los pueblos latinos y germánicos* (1824) y la *Historia de los papas* (1834-1836) de Leopold von Ranke; las *Cartas sobre la Historia de Francia* (1820) y los *Relatos de los tiempos merovingios* (1840) de Augustin Thierry; la *Historia de los orígenes del gobierno representativo* (1821), la *Historia de la civilización en Europa* (1828-1830) y la *Historia de la civilización en Francia* (1829-1832) de François Guizot; los primeros seis volúmenes de la *Historia de Francia* (1833-1834) de Jules Michelet; la *Democracia en América* (1835-1840) de Alexis de Tocqueville; la *Historia de Inglaterra* (1848) de Thomas B. Macaulay; e incluso parte de la *Historia de Portugal* (1836-1854) de Heinrich Schaeffer. Herculano leyó a todos estos grandes maestros del oficio –el aparato crítico de sus historias lo demuestra–, e interesado como estaba en la historia del carácter del pueblo o sociedad, aprendió de todos ellos la forma de realizarla.¹⁵⁷

De entrada, el asunto de la fundamentación de esa historia en fuentes documentales originales y fidedignas fue algo que Herculano retomó de sus colegas alemanes, franceses e ingleses. Esta afirmación contrasta, sin duda, con lo dicho anteriormente en relación a que Portugal no era un campo desierto en materia de erudición –hecho comprobado por las partes tres y cuatro de la *Monarquía Lusitana* (1632) de Fray António de Brandão (1584-1637)¹⁵⁸ y los trabajos eruditos de José Anastácio de Figueiredo, António Caetano do Amaral y João Pedro Ribeiro, todos ellos contruidos a partir de rigurosos procesos de crítica documental y meritorios incluso del elogio del autor de la *História de Portugal*.¹⁵⁹ Con todo, considero que las obras de éstos y otros anticuarios portugueses difícilmente pudieron haberle servido a aquél como modelos de “crítica histórica”. Algunos, como Fray António de Brandão, pese a

¹⁵⁷Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 54-56.

¹⁵⁸ La *Monarquía Lusitana* fue una obra elaborada entre 1597 y 1726 por los monjes de la Real Abadía de Alcobaça. Fue la primera tentativa de una historia general de Portugal –comienza con el Diluvio Universal y termina con el Reino de D. Fernando (1367-1383). Por su naturaleza colectiva, confeccionada en el transcurso de poco más de un siglo, posee, sí, unidad temática –la historia de la monarquía portuguesa–, pero también heterogeneidad ideológica y estilística. Fray António de Brandão, monje alcobacence y cronista mayor del Reino, estuvo a cargo de sus partes tercera y cuarta, las cuales abarcan desde el gobierno del Conde Don Henrique sobre el Condado Portucalense (1096-1112), hasta el reinado de Afonso III (1248-1279). Esta misma temporalidad será retomada por Herculano para hablar de la “primera época de la monarquía portuguesa”. Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. II, pp. 35-63.

¹⁵⁹ Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, *Opúsculos. Tomo V*, p. 106.

haber poseído un profundo “espíritu crítico”, habían tenido por verdaderos ciertos hechos “milagrosos” de la historia portuguesa, por ejemplo, la intervención de lo sobrenatural en la Batalla de Ourique –la aparición y habla de Jesucristo al conde D. Afonso Henriques;¹⁶⁰ y otros más, como António Caetano de Amaral, importándoles poco las “costumbres y leyes” del pueblo, habían concentrado sus aptitudes críticas sobre documentos regios y eclesiásticos, esto con el fin de aclarar los orígenes legítimos de la Monarquía absoluta portuguesa.¹⁶¹ Ningún autor luso era, pues, cercano a la pretensión de Herculano de “reducir a sus dimensiones verdaderas” una serie de sucesos “que la tradición de siglos tuvo por bien cercar de fábulas no menos absurdas que brillantes”;¹⁶² de escribir, en fin, una historia que dijera “verdad” sobre el pasado del pueblo portugués y no únicamente sobre su monarquía. Por todas estas razones es posible decir que su asunción de la “crítica histórica”, quiero decir, del “examen y comparación de los monumentos, o contemporáneos o más próximos”, como “el único medio legítimo de escribir historia”,¹⁶³ la retomó de los historiadores de la Europa septentrional y no de los eruditos portugueses. Sus propias palabras a este respecto refuerzan dicha interpretación:

Y sin embargo, la crítica histórica tiene reglas para la credibilidad, reglas a que todo aquél que trata de tales materias debe sujetarse, porque se basan, no sólo en la aceptación de los hombres de ciencia, sino también en la razón común. Estos preceptos son asaz severos en nuestro siglo, en que los estudios históricos han hecho en Europa tantos o más progresos que en otras ciencias; mas esa severidad comenzó a desarrollarse desde fines del siglo XVII, en que la congregación de S. Mauro, aquel brillante seminario de hombres ilustres que creó la diplomática. El estudio de los archivos, estudio iluminado por la filosofía crítica, mostró cuánto había que despreciar en esas vastas compilaciones de trabajos históricos de los siglos anteriores. Es de Saint-Germain-des-Prés, de San Blas de la Selva Negra, y de los otros monasterios benedictinos de Francia y de Alemania, que partió el movimiento intelectual de la Europa en esta parte del saber humano. Lo que el siglo presente, amaestrado por mayor experiencia, ha hecho es acercar más las condiciones de credibilidad, evitando al mismo tiempo todo género de preocupación que pueda proceder de los intereses de partido político o de la incredulidad en materias de religión; es también el haber dirigido las indagaciones históricas más para el estudio de la índole de las sociedades, de lo que para los actos de los individuos. No niega las tradiciones de la antigua ciencia; las completa, las perfecciona. En el examen de los monumentos, en su confrontación, ha dado ejemplos de imparcialidad y de paciencia, que merecerían los aplausos de los grandes reformadores benedictinos, si pudiesen contemplar los resultados de la escuela que ellos crearon, aunque la ciencia moderna, como era natural, los haya dejado muy lejos. Los doctos que han comparado los *Monumenta*

¹⁶⁰ Cfr. Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. II, pp. 59-62.

¹⁶¹ *Ibid.*, vol. II, pp.103-233.

¹⁶² Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 285.

¹⁶³ *Ibid.*, vol. I, p. 773.

Germaniae de Pertz, los *Monumenta Historiæ Patriæ*, publicados en Turin, la Colección de los Archivos de Inglaterra, la continuación de los *Scriptores Rerum Francicarum*, y en fin, las demás publicaciones de este orden con lo que los maurienses nos dejaron en ese género, saben qué pasos gigantes ha dado la crítica de fuentes históricas. El uso de esas fuentes, la aplicación de los preceptos a ellas, han producido historiadores como Ranke, Guizot, Eichhorn, Savigny, Amári, Macaulay y tantos otros que la Europa entera conoce y admira. Es a estos tipos que hoy forzosamente ha de intentar aproximarse quien escribe historia, si no quiere dehonrarse y deshonorar la literatura de su país. Fue esa aproximación la que yo intenté, persuadido de que bien lo merecía la tierra donde nací.¹⁶⁴

Se sabe bien que, entre 1830 y 1831, Herculano acudió a la Cátedra de Ortografía Diplomática impartida en el Archivo Real da Torre do Tombo (Lisboa). Era éste un curso destinado a formar notarios y oficiales de archivo, y no historiadores. Por los títulos de los compendios que servían de base a la Cátedra –entre otros, *De Re Diplomática Libri VI* de Mabillón, los *Elementos de Diplomática* de José Anastásio da Costa e Sá y las *Dissertações Chronológicas* de João Pedro Ribeiro–,¹⁶⁵ se advierte que el autor en cuestión sólo aprendió ahí los principios técnicos de la “antigua ciencia” creada por los “hombres ilustres” de la Congregación de San Mauro, y no así los adelantos de la “ciencia moderna” que estaban en relación directa con la historiografía. Fue a su vuelta del exilio cuando, por cuenta propia, leyó a Eichhorn, Ranke, Guizot, Savigny y Macaulay,¹⁶⁶ esto es, a aquéllos que perfeccionaron la obra de los monjes maureses, que la alejaron –supuestamente– de parcialidades políticas y religiosas, y la enfocaron al estudio de “la índole de las sociedades”.

¹⁶⁴ Alexandre Herculano, “A Batalha de Ourique. Solemnia Verba 1.^a [1850]”, in *Opúsculos. Tomo III*, pp. 70-71.

¹⁶⁵ Cfr., Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano.*, pp. 335-338. Cfr., Alexandre Herculano, “A Batalha de Ourique. Solemnia Verba 1.^a [1850]”, in *Opúsculos. Tomo III*, pp. 94-96: “Así pensaban los teólogos de Italia en los fines del siglo pasado: así pensaban también los teólogos católicos de Alemania, o antes del país más religioso de ella, Austria [...] Hablo de Gmeiner e Dannenmayr. Las secciones de esos compendios relativas al *criterium* de la verdad histórica, nada más son que el desenvolvimiento de las doctrinas de Cicerón, de Mabillón, de Fleury, de Melchior Cano, de Riegger [...] en suma de todos los críticos, historiadores, filósofos, que hablaron ex-profeso o accidentalmente de crítica histórica [...] «Como los narradores – dice Gmeiner – por falta de habilidad suficiente, o de ciencia, nos puedan engañar, o por falta de sinceridad, o por voluntad de nos querer ilusionar, sólo podemos aquiecer a su testimonio, si no hubiese razones suficientes para dudar de su habilidad o sinceridad. La autoridad de los testimonios no es una y la misma, y por tanto debe atenderse a esta diversidad. Observese 1.º en relación a los sentidos, 2.º en relación al entendimiento, 3.º en relación a la voluntad. En relación a los sentidos, esos testimonios o son de vista o de oídas. Las de oídas o son coevas, o no coevas pero que oyeron a coevos lo que narran... De aquí se sigue, que poca fe debe darse a aquellos que los escritores o absolutamente contemporáneos, o casi contemporáneos dejaron de mencionar. La verdad de los conocimientos históricos no depende de modo ninguno de la abundancia de los historiadores, visto que no proveen mayor certeza de un hecho histórico de ser relatado en libros de muchos autores más modernos, cada uno de los cuales fue copiando lo que el otro había dicho»”.

¹⁶⁶ Cfr., Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, pp. 318-319. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 54-55.

Estos últimos fueron sus verdaderos modelos historiográficos, los autores a los cuales intentó aproximarse.

A la usanza de los trabajos de los historiadores de allende los Pirineos, las dos grandes historias de Herculano fueron construídas en base a documentos sometidos a un riguroso proceso de crítica interna y externa.¹⁶⁷ Para muestra un botón, tomado de las “Notas de final de volumen” de la *História de Portugal I*:

Hasta la invasión de los árabes, los godos conservaron tenazmente en las Españas las instituciones germánicas acerca de las dotes. Por sus leyes, contrarias a lo que estatúan las leyes romanas, era el novio quien dotaba a la mujer. Semejante constumbre de los bárbaros, por ventura, más noble que la romana, fue regulada por una ley de Chindasvinto, en el *Codex Visigothor* (L. 3, tit. 1, 1.5). Esta ley, así como las demás disposiciones de aquel código, atravesando el dominio de los árabes, que dejaron a los vencidos gobernarse civilmente por su legislación y por sus magistrados, continuó vigente, no sólo hasta el tiempo de Afonso VI, sino, por ventura, hasta la publicación de la Ley de las Partidas [...] Todavía en aquel siglo eran comunes por toda Europa las instituciones germánicas acerca de las dotes, las cuales se pueden ver en el excelente libro de Eichhorn, *Deutsche Staats und Rechts Geschichte*, T. 1, pp. 361, e ss. (Gotinga, 1843) [...]

A estos racionios, fundados en hechos incontrovertibles, ningún argumento, ninguna autoridad se puede oponer sino una frase del cronista anónimo de Afonso Raimundes, que, hablando de D. Teresa, no directamente, sino por ocasión de la guerra de Afonso VII con su primo Afonso Henriques, dice: «Que Afonso VI la había casado con el conde Henrique y la había dotado magníficamente, dándole la tierra portuguesa con *domínio hereditário*.» Este testimonio singular y bastante posterior al hecho probaría, cuando mucho, que Afonso VI dio a su yerno, en atención a D. Teresa, el gobierno de Portugal para sí y sus hijos perpetuamente, visto que la hereditariadad aparece una u otra vez en los cargos administrativos. Tal sería, pues, en ese caso el significado de la palabra dote, que entonces era muy diversa de la que le damos y correspondía a *donatio*. Es lo que, entre varios otros documentos, se ve de la fundación del Monasterio de Najera y fueros de la población, en el año de 1052: «*Igitur cum hujus rei voluntate, tum in aedificandae ecclesie constructione, quam dotis astipulare dontaione*», y en la donación de Jubera a la Iglesia de San Andrés (1057): «*Haec est carta de dote quae dedurunt vicinos de Jubera ad S. Andrear*» (Colección de Privilegios de la Corona de Castilla, T. 6, pp. 58 e 61).¹⁶⁸

El tema general discutido en este extracto es la famosa polémica en torno al origen del Estado portugués. La “historia oficial” pro-absolutista¹⁶⁹ afirmaba que el rey de León, Afonso VI, al momento de casar a su hija bastarda Doña Teresa con Henrique de Borgoña, había dado a ésta como dote el Condado Portucalense –lo cual quería decir que Portugal

¹⁶⁷ Cfr., Francisco Vázquez García, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, Cádiz, Universidad de Cádiz-Servicio de Publicaciones, 1989, pp. 66-68.

¹⁶⁸ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 721-722.

¹⁶⁹ Ejemplos de esta postura serían las *Memórias Históricas* de António Caetano de Amaral y *O Novo Príncipe* de José da Gama e Castro.

había nacido como una suerte de feudo. Herculano, favorable a una interpretación democrática y municipalista del origen del Estado portugués, consideró que este relato estaba cimentado sobre una referencia poco veraz: una frase aislada de un cronista anónimo del rey leonés Alfonso Raimundes –nieto de Alfonso VI. La crítica que hizo de esta fuente resulta fascinante. De entrada –y esto forma parte de los procedimientos de crítica externa–, consideró que el documento era poco fiable dado que había sido escrito por un “cronista anónimo” no contemporáneo de la supuesta donación. Al igual que los historiadores de la llamada Escuela histórica alemana, entre ellos Droysen, Ranke y Burckhardt, Herculano privilegió los testimonios oculares de personajes contemporáneos a los hechos.¹⁷⁰ Esta cualidad no la tenía el testimonio del “cronista anónimo”; era un documento “singular y bastante posterior al hecho”, y, por lo tanto, lo afirmado en él no era digno de confianza. Este descrédito preliminar del documento quedaba reforzado por otro procedimiento crítico: la interpretación del significado de sus palabras –crítica interna. A la manera, también, de los historiadores alemanes, sobre todo de Wilhelm von Humboldt, el autor de este fragmento ubicó el documento en cuestión en una totalidad significativa –en un contexto de enunciación específico; en una época.¹⁷¹ Desde su perspectiva, la palabra “dote” que aparecía en la obra del “cronista anónimo” precisaba interpretarse teniendo en cuenta las costumbres godas de dotación masculina vigentes en el occidente de la Península ibérica todavía en el siglo XII. Asimismo, tal y como lo demostraban otros documentos contemporáneos, debía tomarse en cuenta que el concepto medieval de “dote” tenía un sentido distinto al moderno: no significaba la transferencia de la propiedad sobre algo, sino, a lo más, la concesión de su gobierno.

Herculano sometió a este mismo tratamiento crítico todos los documentos que empleó para la construcción de sus historias. Una parte considerable de las páginas que conforman la *História de Portugal* y la *História da Inquisição* son básicamente notas a pie de página donde discutió la veracidad o falsedad de hechos hasta entonces incuestionables de la historia portuguesa, como por ejemplo, “Portugal dado como dote a D. Teresa”, el “Nacimiento de Afonso Henriques”, “La Batalla de Ourique”, “Afonso I toma el título de rey”, la “Conquista de Lisboa”, etc. Esa intensa labor crítica, precedida por una minuciosa labor de búsqueda

¹⁷⁰ Cfr., Francisco Vázquez García, *op. cit.*, pp. 66-68.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 63.

documental, dio origen a lo que posteriormente fueron sus *Portugaliæ Monumenta Histórica* (1856-1873): empresa que pretendió emular a los *Monumenta Germaniæ Historica* (1826) de Savigny y Pertz, y al *Comité des travaux historiques* (1832) de Guizot.¹⁷²

Habrà que precisar, no obstante, que la labor crítica de Herculano no abarcó el espectro total de monumentos portugueses, sino que se concentró sobre un tipo muy particular de los mismos: aquéllos que, como las leyes civiles y eclesiásticas, las crónicas, cartas y memoriales, y, sobre todo, los *forais* o cartas de constitución de los municipios y las *inquirições* o registros de la propiedad pública, daban cuenta de la “índole” o “carácter” del pueblo portugués original, y más específicamente, de su “estructura interna”, de la “antigua organización de la sociedad”.¹⁷³ Para poder comprender el sentido de dicho particularismo histórico-crítico, resulta vital recordar la distancia que tomó con respecto a la historiografía erudita y política de su tiempo, a la que tuvo por un mero “esqueleto de sucesos políticos y nombres célebres”. Retomando las ideas de Thierry y Guizot en torno al nuevo y verdadero objeto de estudio de la historia,¹⁷⁴ el autor portugués concibió que los “hechos individuales” de la política y la guerra no eran sino una manifestación de “hechos sociales” profundos. Lo que competía, pues, al historiador, era hacer una historia de los “hechos sociales” por excelencia –las instituciones y las creencias populares:

Más de una vez en la continuación de nuestra narrativa será la índole de la sociedad, sus principios constitutivos, el sistema de su organización quien nos explique la acción de este pueblo, tan poco importante territorial y numéricamente, en el progreso de la civilización de Europa; quien nos de razón por la vida interior de su vida exterior; quien nos haga percibir la resistencia insuperable que durante siete siglos él ha ofrecido a la asimilación con el resto de la Península hispánica. Los hechos, sin embargo, de orden social que determinan y caracterizan diversamente el modo de ser del país y explican su vida externa en las distintas épocas no son más que modificaciones de hechos análogos anteriores, que, subiendo de generación en generación, vienen a prenderse de las primitivas instituciones y las primitivas costumbres [...] Esquivaba antes la historia esta dificultad buscando explicaciones a los acontecimientos políticos, ahora en prodigios del cielo, ahora en prodigios de heroísmo o de

¹⁷² Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 52-53. En sus *Portugaliæ Monumenta Histórica*, Herculano reunió cuatro tipos distintos de documentos, que constituyen las cuatro partes en que está dividida esta obra: 1. *Scriptores*: crónicas y narrativas; 2. *Inquisitiones*: registros de propiedad pública de la época de D. Afonso III a D. Dinis; 3. *Leges et Consuetudines*: textos jurídicos y notariales; 4. *Diplomata y Chartae*: documentos públicos y privados anteriores al s. XIV.

¹⁷³ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 697-698.

¹⁷⁴ Cfr., François Guizot, *Histoire de la Civilization en Europe. Depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Revolution Française*, septième édition, Paris, Didier et C.º Libraires-Éditeurs, 1860, pp. 7- 11. Augustin Thierry, *op. cit.*, p. 15.

inteligencia individual, explicaciones en verdad cómodas, pero que no bastan a la fría experiencia y a la severa incredulidad de nuestros tiempos.¹⁷⁵

¿Por qué el Condado Portucalense se había independizado de la monarquía leonesa si ambos provenían del mismo tronco neogótico-asturiano? ¿En qué se cifraba la fortaleza portuguesa frente a los distintos intentos de asimilación castellana? ¿Por qué razones los judíos sefarditas habían sido objeto de persecución por parte de la corona y la inquisición portuguesas durante los siglos XVI y XVII? ¿Cuál era la causa de la decadencia política, económica y social portuguesa de los siglos XVI-XVIII? –cuestiones “externas” o de la “vida política” como éstas, Herculano consideró que era imposible explicarlas de la manera como pretendía la historiografía erudita y política contemporánea, haciendo referencia a otros hechos de naturaleza también política, o incluso a la intervención histórica de entidades sobrenaturales. Para él, la única forma de esclarecer esos asuntos era por medio del conocimiento del “sistema de organización” social imperante en Portugal a través de los tiempos; y era así porque pensaba que los hechos del “orden social” eran los que determinaban y caracterizaban “diversamente el modo de ser del país y explican su vida externa en las distintas épocas.”

Comprendida la importancia que asignó a los “hechos sociales” del pasado portugués, no extraña que Herculano hubiese considerado que la inteligencia de los mismos era una suerte de “privilegio” del historiador de la época democrática. Él mismo explicó el sentido de esta afirmación a través de una imagen oportuna. La manera más adecuada de conocer la “estructura interna” de la antigua sociedad portuguesa –sostuvo– era estudiando sus instituciones sociales básicas: los llamados “concejos” o “municipios”. A reserva de más adelante explicar con precisión los componentes de la institución municipal herculaniana, cabe adelantar su carácter de entidad social idealmente libre de la influencia de nobles, caballeros, e, incluso, del mismo rey.¹⁷⁶ De ahí lo sugerente del contraste que el autor dibujó entre los reyes medievales y el historiador moderno: a diferencia de los primeros, el segundo era alguien a quien era “lícito hoy lo que no lo era a los reyes y magistrados de aquellos tiempos, invadirlos [los municipios]”; alguien con la capacidad de “usar ese derecho” que tenía como hombre también del pueblo, para inmiscuirse en los asuntos de la vida interna

¹⁷⁵ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 135-136.

¹⁷⁶ Cfr., Alexandre Herculano, “O caminho-de-ferro e a nacionalidade” [*O Português*, N.º 21 – 26 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 180-181.

pasada de aquellos “lugares de privilegio”, habitados por “hombres de trabajo [...] individuos y familias de clase inferior”.¹⁷⁷ El historiador-pueblo de la pos-revolución tenía el privilegio cognitivo de escrutar los papeles del antiguo pueblo portugués: sus leyes civiles y eclesiásticas, sus crónicas, cartas y memoriales, sus *forais e inquirições* –todos “esos preciosos diplomas y registros en que, por así decirlo, la antigua organización de la sociedad se nos revela en su parte más importante y al mismo tiempo más oscura”.¹⁷⁸

Ahora, desde el punto de vista Herculano, la labor del historiador no se reducía a la mera “fijación” cronológica de un conjunto de “hechos sociales” extraídos del proceso de “crítica histórica”. Si tal hubiese sido el objetivo de su propuesta historiográfica, el producto final no habría sido demasiado distinto al de los trabajos eruditos de João Pedro Ribeiro y sus colegas. Por el contrario, lo que aquel autor procuró crear fue una “narrativa” basada en documentos contemporáneos que hablara, sí, de hechos políticos, lo cual era ineludible, pero procurando siempre explicarlos a partir de “hechos sociales”. Los siguientes párrafos dan cuenta del carácter de su empresa:

Estaba trabada la lucha [contra sus hermanas]; pero Afonso II no empleó luego fuerzas abiertas, porque, tal vez, sintió que sus pretensiones no estaban enteramente justificadas. Una circunstancia imprevista lo habilitó, a pesar suyo, para darles fundamentos más sólidos, limitándolas, y para encubrir hasta cierto punto la violencia con el manto de la moderación. Lo que pasaba en España entre los cristianos y los sarracenos produjo esa circunstancia favorable [...]

Pidiendo y recibiendo socorros de países extraños y remotos, Alfonso VIII tenía derecho de esperarlos de su yerno, el joven rey de Portugal. La naturaleza de la intentada guerra, la antigua y larga amistad de su padre con el príncipe castellano y los vínculos de familia que lo ligaban a él, todo obligaba a Afonso II a volar con tropas de Portugal en auxilio del suegro, empeñado en la que se podía llamar la causa común de la España cristiana [...]

Tropas numerosas venidas de Portugal figuraron, sin embargo, en esa célebre batalla [Navas de Tolosa], y el modo como ellas se hubieron ahí es una particularidad que interesa a la gloria nacional y que, al mismo tiempo, es indicio del progreso que habían logrado las fuerzas internas de nuestro país. Late más rápido el corazón verdaderamente portugués cuando ve, en medio de la narración de un acontecimiento en que los guerreros cristianos practicaron todo género de gentilezas, no se olvidaron escritores contemporáneos y extraños de mencionarnos, pero no las hazañas de los ilustres caballeros de Portugal, de esa nobleza altiva cuya única ocupación era la guerra, sino de los villanos condenados por su humilde destino a la oscuridad. Ahí, entre la multitud de hombres de armas cubiertos de fierro y montados en prestos caballos [...] la numerosa mas pobre y grosera infantería portuguesa supo distinguirse por extremos de sufrimiento y de actividad en el más duro y pesado servicio del ejercito y en el valor impetuoso con que se arrojaba al combate, como si dar y recibir la muerte fuese el deleite de un banquete. ¿Y de qué gente se componía esta infantería enérgica

¹⁷⁷ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 241.

¹⁷⁸ *Ibid.*, vol. II, pp. 697-698.

y valiente que generaba el asombro en uno de los individuos eminentes de aquella época, Rodrigo de Toledo, el cual fue testimonio de su prontitud y esfuerzo? De los hombres de esos concejos organizados en la cuna de la monarquía y que nuestros dos primeros reyes expandieron con mano profusa por todos los ángulos del reino [...] El modo como el peonaje portugués se halló en la batalla de las Navas no es, empero, la única prueba de la importancia del desenvolvimiento que iba adquiriendo la clase popular ya en el siglo XII: otras vendrán a confirmar esto mismo en el proceso de nuestra narrativa.

Tales fueron las ocurrencias que influyeron en la contienda de Afonso II con sus hermanas Teresa y Sancha, contienda cuyo aspecto era más grave que el de la defensa legal, pero por ventura inútil, de la infanta D. Mafalda. Conforme ya advertimos, como pariente, como caballero y como cristiano, el príncipe portugués no podía honestamente rehusar los auxilios pedidos por el rey de Castilla, y, sin embargo, el estado de los negocios políticos no consentía que se alejase del reino. Por motivos que con certeza absoluta no se pueden determinar, pero que todas las probabilidades persuaden haber sido la mala voluntad que había mostrado a sus hermanos y el desprecio del juramento que había hecho de cumplir las últimas disposiciones de Sancho I, una parte de la hidalguía se le declaró adversa desde que había comenzado a reinar. Esos nobles, rechazados de la corte portuguesa, habían seguido para la de León al infante Pedro y ahí, naturalmente, excitaban contra el rey de Portugal el ánimo de Alfonso IX. Éste, más inclinado, según se decía, a favorecer Annasir que al rey de Castilla, tenía sus tropas desembarazadas para operar donde quisiese, al paso que Afonso II era obligado, para no seguir aquel vergonzoso ejemplo, a hacer marchar a Toledo un gran número de defensores del reino [...]*

* “XXXV. Guerra civil entre Afonso II y sus hermanas, p. 511”. A pesar de los documentos que nos quedan sobre la guerra civil de los primeros años del reinado de Afonso II, el orden de las fases de esta guerra es asaz confuso por la falta de fechas y por la oscuridad con que algunos de los mismos documentos están redactados. Procuraremos exponer los motivos de la interpretación que les dimos en la contextura de la narración. Casi todos ellos se encuentran publicados, y en el fin de esta nota adjuntaremos las rectificaciones necesarias a las actas del proceso frente a los abades de Spina y de Osseira, que Brandão imprimió (p. 4, Apêndicem escrito 6 [ML IV 262]) llenas de errores intolerables, tornando más confuso con ellos un diploma incompleto y ya de sí demasiado oscuro.¹⁷⁹

Se trata aquí de un fragmento de la *História de Portugal* el cual da cuenta de los episodios iniciales de la guerra civil entre el rey Afonso II y sus hermanas las infantas Mafalda, Teresa y Sancha. Cabe resaltar lo lejos que se encuentra del concepto de historia como “un esqueleto de hechos políticos y nombres célebres”. En efecto, lo que se lee a través de sus párrafos es una “narración” del mencionado conflicto; esto es, una “interpretación” de una serie de hechos referidos por testimonios originales –v. gr. las actas del proceso efectuado por los abades de Spina y de Osseira a las infantas como consecuencia de las órdenes expedidas por el papa Inocencio III (1212). Ahora, es preciso detenerse un poco en este asunto de la calidad “narrativa” del trabajo de Herculano, puesto que pareciera ser algo que

¹⁷⁹ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 506-511 y 778-779.

hubiese compartido con las obras de historiografía política que tanto criticó.¹⁸⁰ Esto último no es, empero, sino un espejismo, ya que el propio autor, consciente de la posible confusión, se encargó de hacer un cuidadoso deslinde de las dos clases de narraciones históricas. Por un lado estaba el tipo de narración que se manifestaba en la historiografía política “oficial” y que él tuvo por un “modo falso (por incompleto) de considerar el pasado”. Era “incompleto” porque esas historias, pese a configurar relaciones documentadas de “rigurosa cronología” sobre acontecimientos de “hombres ilustres”, se concentraban en el devenir de existencias individuales “abstractas”, “separadas de su siglo”. Estas historias carecían de una “unidad moral” que les diera sentido.¹⁸¹ En contraposición a este “modo falso” de narración histórica, siguiendo en esto a sus maestros galos y germanos –de Thierry a Ranke, pasando por Guizot, Michelet, Humboldt, Niebuhr y Droysen–, el historiador portugués definió a la “verdadera” narración histórica como la “coordinación”, “la concatenación de sucesos” individuales extraídos de las fuentes documentales; como la “síntesis científica” de una serie de hechos en torno a una “idea general” –la idea de nación:¹⁸²

Las fases de la lucha entre los autores de la Inquisición y sus víctimas en aquellos primeros veinte años, las peripecias de esa lucha, el espectáculo de la gangrena moral que había invadido la Iglesia y el Estado, he aquí lo que encierra profusas lecciones para el presente y para el futuro. Coordinar y exponer esas graves lecciones fue la intención de este libro; creemos haber satisfecho nuestro propósito. Forcejamos para que fuesen más los documentos que nosotros quien hablase: también creemos haberlo obtenido. En las ponderaciones que el asunto exigía, para claridad de la narrativa, o para la concatenación de los sucesos, buscamos ser justos con los opresores y no nos dejamos prevenir por el dolor de los oprimidos.¹⁸³

Resulta extremadamente interesante notar que aquellas características que, a mediados del siglo XIX, Herculano adjudicó a la “verdadera” narración histórica, coinciden casi a la perfección con las que, más de un siglo después, Hayden White definió como propias

¹⁸⁰ Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 93-105. Cfr., Alexandre Herculano, “A José Machado de Abreu [Lisboa, 23 de marzo de 1853]”, in *Cartas*, vol. II, p. 73.

¹⁸¹ Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 93-105. Cfr., Alexandre Herculano, “A José Machado de Abreu [Lisboa, 23 de marzo de 1853]”, in *Cartas*, vol. II, p. 73.

¹⁸² Cfr., Francisco Vázquez García, *op. cit.*, p. 41-42. Cfr., François Guizot, *op. cit.*, pp. 8-9. Cfr., Augustin Thierry, *op. cit.*, pp. 14-15. Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 399-400. A mi parecer, esta idea de Herculano es, a asimismo, una extrapolación de su concepto de belleza como la síntesis de las individualidades del mundo objetivo en torno a una idea general subjetiva, desarrollada en sus primeros artículos sobre estética. Cfr., Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 49-50.

¹⁸³ Alexandre Herculano, *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, vol. III, pp. 289-290.

del tipo de narración sobre el pasado propio de la historiografía. Decía el teórico norteamericano que:

Por común consenso, no es suficiente que un recuento histórico trate con hechos reales, en vez de sólo imaginarios; y no es suficiente que el recuento represente hechos en la secuencia cronológica en que originalmente ocurrieron. Los hechos deben no sólo ser registrados en su estructura cronológica de su ocurrencia original sino también narrados, es decir, revelando que poseen una estructura, un orden de significado, y que no poseen como mera secuencia.¹⁸⁴

Tal y como afirmó Hayden White en su análisis sobre las narraciones historiográficas, el episodio de la *História de Portugal* citado con anterioridad, aquél que refería la guerra de Afonso II con sus hermanas, revela ser mucho más que un recuento cronológico de acontecimientos políticos. Herculano no ofreció ahí una relación de las disputas del rey y su familia, sino una estructura discursiva poseedora de un significado más allá de la mera secuencia de hechos guerreros –esto es, una narración. Es cierto que, para percibirlo mejor, hace falta comprender el fragmento en el todo de la *História de Portugal*; empero, aún desprovisto de contexto, sus párrafos dejan en claro que, para el autor, los hechos individuales de los personajes implicados resultaban significativos sólo en cuanto elementos de la historia “de los hombres de esos concejos organizados en la cuna de la monarquía y que nuestros dos primeros reyes expandieron con mano profusa por todos los ángulos del reino”. Esto último se puede verificar en la insistencia del historiador por demostrar que el fenómeno político de la inicial debilidad de Afonso II frente a sus hermanas no podía ser explicado más que por la salida de los municipales portugueses, sostén de la monarquía, hacia la Batalla de las Navas; del mismo modo que su posterior victoria había respondido al apoyo que el pueblo dio a su monarca. Lo repito, para este autor, el sentido de los hechos particulares, es decir, el sentido de la “existencia individual del hombre ilustre”, llámese éste D. Afonso Henriques, D. Sancho II, D. João I, D. João III, o de cualquier otra entidad social –v. gr. los municipios individuales o los judíos portugueses–, dependía por entero de su inserción en la trama de la “existencia compleja de muchos millares de hombres, a que se llama nación”.¹⁸⁵

¹⁸⁴ Hayden White, *The Content of the Form*, p. 5

¹⁸⁵ Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 104-105. Esta interpretación aplica tanto para la *História de Portugal* como para la *História da Inquisição*.

Ahora bien, aunque evidentemente la *Historia de Portugal* y la *Historia da Inquisição* son narraciones independientes, una sobre el surgimiento y consolidación del pueblo portugués como entidad socio-política entre los siglos XII y XIII –la primera época de la monarquía (del conde Henrique de Borgonha a Afonso III)–, la otra sobre la decadencia social y política de ese mismo pueblo en los siglos XV y XVI –el reinado de João III–, estas dos obras encarnan en realidad las fases ascendiente y descendiente de la gran narración trágica que Herculano construyó en torno a la historia nacional de Portugal. Fue éste un proyecto narrativo monumental configurado a partir de la premisa platónica de la unidad de lo bello, lo verdadero y lo bueno.¹⁸⁶ A la par de intentar una reconstrucción “coherente”, “imaginativa” y “verdadera” del pasado portugués, aquel historiador quiso que su narración fuera también “moral”. Así, a través de las páginas de estas dos obras configuró una narración teleológica de la historia nacional portuguesa: el relato verdadero del camino del pueblo portugués en pos de la realización de su propia esencia –las libertades municipal (política) e individual. Dichos valores fueron el *telos* a partir del cual juzgó moralmente todos los acontecimientos de la historia portuguesa –desde la independencia del Condado Portucalense, hasta la consolidación de la Monarquía absoluta, pasando por la constitución de los concejos municipales y el establecimiento de la Inquisición:

Podíamos escribir la historia de la Inquisición, de ese drama de ignominias que se extiende por más de dos siglos. Los archivos del terrible tribunal ahí existen casi intactos. Cerca de cuarenta mil procesos quedan todavía para dar testimonio de escenas tristes, de atrocidades sin ejemplo, de largas agonías. Los veinte años de lucha entre D. João III y sus súbditos de raza hebrea, él para establecer definitivamente la Inquisición, ellos para impedirlo, ofrecen materia más amplia a graves pensamientos. Conoceremos la corte de un rey absoluto en la época en que la monarquía pura estaba en todo su vigor y brillo; conoceremos la corte de Roma en la coyuntura en que, confesando sus anteriores desvíos, decía haber entrado en la senda de la propia reforma, y podremos comparar esto con los tiempos modernos de libertad. Los documentos de que nos servimos son, en la mayor parte, redactados por los mismos que intervinieron en aquellos variados enredos y existen, en gran número, en los propios originales. La Providencia los salvó para vengadores de muchos crímenes, y por ventura, nosotros, pensando que practicamos un acto espontáneo, no somos sino un instrumento de la justicia divina.

A los que, oyendo o leyendo las declamaciones contra las tendencias legítimas de la moderna civilización, vacilaran en las creencias de la libertad política y de la tolerancia religiosa, pedimos que, después de leer este libro, procuren en su conciencia la solución de un problema por el cual concluiremos, y que encierra el resultado final, la aplicación práctica

¹⁸⁶ Este proyecto de una historia nacional de Portugal construida a partir de los principios de lo bello, lo bueno y lo verdadero lo esbozó Herculano ya en sus primeros textos de estética. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 22-72.

del presente trabajo histórico. La respuesta que ella les diera les servirá de guía en medio de las incertezas, y de reconforto en medio del desaliento en que la escuela de la reacción procura ahogar los más nobles y puros instintos del corazón humano.¹⁸⁷

Hayden White afirma que este impulso por moralizar la realidad presente, pasada y futura de una sociedad a partir del establecimiento de un *telos* político-social, se encuentra presente en toda narrativa, sea ésta de ficción o factual.¹⁸⁸ Las narrativas historiográficas de Herculano no parecen ser la excepción a la regla. El autor portugués compartió, de hecho, esa pretensión común a la mayor parte de los historiadores decimonónicos, si bien puede decirse que él la hizo quizá más explícita y extrema. Concibió que la historia era una “ciencia” que consistía, precisamente, en “fijar” y “recopilar” las “largas y costosas experiencias” de una nación y en “ordenarlas” narrativamente en torno a un ideal político-social específico; todo esto con el fin de lograr que dicho conocimiento –narrativo– sirviera para “hallar la solución a más de un problema político”, “a las graves cuestiones que derrumban los fundamentos de las sociedades modernas”.¹⁸⁹

La configuración del concepto de la historia-narración como “ciencia de aplicación”, como una forma de conocimiento encaminada a la solución de los problemas políticos y sociales de su presente, da la impresión de ser el *telos* mismo de la conciencia histórica de Herculano. Hasta ahora, sin embargo, no he hecho sino identificar algunos de los componentes de este concepto de la historia; hace falta precisar sus principios fundamentales, su sustrato metafísico. El sólo decir del portugués que la historia era una “ciencia” capaz de efectuar una “síntesis” narrativa de las “experiencias pasadas” con el fin de dar solución a problemas políticos de la época moderna, implica ya una determinada pre-concepción de la relación pasado-presente-futuro. Considero crucial definir qué clase de relación fue ésta. Al análisis de la misma estará dedicado el siguiente capítulo.

¹⁸⁷ Alexandre Herculano, *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, vol. I, pp. 10-13.

¹⁸⁸ Cfr., Hayden White, *The Content of the Form*, p. 14.

¹⁸⁹ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 136-137.

IV. NOSTALGIAS DEL VIEJO PORTUGAL

A lo largo de los últimos ciento cincuenta años, las interpretaciones relativas a la compleja idea de la temporalidad –la relación pasado-presente-futuro– elaborada por Herculano en sus distintas facetas de poeta, novelista e historiador, han oscilado entre dos extremos: aquéllas que la caracterizan en términos de un “pasadismo melancólico”, y aquéllas que lo hacen en los de un “presentismo absoluto”. Entre los críticos que sostuvieron que el “pasadismo melancólico” fue el rasgo fundamental del pensamiento histórico de Herculano, cabe resaltar el caso de Oliveira Martins. Fue él quien le concibió como un estoico que, en lugar de intervenir activamente en la solución de los problemas de su tiempo, decidió alejarse de la escena político-social, refugiándose en el estudio del pasado. El autor de *Portugal Contemporâneo* (1881) fue, además, el creador de aquel argumento –repetido hasta nuestros días– que afirma que Herculano se retiró a su quinta de Vale de Lobos porque ya no quería saber más nada de la vida social y política portuguesa; y fue también quien popularizó que la supuesta última frase de su “Maestro”, “¡Esto da ganas de morir!”, hacía referencia a que éste había preferido morir antes de seguir contemplando el presente de su “Patria miserable”.¹ Por otro lado, la posición que afirma que el rasgo fundamental del pensamiento histórico de Herculano es el presentismo, la ilustran los críticos José-Augusto França y Jorge Borges de Macedo. Éstos afirmaron que aquél confundió “al pasado y al presente (y también al futuro, para el cual lanzaba miradas proféticas) en una misma visión apasionada de justiciero”.² Justo en medio de estas dos posturas antagónicas se encuentra, no obstante, la de autores como Albin Beau, Joaquim Barradas de Carvalho, Fernando Catroga, Carlos Reis, Maria de Natividade Pires y Eduardo Lourenço, quienes han sostenido que la nostalgia y la simpatía que, efectivamente, Herculano experimentó por el pasado no fue “una fuga de la realidad” sino “otro camino para el análisis del presente [y del futuro]”.³

¹ Cfr., Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Portugal Contemporâneo II*, pp. 227-261.

² Cfr., Jorge Borges de Macedo, *op. cit.*, p. CXI. Cfr., José Augusto França, *José-Augusto*, *op. cit.*, vol. I, p. 306.

³ Cfr. Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. V, p. 106. Cfr. Albin Eduard Beau, *op. cit.*, pp. 139-140. Cfr., Joaquim Barradas de Carvalho, *As Ideias Políticas e Sociais de Alexandre Herculano*, p. 72. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 40. Cfr., Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino*, p. 31.

Mi intención en este capítulo es profundizar en esta última interpretación sobre la idea de la temporalidad de Herculano. De entrada, considero que esa idea amerita ser abordada a la luz del concepto de nostalgia romántica: suerte de anhelo de un pasado asumido como irrecuperable, pero que, al mismo tiempo, es estimado como imaginativamente latente en el presente. Para demostrar esta hipótesis comenzaré discutiendo la noción que el autor portugués tuvo del pasado como un objeto “muerto”, distinto y distante del sujeto investigador. Posteriormente, examinaré los mecanismos teórico-metodológicos implícitos en su concepto de historia como “resurrección” del pasado “muerto”. Al final, analizaré cómo fue que procuró transformar esa clase de historia en una “ciencia de aplicación”. En última instancia, el objetivo de este capítulo es evidenciar las premisas ontológicas y epistemológicas que estuvieron en la base de la pretensión de Herculano de hacer del conocimiento del pasado un artefacto útil para el presente y el futuro de su sociedad.

El pasado-cadaver

Lo mismo en sus poemas, cuentos y novelas históricos que en sus obras historiográficas, Herculano utilizó con frecuencia la metáfora del “cadáver” para referirse a los tiempos pasados de Portugal. Uno de los ejemplos más representativos del uso de dicha metáfora se lo encuentra en su novela histórica *Eurico o Presbítero* (1844). Transcribo a continuación una de las tantas elegías que el autor atribuyó al godo Eurico, presbítero de Carteia y protagonista de su novela. Se trata de un fragmento en que el otrora gardingo del rey Vitiza lamenta, por un lado, la pérdida del amor de la doncella Hermengarda, y por el otro, la decadencia del reino visigodo de Toledo:

El sol oriental que alegre se manifiesta en el pavimento de la iglesia aflige mi alma, porque me parece que, alumbrando esta tierra condenada, se asemeja a un hombre cruel que viniese a dar una carcajada junto al lecho del moribundo.

¿Por qué habría de amarte, oh Sol, si tú eres enemigo de los sueños del imaginar; si tú nos llamas a la realidad, y la realidad es tan triste?

Por la oscuridad de la noche, en los lugares desiertos y a las horas muertas del alto silencio, la fantasía del hombre es más ardiente y robusta.

Es entonces que él da movimiento y vida a los peñascos, voz y entendimiento a las selvas que se menean y gimen a merced de la brisa nocturna.

Es entonces que él reúne sus recuerdos; une, parte, transforma las imágenes de las existencias que vio pasar ante sí y estampa en las sombras que lo rodean un universo transitorio, mas para él real.

Y es bello ese mundo de fantasmas aéreos, por entre cuyos labios pálidos no transpiran ni perjurio ni hipocresía, y a cuyos ojos sin brillo no asoma el reflejo de ánimos perversos.

Ahí yacen el reposo, la paz y la esperanza que desaparecieron de la tierra; porque el mundo de las visiones lo crea la mente pura del poeta: ella da cuerpo y semblante a lo que ya sólo es ideal, y el pasado, dejando caer su inmenso sudario, se yergue en pie y, poniéndose delante del que medita, le dice: – ¡aquí estoy yo!

Y este lo compara con el presente y recula de involuntario terror:

Porque el cadáver que se levanta del polvo es hermoso y santo, y el presente que vive y pasa y sonríe es horrendo y maldito.

Y el poeta se arroja llorando al seno del cadáver y le responde: – ¡escóndeme tú!

Es ahí que esta alma, árida como el brezo, siente, cuando ahí se abriga, que la refresca como un rocío del cielo.⁴

De estas líneas me interesa resaltar, sobre todo, la imagen de la separación dolorosa del presbítero con respecto a un tiempo pasado “hermoso y santo”: aquél en que disfrutaba de la presencia de su amada Hermengarda y en que el Reino visigodo de Toledo era aún vigoroso. Considero fundamental fijar la atención sobre este punto, puesto que esa imagen herculaniana del pasado como algo que se ha perdido, como algo muerto, como un “cadáver” envuelto en un “sudario” que sólo la creatividad “nocturna” del poeta puede “levantar” del “polvo”, suerte de “Lázaro” que espera la resurrección,⁵ ha sido tradicionalmente interpretada como la manifestación de una estética romántica fascinada por lo mórbido, lo sombrío, lo pesimista y lo solemne; como una reacción irracional y pasional frente a la estética racional y equilibrada del neoclasicismo portugués.⁶ En lo que a mí respecta, aunque no estimo errada esta lectura, pienso que adolece de profundidad. La metáfora del pasado-cadaver que observamos en las líneas citadas y que, es muy probable, Herculano hubiese retomado de las novelas históricas de Walter Scott⁷ (no se sabe si leyó a los creadores de la misma, me refiero

⁴ Alexandre Herculano, *Eurico o Presbítero*, pp. 45-46.

⁵ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 42. En efecto, aunque se habla ahí de un “cuerpo” que parece vivo, que “se levanta del polvo” y deja caer el “sudario” del pasado, hay que tener en cuenta que el propio Eurico-Herculano subrayó que esa resurrección no acontecía en la “realidad”, a la luz del “sol oriental”, sino en la “noche”, en el mundo de las ideas, a través de una operación poética “transitoria”. Pasado y presente aparecen separados por la frontera infranqueable entre la vida y la muerte. No se debe dejar de lado que el autor de estos párrafos continuó refiriéndose al pasado como un “cadáver”, aún cuando ya le había levantado de su tumba.

⁶ *Cfr.* Carlos Reis (dir.), *op. cit.*, vol. V, p. 246 y vol. IV, p. 13.

⁷ Walter Scott popularizó la metáfora a partir de la novela histórica *Ivanhoe* (1820): “Enfrentar a un autor inglés y a uno escocés en la empresa rival de dar cuerpo y revivir las tradiciones de sus respectivos países, sería, usted alega, desigual e injusto en el más alto grado. El mago escocés, dice usted, estaría, como la bruja de Lucano, en libertad para caminar sobre el reciente campo de batalla, y para seleccionar como sujeto de la resurrección por su hechicería, un cuerpo cuyos miembros se estremecían con existencia, y cuya garganta había hace poco pronunciado la última nota de agonía [...] El autor inglés, por otro lado, sin suponerlo menos prestidigitador que el Warlock norteño, ha observado usted, sólo puede tener la libertad de seleccionar su sujeto de entre la

a Hamann y a Herder, o a su máximo exponente, Michelet),⁸ da cuenta, es cierto, de una sensibilidad estética que antepuso lo oscuro, lo contradictorio, lo caótico y lo mórbido, a lo racional, lo eterno y lo universal.⁹ Sin embargo, cabe recordar que dicha sensibilidad surgió de la revolución general de la conciencia acontecida en Europa occidental en el último tercio del siglo XVIII: me refiero al romanticismo –revolución que implicó una mudanza radical en la idea de la temporalidad humana.¹⁰ Juzgo, pues, que la metáfora romántica del pasado-cadáver empleada por Herculano revela una manera muy particular de imaginar las relaciones entre el pasado, el presente y, también, el futuro.

La compleja relación temporal que se observa en las páginas de *Eurico o Presbítero* hunde sus raíces en la asunción de su autor de que pasado, el presente y el futuro eran tiempos distintos, separados por un abismo –en primera instancia– insondable.¹¹ Reinhart Koselleck sostiene que, en Occidente, esa concepción de la temporalidad humana surgió del abandono de la estructura temporal estática que privó hasta fines del siglo XVIII, es decir, de la renuncia a la concepción natural, cíclica de la historia, puesta de nuevo en circulación por Maquiavelo, y que implicaba la posibilidad de la “repetición potencial” de los acontecimientos – posibilidad que descartaba la existencia de lo esencialmente inédito.¹² Según refiere el teórico

polvorienta antigüedad, donde no puede ser encontrada otra cosa que huesos secos, desangrados, podridos y descoyuntados, como aquellos que llenaban el valle de Jehosafat”. Walter Scott, “Introductory Epistle to the Rev. Doctor Dryasdust” in Walter Scott, *op. cit.*, p. 22. La traducción es mía.

⁸ *Cfr.*, Roland Barthes sostiene que “La imagen del historiador recolector de huesos y restituidor del polvo humano se encuentra ya en Hamann y en Herder”. *Cfr.*, Roland Barthes, *Michelet*, p. 97. Si bien esta metáfora pudo haber sido originalmente propuesta por aquel par de filósofos alemanes, es a Jules Michelet a quien se recuerda como su más importante cultor. Ya desde el volumen IV (1840) de su *Historia de Francia*, afirmaba que la historia precisaba de la muerte, es decir, del pasado muerto, pues su calidad de acabado era “prenda de la resurrección”. *Cfr.* Jules Michelet, *Histoire de France. Tome IV*, Paris, Librairie Clasique et Élémentaire de L. Hachette, 1840, p. 152. Años más tarde, en el “Prefacio” del tomo II de su *Historia del siglo XIX*, Michelet sostuvo que el historiador era “un magistrado civil” y un “sacerdote” cuya función era velar por la memoria de los muertos, “completar mediante una acción mágica lo que su vida pudo tener de absurda y mutilada”. *Cfr.*, Jules Michelet, *Histoire du XIXe siècle II. Tome I*, Paris, C. Marpon et E. Flammarion, Éditeurs, 1880, pp. II-III. La traducción es mía.

⁹ *Cfr.* Isaiah Berlin, *op. cit.*, pp. 20-23

¹⁰ *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 123-164. *Cfr.*, Isaiah Berlin, *op. cit.*, pp. 70-72. *Cfr.*, Rüdiger Safransky, *op. cit.*, pp. 26-29.

¹¹ *Cfr.*, Jaap den Hollander, Herman Paul and Rik Peters, “Introduction: The Metaphor of Historical Distance” in *History and Theory, Theme Issue 50*, Middletown CT, Wesleyan University, 2011, pp. 4-6.

¹² Reinhart Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, trad. Keith Tribe, New York, Columbia University Press, 2004, pp. 21-22. Koselleck asegura que la idea cristiana de la historia poseía asimismo una estructura temporal estática. Dice que la escatología cristiana adscribía un carácter atemporal a los grandes hechos históricos al interpretarlos como preludios, figuras o tipos de la batalla final entre Cristo y el Anticristo (*Cfr.*, Reinhart Koselleck, *Futures Past*, pp. 11-21). Por mi parte, difiero de esta interpretación. Más adelante en este mismo capítulo, trataré de demostrar que la tipología bíblica se encuentra en la base de la concepción moderna, dinámica de la historia.

alemán, fenómenos como la revolución copernicana, el descubrimiento del globo terrestre y de pueblos en diversos grados de desarrollo, el avance de la ciencia y la tecnología, la disolución de la sociedad de órdenes a través del impacto de la industria y del capital, la Ilustración, la Revolución francesa y la doctrina del progreso,¹³ todos habrían sido factores que contribuyeron al debilitamiento de la estructura temporal estática naturalista y al surgimiento de otra, moderna y romántica, caracterizada por concebir al pasado, al presente y al futuro como tiempos separados, no correspondientes, asimétricos y únicos.¹⁴

Ahora bien, resultará paradójico advertir, como lo hizo el propio Koselleck, y antes de él, Karl Mannheim, que este nuevo concepto de la temporalidad humana tuvo por creadores no a quienes se subieron al tren de los avances científicos y tecnológicos, de la industria y el capital, de la Ilustración y la Revolución francesa, sino a los que resultaron afectados por uno u otro de estos fenómenos.¹⁵ Los primeros, los que vivían en y del “progreso”, se alimentaban de la desintegración del orden social existente y observaban “las realidades dadas [...] sin generar ningún apego indulgente hacia sus imperfecciones, ni ningún sentimiento de solidaridad que se preocupe por su supervivencia”,¹⁶ fueron ciegos para percibir la naturaleza e implicaciones de dicha representación del mundo;¹⁷ inmersos como estaban en la corriente modernizadora, no alcanzaron a ver la ruptura temporal que se había efectuado. Por esa razón no fueron ellos los creadores de la nueva conciencia histórica. Sus verdaderos autores fueron los desplazados por la modernidad, aquéllos que se vieron “superados por la mutabilidad de las cosas” y quisieron conservar en el presente las pocas ruinas del pasado que quedaban. Esos desplazados fueron los románticos-conservadores.¹⁸

Piénsese, por ejemplo, en los casos de Hamann, Herder, Novalis, los hermanos Schlegel, Schleiermacher y Wilhelm von Humboldt: a estos románticos se atribuye el origen de la conciencia histórica moderna, y todos fueron integrantes, o bien de la nobleza terrateniente o si no de la pequeña burguesía germanas, dos de los grupos que estaban observado a sus antiguas formas de vida –el cristianismo, los privilegios, la estructura

¹³ *Ibid.* p. 268.

¹⁴ *Ibid.* pp. 267-274.

¹⁵ *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 122-123. *Cfr.*, Reinhardt Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, p. 88.

¹⁶ *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, p. 110.

¹⁷ Arthur C. Danto, *op. cit.*, pp. 292-294.

¹⁸ *Cfr.*, Reinhardt Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre historia*, p. 88.

orgánica-corporativa de la sociedad— desaparecer ante el progreso de la razón y de los nuevos regímenes democráticos.¹⁹ Ahora, desde mi perspectiva, el nombre de Herculano merece ser colocado entre los de estos desplazados-creadores de esa nueva manera de concebir la historia. Estimo que la agudeza que tuvo para detectar y lidiar con la separación del pasado y el presente provino, en buena medida, de su calidad de “vencido” por “la mutabilidad de las cosas”. Es ésta una afirmación que despertará, quizá, algún recelo entre los críticos, dado que algunos puntos del ideario político del personaje, por ejemplo, su aversión por el absolutismo real y clerical, su desprecio por el centralismo administrativo, y su defensa a ultranza de los derechos naturales del individuo (libertad, igualdad, seguridad y propiedad),²⁰ parecieran afianzar su posición de amigo, y no de enemigo, del progreso. Con todo, a este argumento podría replicarse aduciendo —con Mannheim— que en el siglo XIX ningún escritor conservador atacó de manera sistemática al pensamiento progresista como un todo, y que más bien existieron detractores de ciertos aspectos del mismo.²¹ En efecto, aunque Herculano se mostró adicto a varios de los principios del ideario progresista ilustrado, revolucionario y liberal, habrá que reconocer que fue también un acérrimo adversario de bastantes otros. Para demostrarlo, repárese en las invectivas que en su “Introducción” a la novela histórica *O Monge de Cister* (1848) lanzó en contra de la Ilustración:

Con la rapidez del cólera o de la peste, corre por todos los ángulos de Portugal y se asienta en todos los poblados una cosa hedionda y torpe, enemiga del pasado y del futuro, que se llama ilustración; que, teniendo por lógica el escarnio y por silogismo el hacha, se llama filosofía. Dios la mandó al mundo como mandó a Atila o a la Inquisición, como un verbo de muerte. Su ministerio es apagar todos los santos afectos del alma y, en su lugar, encarnar en el corazón un cáncer para el cual nuestros abuelos no tenían nombre y que extraños designaron por la palabra egoísmo. Que se apresure aquél que quiera guardar algunos fragmentos del pasado para las *saudades* del futuro; porque la ilustración del vapor y del ateísmo social va ahí igualando lo que fue con lo que es, la gloria con la infamia, la fraternidad del amor de la patria con la fraternidad de los bandos civiles, las memorias de la historia gigante del viejo Portugal con el arenal plano y pálido de nuestra historia presente, la obra artística con los guarismos del presupuesto, el templo de Cristo con el antro del cambista. Que se apresure; porque esos rastros de los antepasados que el tiempo y los incendios y los terremotos nos dejaron no nos los dejará la incredulidad brutal de este siglo, que la historia distinguirá por el epíteto de la crítica destructiva y cuyo legado monumental para los siglos

¹⁹ Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 122-123 y 137.

²⁰ Cfr., Francisco da Gama Caetano, “Herculano — Homem Romântico ou Liberal?” in *Alexandre Herculano à luz do nosso tempo*, Academia Portuguesa de História, Lisboa, 1977, p. 22. Cfr., Antonio José Saraiva, *Breve historia de la literatura portuguesa*, pp. 193-194. Cfr., Jorge Borges de Macedo, *op. cit.*, pp. XIV-XV.

²¹ Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, p. 118.

que vendrán después de él será un cementerio inmenso; mas cementerio sobre el cual no se elevará siquiera la humilde distinción de una cruz.²²

La definición de “ilustración” dada aquí por Herculano demuestra que Mannheim tenía razón cuando afirmaba que los “vencidos” por el progreso fueron altamente selectivos en cuanto a aquello que consideraron aborrecible de la nueva situación a que habían sido arrojados. Así, resulta significativo que en esta diatriba no figuren varios de los contenidos teóricos fundamentales del pensamiento iusnaturalista-ilustrado, tales como las doctrinas del estado de naturaleza, de los inalienables derechos del hombre y del racionalismo.²³ Nada de esto da la impresión de estar siquiera relacionado con la “cosa hedionda y torpe, enemiga del pasado y del futuro” de que habla el autor. Los que sí aparecen caracterizados, y de forma bastante negativa, son dos de los corolarios de la doctrina ilustrada del racionalismo como método para resolver los problemas teóricos y prácticos de la vida:²⁴ la incredulidad –“el ateísmo social”– y la concepción de la sociedad como un mecanismo constituido por individuos aislados –“la ilustración del vapor”.

Para poder entender a qué se refería exactamente Herculano cuando descargaba contra estos dos principios “ilustrados”, será preciso hacer algunas precisiones sobre el contexto socio-político portugués de la primera mitad del siglo XIX. Sólo así se comprenderá cómo fue que de su animadversión hacia ellos se desprendió su concepto romántico –y, por ende, moderno– de la historia.

En lo que respecta a su posición contraria a “la ilustración del ateísmo social”, cabe recordar que, a finales de la década de 1830 y principios de la de 1840, como consecuencia de la Revolución contra el absolutismo (1832-1834) y de la Revolución septembrista (1836-1838), tuvo lugar en Portugal un proceso de desamortización y de venta a particulares de conventos y demás propiedades del clero regular. Hombre profundamente religioso, Herculano no vio con buenos ojos la medida, y menos si los lugares sagrados eran en seguida ocupados para fines ajenos al culto católico –como bodegas, comercios, oficinas gubernamentales o cuarteles. Fue ésa la razón principal de su denuncia contra el “ateísmo social” destructor de los “rastros de los antepasados”.²⁵ Por otro lado, es posible interpretar

²² Alexandre Herculano, *O Monge de Cister*, vol. I, pp. 3-4.

²³ *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, p. 117.

²⁴ *Idem.*

²⁵ Entre 1832 y 1843 tuvo lugar en Portugal el proceso de extinción de las órdenes religiosas masculinas y la nacionalización de los bienes eclesiásticos para su venta en subasta pública. Ese proceso comenzó con el

que su imagen negativa de la “ilustración del vapor” hacía referencia a la serie de medidas políticas, económicas y tecnológicas que por entonces comenzaba a implementar el régimen dictatorial de António Bernardo da Costa Cabral (1842-1851), esto como parte de su proyecto liberal de centralización, burocratización y capitalización del Estado portugués. Pese a su calidad de empleado estatal –director de las Bibliotecas Reales de Ajuda y de las Necesidades–, Herculano rechazó esas medidas, las cuales tendían hacia la conversión del Estado en una suerte de maquina administrativa que dejaba a la sociedad portuguesa a merced del libre juego del mercado. En una palabra, lo que le molestaba en relación al proyecto cabralista, allende su cariz dictatorial, era que pretendía acabar con los restos de la antigua estructura orgánica-corporativa de Portugal.²⁶

Cabe señalar, desde luego, que las duras críticas que Herculano lanzó a estas dos facetas del proceso modernizador de la vida política, social y económica de su país, no tuvieron ningún efecto inmediato sobre su entorno. Los alegatos que hizo en sus poemas, cuentos, novelas e historias, e incluso desde la misma tribuna política –años más tarde, como presidente de la Cámara municipal de Belem–, contra el sendero que estaba tomando Portugal, fueron ignorados por aquéllos de sus compatriotas encargados de la dirección política y administrativa del reino. De hecho, aún después de la caída de Costa Cabral, de la

Decreto del 30 de mayo de 1834, elaborado por Joaquim António de Aguiar, Ministro de Negocios Eclesiásticos y de Justicia de la regencia de Don Pedro IV. Dicho decreto pretendía golpear a uno de los pilares del absolutismo y obtener recursos de la venta de la enorme masa de riqueza nacionalizada para hacer frente a la deuda pública. *Cfr.*, António Martins da Silva, “A Desamortização”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, vol. V, p. 292. *Cfr.* Vitor Neto, *op. cit.*, p. 50. Desde muy temprano, Herculano lanzó críticas a esas medidas. En su opúsculo “Monumentos pátrios” (1838) aparece, por ejemplo, un juicio suyo sobre el estado de deplorable de las iglesias y conventos portugueses luego de la desamortización: “Recorred las principales ciudades del reino; buscad los más venerables edificios. O yacen por tierra o fueron aplicados a usos que les están produciendo la ruina. La bella y grandiosa iglesia de S. Francisco de Porto, único monumento importante del siglo XV que poseía la ciudad, fue consagrada a almacén de alhóndiga. El monasterio de los Jerónimos en Belén, obra primera de la arquitectura media entre la neogótica y la llamada del renacimiento, edificio magnífico de una época de transición en el arte, como Santa Sofía de Constantinopla o de una época análoga, fue corrompida, no nos importa por quién, y su maravilloso claustro desfigurado con tablones y convertido en dormitorios forzosamente húmedos y malsanos. Batalla, Alcobaça y el convento de la orden de Cristo en Tomar caen en ruinas, y se dice – «¿qué importa?»”. Alexandre Herculano, “Monumentos Patrios” [1838], in *Opúsculos. Tomo II*, Lisboa, Viuva Bertrand & C.^a, 1873, pp. 25-26.

²⁶ Tal y como afirma Maria Manuela Tavares Ribeiro, la dictadura de António Bernardo da Costa Cabral (1842-1851) fue un régimen político que, no obstante su corrupción y el ataque que propinó a las libertades individuales, llevó a cabo la empresa de consolidación del Estado liberal portugués. Costa Cabral lo logró al implementar una fuerte centralización y una compleja burocratización del Estado, al eliminar las trabas proteccionistas de la economía portuguesa y al favorecer la entrada del gran capital extranjero. El régimen de este dictador amerita ser visto, entonces, no como un momento ajeno al proceso de instauración del liberalismo en Portugal, sino como una fase dentro del mismo. *Cfr.*, Maria Manuela Tavares Ribeiro, *op. cit.*, p. 95.

cual Herculano fue uno de los principales artífices, los gobiernos de la llamada “Regeneração” (1851-1868) hicieron caso omiso de sus recomendaciones a favor de un Estado fundado política, social y económicamente en la cooperación orgánica de los municipios, y continuaron con el proyecto de mecanización de la vida portuguesa.²⁷

De esta digresión sobre el ataque dirigido por Herculano hacia la “ilustración” portuguesa, lo que me interesa destacar es que él fue uno de los grandes vencidos por ese proceso de modernización, y que el asunto de su derrota amerita ser comprendido como un factor clave para explicar el origen y los alcances de su pensamiento histórico. Estimo, de entrada, que detrás de la metáfora herculaniana del pasado-cadaver –el pasado muerto, acabado, y distinto al presente–, se alza el hecho del desplazamiento existencial que experimentó al momento de la llegada y asentamiento en Portugal de la resaca de las revoluciones industrial y francesa. En la formulación de esta hipótesis me apoyo, sobre todo, en las teorías de Reinhart Koselleck y Frank Ankersmit en torno a la importancia que han tenido los momentos de derrota y de pérdida de identidad para el desarrollo de la conciencia histórica. Koselleck sostiene que muchas de las grandes “innovaciones metodológicas e interpretaciones novedosas de la historia” –pensaba este teórico en las revoluciones del pensamiento histórico operadas en su momento por Tucídides, Maquiavelo, Guicciardini, Ferguson, Humboldt y Tocqueville, entre otros–, encuentran explicación atendiendo a las “derrotas completamente personales [de sus autores] y a modificaciones de la experiencia específicas de una generación”.²⁸ Refiriéndose en particular al surgimiento de la conciencia histórica moderna, sostiene Koselleck que la experiencia de los acontecimientos sorprendidos

²⁷ El régimen de la “Regeneração”, surgido de la revolución liberal homónima que, en 1851, derrotó a la dictadura de Costa Cabral, no modificó en ninguno de estos aspectos fundamentales la estructura política, administrativa y económica del Estado cabralista, si bien llevó a cabo un proceso de restauración de las garantías individuales. Cfr., António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 40. Enemigo de esa estructura, Herculano notó desde temprano la continuidad del nuevo régimen con respecto al despotismo ilustrado y al cabralismo, y, por ende, lanzó hacia él críticas mordaces: “Entendámonos, mi querido F... Yo no observo nuestra organización actual como un tipo de perfección. Nada de eso. Mi defecto es no extasiarme ni frente a los hombres ni frente a las cosas de nuestro tiempo. Nadie detesta más que yo nuestra manía de imitar a Francia en todas sus ideas de gobierno, en todas sus instituciones. Lamento profundamente esa abdicación vergonzosa de la razón nacional. Por el contrario, digo no solamente a la autonomía portuguesa, sino también a la autonomía peninsular, que esa especie de absolutismo hipócrita, difrazado con la manta liberal, que se llama centralización, que los césares *sans-culottes* de vuestra primera revolución han legado al César de la corona de fierro llamado Bonaparte, y que él ha perfeccionado en el uso de su despotismo, para legarlo, después, a las restauraciones, revoluciones, y repúblicas, y monarquías, e imperios, que vosotros habéis hecho y deshecho; que vosotros haréis y desharéis hasta la consumación de los siglos. Eso vos convendrá: pero no va con nosotros”. Alexandre Herculano, “Mousinho da Silveira” [1856], in *Opúsculos. Tomo. II*, pp. 215-216.

²⁸ Cfr., Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre historia*, p. 84.

y turbulentos de las revoluciones del siglo XVIII generó en sus víctimas una conciencia de la brecha, de la asimetría entre las experiencias pasadas y las expectativas de futuro, en otras palabras, generó una conciencia de la ruptura entre el pasado, el presente y el futuro.²⁹ A este mismo respecto, Ankersmit apunta que las revoluciones industrial y francesa fueron acontecimientos a partir de los cuales individuos y sociedades enteras experimentaron una ruptura irreparable con el pasado –la pérdida irrevocable de una identidad anterior. Asegura, asimismo, que fue el trauma de la “disociación” provocada por una “catástrofe” de este tipo, lo que permitió que, en ciertas “mentes sutiles y sensibles” –y de nuevo se destaca el papel de los que resultaron vencidos por estos acontecimientos–, surgiese “el pasado en sí”, la conciencia de la unicidad del pasado; en otras palabras, la conciencia del pasado como un tiempo ajeno al presente, como “un objeto –distinto al sujeto investigador– que demanda reflexión e, incluso, un esfuerzo supremo por llegar a la comprensión histórica”.³⁰

A mi parecer, es posible argumentar algo semejante en relación al caso particular de Herculano. Intentaré hacerlo atendiendo al mismo extracto de la “Introducción” a *O Monge de Cister* citado previamente.³¹ Si se sigue con cuidado el argumento contenido en sus líneas, se observará que la capacidad del autor para reconocer la distinción entre el pasado y el presente se encuentra ligada a la experiencia que tuvo de la destrucción de su mundo tradicional, cristiano y orgánico, por parte de la “ilustración”. De esta última se dice que ha sido un “verbo de muerte”, “una cosa... enemiga del pasado y del futuro” que ha acabado con todos los “rastros de los antepasados” y transformado el pasado en un “cementerio inmenso”. Con todo, de esas mismas palabras se intuye que fue dicha catástrofe la que le permitió reconocer la naturaleza de la estructura temporal estática propia del pensamiento ilustrado –“la ilustración del vapor y del ateísmo social que va ahí *igualando* lo que fue con lo que es”–, y también la que le condujo a la toma de conciencia de la unicidad del pasado; al discernimiento de la diferencia entre “el arenal plano y pálido de nuestra historia presente” y “la historia de gigante del viejo Portugal”.

Esta toma de conciencia sobre la distancia que separaba al pasado del presente tuvo un efecto fundamental en la actitud de Herculano respecto al primero de esos tiempos: generó en él una nostalgia romántica por el mundo de tradiciones perdido. Con Svetlana Boym,

²⁹ Cfr., Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, p. 270.

³⁰ Cfr., Frank Ankersmit, *op. cit.*, pp. 344-345 y 375.

³¹ *Vid. supra.*, pp. 128-129.

Frank Ankersmit y Jaap den Hollander, estimo que la *Senhsucht* o nostalgia romántica no fue, como se ha dicho con frecuencia, una mera idealización sentimental e irresponsable del pasado, acompañada de vanos impulsos restaurativos,³² sino “el primer paso en el desarrollo de una conciencia histórica madura”.³³ La cualidad catalizadora del pensamiento histórico implícita en la nostalgia romántica comienza a ser visible cuando se comprende que, en esta última, el impulso “reflexivo” fue más grande que el “restaurativo”; quiero decir, cuando se percibe que el anhelo de pasado peculiar al romanticismo –la *Sehnsucht* por la Edad Media, por ejemplo– no tuvo por objetivo la restauración o la reconstrucción trans-histórica del hogar perdido, sino el anhelo mismo de ese hogar.³⁴ Es posible demostrar esta afirmación a partir del análisis de la nostalgia experimentada por el propio Herculano. Sus textos literarios e históricos están plagados de esa “nostalgia reflexiva” propia del romanticismo. Para muestra un botón:

De todas las memorias pasadas, cuyas ruinas el descreer de la edad madura me ha esparcido por el corazón, una vive en él todavía fresca y vigorosa y, me parece, morirá sólo cuando yo muera. Es el recuerdo de los días santos de mis tiernos años. Un domingo de aquel entonces aún me sonrío suavemente, cuando extendiendo los ojos largos hacia el camino tortuoso y agrio por donde ya derramé, sin saber cómo, un tercio de siglo de la vida [...] Domingos de los doce años, en que mi espíritu infante se armonizaba con el himno eterno de la Naturaleza, ¡Salve! La gloria literaria, el amor de la independencia, tal vez hasta el orgullo del proceder honesto, todos mis sueños de ambición los daría a cambio de sentirme vivir con ustedes; con ustedes, ¡oh días santos! Porque los otros, esos sí no eran pálidos, como los de hoy; eran agrios, dolorosos, inquietos. Las pasiones fervientes e insensatas de la juventud estaban llegando, y como que ya sentía rugir a poca distancia las tempestades que habían de agitar y devorarme los años más bellos de la vida... No tengo *saudades* de esos otros días. No tengo. Los dejaría ir. Es por mis ricos días santos de entonces que yo siempre habré de llorar. Todavía hoy hay un individuo que ejerce singular predominio sobre mí, y lo ignora. Es el campanero de mi medio rural, medio urbana parroquia. En la escala de las reputaciones de campanas, las de mi feligresía ocupan un lugar modesto, y sin embargo, cuando repican antes de la misa del día, siento pasar alrededor de mí una como aura fugitiva de los días santos de la infancia, y el sol se ilumina de luz de aquel tiempo [...] Bendito campanero, que me parece has de morir abrazado con las tradiciones de tu antecesor [...] Mal sabes tú cuántas meditaciones profundas, cuántos dolores de espíritu has suspendido con esas divinas tonadas. ¡Oh, que me pudieses restituir la capilla y el viejo fraile arrábido y su musa y sus historias y el murmullo que tenían otrora los pequeños manantiales que corrían en los pequeños tanques y la sombra que daban los nogales y la melancolía del sol puesto de hace veinte años; si tal pudieses!... ¡Yo sé! Cayendo, te adoraría, fueses Dios o Satanás.

³² Cfr. Croce, *op. cit.*, pp. 291-294. Cfr., Goerg Lukács, *op. cit.*, pp. 26-27.

³³ Cfr., Svetlana Boym, *op. cit.*, pp. 13-18. Cfr., Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 401. Cfr., Jaap den Hollander, *op. cit.*, p. 65.

³⁴ Cfr., Svetlana Boym, *op. cit.*, p. XVIII.

¡Ay, no puedes, no puedes! Todo eso se ha perdido. Hoy soy ciudadano, jurado, elector, hombre de letras [...]

¡Vida positiva, realidad del mundo, si tú fueses una realidad tangible, una realidad que sintiera, una realidad real, quisiera verte yacer ante mí, para ponerte un pie sobre el pecho y aplastarte y escupirte en la cara! Sólo esto me consolaría de las saudades de los días santos infantiles y de este vivir miserablemente descolorido.³⁵

Párrafos como éstos, tomados nuevamente de *O Monge de Cister*, y en los cuales se ve al autor expresar sus “saudades” por “los días santos infantiles”, por los tiempos pasados de su niñez –en otros lugares referiría sus “saudades” por esa otra “infancia” que, a su entender, había sido la Edad Media portuguesa–,³⁶ podrían servir de pretexto, como ha ocurrido con algunos críticos, para afirmar que Herculano quedó prendado de una imagen ideal del pasado que deseaba restaurar en su presente.³⁷ Un análisis profundo de estas mismas líneas desmiente, sin embargo, cualquier interpretación en ese sentido. El autor, es imposible negarlo, se muestra nostálgico por los tiempos pasados; no obstante, su sentimiento es de un tipo muy específico. Svetlana Boym estima que existe una clara diferencia entre lo que llama una “nostalgia reflexiva” y una “nostalgia restaurativa”. Considera esta autora que, mientras la “nostalgia restaurativa” se desconoce a sí misma como anhelo y se observa más bien como verdad absoluta, omitiendo, en consecuencia, cualquier distancia entre el pasado y el presente –y de ahí su creencia en la posibilidad literal de volver al pasado–,³⁸ la “nostalgia reflexiva” resalta el abismo que separa al presente del pasado, convirtiéndose entonces en una meditación sobre el paso del tiempo.³⁹ La nostalgia que se observa en el extracto citado pertenece, creo yo, al tipo “reflexivo”. Esto se advierte en la marcada insistencia de Herculano en interponer distancia entre su presente y aquellos días pasados en que su “espíritu armonizaba con el himno eterno de la Naturaleza”. Repárese, por ejemplo, en su insistencia en relación al dolor de la separación; o mejor aún, en su reconocimiento de lo irrevocable de la pérdida. De haber sido la suya una “nostalgia restaurativa”, la expresión del

³⁵ Alexandre Herculano, *O Monge de Cister II*, pp. 54-58.

³⁶ “¿Qué fue la Edad Media, si no la infancia dolorosa y larga de la civilización moderna; qué fue, si no una serie de experiencias y tentativas de organización de las naciones, que surgían del singular consorcio de la sociedad romana, corrupta y disuelta, con las agregaciones casi salvajes de las huestes y de las tribus germánicas, mezcla vuelta todavía más confusa en la Península por el influjo de la cultura árabe?”. Cfr., Alexandre Herculano, “Do Estado das classes servas na Península” [1858], in *Opúsculos. Tomo III*, pp. 325-326.

³⁷ *Vid. supra.*, pp. 123-124.

³⁸ Cfr., Svetlana Boym, *op. cit.*, pp. XVIII y 41-45.

³⁹ *Ibid.*, p. 49.

cisma pasado-presente hubiera sido descartada del discurso, ya que esta clase de nostalgia elude cualquier signo de desplazamiento, piensa al pasado como algo siempre a disposición del presente y elimina todos los signos de discontinuidad. Y si tal fuese el caso, lo que habríamos tenido en estos párrafos sería un relato inspirador y coherente del pasado recobrado, sin ninguna reflexión que revelara una conciencia de pérdida.⁴⁰ En cambio, lo que vemos en este extracto es una suerte de enamoramiento del anhelo mismo de pasado, de la distancia irrevocable que separa a éste del presente.⁴¹ En pocas palabras, somos testigos aquí de aquello que el colega y amigo de Herculano, Almeida Garrett, definió como *saudade* en su poema *Camões* (1825): un intenso deseo de sentir deseo; un “gusto amargo” de anhelar; un “delicioso tormento” de recordar al ausente –el pasado–, el cual ahora sólo puede volver a vivir a través de nuestras representaciones.⁴²

En Herculano, la imposibilidad de cerrar el duelo por la pérdida del mundo pre-revolucionario –nada podía regresárselo y él no podía olvidarlo–, es decir, la nostalgia romántica que sintió por ese pasado desaparecido, le orilló a crear una nueva manera de relacionar a este último con el presente.⁴³ Cabe señalar, sin embargo, que en esta solución el autor portugués no estuvo solo. Personajes como Wilhelm von Humboldt, Leopold von Ranke, François Guizot y Alexis de Tocqueville, todos ellos vencidos también por la modernidad, e igualmente conscientes de la irrevocabilidad de la muerte del mundo tradicional, sustituyeron su deseo de que las sociedades a que pertenecían retornaran a ese

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 41-49

⁴¹ *Ibid.*, pp. 49-55.

⁴² João Baptista de Almeida Garrett, *Camões*, Paris, Livraria Nacional e Estrangeira, 1825, canto I, pp.1-2:

¡Saudade! Gusto amargo de infelices
 Delicioso tormento de áspera espina
 Que me estás traspasando el íntimo pecho
 Con dolor que los senos del alma dilacera
 – Mas dolor que tiene placeres – ¡Saudade!” [...]

 ¡Oh Saudade!

Mágico numen que transportas el alma
 Del amigo ausente al solitario amigo,
 Del voluble amante a la amada inconsolable,
 Y hasta al triste e infeliz proscrito
 – De los entes al misérrimo en la tierra
 Al regazo de la patria en sueños llevas,
 – ¡Sueños que son más dulces de lo que amargo,
 Cruel es el despertar! [...]

La traducción es mía. *Cfr.*, Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino. Seguido de Mitología da Saudade*, pp. 91-93.

⁴³ *Cfr.*, Svetlana Boym, *op. cit.*, p. 55. *Cfr.*, Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 401.

antiguo ser, por el deseo de conocer por qué había ocurrido dicho cambio de identidad.⁴⁴ Estos autores, dice Ankersmit, “lamentaron mucho lo ocurrido en la Revolución y estuvieron convencidos de que tales calamidades nunca deberían repetirse, pero estuvieron, asimismo dispuestos a aceptarlo como un hecho ineludible que tuvieron que aprender a asimilar de una u otra forma” –principalmente a través del conocimiento histórico.⁴⁵ El caso de Herculano puede entonces ser visto como un ejemplo más que ilustra cómo en el pensamiento histórico de la primera mitad del siglo XIX, el anhelo de conocimiento histórico del pasado desbancó al anhelo de restauración del pasado. Así lo demuestran, por lo menos, algunas de las frases de su opúsculo *Solemnia Verba* (1850):⁴⁶

¡El pasado! ¿Quién lo amó más que yo en esta tierra? ¿Quien volvió nunca los ojos hacia sus tradiciones con más saudade? Pero las tradiciones de que tengo saudade; pero el pasado que yo amo, no son esas leyendas absurdas (disculpe v. el epíteto, que espero justificar) inventadas por intereses mundanos, de los cuales, por más graves que sean, ni la filosofía ni el cristianismo consienten que se haga el cielo instrumento. En los tiempos que fueron lo que me sonrío, no sólo como saudade, sino (¿por qué no diré ahora lo que he de decir más ampliamente un día?) también con esperanza, son las tradiciones de esa libertad primitiva, aunque incompleta, hija primogénita del evangelio que él generó para madre, para abrigo de las sociedades de la Península; de esa libertad, ruda y turbulenta como un infante educado por la ley de la naturaleza, pero como ella robusta y vigorosa; de esa libertad que se fundaba en los hábitos, que resultaba de instituciones positivas y ejecutables, y no de instituciones copiadas casi al acaso de la primera teoría que hubiese traspasado los Pirineos; de esa libertad que tornaba la monarquía una cosa santa, necesaria, indestructible, y que la monarquía, para desgracia suya y nuestra, fue lentamente aplastando debajo de su trono, formado de los infolios, políticamente fatales, del Digesto, del Código y de las Glosas y Comentarios de las escuelas de Italia; de esa libertad, que, desenvuelta y organizada lógicamente con su origen, nos habría ahorrado tal vez la gloria inmensa, pero para nosotros más estéril, de convertirnos en víctimas de la civilización de Europa, de revelar el Oriente a su codicia, para luego venir a instalarnos extenuados en un ocaso de tres siglos; de esa libertad que nos habría salvado por cierto de una larga convulsión en esfuerzos impotentes de emancipación, que tomamos como lecciones de extraños, y que era más vieja para nosotros de lo que para ellos. He aquí la maravilla, mejor que milagros imaginarios, en la cual no sólo creo, sino que también espero.⁴⁷

⁴⁴ Cfr., Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 347.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 346.

⁴⁶ *Solemnia Verba* forma parte de una serie de opúsculos que Herculano escribió entre 1850 y 1851 (agrupados bajo el título de *A Batalha de Ourique*) como respuesta a los ataques lanzados por el clero y los absolutistas al primer volumen de su *História de Portugal* (1846). La querrela fue originada a partir de la indiferencia mostrada por el historiador hacia la llamada “Cuestión de Ourique”, una de las tradiciones más arraigadas en el imaginario político absolutista portugués: la aparición de Cristo al infante Don Afonso Henriques durante la Batalla de Ourique contra los moros (1139), y su aclamación victoriosa como primer rey de Portugal. Apreciando que las fuentes contemporáneas al supuesto hecho no lo mencionaban en absoluto, Herculano desechó del cuerpo de su *História* esta tradición, e incluso declaró que la “Batalla de Ourique” había sido, sí, la primera correría de los portugueses más allá del Tejo, pero una correría contra los moros como las que los cristianos de los reinos ibéricos intentaban cada año. Cfr. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 289-290.

⁴⁷ Alexandre Herculano, “Solemnia Verba 1.^ª” [1850], in *Opúsculos. Tomo III*, pp. 64-66.

El párrafo aquí transcrito demuestra que, en el pensamiento de Herculano, la nostalgia romántica por el pasado muerto sirvió de base para una nueva relación entre el pasado y el presente fundada en el conocimiento. Esta cualidad del texto no es, sin embargo, perceptible a primera vista. Para empezar, lo que ahí se dice, de nuevo parece más una confesión de “amor” que un intento de conocimiento. Empero, cabe resaltar que el “amor” del autor por las “tradiciones de esa antigua libertad”, en ningún momento exhibe un anhelo de volver a dicho pasado; todo lo contrario: revela una necesidad de conocerlo críticamente, más allá de las “leyendas absurdas”. En las líneas citadas se expresa una añoranza por aquella “antigua libertad”, pero esa añoranza no es de unirse a ella en un abrazo amoroso, sino de conocerla a cabalidad; es un anhelo de examinarla para reconocer sus virtudes y sus defectos y poder así explicar el presente portugués. No es gratuito que Herculano afirmase que la libertad original del pueblo portugués había sido “incompleta”, y que esto explicaba el triunfo del absolutismo y la “larga convulsión en esfuerzos impotentes de emancipación” de su propio tiempo – aunque “robusta y vigorosa” en sus comienzos, esa libertad “incompleta” había sido débil para soportar la empresa absolutista de la monarquía y para impedir su propio olvido frente a las “lecciones de extraños”.

Así, lo mismo que en el caso de variedad de intelectuales que se sintieron desplazados por la modernidad, sucedió que en Herculano la intuición de la brecha ontológica que separaba pasado y presente llevó aparejada la necesidad de colmar esa distancia a través del conocimiento histórico. El problema que se presentó al autor portugués fue el que fijó la atención de todos aquellos que compartían esa misma concepción sobre la naturaleza alienada de la realidad –esto es, aquella misma ontología romántico-historicista: ¿cómo hacer que la alteridad se constituyera en continuidad sin perder por eso sus rasgos individuales; cómo hacer del pasado y del presente etapas distintas de un mismo proceso; cómo lograr, en fin, que lo distinto formara parte de una unidad?⁴⁸ Herculano pretendió dar una solución a esta cuestión a partir del conocimiento histórico. Lo mismo que Hamann, Herder, Walter Scott y Michelet, el portugués denominó a esta tarea “Resurrección del pasado”.

⁴⁸ *Cfr.*, Jaap den Hollander, Herman Paul and Rik Peters, *op. cit.*, pp. 4-6. *Cfr.*, Mark Salber Philips, “Rethinking Historical Distance: From Doctrine to Heuristic”, in *History and Theory, Theme Issue 50*, Middletown CT, Wesleyan University, 2011, pp. 12-14.

La resurrección del pasado

Nacido en 1810, esto es, todavía en el seno del antiguo régimen portugués, Herculano pasó su infancia y su juventud rodeado de un conjunto de tradiciones que se remontaban a los tiempos de los antiguos reyes de Portugal –me refiero a formas sociales tales como los privilegios de la nobleza, los gremios, el regalismo, etc.⁴⁹ Cuando en 1834 sobrevino la caída de dicho régimen, este personaje no experimentó, sin embargo, *saudades* por la época que acababa de finalizar; su nostalgia la reservó para la Edad Media portuguesa: los siglos XII a XV, considerados por él como el origen de aquellas tradiciones. El periodo que se extendía, en cambio, entre los siglos XVI y XIX, y que abarcaba los hechos históricos de los descubrimientos y las conquistas de ultramar, del establecimiento de la Inquisición, y de la instauración y desarrollo del absolutismo, fue para él una etapa de decadencia, caracterizada por la agonía de la estructura tradicional, orgánico-corporativa y cristiana de la sociedad medieval portuguesa. Desde su punto de vista, había sido el espíritu centralista y burocratizante de los últimos tiempos el que, de hecho, había desplazado aquel mundo tradicional.⁵⁰ Así, pese a que sólo alcanzó plena conciencia de la naturaleza de la tradición luego del ataque liberal sobre la monarquía absolutista, su *Sehnsucht* por la Edad Media se desarrolló a partir de la premisa básica de que el mundo orgánico medieval había sido herido de muerte por el propio *Ancien Régime*, para luego ser asesinado por su principal heredero, el liberalismo radical-septembrista.⁵¹

Las *saudades* que Herculano experimentó por el medioevo portugués –montón de “huesos”, decía, que en el presente yacían olvidados en el “sepulcro de los archivos”–, le

⁴⁹ Cfr., Vitorino Nemésio, *A Mocidade de Herculano*, pp. 83-203.

⁵⁰ “Esta organización militar del país, sucesivamente establecida en Portugal, explica las invencibles resistencias que durante la Edad Media una nación pequeñísima ofreció siempre a la disolución interior y a la conquista extranjera: era un pueblo de soldados; el rey un general; pero general que era padre de familia y al mismo tiempo tenía el carácter sacrosanto de ungido de Dios. Esta vida íntima de la nación no podía ser anulada ni por las ambiciones de los poderosos, ni por los acometimientos de extraños. A la voz de su príncipe, Portugal entero se erguía armado como un sólo hombre y se arrojaba al combate, no para defender como mercenario los intereses, para él innegables, de un individuo; sino para salvar colectiva e individualmente el lar doméstico, el campo heredado, su mujer y sus hijos. El renacimiento, que mató cuanto había de generoso y fuerte en el carácter nacional, mató igualmente eso. En vez de alimento saludable, nos dio el veneno embriagante de remotas conquistas, las convulsiones de neuralgia en vez del camino pausado y firme de una buena organización psicológica. Perdone la nación hoy, si puede, a los grandes hombres del tiempo de D. Manuel”. Alexandre Herculano, “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” [1843-1844], in *Opúsculos. Tomo VI*, Lisboa, Viuva Bertrand & C^a, 1884, pp. 318-319. En el siguiente capítulo se discutirán las premisas ideológicas que motivaron la teoría orgánica de la sociedad postulada por este autor.

⁵¹ Vid. *supra.*, Capítulo II.

llevó idear la “resurrección” de ese pasado por medio de la literatura y la historiografía. Habrá, no obstante, que cuidarse de interpretar este objetivo como un intento de restauración de los tiempos ya idos. A continuación se verá que la “resurrección” del pasado así como la comprendió el portugués –y antes de él, Herder, Hamann, Scott y Michelet– consistió más bien en un conjunto de procedimientos hermenéuticos orientados hacia el conocimiento de la “vida” pasada en su “unidad”.⁵²

Ahora, un análisis del concepto herculiano de “resurrección” del pasado debería comenzar por reconocer el origen romántico-cristiano del mismo.⁵³ Como bien se sabe, los románticos fueron profundos conocedores de la tradición teológica y de los modos de pensamiento cristianos. De hecho, críticos como M. H. Abrams han llegado a sostener que lo que llamamos “romanticismo” no fue otra cosa que la “asimilación y reinterpretación de ideas religiosas” por parte de los pensadores seculares de finales del siglo XVIII y de comienzos del XIX –“la preservación de conceptos, esquemas y valores tradicionales [cristianos] que estuvieron fundados en la relación del Creador con su criatura y creación, y su reformulación en el sistema binominal prevalente de [...] la mente humana o conciencia y sus transacciones con la naturaleza”.⁵⁴ La plausibilidad de esta tesis resulta evidente en la interpretación que, por ejemplo, Jules Michelet hizo de la Revolución francesa como “resurrección del pueblo” y “nuevo Evangelio”.⁵⁵ Y lo mismo puede decirse en relación a Herculano. Se verá a continuación que para caracterizar las operaciones intelectuales implicadas en el conocimiento del pasado, este último se apropió de, y secularizó, el sentido del concepto tradicional cristiano de “resurrección”:

⁵² Cfr., Roland Barthes, *op. cit.*, pp. 96-97.

⁵³ De todos cuantos se han ocupado del análisis del concepto romántico de “resurrección” del pasado, entre ellos Michel de Certeau, Paul Ricoeur y Roland Barthes, quizá sólo Lionel Gossman resaltó la impronta cristiana del mismo. Es igualmente importante subrayar que la mayor parte de estos autores analizó el uso que Jules Michelet hizo de este concepto. Cfr., Michel de Certeau, *La escritura de la Historia*, trad. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 116-117. Cfr., Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, trad. Agustín Neira, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 471-476. Cfr., Roland Barthes, *op. cit.*, pp. 93-112. Cfr., Lionel Gossman, *op. cit.*, pp. 202-204. Por su parte, Albert Beguin y M. H. Abrams, aunque no se concentraron en el concepto romántico de “resurrección” del pasado, subrayaron el sustrato cristiano, e incluso místico, del romanticismo en general. Cfr., Albert Beguin, *op. cit.*, pp. 13-27. Cfr. M. H. Abrams, *Natural Supernaturalism. Tradition and Revolution in Romantic Literature*, New York, W. W. Northon & Company, 1973, pp. 12-13.

⁵⁴ M. H. Abrams, *op. cit.*, pp. 12-13. La traducción es mía.

⁵⁵ “La resurrección del pueblo que quiebra su tumba. La feudalidad, ella misma apartando la piedra donde la había encerrado la obra del tiempo en una noche, ¡He ahí el primer milagro del nuevo Evangelio, divino milagro, auténtico!”. Jules Michelet, *Histoire de la Révolution Française. Tome Premier*, Paris, Librairie Abel Pilon, 1883, p. 289. La traducción es mía.

Después, pasado el tiempo, intenté todavía un último esfuerzo para reconstruir mi vida intelectual; para subyugar el inmenso desaliento que me había invadido el espíritu; para renovar ese mundo de ideas que constituye la resurrección del pasado, el cual yo había intentado erigir, como Lázaro, del polvo sepulcral de los archivos, y sobre el cual los poderes públicos habían repuesto el sudario.⁵⁶

En las líneas de este breve fragmento extraído de la “Advertência” a la tercera edición (1863) de la *História de Portugal*, se puede apreciar que el sentido que el autor dio a su metáfora de la “resurrección” del pasado no fue el de una mera alusión superficial a la imagen bíblica de Lázaro rescatado por Cristo del sueño sepulcral. Por el contrario, considero que hay aquí una verdadera apropiación del concepto cristiano de la “resurrección” de los muertos. Para poder percibir lo que esta afirmación debe al cristianismo, hace falta recordar que el concepto cristiano de la “resurrección” de los muertos en el “Día del Señor” en ningún momento postuló que la acción redentora Dios rescataría de la muerte a los elegidos para llevarlos de vuelta a la misma vida terrenal de la cual se habían separado. En el Nuevo Testamento se habla, en cambio, de una “resurrección a la vida eterna”, en otras palabras, de la “resurrección” como el ascenso a una realidad “más real” que la realidad temporal del ser humano.⁵⁷ De hecho, en el Evangelio de Mateo y en los Hechos de los apóstoles, esa otra realidad espiritual –y no meramente corporal– a que, se nos dice, es posible acceder a través de la “resurrección”, aparece definida como *metanoia*.⁵⁸ Este concepto, si bien ha sido traducido a las lenguas vernáculas como “arrepentimiento”, tiene el significado primario de “cambio de punto de vista” o de “metamorfosis espiritual”.⁵⁹ Tal sentido de transfiguración de la vida humana o, mejor aún, de ascenso hacia una naturaleza superior, hacia una “nueva creación” desvinculada del tiempo y del espacio,⁶⁰ aparece ilustrado de manera inmejorable en el famoso capítulo trece de la primera Epístola a los corintios de san Pablo:

La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos

⁵⁶ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 42.

⁵⁷ Cfr., Hans Küng, *El Cristianismo. Esencia e Historia*, trad. Victor Abelardo Martínez de Lopera, 6ª ed., Madrid, Editorial Trotta, 2013, p. 52. Cfr., Northrop Frye, *El gran código. Una lectura mitológica y literaria de la Biblia*, trad. Elizabeth Casals, Barcelona, Editorial Gedisa, 1988, p. 97.

⁵⁸ Cfr. Mt. 3:2 y Hch 2:38 y 3:19.

⁵⁹ Northrop Frye, *El gran código*, p. 157.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 158.

en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido.⁶¹

En diversos lugares de su obra literaria e historiográfica, a través de sus reflexiones sobre la actitud que convenía al hombre del presente adoptar frente al pasado, Herculano dio muestras de haber aprehendido y trasladado al plano secular, este sentido original cristiano del concepto de “resurrección” –no en vano definió a la “resurrección” del pasado como una suerte de “renovación” de “un mundo de ideas”. De entrada, y muy a pesar de lo que los críticos digan a este respecto, es de resaltar el deslinde que el autor hizo de la “resurrección” con respecto a cualquier pretensión restaurativa.⁶² En primer lugar, porque a su entender, el pasado era algo muerto en el presente, y tratar de restituirle exactamente la misma “vida” que alguna vez tuvo, habría sido una “monstruosidad imposible”:

El estudio de la índole de los concejos en su infancia y juventud, útil y moral a la luz que apuntamos [pagar las deudas políticas contraídas por nuestros abuelos], es fuera de eso inocente. Sus resistencias, sus luchas, la acción política ejercida por ellos, todo eso es cosa muerta, es historia [...] Después de esa transformación, el concejo, como la edad media lo concibió y creó, sería una monstruosidad imposible, y aquellos que imaginasen restituirle las atribuciones, o aún una pequeña parte de la importancia que otrora tuvo, deberían para ser lógicos y darle una significación, restablecer las fórmulas feudales o bárbaras que por su justa posición le daban color, vida, relevancia y valor social.⁶³

El tipo de conocimiento del pasado que Herculano promovió a lo largo de su carrera intelectual, aunque derivado de su nostalgia, no fue uno que tuviese por objetivo la vuelta de Portugal a la época medieval. Como puede verse en las líneas de esta frase tomada de sus *Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes* (1843-1844), el autor estaba cierto de que los estudios históricos guardaban la finalidad de ser “útiles” al presente, pero también de que esa utilidad no pasaba por ninguna “restauración” del pasado en el presente. Más adelante profundizaré en su idea de la utilidad de la historia; basta, por el momento, decir que creía que, para que el pasado fuera “útil” al presente, debía sufrir un proceso de re-significación o de reconocimiento del verdadero significado inmanente al mismo –una suerte de *metanoia* cristiana, aunque sin su cariz trans o extra-histórico. Como se demostrará a continuación, implícitamente este pensador romántico creía que la tarea del poeta y del

⁶¹ 1 Co 13:8-12.

⁶² *Vid. supra.* pp. 151-152.

⁶³ Alexandre Herculano, “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” [1843-1844], in *Opúsculos. Tomo VI*, p. 253.

historiador consistía en una suerte de emulación secular de la acción redentora de Cristo: esto es, en dar nueva vida, verdadera vida, vida histórica, al pasado muerto.⁶⁴

Ya se advierte desde sus primeros textos que Herculano tuvo al conocimiento histórico como una búsqueda del sentido verdadero del pasado, y no como una mera reproducción de lo que sus restos, los documentos, referían acerca del mismo. Uno de los planteamientos más ilustrativos de esta premisa teórico-metodológica del saber histórico se encuentra en las páginas de su artículo “A Velhice”, publicado en 1840 en las páginas del periódico *O Panorama*. Reproduzco a continuación algunas de sus líneas:

Pero cuando encuentro un viejo, por encima de cuya cabeza pasaron muchas horas de amargura, muchas tempestades de la vida, y le descubro en el rostro cierta serenidad como la de la frente de mármol de esas estatuas que yacen sobre los túmulos de la Edad Media; cuando al recordarle una gran desventura de otrora no hay eco allá dentro; cuando el pasado, el presente y el futuro merecen para él la misma indiferencia helada y fatal, entonces me digo: ¿un muerto, por qué andará en la tierra?

Es porque, también, un harpa cuyas cuerdas estallaron queda ahí hasta que el tiempo la consume. Es porque las cenizas del antiguo árbol del valle, abrasado por el incendio, ahí quedan amontonadas hasta que las derrama el viento.

¿Pero el gemido de las cuerdas al estallar? – ¿pero la intensidad del incendio? He ahí lo que tiene para mí aquel terror atractivo, que nos fascina y lleva los ojos a escrutar un abismo oscuro, en el fondo del cual se oiga un largo ruido.

De ahí viene que la presencia de un anciano siempre me atraiga y subyugue. ¿Qué es la vida del mancebo, qué revela por tantos modos sus cóleras y pesares, su amor y alegría, sus temores y esperanzas? Drama misterioso, historia íntima sólo hay en el viejo, que pasó por todas las vicisitudes del existir, y que encerró debajo del sello de bronce de un aspecto impenetrable, las tempestades que rugen o rugirán en las profundidades del espíritu.

La mocedad es el río, torrente del invierno arrastrando peñas en las aguas turbulentas, arroyuelo en el estío murmurando límpido entre los guijarritos. La vejez es el océano, serena en la superficie mientras remolinos y corrientes se baten debajo de ese dorso tranquilo, mas sin que nadie sepa cuándo y dónde hay tempestad, dónde su fondo es de arena o dónde remolinean las aguas por entre incógnitos bajos.⁶⁵

⁶⁴ Michelet parece haber atribuido este mismo sentido al concepto de “resurrección” del pasado. Para el autor de la *Historia de Francia*, dice Roland Barthes, el historiador era un “magistrado civil” y un “sacerdote” cuya función consistía en velar por la memoria de los muertos y en “completar mediante una acción mágica lo que su vida pudo tener de absurda y mutilada”. El Historiador era una suerte de “vates”, de interprete “descubridor de los silencios de los muertos”: los muertos eran “la multitud de aquellos que no vivieron suficiente y quisieran revivir” y que precisaban de “un adivino, un vates”, de alguien que “les explique su propio enigma [...] que les enseñe lo que querían decir sus palabras y sus actos, que no comprendieron [...] Pero se necesita más; es necesario oír las palabras que nunca se dijeron, que quedaron en el fondo de los corazones (buscad en el vuestro, que allí están); es preciso que hablen los silencios de la historia”. *Cit. por* Gabriel Monod, *Vie et pensée de Michelet*, Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1923, t. II, cap. 6, p. 73. *Cfr.*, Jules Michelet, “Préface” de 1866 a la *Historia de Francia. Vol. XIX*, y también Jules Michelet, “Préface” de 1872 a la *Historia del siglo XIX*, tomo II “El Directorio”, p. 11. *Cfr.*, Roland Barthes, *op. cit.*, pp. 95-112.

⁶⁵ Alexandre Herculano, “A Velhice” [*O Panorama*, nº 170, 01/08/1840, pp. 243-244], in *Cenas de un ano da minha vida*, pp. 75-77.

Si bien este extracto da la impresión de ser una inocua reflexión sobre el tema de la vejez, es de notar que en sus párrafos tiene también lugar una profunda meditación sobre los procedimientos hermenéuticos del saber histórico. Esta digresión teórica parte, de nuevo, de la consideración metafórica del pasado como un “cadáver” del cual lo único que queda en el presente son “cenizas” o meros restos inconexos. En relación a ese pasado “muerto”, cabe resaltar que el interés del autor por el mismo, el “terror atractivo” que afirmó sentir al contemplarlo, no lo despertó la visión de sus restos –las “cenizas” del “antiguo árbol del valle”, de las “cuerdas” rotas del “harpa” del pasado– sino algo más: “la intensidad del incendio” que lo había consumido, el “gemido de las cuerdas al estallar”. A mi entender, ese algo más, quiero decir, ese algo trascendente a los despojos del pasado, a los hechos en sí mismos, era el sentido de su antigua vida –el “gemido de las cuerdas al estallar”, la “intensidad del incendio”, el “drama misterioso”, la “historia íntima”, “las tempestades que rugen o rugirán en las profundidades del espíritu”. A Herculano le importaba, pues, el sentido de los hechos del pasado, no los hechos aislados que encontraba en los documentos; y ese sentido era algo que el poeta o el historiador debía descubrir y reconstruir. Quizá esta hipótesis resulte más clara aduciendo un ejemplo historiográfico. En el mismo espíritu de sus afirmaciones del artículo “A Velhice”, trece años más tarde en su *História de Portugal*, sostuvo que aquello que más le interesaba del pasado portugués, “el modo de ser de las clases inferiores en los siglos recorridos desde el comienzo de la reacción cristiana hasta la separación de Portugal”, no lo había encontrado tal cual en los documentos, sino que había tenido que hacerlo “surgir” de entre “las tinieblas con que la barbaridad de los documentos, el diminuto número y la obscuridad de las leyes escritas y el silencio de las crónicas nos encubrían la situación en ese período”.⁶⁶

Una pregunta de suma gravedad se desprende de la asunción herculaniana de la interpretación como fundamento del conocimiento histórico: ¿esa operación consistente en insuflar “alma, y vida, y lenguaje a lo que era polvo, y muerte, y silencio”,⁶⁷ en “resucitar” el pasado, dependía por entero de la subjetividad del poeta o del historiador? ¿Fue la de Herculano una perspectiva subjetivista del conocimiento histórico? La respuesta a esta cuestión, pese a ser afirmativa, merece ser matizada. Para ello, conviene retomar aquellos

⁶⁶ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 234.

⁶⁷ Alexandre Herculano, “Historiadores Portuguezes” [1839-1840, *O Panorama*], *Opúsculos. Tomo V*, pp. 28-29.

párrafos, ya anteriormente trabajados, de ese texto fundacional de su pensamiento estético e histórico que es “Poesía. Imitação – Bello – Unidade” (1835).⁶⁸ De este escrito me interesa destacar, sobre todo, la definición de belleza que aparece en sus páginas. Considero que esta última podría dar la clave de la clase de subjetivismo latente en su idea de la comprensión histórica:

Lo bello es el resultado de la relación de nuestras facultades, manifiesta como juego de su actividad recíproca. Esta relación consistirá en la comparación de la idea del objeto con una idea general e indeterminada: la armonía de ella resultante producirá el sentimiento de lo bello: esta armonía será subjetiva, residirá en nosotros; y su existencia *a priori* necesaria y universal.

Como compuesta, la idea del objeto lleva consigo la variedad; como general, el otro término de la comparación es puramente subjetivo y consecuentemente uno.

La condición, pues, de lo bello es la concordancia de la variedad de la idea particular con la unidad general: condición que es por lo tanto necesaria en todos los juicios acerca de lo bello.

Pero existiendo esa armonía en el juego de las facultades y requiriéndose para ella la unidad, ésta será subjetivamente absoluta, y todo lo que en la idea particular del objeto no estuviera con ella nunca podrá ser juzgado bello.⁶⁹

Como lo señalé en el capítulo anterior, “Poesía. Imitação – Bello – Unidade” nació como una crítica romántica a la estética neoclásica de la “imitación de la naturaleza”. La belleza –afirmaba ahí el autor– no consistía en la copia pasiva de la esencia racional e inmutable de los objetos de la naturaleza; aquélla surgía de la conjunción “armónica”, “subjetiva”, de la “idea del objeto” y de una “idea general” puesta por el poeta. Traducido esto a un lenguaje menos oscuro, Herculano defendía que lo bello surgía cuando el poeta tomaba de la realidad –y fundamentalmente de la realidad pasada–⁷⁰ una serie variada de materiales y, por medio de su subjetividad, le daba un sentido, una unidad no sólo formal sino también espiritual. El poeta no era, pues, un espejo que reflejaba la imagen del mundo,

⁶⁸ *Vid. supra.*, Capítulo III, apartado “La belleza historizada”.

⁶⁹ Alexandre Herculano, “Poesia. Imitação – Bello – Unidade” [Repositório Literário, 1835], in *Opúsculos IX*, pp. 49-50.

⁷⁰ “Pero el poeta está constreñido a encerrarse en la época y en el país cuya historia se encuentra escrita por un sistema racional, o a ser al mismo tiempo historiador y poeta, tarea difícil debajo de la cual pocos hombros resistirán; pero que es indispensable llevar a cabo aquél que quiera encarnar su obra dramática en la historia del pasado, bajo pena de caer en lo convencional e incompleto del teatro antiguo, porque no basta sacudir el yugo de los preceptos pueriles de las poéticas para escribir el drama histórico: importa redactarle la fórmula, y ésta no está en hallar cuatro fechas, y seis nombres ilustres, sino en la resurrección completa de la época escogida para en ella delinear la concepción dramática. Primero que todo, importa que esa época se levante, como Lázaro a la voz de Jesús, llena de vigor y de vida”. Alexandre Herculano, “D. Maria Telles. Drama em Cinco Actos. Parecer” [1842], in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 243-345.

sino una lámpara que proyectaba su luz sobre el mismo.⁷¹ Vistas así las cosas, cabría entonces concluir, como lo señalé, que la de este autor fue una posición netamente subjetivista de la actividad poética. Con todo, en las mismas líneas citadas de “Poesía. Imitação – Bello – Unidade” hay elementos que permiten suavizar esta afirmación. Me refiero más que nada a su asunción tácita de que la realidad era en sí misma algo ya de por sí significativo, algo con una cierta coherencia: en la realidad, decía, había “ideas” –la “idea del objeto”– que el poeta debía “armonizar” con otra “idea general” producto de su subjetividad.

Para entender el significado de esta afirmación de Herculano, será necesario hacer algunas precisiones sobre su concepción de la realidad. En capítulos anteriores se dijo que la comprendió como un flujo constante, como un proceso creador de la multiplicidad de los fenómenos históricos, únicos e irrepetibles.⁷² Empero, considero vital apuntar ahora que dicha concepción no implicó que la tuviera como un sinsentido. Todo lo contrario. Tal y como se deja ver en el último extracto, el autor creyó que la realidad expresaba, ya de por sí, ciertas “ideas”, cierto orden. Es posible apuntalar tal aseveración trayendo a cuentas un argumento suyo contenido en la “Introducción” a su novela *O Monge de Cister*. Me refiero particularmente a la definición que hizo ahí del pasado medieval portugués como un “libro precioso y único”, si bien incompleto, “rasgado”, en el presente.⁷³ De esa metáfora del “libro” se deduce un concepto de la realidad como algo que, independientemente del sujeto que la considerara desde el presente, había sido en su momento un todo pleno de sentido –una “idea” o un cúmulo de “ideas”, un “libro”. A este sentido intrínseco de la realidad pareciera referirse el autor de “Poesía. Imitação – Bello – Unidade” con su vaga referencia a la “idea del objeto”. Ahora, importa subrayar que ese sentido original de la realidad al poeta le era imposible conocerlo a cabalidad. La labor de este último consistía, más bien, en valerse de la “imaginación del artista” y del “faro del anticuario” para tratar de conciliar –“armonizar”– los fragmentos que le restaban de la “idea del objeto”, con sus propias ideas a este mismo

⁷¹ Cfr., M. H. Abrams, *op. cit.*, p. 52.

⁷² Para comprobarlo, basta pensar en las imágenes de la juventud y la vejez citadas con anterioridad –metáforas, sin duda, del presente y el pasado. “La mocedad” decía, “es el río, torrente del invierno arrastrando peñas en las aguas turbulentas”; “la vejez es el océano, serena en la superficie mientras remolinos y corrientes se baten debajo de ese dorso tranquilo”. *Vid. supra.*, p. 142.

⁷³ Alexandre Herculano, *O Monge de Cister*, vol. I, pp. 3-4.

respecto –la “idea general”. Dicha actividad de conciliación era lo que permitía al poeta recomponer “un capítulo del libro” de la realidad pasada.⁷⁴

Ahora, no será difícil notar, a continuación, que Herculano tuvo a la comprensión histórica, a la “resurrección” del pasado, como una operación bastante semejante al acto de *poiesis* cuyos fundamentos teóricos describió en “Poesía. Imitação – Bello – Unidade”. Para demostrarlo, presento aquí otro fragmento del ya mencionado artículo “A Velhice”:

Fue entonces que poblé de sucesos su vida pasada [la del viejo]. ¡Quién sabe si la imaginación me dijo más verdad de lo que me diría la narración del mendigo! Novela, historia, ¿cuál de estas dos cosas es más verdadera? Ninguna, si lo afirmamos absolutamente de cualquiera de ellas. Cuando el carácter de los individuos o de las naciones es suficientemente conocido, cuando los monumentos y las tradiciones, y las crónicas dibujan ese carácter con un pincel firme, el novelista puede ser más verídico que el historiador; porque está más habituado a recomponer el corazón del pueblo que pasó por el del pueblo que pasa. Entonces de un dicho, o de muchos dichos, deduce un pensamiento o muchos pensamientos, no reducidos al recuerdo positivo, no traducidos, hasta, materialmente; de un hecho o de muchos hechos deduce un afecto o muchos afectos, que no se revelaron. Ésta es la historia íntima de los hombres que ya no son: ésta es la novela del pasado. Quien sabe hacer esto se llama Scott, Hugo, o De Vigny, y vale más, y cuenta más verdades que una docena de historiadores.

Porque éstos recogen y apuran monumentos y documentos, que muchas veces fueron levantados o redactados con la intención de mentir a la posteridad, en cuanto la historia del alma del hombre deducida lógicamente de la suma de sus acciones incontestables, no puede fallar, salvo si la naturaleza pudiese mentir o contradecirse, como mienten y se contradicen los monumentos.⁷⁵

De entrada, resultará significativo advertir la semejanza entre las tesis sobre la actividad historiográfica expuestas en estas líneas y algunos planteamientos a este mismo respecto elaborados por Wilhelm von Humboldt en su famoso ensayo “Sobre la tarea del historiador” (1821). Para empezar, cabe resaltar que el vínculo establecido por ambos autores entre la comprensión histórica y la *poiesis* tuvo por base un deslinde con respecto al tipo de historiografía que se escribía en Europa occidental a comienzos del siglo XIX: una de corte erudito, abocada a la descripción sucesiva de hechos extraídos del *corpus* documental.⁷⁶ En “Sobre la tarea del historiador”, Humboldt tomó distancia de esta clase de historia y declaró que con “la desnuda separación de lo sucedido”, con la crítica documental, “se ha ganado apenas el esqueleto del acontecimiento. Lo que se obtiene mediante esto constituye el

⁷⁴ Alexandre Herculano, *O Monge de Cister*, vol. I, pp. 3-4.

⁷⁵ Alexandre Herculano, “A Velhice”, *op. cit.*, p. 73-74.

⁷⁶ *Vid. supra.*, pp. 92-93.

funcionamiento necesario de la historia; la materia para ella; mas no la historia”.⁷⁷ Dos décadas más tarde, en su artículo “A Velhice”, Herculano declaraba, por su parte, que la historia erudita no iba más allá de “recoger” y “apurar” documentos y monumentos –era un tipo de historia que en muchos otros lugares de su obra definió como “un esqueleto de sucesos políticos y de nombres célebres”.⁷⁸ Conviene aclarar que, pese a las duras afirmaciones de ambos contra la historia erudita, ninguno fue enemigo de la crítica documental. De hecho, los dos la consideraron como uno de los fundamentos para llegar a la “verdad”, es decir, a la “descripción de lo sucedido”.⁷⁹ Empero, ambos se negaron a creer que el núcleo de la “verdad” histórica consistiera en una mera *mimesis* de los hechos tal cual aparecían en los monumentos auténticos. Contrarios a esta postura, aseveraron que en historia se llegaba a la “verdad” por el camino de la comprensión –un camino que Humboldt describió como “semejante al que sigue el artista que busca la verdad de la forma”.⁸⁰

No extraña que los argumentos de estos dos autores en torno a la comprensión histórica parezcan tan semejantes: como lo señaló Albin Beau en sus estudios sobre la influencia de la Escuela histórica en la obra de Herculano, éste conoció a profundidad los trabajos de varios de los discípulos de Humboldt, entre ellos los de Ranke, Savigny y Schaefer.⁸¹ El autor portugués, es cierto, jamás mencionó haber leído “Sobre la tarea del historiador”, sin embargo, es factible detectar una impronta humboldtiana en su concepción de la hermenéutica histórica. Así, para poder entender su postura a este respecto, considero

⁷⁷ Wilhelm von Humboldt, “Sobre la tarea del historiógrafo”, in Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 96.

⁷⁸ Alexandre Herculano, “Historiadores Portuguezes”, [1839-1840, *O Panorama*], in *Opúsculos. Tomo V*, p. 9.

⁷⁹ Wilhelm von Humboldt, *op. cit.*, p. 95. Alexandre Hercuano, *História de Portugal*, vol. I, p. 47: “Averiguar cuál fue la existencia de las generaciones que pasaron, he ahí el ministerio de la historia. Su fin es la verdad. Donde el autor erró involuntariamente es condenable el libro; donde pretendió engañar a los que lo leen, la condenación debe caer sobre el libro y conjuntamente sobre el autor [...] Es el interés de la ciencia que lo exige. En las doctrinas de opinión tal vez sean lícitas las concesiones: en las materias de hechos serían absurdas. La verdad histórica es una”.

⁸⁰ Wilhelm von Humboldt, *op. cit.*, p. 105.

⁸¹ *Cfr.*, Albin Beau, pp. 193-224. En el cuerpo del texto y en las notas a pie de página de la *História de Portugal*, la *História da Origem e Estabelecimento da Inquiçãõ em Portugal* y de muchos de sus opúsculos históricos, aparecen mencionadas las obras de varios de los integrantes de la llamada Escuela histórica alemana, entre ellas la *Geschichte von Portugal* de Schaefer, la *Roemischen Geschichte* de Niebuhr, el *Roemischen Rechts im Mittelalter* de Savigny, la *Deutsche Staats und Rechts Geschichte* de Eichhorn y *Die Roemischen Pæpste* de Ranke.

importante traer a colación algunos de los planteamientos teóricos del historiador y filósofo alemán.⁸²

Humboldt afirmó que lo que el historiador podía “observar” directamente en la realidad pasada era un cúmulo de acontecimientos cuyas manifestaciones se mostraban “dispersas”, “incoherentes y aisladas”. Empero, sostuvo que al interior de toda serie caótica de hechos pasados existía una “unidad” esencial, un conjunto de “íntimos nexos causales” que constituían su “verdad interior”, y que permanecía oculta a la observación directa del historiador.⁸³ La tarea de éste –que era al mismo tiempo, diferente y muy semejante a la del poeta– consistía, precisamente, en “reconocer” y “dar forma” a esa “verdad interior”.⁸⁴ Para lograrlo debía seguir dos métodos aparentemente contradictorios.⁸⁵ En primer lugar, precisaba abocarse a la investigación “exacta, imparcial y crítica de lo sucedido”, pues dicha actividad le permitiría “abstraer” la forma “necesaria” de los acontecimientos.⁸⁶ Posteriormente, debía usar su “imaginación” de historiador –que no era idéntica a la “fantasía” del artista–, es decir, su “capacidad conectiva”, para vislumbrar las conexiones entre esos hechos y poder así configurarlos como coherencias formales unitarias y significativas –como “ideas históricas”.⁸⁷ Humboldt asumió que no existía ninguna contradicción entre estos dos procedimientos, respectivamente de “aportación” y de “abstracción” de “la verdadera forma de los sucesos”. Para él, ambos métodos eran parte de la comprensión histórica, pues pensaba que ésta no era “en modo alguno un despliegue único del primero; tampoco una mera inferencia del segundo”, sino los dos al mismo tiempo. La contradicción aparente, decía él, desaparecía cuando se reparaba en la existencia de una congruencia original entre sujeto y objeto, entre la conciencia del historiador y la historia universal; cuando se advertía que al interior del “corazón humano” –de la conciencia del sujeto que estudiaba el pasado– se movían las mismas ideas que estaban activas al interior de la historia universal –la “verdad interior”, el objeto.⁸⁸

⁸² Para una explicación concisa y profunda de la teoría hermenéutica de Humboldt, *Cfr.*, Hayden White, *Metahistoria*, pp. 175-183. *Cfr.* Frank Ankersmit, “Historicism: An Attempt at Synthesis”, in *History and Theory*, Vol. 34, No. 3, Wesleyan University, Oct. 1995, pp. 151-155.

⁸³ Wilhelm von Humboldt, *op. cit.*, p. 95.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 96-97.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 97.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 97 y 107.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 96-97, 101 y 106.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 107-108.

Si bien con un menor grado de profundidad teórica, tesis muy similares sobre el tema de la comprensión histórica se advierten en el artículo “A Velhice” de Herculano. Los párrafos citados con anterioridad⁸⁹ evidencian que también este último pensó que al interior del cúmulo de hechos referidos por los “monumentos” existía una “historia íntima”, una suerte de forma o de coherencia significativa de los hechos que no se dejaba observar directamente por el historiador. Al igual que Humboldt, el autor portugués tuvo por cierto que sólo una “imaginación” histórica cercana a la *poiesis* podía detectar esa “verdad” latente en las series de hechos pasados. Dicha “imaginación” consistía en la “deducción lógica” del “pensamiento” o “afecto” implicado por un conjunto de acciones. Del mismo modo, habrá que subrayar que la hermenéutica histórica de Herculano tuvo por base una asunción metafísica similar a la de Humboldt. Me refiero a que supuso la congruencia original entre el sujeto y el objeto, entre el historiador y la historia universal. “Recomponer el corazón del pueblo que pasó por el del pueblo que pasa”, entiéndase, la “resurrección” del pasado o comprensión histórica, era posible porque las mismas ideas que actuaban en el “corazón” del sujeto se movían en el “corazón” de los objetos del pasado estudiados.⁹⁰ El reconocimiento de esta presuposición ontológica en el pensamiento del portugués permite visualizar que, lo mismo que en el caso del filósofo e historiador prusiano, la interpretación histórica no fue para él una mera aportación del sujeto, ni una mera abstracción de los hechos contenidos en los documentos, sino una labor de “armonización” de las ideas latentes en el sujeto y en el objeto. Esta “armonización” era, de hecho, una actividad muy semejante a la que adscribió al poeta, pues como afirmó en “Poesia. Imitação – Bello – Unidade”, la imaginación tenía por finalidad configurar una unidad significativa a partir de la “armonización” de la “idea general” subjetiva –el “corazón del pueblo que pasa”– y la “idea del objeto” –el “corazón del pueblo que pasó”.

⁸⁹ *Vid. Supra.*, p. 179.

⁹⁰ “El embarazo procede de la falsa luz a que se ha visto siempre esta cuestión histórica, haciendo de varios hechos uno solo, de diversas guerras una guerra, de varios convenios una concordia única. Bastaba la razón para indicar lo contrario. Los dos reyes tenían a pecho poseer tales territorios: ninguno de ellos, por eso, había de perder el deseo de ocuparlos, salvo cuando hallase mayor interés en no hacerlo. Esto es verdadero de la índole humana; esto es lo que se practicaba en la Edad Media sin grandes escrúpulos y disfraces. Bien mal lo habrá estudiado quien no supiera cuán frecuente y poco hipócrita era la quiebra de la fe en los más solemnes pactos. Hoy las naciones y los gobiernos son más discretos. Aman la plausibilidad y saben adornar con arte en sus actos escritos la deslealtad y la violencia. En el resto las cosas no mudaron; y si del pasado aprendemos para el presente, la historia ha de aprovechar siempre en estudiar en el corazón humano «que es» el corazón humano «que fue». Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 669.

Pero, ¿qué eran concretamente estos “pensamientos” o “ideas” que Herculano propuso como inmanentes tanto a la realidad pasada como a la conciencia del historiador? Como apunté, Humboldt y quienes siguieron sus tesis sobre la comprensión histórica, y entre éstos es factible incluir al autor portugués, concibieron las “ideas históricas” como coherencias formales, como unidades orgánicas que aglutinaban y daban sentido a una serie de hechos pasados extraídos de la crítica documental.⁹¹ Esto en términos abstractos. Ya en lo concreto, aquellos pensadores sostuvieron que dichas ideas se manifestaban como entidades socio-históricas tales como el Estado, la nación, el lenguaje, el *Volkgeist* o carácter del pueblo, y el *Zeitgeist* o espíritu de la época.⁹² Esta noción de la forma concreta que guardaban las ideas históricas se observa en el extracto de “A Velhice”, particularmente en la referencia que su autor hizo al “carácter” de los individuos o de la nación que es posible reconstruir a partir de los monumentos. Para reafirmar este planteamiento, presento a continuación un párrafo de la *História de Portugal* que muestra cómo Herculano pretendió conferir unidad y significado a una serie de hechos pasados a partir de la idea histórico-social del “carácter” o “índole” de la nación portuguesa:

Acabamos de ver cuáles elementos de población se habían acumulado sobre el suelo de nuestro país en la infancia de la nación. Los hombres de raza hispano-gótica, aunque modificada por influencias extrañas, no sólo predominaban en número entre los individuos de diverso origen, sino también constituían casi exclusivamente la sociedad, ya incorporando en sí los otros elementos, ya conservándolos separados y haciéndoles sentir por esa misma separación su inferioridad. Ahora cumple que estudiemos la índole interna, la organización social de esa raza dominadora, de esa raza que era la nación y de la que las otras apenas se podían llamar accesorios. Es necesario que examinemos la fisiología de este cuerpo moral, cuya vida externa hasta aquí hemos narrado; que averiguemos la situación del pueblo, del gran número, y después la de las clases privilegiadas, de los hombres de excepción; que observemos el mecanismo de la administración pública y de las leyes civiles; que, en suma, intentemos delinear el cuadro de la existencia interna del Estado y de las mutuas relaciones que unían todos sus miembros.⁹³

⁹¹ “De este modo el historiógrafo, mediante el estudio de las creadoras fuerzas de la historia universal, concibe una imagen general de la forma en que todos los acontecimientos se conectan, y dentro de esta esfera se encuentran las ideas de las que antes hablamos. Ellas no han sido proyectadas dentro de la historia, sino, antes bien, constituyen la esencia de ésta. Porque cada fuerza, viva o muerta, actúa según las leyes de su naturaleza y todo lo que acontece se encuentra, conforme al espacio y el tiempo, en inseparable conexión”. Wilhelm von Humboldt, *op. cit.*, p. 108. *Cfr.* Frank Ankersmit, “Historicism: An Attempt at Synthesis”, pp. 154-155.

⁹² *Cfr.*, Wilhelm von Humboldt, *op. cit.*, pp. 114-115. *Cfr.* Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Psychology*, p. 113. *Cfr.*, Jaap den Hollander, *op. cit.*, p. 56. *Cfr.*, Mark Bevir, “Why Historical Distance is not a Problem”, *History and Theory*, Theme Issue 50, Wesleyan University, December 2011, p. 26. *Cfr.*, Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, p. 124. *Cfr.*, Francisco Vázquez García, *op. cit.*, pp. 35-43.

⁹³ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 187.

Las líneas aquí transcritas constituyen las palabras iniciales de la “Parte II” del “Libro VII” de la *História de Portugal*. Dicho apartado es un punto clave de la obra, pues se enfoca en la discusión de la organización social o “índole interna” del naciente Reino de Portugal. De este extracto me interesa, sobre todo, destacar cómo Herculano utilizó el concepto de la “índole” para aprehender, organizar y dar unidad a una serie de acontecimientos de diversa naturaleza.⁹⁴ En estas líneas es evidente que fenómenos como la “situación del pueblo” y de las “clases privilegiadas”, la “administración pública” y las “leyes civiles” –hechos o conjuntos de hechos que, páginas adelante, el autor afirmó haber extraído de monumentos tales como las leyes tradicionales, las cartas de constitución municipales (*forais*) y las *inquirições* o cuestionarios reales– aparecen amalgamados por la idea de una entidad socio-histórica que el autor ha definido como la “índole” o “existencia interna del Estado”.

Para mejor entender lo que Herculano pretendió y consiguió en su *História* al insertar el concepto de la “índole” medieval del pueblo portugués, considero prudente traer a cuentas la discusión que Frank Ankersmit desarrolla en torno a la naturaleza de las *historische Ideenlehre* o “ideas históricas” del temprano historicismo decimonónico. En su libro *Narrative Logic* (1983) y, también, en su artículo “Historicism: An Attempt at Synthesis” (1995), el filósofo neerlandés plantea que las “ideas históricas”, conceptualizadas durante la primera mitad del siglo XIX principalmente por Humboldt y Ranke, surgieron de la inconformidad de esos autores respecto a los planteamientos sustancialistas sobre la realidad socio-histórica propios de la filosofía iusnaturalista-ilustrada del siglo XVIII.⁹⁵ Esta última filosofía, dice Ankersmit, tuvo por premisa ontológica que la realidad social, lo mismo que la natural, era un mundo de objetos que permanecían idénticos en el curso de la historia. El

⁹⁴ El concepto de la “índole” portuguesa de Herculano ha sido ampliamente discutido por diversos críticos, entre otros, por António José Saraiva, Albin Eduard Beau y Fernando Catroga. En sus respectivos trabajos, estos autores señalan la deuda del historiador portugués en relación al concepto del “carácter del pueblo” proveniente de la margen izquierda del Rin. Albin Beau y Fernando Catroga subrayan que Herculano entendió a la “índole” del pueblo a la manera que lo hicieron los autores alemanes desde Herder hasta Ranke, pasando por Humboldt y Savigny, esto es, como una totalidad de hechos con caracteres individuales. *Cfr.*, Albin Beau, *op. cit.*, pp 188 y 205. *Cfr.*, Luís Reis, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 70. Sin embargo, ninguno de los dos hizo énfasis en la naturaleza temporal del “carácter” o “índole” del pueblo tal y como lo pensaron los historiadores alemanes. Para Catroga, por ejemplo, la “índole de la nación” herculaniana “remitía a una visión esencialista de la historia”; era una suerte de “fundamento a-histórico de la historicidad de la nación”. En esta tesis sostengo que Herculano pensó la “índole” portuguesa en términos absolutamente históricos, temporales, como una sustancia-cambiante que se desarrolla en el tiempo.

⁹⁵ *Cfr.*, Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, pp. 120-121. *Cfr.*, Frank Ankersmit, “Historicism: An Attempt at Synthesis”, pp. 143-146.

ejemplo básico que utiliza para esclarecer esta afirmación es Edward Gibbon y su *The Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1788). Sostiene que el historiador británico creyó que la realidad socio-histórica estaba conformada por entidades tales como el “Imperio romano”, las cuales poseían una esencia que persistía a lo largo del tiempo –cualquier cambio histórico perceptible en ellas no era visto sino como una modificación periférica a su esencia inmutable.⁹⁶ Ankersmit plantea que no fue total, sino parcial, el deslinde emprendido por Humboldt y Ranke en relación a esta clase de concepción esencialista de la realidad. Efectivamente –afirma–, los autores alemanes rompieron con la creencia en un mundo socio-histórico esencialmente inmutable y asumieron que “en el proceso histórico todas las cosas están en un flujo permanente que toca no sólo los aspectos superficiales y contingentes de la realidad histórica, sino también lo que los esencialistas pensaron que era la sustancia de las entidades socio-históricas”.⁹⁷ Aún así, a su parecer, los historicistas persistieron en el tratamiento de esos conjuntos de hechos socio-históricos orgánicamente significativos, me refiero a las “ideas históricas”, en los términos de sustancias: sólo que ahora como sustancias sujetas al tiempo y al cambio.⁹⁸ Sucedió que los historiadores alemanes del temprano siglo XIX reconocieron bien pronto que, para alcanzar cierta coherencia en sus relaciones sobre la realidad particular y cambiante, para que esas relaciones no redundaran en la mera cronología, precisaban de la existencia de ciertas identidades –los estados, las naciones, las instituciones, el carácter de los pueblos y de las épocas– que persistieran a lo largo del tiempo; en otras palabras, precisaban de configurar ciertos núcleos significativos que, por más paradójico que pueda parecer, cambiaran y persistieran en el tiempo. La solución que dieron a este problema fue “la atribución de una ‘entelequia’ a las entidades socio-históricas que investigaron como historiadores”.⁹⁹ Cual si se tratara de organismos vivos semejantes a las plantas, tuvieron por inherente a ellas, que a lo largo de un proceso de desarrollo manifestaran paulatinamente todas las propiedades que estaba proyectado que tuvieran –así como “la

⁹⁶ Cfr., Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, pp. 120-121. Cfr., Frank Ankersmit, “Historicism: An Attempt at Synthesis”, pp. 146-147.

⁹⁷ Cfr., Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, p. 121. Cfr., Frank Ankersmit, “Historicism: An Attempt at Synthesis”, p. 152.

⁹⁸ Cfr., Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, p. 122.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 122-123. Kenneth Burke explica que el concepto aristotélico de la “entelequia”, en tanto que “un objetivo contenido dentro de la entidad” es una analogía “esencialmente biológica”. Sugiere dicha analogía que “la semilla ‘implícitamente contiene’ el futuro conforme a su naturaleza, si ocurren en el orden adecuado las condiciones externas para su desenvolvimiento y cumplimiento”. Kenneth Burke, *Rhetoric of Religion. Studies in Logology*, Los Angeles, University of California Press, 1970, p. 246.

entelequia de la semilla de roble debía pasar por un número de fases diferentes hasta al final convertirse en un árbol alto”.¹⁰⁰

Quizá sea un poco abstracta la explicación de Ankersmit sobre la naturaleza de las “ideas históricas” del temprano historicismo decimonónico, pero es preciso considerarla para entender la noción herculaniana de la “índole” de la nación. Ya se dijo que, a través de ésta, Herculano pretendió organizar y dar sentido a un conjunto de acontecimientos del pasado medieval portugués, tales como las leyes civiles, la administración pública, o la situación de las clases populares y privilegiadas. Conocido esto, bien podría afirmarse que la forma particular de organización de esos hechos, su “índole”, habría sido concebida por él como una suerte de esencia estática e independiente de otras que pudieran poblar el campo histórico; por ejemplo, que la “índole” específica e irreductible del pueblo medieval portugués, era una entidad distinta y autónoma en relación a la “índole” del moderno pueblo portugués. Con todo, resultará interesante advertir que el autor tuvo a esa “índole” medieval particular como parte de una “índole” general portuguesa que ordenaba y daba sentido a todos los hechos de Portugal –desde la fundación del Reino en 1139 hasta el siglo XIX. Si esto no fuera así, ¿cómo explicar que se refiriera a la “existencia interna” del Portugal medieval, a esa “índole” específica, como “la infancia de la nación”, es decir, como una suerte de etapa –la inicial– en el desarrollo multiseccular de la vida portuguesa? Las propias palabras del autor dan testimonio de esto:

Para seguir, no obstante, el orden de lo que ahí dije, me restringiré ahora a algunas consideraciones generales sobre las grandes épocas de nuestra historia. El carácter individual de cada una de ellas, y las diferencias sucesivas que de una para otra van apareciendo a los ojos de quien las estudia, sólo se pueden juzgar y distinguir al tratarlas especialmente. Es el resultado general de ese estudio; es la síntesis de muchos siglos, que para claridad debe preceder al análisis de cada uno de ellos. Tengo fe que semejante análisis nos habrá de confirmar las consideraciones que voy a hacer, y que son, si no me equivoco, el resumen de la filosofía de la historia nacional [...]

En dos grandes ciclos me parece dividirse naturalmente la historia portuguesa, cada uno de los cuales abarca unas pocas de fases sociales, o épocas: el primero es aquél en que la nación se constituye; el segundo el de su rápida decadencia: el primero es el de la Edad Media; el segundo el del Renacimiento [...]

Las naciones son en muchas cosas semejantes a los individuos: fácil ha sido instituir, no poéticamente, sino con todo el rigor filosófico, muchas analogías entre la sociedad y el hombre físico. En el individuo, cuya organización es viciosa o incompleta, la edad viril pasa rápida, y casi sin interrupción se pasa de la mocedad para la caída de la vejez: es ésta una verdad fisiológica. Dad a cualquier sociedad una organización incompleta, errada, o siquiera

¹⁰⁰ Cfr., Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, pp. 122-123.

extemporánea; torcedle las tendencias de su modo de existir primitivo; destruid los elementos sociales, acordes con ese modo de existir, y una formula política en parte diversa; y quedad ciertos de que ese vicio de constitución no tardará en producir su fruto de muerte. La razón, bien como la experiencia de los siglos, da pleno testimonio de esta verdad.¹⁰¹

A mi entender, las líneas citadas permiten apreciar cómo el pensamiento histórico de Herculano se estructuró también a partir de la paradoja historicista del sustancialismo-cambiante.¹⁰² La lectura de los primeros párrafos del extracto, donde su subraya la individualidad de las “épocas” de la historia de Portugal, podría llevar a pensar que su autor comprendió el campo histórico como una mera sucesión de momentos individuales sin ninguna conexión los unos con los otros.¹⁰³ No obstante, la amenaza desaparece cuando se repara en la imagen herculaniana de la “historia portuguesa” como una totalidad significativa conformada por dichas “épocas” o “ciclos” individuales –dos en específico. Así, ya en el último párrafo, la nación portuguesa aparece mejor dibujada como una entidad histórica semejante a un “individuo” humano, poseedor de un “carácter” que ha cambiado a lo largo del tiempo; que ha pasado por las distintas etapas de “infancia”, “edad viril” y “vejez”; pero que, paradójicamente, ha mantenido una esencia común a todas ellas, manifestando sus propiedades de manera paulatina a lo largo del tiempo.

De esta concepción del carácter portugués como una suerte de entelequia que se desarrolla en la historia se desprende una consecuencia que, en vista a la problemática que será discutida en el siguiente apartado –la utilidad del conocimiento histórico–, resulta importante señalar con anticipación. Como fue referido al inicio de la presente sección, la “resurrección” o comprensión herculaniana del pasado, cuyo clímax es, sin duda, la reconstrucción de la mencionada “índole portuguesa”, tuvo como premisa ontológica la intelección del pasado como algo distinto al presente y separado del mismo. Ahora es posible complementar esa premisa apuntando que Herculano pensó asimismo a ese pasado como continuo y consustancial al presente. Esta afirmación de una continuidad en la diferencia se evidencia, por ejemplo, en la interpretación que el autor hizo de las épocas como conglomerados únicos e irreductibles de acontecimientos individuales, los cuales, para resultar significativos, el historiador debía comprender como partes de una identidad cambiante, semejante un individuo humano que conserva y desarrolla una “índole” o carácter

¹⁰¹ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 124-136.

¹⁰² Frank Ankersmit, *Narrative Logic*, p. 122.

¹⁰³ *Cfr.*, Hayden White, *Metahistoria*, p. 146.

a lo largo de los años. De tal manera, por más diferente que el presente fuera respecto al pasado, el autor portugués presupuso que este último era una suerte de estado larvario del primero: el presente implicaba al pasado; el pasado contenía, en potencia, al presente. Fue esta concepción de la naturaleza continua de una realidad histórica diversa –que compartió con otros historicistas como Herder, Ranke, Humboldt o Hegel– la que le llevó a afirmar, por ejemplo, que no obstante sus profundas diferencias, la libertad “privilegio” del Portugal medieval y la libertad “general” de la nación moderna, ambas eran partes vitales del mismo carácter esencialmente “libre” de un Portugal que se desenvolvía en el tiempo. La primera era, de hecho, la “crisálida” de la segunda.¹⁰⁴ Herculano configuraba así una nueva unidad entre el pasado, el presente, y, también, el futuro de Portugal.

La historia: profecía en reversa

Desde muy temprano en su carrera intelectual, Herculano tuvo claro que la “resurrección” – la comprensión– del pasado, no era una actividad desprovista de utilidad práctica, es decir, que no era un “pasatiempo vano” o un mero escape de los problemas del presente. Por el contrario, pensó que esa operación cognitiva era el fundamento de una disciplina científica – de hecho, de una “ciencia de aplicación”– cuya finalidad era proporcionar “enseñanza y sabiduría para el presente y el futuro”.¹⁰⁵ A la vista de una tal concepción de la cualidad pedagógica del conocimiento histórico, ¿será acaso válido afirmar que este autor actualizó el viejo topos latino, aún vigente, por ejemplo, en la historiografía ilustrada, de la *Historia magistra vitae*? ¿Será que las abundantes referencias que sobre esta materia hizo en su obra, dejando incluso testimonio de ello en el epígrafe que ideó para su propio túmulo –“Aquí duerme un hombre que conquistó para la gran maestra del futuro, para la historia, algunas importantes verdades”–,¹⁰⁶ no fueron otra cosa que variaciones de la famosa fórmula clásica? No creo factible una respuesta afirmativa para esta cuestión. Considero que el sentido de “enseñanza” que el autor portugués atribuyó al conocimiento histórico estuvo muy lejos del significado que los clásicos le dieron y más cercano a la concepción romántico-historicista de la utilidad de la historia.

¹⁰⁴ Alexandre Herculano, “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” [1843-1844], in *Opúsculos. Tomo VI*, p. 253.

¹⁰⁵ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal” [1842], in *Opúsculos. Tomo V*, p. 135.

¹⁰⁶ Alexandre Herculano, “Do Estado das classes servas na Península” [1858], in *Opúsculos. Tomo III*, p. 332.

Como fue advertido, entre otros, por Karl Löwith, Hannah Arendt y Reinhardt Koselleck, el topos clásico de la *Historia magistra vitae*, válido durante alrededor de dos mil años, sólo tuvo sentido mientras prevaleció en Occidente una concepción eleática del ser.¹⁰⁷ La idea de la historia como colección de ejemplos –*Plena exemplorum est historia*–¹⁰⁸ de la cual el lector podía tomar “lecciones” para resolver situaciones presentes y futuras, y que se encuentra en autores tan disímiles como Tucídides, Maquiavelo o Condorcet,¹⁰⁹ tuvo por base la creencia en la inmutabilidad y la eternidad del ser del hombre.¹¹⁰ Desde el punto de vista de la concepción eleática, todo hecho humano seguía el patrón natural de crecimiento y decadencia; era, pues, una manifestación de la naturaleza humana.¹¹¹ Fue en este marco de pensamiento que los filósofos e historiadores clásicos, y sus herederos de la temprana modernidad, comprendieron la utilidad pedagógica del conocimiento histórico: si la realidad humana era una suerte de “espacio continuo de experiencia potencial”, el conocimiento del carácter esencial de las experiencias pasadas, de las leyes que las regían, debía servir para resolver casos potencialmente similares en cualquier tiempo y lugar.¹¹² De ahí que la prognosis no fuera para ellos un problema: en tanto que “estaban convencidos de que cualquier cosa que pasara seguiría el mismo patrón y tendría el mismo carácter que los hechos pasados y presentes”, creían en la posibilidad de conocer el futuro como si se tratara de un hecho dado.¹¹³

He señalado en varios lugares de esta investigación que la idea cíclica, natural, de la historia perdió su vigencia hacia finales del siglo XVIII, esto frente a otra romántica-

¹⁰⁷ Cfr., Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 4-7. Cfr., Hannah Arendt, *Between Past and Future. Eight Exercises in Political Thought*, intro. Jerome Kohn, New York, Penguin Books, 2006, pp. 41-48. Cfr., Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, pp. 27-31.

¹⁰⁸ Cfr., Cicerón, *De divinatione*, I:50, *cit. por.*, Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, p. 28.

¹⁰⁹ Que el pensamiento histórico de estos autores estuviese determinado por la misma concepción eleática del ser y por una noción semejante de la función pedagógica de la historia –cúmulo de ejemplos aplicables a la solución de problemas presentes y futuros–, no borra el hecho de que su pensamiento respondiese a circunstancias políticas, sociales, económicas y culturales diferentes.

¹¹⁰ Cfr., Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, p. 28.

¹¹¹ Cfr., Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 6-7.

¹¹² Cfr., Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, p. 28. Cfr., Robert Nisbet, *History of the Idea of Progress*, 4ta. ed., New Brunswick, Transaction Publishers, 2009, pp. 206-212.

¹¹³ Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 6 y 17. A Condorcet, por ejemplo, su “inextinguible fe en la ciencia y en las leyes de su movimiento y estructura, le llevó a pensar que la predicción del curso de la historia política, social y económica de los siglos futuros era una materia sencilla. El no fue el primer ‘futurologo’, pero nadie excedió la confianza de Condorcet en materia de predicción. ‘Si el hombre –decía– puede, con mucha seguridad, predecir fenómenos cuando conoce sus leyes... ¿por qué, entonces, debería ser visto como una fantasía con pretensión de verdad, modelar en base a la historia, el destino futuro del hombre?’”. Robert Nisbet, *op. cit.*, p. 209.

historicista que concibió a la realidad humana como un flujo constante, como cambio sustancial.¹¹⁴ Se sigue, entonces, que el eclipse de la cosmovisión eleática produjo alteraciones relativas al “magisterio” atribuido durante siglos a la historia. Si bien, como el caso de Herculano lo demuestra, la designación de la historia como “Maestra de la vida”, como gran aleccionadora del presente y del futuro, prevaleció, por lo menos, durante la primera mitad del siglo XIX, lo cierto es que el sentido de la misma difirió sobremanera respecto al significado clásico. Cuando se dejó de creer en la inmutabilidad del ser, cuando comenzó a pensarse que las experiencias eran y serían diferentes unas de otras, como sucedió a gran cantidad de autores desde finales del siglo XVIII, se perdió también la confianza en la capacidad de la historia para solucionar problemas actuales a partir de ejemplos pasados.¹¹⁵

Karl Mannheim y Frank Ankersmit han coincidido en señalar que, en el marco de la nueva estructura mental emanada de las revoluciones industrial y democrática, apareció también un nuevo sentido de la utilidad del conocimiento histórico. Este par de críticos sostiene que autores como Humboldt o Ranke, en su afán de salvar la brecha revolucionaria abierta entre el presente y el pasado, en su necesidad de configurar una nueva continuidad entre estos dos tiempos, concluyeron que la única manera de explicar al primero, ya fuera éste el presente de una nación, de un pueblo o de una institución, radicaba en el conocimiento de su historia, es decir, en el conocimiento de esa identidad suya que, de manera orgánica, se había desarrollado a lo largo de los siglos. Así, desde la perspectiva de Humboldt y Ranke, a los historiadores correspondía dar a conocer, educar a los políticos en el devenir de esa identidad, para que estos últimos, una vez reconocida aquélla, la gestionaran y desarrollaran de ahí en adelante, hacia el futuro.¹¹⁶

¹¹⁴ *Vid. supra.*, p. 65.

¹¹⁵ *Cfr.*, Karl Löwith, *op. cit.*, p. 17. *Cfr.*, Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, pp. 32-42.

¹¹⁶ *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Psychology*, p. 137. *Cfr.*, Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, p. 338. *Cfr.*, Frank Ankersmit, “Historicism: An Attempt at Synthesis”, p. 144. *Cfr.*, Álvaro Matute, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, pp. 16-24. Leopold von Ranke, “Über die Verwandtschaft und den Unterschied des Historie und der Politik”, in *Sämtliche Werke* t. XXIV, Leipzig, p. 288, *cit. por*, Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, p. 338: “Por consiguiente, la historia tiene el cometido de determinar la naturaleza del Estado, partiendo para este fin de los acontecimientos del pasado y de difundir esto, y a la política le corresponde desarrollar y llevar a cabo la misión histórica, una vez que ésta haya sido comprendida y reconocida como tal”. Wilhelm von Humboldt, “Sobre la tarea del historiógrafo”, in Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 116: “El quehacer y oficio del historiógrafo, en su última y, sin embargo, más sencilla solución, es la representación del esfuerzo de una idea en su lucha por alcanzar la realidad. Porque no siempre la idea lo logra en el primer intento y no pocas veces se bastardea en tanto que no consigue dominar absolutamente la materia activamente resistente, reaccionante”.

Herculano, me parece, expresó en su obra este sentido romántico-historicista de la “pedagogía” de la historia. Presento a continuación un fragmento de sus *Cartas sobre a História de Portugal* (1842) que dará pie a una discusión extensa sobre el asunto:

Mas, si la historia no es un pasatiempo vano; si, como toda ciencia humana, debe tener una causa final objetiva, al contrario del arte que por sí mismo es causa, medio y fin de su existencia; si al estudio de la historia patria cada pueblo va buscar la razón de sus costumbres, la santidad de sus instituciones, los títulos de sus derechos; si va buscar allá el conocimiento de los progresos de la civilización nacional, las experiencias lentas y costosas, que sus abuelos hicieron, y con las cuales la sociedad se educó para llegar de frágil infancia a virilidad robusta; si de esas experiencias, y de los ejemplos domésticos, deseamos sacar enseñanza y sabiduría para el presente y el futuro; si en la índole de la sociedad antigua queremos ir a vigorizar el sentimiento de nacionalidad, que, por culpa no sé si nuestra o ajena, está debilitado y casi borrado entre nosotros; no es por cierto en aquella brillante época [el Renacimiento portugués] que hemos de encontrar esos importantes resultados del estudio de la historia; porque la virilidad moral de la nación portuguesa se completó a fines del siglo XV, y su vejez, su decadencia como cuerpo social, debía comenzar inmediatamente.¹¹⁷

A primera vista, la lectura de este párrafo no parece revelar ningún sentido romántico-historicista de la utilidad pedagógica de la historia. Por el contrario, la definición que el autor hace ahí de la historia como un cúmulo de “experiencias” y “ejemplos” de los cuales es posible “sacar enseñanza y sabiduría para el presente y el futuro”, da la impresión de remitir a la antigua concepción clásica. Con todo, si se analiza con cuidado el fragmento, se advertirá que la “enseñanza” que se refiere no está sustentada en una concepción de la historia como repertorio de modelos de actuación posibles de aplicar en cualquier momento. En vez de eso, se muestra fundada en una base absolutamente temporal que reconoce la individualidad y la unicidad de las experiencias humanas. Esa base no es otra que el concepto de “índole” de la nación. No está de más recordar que, a la manera de los autores alemanes, Herculano pensó esa “índole” como una suerte de sustancia cambiante que se distendía en el tiempo; como una entealequia que, en razón de su naturaleza temporal, garantizaba la continuidad entre hechos o etapas individuales e independientes –v. gr., la continuidad entre la “índole” del Medioevo portugués y la “índole” del Portugal de la pos-revolución, ambas etapas históricas individuales de una misma “índole” portuguesa. Vistas así las cosas, un aire romántico-historicista se desprende de la afirmación del autor de que la misión del historiador consistía más bien en recordar o “enseñar” a su sociedad el desarrollo temporal de su propia “índole”:

¹¹⁷ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal” [1842], in *Opúsculos. Tomo V*, p. 135.

la “causa final objetiva” de la historia era lograr que las sociedades reconocieran su propio “carácter”, para que en el presente y en el futuro sus líderes políticos “vigorizaran”, gestionaran su vida teniendo en cuenta “la razón de sus costumbres, la santidad de sus instituciones, los títulos de sus derechos”, incubados en un proceso histórico de “experiencias lentas y costosas”.

Para mejor comprender la naturaleza y los alcances de este concepto pedagógico de la historia, hace falta profundizar en su relación estructural con aquella otra pedagogía de la historia definida casi mil quinientos años antes por san Agustín. Tengo esto por necesario, en la medida que no parece gratuito que, en el mismo fragmento citado de las *Cartas*, Herculano caracterice a la historia –en su doble acepción de realidad y conocimiento de esa realidad– a la manera agustiniana, esto es, como un proceso “educativo” o de revelación y realización temporal y progresiva de una “Verdad” presente de forma germinal desde un determinado momento original¹¹⁸ –“si va buscar allá el conocimiento de los progresos de la civilización nacional, las experiencias lentas y costosas, que sus abuelos hicieron, y con las cuales la sociedad se *educó* para llegar de frágil infancia a virilidad robusta; si de esas experiencias, y de los ejemplos domésticos, deseamos sacar enseñanza y sabiduría para el presente y el futuro”. Cual si se tratara de una variación secular de la idea figural-cristiana de la historia¹¹⁹ desarrollada por san Agustín en la *Ciudad de Dios* –“La educación de la raza humana, representada por el pueblo de Dios, ha avanzado, como un individuo, a través de ciertas épocas, o, mejor aún, eras, de manera que se ha elevado gradualmente de las cosas terrenales a las divinas”–,¹²⁰ Herculano afirmó que los pueblos se “educan” a través de la historia,

¹¹⁸ *Cfr.*, Robert Nisbet, *op. cit.*, pp. 47 y 61. *Cfr.*, Malcolm Bull, “Introducción: para que los extremos se toquen”, in Malcolm Bull (comp.), *La teoría del apocalipsis y de los fines del mundo*, trad. María Antonia Neira Bigorra, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, pp. 23-24. *Cfr.*, Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 166-173. *Cfr.*, Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 14.

¹¹⁹ *Cfr.*, Erich Auerbach, *Figura. Sacrae Scripturae Sermo Humilis*, trad. Yolanda García Hernández y Julio Pardos, Madrid, Editorial Trotta, 148 p. *Cfr.*, Northrop Frye, *El gran código*, pp. 103-127. Si he preferido utilizar en este trabajo el término latino “figura” de Auerbach, en vez de su equivalente griego, “tipo”, manejado por Frye, ha sido por una cuestión meramente técnica. Es preciso subrayar que ambos términos se refieren al mismo fenómeno hermenéutico. Sin embargo, más allá de considerar el mucho más detallado análisis que sobre esta materia emprendió Auerbach, encuentro que “figura” aventaja a “tipo” en tanto que el primero, y no el segundo, fue el término empleado por Tertuliano, Lactancio y Agustín. *Cfr.*, Eric Auerbach, *op. cit.*, pp. 91-93.

¹²⁰ Aurelius Augustin, Bishop of Hippo, *The City of God (Vol. I)*, tras. Marcus Dods, London, Edinburgh: T. & T. Clark, 1913, Libro X, Cap. 14, pp. 402-403: “La educación de la raza humana, representada por el pueblo de Dios, ha avanzado, como un individuo, a través de ciertas épocas, o, mejor aún, eras, de manera que se ha elevado gradualmente de las cosas terrenales a las divinas, de lo visible a lo invisible. Este objetivo fue tenido tan claramente a la vista, que, incluso en el periodo en que las recompensas temporales fueron prometidas, el único Dios se presentó como objeto de adoración, para que los hombres no reconocieran otros dios que el

avanzan en medio de “experiencias largas y costosas”, progresan a través de distintas etapas siempre en pos de alcanzar el desarrollo pleno de esa “índole” que les fue conferida desde su origen. En lo que a mí respecta, esta concepción de la historia como un proceso de “educación” o revelación progresiva de la “índole” nacional, amerita ser comprendida como una versión secularizada de la idea figural-cristiana de la “educación del género humano” a través de la historia. De nuevo, un ejemplo tomado de la obra del autor portugués ilustrará mi hipótesis de manera más nítida. Cito a continuación un fragmento de sus “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” (1843-1844):

Cuando se trata de la clase popular en nuestro país, pocos documentos por cierto ofrecen interés igual al de esas cartas de comuna, que organizándola le daban existencia política; que en la realidad la convertían en un elemento social. Allá está el origen de la energía siempre creciente del estado: allá fue lanzada a tierra la simiente impalpable, que naciendo y vegetando en medio de las tormentas humanas, de las transformaciones de la nación, produjo en el fin de seis siglos el árbol robusto de la libertad. Los pergaminos, tostados por el tiempo, en los cuales fueron escritos en un lenguaje siempre bárbaro, y a veces ininteligible, los fueros del hombre de trabajo, son uno de los más santos monumentos de la patria; son nuestros blasones, de nosotros, los hijos del pueblo; son nuestros libros de linaje. Poderosos y nobles hoy, porque hoy el trabajo es –debe por lo menos serlo– la primera nobleza, nos compete estudiarlos con sincera voluntad. Pero el título de derechos perdidos, más de una prueba de la justicia con que reivindicamos otros, ahí lo habremos de encontrar; y sobre todo hallar las deudas políticas que nuestros abuelos contrajeron, y las injurias que recibieron: las primeras –para pagarlas puntualmente, porque las generaciones populares forman un individuo solo, solidario consigo mismo en la sucesión de los tiempos; las segundas –¿para vengarlas? No, porque el pueblo es fuerte, y el fuerte debe ser generoso; sino para justificar nuestras obras, mal interpretadas a veces por la ceguera de honesta ignorancia, otras veces por las preocupaciones voluntarias de un egoísmo interesado [...]

Entre la naturaleza del concejo moderno, limitado en su corta acción administrativa, y la de los municipios fundados en los primeros tiempos de la monarquía, las relaciones que existen pasan poco más que por la identidad del nombre. Crisálida de la libertad, ella los despedazó al volar, llena de vida y rica de esperanzas, por la faz de la tierra. Los fueros del hombre libre que otrora tenían una existencia de privilegio –la existencia municipal– cuyo carácter era la exclusión, el celo, y la guerra, no sólo contra las clases altas que podían quebrar aquellos fueros y anular esta existencia, sino contra las otras agresiones políticas análogas, todo eso se convirtió de privilegio en derecho, de vida política local en libertad general, de conflicto de intereses municipales en unidad y armonía de intereses comunes.¹²¹

verdadero Creador y Señor del espíritu, aún en conexión con las bendiciones terrenales de esta vida transitoria”. La traducción es mía. Cabe señalar que antes de Herculano, autores como Fontanelle, Perrault, Lessing, Turgot, Herder y Condorcet tuvieron una concepción semejante de la historia como “educación del género humano”. *Cfr.*, Robert Nisbet, *op. cit.*, p. 61.

¹²¹ Alexandre Herculano, “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” [1843-1844], in *Opúsculos VI*, pp. 252-254.

La estructura figural de la interpretación herculaniana de la historia de Portugal contenida en estas líneas es perceptible en la metaforización que el autor hizo de la “índole” portuguesa –la libertad municipal encarnada por las “cartas de comuna”–¹²² en términos de una “semilla” y un “árbol”. Como lo señalé anteriormente, Herculano tuvo a dicha “índole”, no como algo eterno y estático, sino como una sustancia que permanecía y cambiaba, que se desarrollaba progresivamente en el tiempo. A partir de esta premisa debe entenderse su caracterización del concejo medieval de los primeros tiempos de la monarquía como una “semilla” o “crisálida” de la “libertad municipal”. Sucede que, desde su punto de vista, aunque era cierto que esta última había nacido en el seno del concejo medieval, también lo era que su desarrollo había sido parcial: se había consolidado como “privilegio”, “fuero” y “exclusión”. La “semilla” medieval no era, pues, el organismo pleno, sino una fase que contenía y anunciaba los elementos constitutivos del “árbol robusto” de la libertad que, “vegetando en medio de las tormentas humanas, de las transformaciones de la nación”, surgiría al “al fin de seis siglos”, ya no como “privilegio”, sino como “derecho general”.

Para reconocer por entero la naturaleza figural de la interpretación herculaniana de la historia de Portugal, hace falta profundizar en la estructura de la propia interpretación figural-cristiana. En términos generales, esta última designa una manera particular de leer la Biblia, de relacionar el Antiguo y el Nuevo Testamento. Sus primeros rastros se encuentran en las epístolas de Pablo, para luego concretarse en las obras de Tertuliano, Lactancio y Agustín.¹²³ Northrop Frye señala que dicho código de lectura implica pensar que “‘En el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento está oculto; en el Nuevo Testamento, el Antiguo Testamento se revela.’ Todo lo que sucede en el Antiguo Testamento es un ‘signo’ o presagio de algo que sucederá en el Nuevo Testamento”.¹²⁴ Así, por ejemplo, a partir de una lectura figural de la Biblia, se consideraría, como lo hizo Tertuliano, que Jeremías 11:19 –“¡Y yo que estaba como cordero manso llevado a matadero, sin saber que intrigaban contra mí!: «Destruyamos el árbol en su vigor; bórrelo de la tierra de los vivos, y su nombre no vuelva a mentarse»”– es un presagio del relato de la Pasión de Cristo del Evangelio de Marcos

¹²² El problema de la naturaleza municipal de la índole portuguesa será tratado con mayor amplitud en el “Capítulo V” de esta investigación.

¹²³ Cfr., Eric Auerbach, *Figura*, pp. 67-98. Cfr., Northrop Frye, *El gran código*, p. 104.

¹²⁴ Cfr., Northrop Frye, *El gran código*, p. 104.

(Mc 15:1-47).¹²⁵ Por otro lado, observada con mayor profundidad –aseguran Eric Auerbach y Frye–, esta manera de leer la Biblia evidencia un “modo de pensar” el “proceso histórico”,¹²⁶ una “interpretación de la historia universal”.¹²⁷ Esta concepción de la historia, que Pablo y los padres de la Iglesia retomaron de los antiguos profetas de Israel, consiste en la configuración de una conexión entre dos acontecimientos reales, históricos, o que son tenidos por tales, uno pasado y otro presente o futuro –*v.gr.* el cordero pascual del relato del Éxodo y la crucifixión de Cristo referida por Marcos. A grandes rasgos, se trata de la comprensión de un acontecimiento pasado –la “sombra”, la “figura” o el “tipo”– no sólo como él mismo, sino también como una anticipación o prefiguración de un acontecimiento presente o futuro, mientras que este último –la “realización”, la “consumación” o el “antitipo”– es concebido como incluyendo y cumpliendo al primero.¹²⁸ Cabe señalar que la relación que la perspectiva figural establece entre dichos acontecimientos –lo repito, separados temporalmente pero inmersos en una misma línea temporal– es pensada como una revelación divina, no deducible del propio acontecer cronológico. Esto quiere decir que se debe entender a esta interpretación de la historia en el marco de dos ejes: uno vertical y otro horizontal: “implica la interpretación de un proceso universal y terrenal por medio de otro [divino]; el primer proceso significa el segundo, y éste consume aquél”.¹²⁹

¹²⁵ *Cfr.*, Eric Auerbach, *Figura*, pp. 70-72.

¹²⁶ *Cfr.*, Northrop Frye, *El gran código*, p. 105.

¹²⁷ *Cfr.*, Eric Auerbach, *Figura*, p. 106.

¹²⁸ *Cfr.*, Eric Auerbach, *Figura*, pp. 99-100. *Cfr.*, Northrop Frye, *El gran código*, pp. 105-106.

¹²⁹ Eric Auerbach, *op. cit.*, p. 106. Un ejemplo bíblico ilustrará de buena manera esta concepción de la historia. Repárese en este fragmento extraído del libro de Jeremías: “Van a llegar días –oráculo de Yahvé– en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos –oráculo de Yahvé–. Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días –oráculo de Yahvé–: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo «Conoce a Yahvé», pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande –oráculo de Yahvé–, cuando perdone su culpa y su pecado no vuelva a acordarme”. (Jr 31-31:34) Lo primero que debe advertirse en estos versículos es que los dos hechos que refieren –las dos “alianzas” de Yahvé con su pueblo– son pensados como históricos, como terrenales, si bien se los asume separados en el tiempo: uno se hunde en pasado, la primera “alianza” de Dios con su pueblo tras el éxodo de Egipto, mientras el otro se proyecta hacia un futuro inexistente, pero terrenal, la “nueva alianza” que salvará a Israel –éste es el sentido horizontal de la interpretación figural. (Cabe recordar que el futuro escatológico del judaísmo, a diferencia de lo que acontece en el cristianismo, es esencialmente histórico, terrenal. La esperanza judía no se cifra en un mundo futuro fuera del tiempo, sino en la llegada terrenal de un Mesías davídico que restaurará la gloria de un Israel soberano). *Cfr.*, Hans Küng, *El judaísmo. Pasado, presente, futuro*, trad. Victor Abelardo Martínez de Lopera y Gilberto Canal Marcos, séptima edición, Madrid, Editorial Trotta, 2013, p. 82. *Cfr.*, Northrop Frye, *op. cit.*, p. 108.). Ahora, se plantea también ahí que esos dos hechos se encuentran conectados a través de algo que rebasa su mero acontecer, que tiene que ver con un Plan providencial –éste sería el sentido vertical de la interpretación figural. Dios ha revelado a su

Ahora, en la medida que la interpretación figural de la historia universal concibe a los hechos presentes y futuros –únicos e irrepetibles– como consumaciones de ciertos acontecimientos pasados –también únicos e irrepetibles– que los han anunciado, su estructura la convierte en una forma de pensamiento que precisa ella misma del paso del tiempo, de la historia.¹³⁰ En esto la interpretación figural se separa por completo del pronóstico de los clásicos, para quienes conocer el porvenir, incluso cuando trataban de inferirlo del pasado, no era en ningún sentido un asunto dependiente de la temporalidad. Bien dice Löwith que la prospectiva clásica, ya fuera ésta racional –como la de Tucídides o la de Polibio– u oracular –como la del Oráculo de Delfos–, se fundaba en la creencia en que “desde que la naturaleza humana no cambia, los hechos que sucedieron en el pasado ‘sucederán otra vez de la misma manera o de modo similar’ [...] Pues nada realmente nuevo puede ocurrir en el futuro cuando ‘la naturaleza de las cosas es crecer y también decaer’”.¹³¹ En contraste con la sabiduría clásica, la “interpretación profética [figural]” hebrea y cristiana estuvo basada en “una relación entre el tiempo y el conocimiento”. En la profecía bíblica o interpretación figural, afirma Malcolm Bull, el tiempo es un “requisito indispensable” para la comprensión de la “Verdad”, pues asume que Dios no la reveló completa a Adán en el inicio de los tiempos, sino que la fue revelando a sus profetas progresivamente a través de la historia –la educación del género humano en la “Verdad” acontece en la historia, diría Agustín.¹³² Así, la tarea de la interpretación figural se vuelve retrospectiva y no prospectiva: su misión consiste en estudiar el pasado con el fin de comprobar el cumplimiento progresivo de lo anunciado; deviene en una tarea cuya consecución precisa de la conversión progresiva del futuro en pasado. Esto

oráculo que el primer acontecimiento, la “alianza” mosaica, es una prefiguración provisional e incompleta de una “nueva alianza” que se proyecta hacia el futuro; a la vez, la misma divinidad ha indicado que la última “alianza” no cancela, sino más bien consuma, contiene y mejora a primera –“pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré”. Como puede observarse a través del fragmento del Libro de Jeremías, la interpretación figural del proceso histórico existía ya entre los antiguos profetas hebreos. Lo que hicieron Pablo y, más tarde, Agustín, fue apropiarse de ella, utilizándola para comprender los acontecimientos referidos por los Evangelios. *Cfr.*, Nothrop Frye, *op. cit.*, p. 108. Estos últimos hechos les resultaron inteligibles, en primer lugar, como consumaciones de las profecías planteadas en el Antiguo Testamento, pero también como prefiguraciones de la consumación final futura –el Apocalipsis– prometida por Dios desde el inicio de los tiempos. De tal manera que, por ejemplo, la Pasión de Cristo –un hecho que los apóstoles y los padres de la Iglesia tuvieron por histórico, como acontecido una sola vez en el tiempo–, llegó a ser vista por Pablo, simultáneamente, como la consumación de otro hecho histórico, la Pascua judía (Ct 5:7-8), y como una prefiguración de la Salvación plena que tendría lugar en el futuro Día del Señor (Ct 15:1-27) –el cual comenzaría en el tiempo, pero conduciría a la eternidad. *Cfr.*, Eric Auerbach, *Figura*, pp. 106-108.

¹³⁰ *Cfr.*, Malcolm Bull, *op. cit.*, pp. 24-25.

¹³¹ Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 7-9.

¹³² *Cfr.*, Malcolm Bull, *op. cit.*, p. 24. *Cfr.*, Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 16.

explica por qué Löwith y Auerbach definieron a esta clase de interpretación como una “profecía en reversa” o una “profecía real”. En primer lugar, porque trataba de hechos históricos; y en segundo, porque su finalidad era comprobar la consumación de lo anunciado en el pasado a partir de su referencia a un futuro ya acontecido, quiero decir, a un futuro del pasado ya también convertido en pasado –v.gr. los apóstoles tuvieron por reales a las profecías del Antiguo Testamento precisamente porque el hecho futuro que creyeron que las consumaba, el nacimiento y la muerte de Cristo, ya había acontecido, ya era pasado.¹³³

Conociendo la estructura de la interpretación figural-cristiana, al volver la vista al fragmento de los “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” citado páginas atrás, se podrá quizá convenir en que la interpretación general de la historia de Portugal diseñada ahí por el autor, contiene y actualiza en un sentido secular aquella estructura. En el texto de Herculano, dos hechos históricos, uno pasado, la “libertad municipal-privilegio” del Medievo portugués, y otro presente o futuro, la “libertad municipal-derecho general” del Portugal moderno, configuran una continuidad teleológica, esto a través del vínculo que los relaciona, el cual no es ni causal, ni fruto de la contigüidad temporal, sino figural: el primer acontecimiento es tenido por el anuncio, “gérmen” o “semilla” del segundo, y éste, como el cumplimiento de la promesa o finalidad revelada por el primero. Estructurada de esta manera, la historia de Portugal se revela como la consumación progresiva del *telos* de la libertad municipal.

Importa subrayar que esta forma de estructurar el campo histórico no fue particular ni exclusiva de Herculano, sino común a gran cantidad de historiadores, filósofos y poetas de los siglos XVIII y XIX. Karl Löwith, Rudolf Bultmann, Northrop Frye, Robert Nisbet y Malcolm Bull, entre otros especialistas, argumentan, por ejemplo, que las teorías modernas del progreso guardaron en el fondo una estructura muy semejante a la de la interpretación figural-cristiana de la historia.¹³⁴ Löwith y Nisbet son, probablemente, quienes mejor han defendido esta tesis. Desde el punto de vista de éstos, las interpretaciones del proceso histórico de pensadores como Condorcet, Hegel, Comte, Renan, Spencer y Marx, en la medida que describieron dicho proceso como “progreso”, como desarrollo espiritual o

¹³³ Cfr., Karl Löwith, *op. cit.*, p. 6. Cfr., Eric Auerbach, *Figura*, p. 70.

¹³⁴ Cfr., Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 1-19. Cfr., Rudolf Bultmann, *History and Eschatology. The Presence of Eternity*, New York, Harper Trochbooks, 1962, pp. 56-90. Cfr., Robert Nisbet, *op. cit.*, pp. 47-76. Cfr., Malcolm Bull, *op. cit.*, pp. 11-30. Northrop Frye, *El gran código*, p. 111.

material gradual, acumulativo, continuo y necesario, dirigido y ordenado por un *telos* inmanente a la historia desde el inicio de los tiempos; en esa medida, aseguran, sus teorías del progreso se advierten estructuralmente derivadas de la idea figural-cristiana de la historia.¹³⁵ A esto, yo agregaría que no sólo los grandes sistemas interpretativos de la historia universal –las filosofías de la historia de los siglos XVIII y XIX–, evidencian esta marca; también se la puede encontrar en las obras de los grandes maestros de la historiografía decimonónica, como es el caso de Humboldt, Ranke o Herculano.¹³⁶

¹³⁵Cfr., Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 1-2. Cfr., Robert Nisbet, *op. cit.*, pp. 47-76.

¹³⁶No extraña en ningún sentido la proximidad del pensamiento de románticos-historicistas como Humboldt o Herculano respecto a la concepción bíblica del devenir. Como lo señaló M. H. Abrams en su libro *Natural Supernaturalism* (1973), uno de los principales rasgos de la *Weltanschauung* romántica consistió en la re-interpretación en términos seculares de conceptos tradicionales cristianos. Cfr., M. H. Abrams, *op. cit.*, pp. 12-13. En el caso de Herculano es evidente su cercanía a este tipo de pensamiento. Véase por ejemplo lo que dice en este párrafo tomado de su “Elogio histórico de Sebastião Xavier Botelho” (Cfr. Alexandre Herculano, “Elogio histórico de Sebastião Xavier Botelho” [1842], in *Opúsculos. Tomo IX*, pp. 209-210): “Mas el pensamiento progresivo que agitó una generación o un siglo no viene solo: vienen con él los pensamientos dominantes de las generaciones o de los siglos antecedentes que lo produjeron, y vienen los que él generó. Sin esto, el proceso será incompleto: errada probablemente la sentencia. Expresión de una serie continua y eterna de ideas, grandes porque vienen de Dios, el progresar humano revela el elemento intelectual de cada una de nuestras transformaciones sucesivas en todas las fórmulas de la vida. Ese elemento, esa idea prolífica, busquémosla en todos los aspectos de la civilización, que en todos la habremos de encontrar. En las instituciones, y en las costumbres, en la ciencia, en el arte, ahí está escrita –escrita por la mano del ángel del Señor, que deja caer sobre la tierra una lágrima de dolor; cuando la mano de algún loco cree que puede borrarla, o la voz de un insensato se yergue para desmentirla, y en ella desmentir el grito del género humano”. Al leer estas líneas, me queda claro que no deben soslayarse las implicaciones teológicas del famoso *dictum* historicista, atribuido entre otros a Herder y a Ranke, y enunciado igualmente aquí por Herculano, de que las “ideas históricas”, es decir, los Estados, las naciones, las épocas, las instituciones, las costumbres, los caracteres, los pensamientos eran “ideas de Dios”. Cfr. Johann Gottfried Herder, *Idées sur la philosophie de l’histoire de l’humanité*, trad. Edgar Quintet, Paris, F. G. Levrault, 1834, Tome III, pp. 151-152: “Me inclino con respeto delante de ese cuadro de diseños de la naturaleza sobre mi especie en general, porque ahí reconozco el plan del universo entero. La misma ley que conserva el sistema del mundo [...] en tanto que haya hombres se alzarán ella misma como el fundamento de su progreso y de su duración. Todos las obras de Dios portan en sí mismas su consistencia y su sublime encadenamiento [...] Conducido por ese hilo, me embarco sin miedo en el laberinto de la historia, y por todos lados reconozco la divina armonía”. La traducción es mía. Cfr., Leopold von Ranke, “Idea de la historia universal (manuscrito de 1830)”, in Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 136: “[...] la historia reconoce un infinito en cada existencia, en cada condición, en cada ser, algo eterno que proviene de Dios, y en esto consiste su principio vital”. Cfr., Leopold von Ranke, “Primera conferencia (25-IX-1854)”, in Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 164: “Pero yo sostengo que cada época esta inmediata a Dios y su valor no radica en modo alguno en lo que de ella brote, sino que se basa en su propia existencia. De esta suerte la contemplación de la historia, a saber, de la vida individual en la historia, adquiere su propio particularísimo encanto, puesto que ahora cada época debe ser vista como cosa en sí misma válida y aparecer como algo digno en extremo de consideración”. Ciertamente, como lo han subrayado diversos autores, este tipo de afirmaciones fueron una reacción en contra de la parcialidad del pensamiento ilustrado; una demostración de simpatía universal que situaba a los pueblos y a las épocas de la historia en un mismo plano valorativo –todos y todas eran puntos equidistantes de Dios. Cfr., Hayden White, *Metahistoria*, pp. 55, 75-85 y 166. Cfr., Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 16. Cfr., Isaiah Berlin, *The Roots of Romanticism*, pp. 67-78. Empero, cabría considerar que el concepto de “ideas de Dios” de Herder, Ranke y Herculano podría también estar indicando que estos autores pensaron la historia desde un punto de vista “figural-cristiano”.

La interpretación figural que estructura al fragmento citado de los “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” no es, en definitiva, una excepcionalidad en la obra del autor portugués. Por el contrario, todas sus poesías, novelas y textos historiográficos se revelan contruidos a partir de esa forma de pensamiento.¹³⁷ Véase a continuación otro ejemplo, esta vez tomado de su *História de Portugal*:

Tal era la organización de la jerarquía judicial y administrativa de los concejos; tal la naturaleza del objeto de las magistraturas y de los cargos municipales en la infancia de la sociedad portuguesa. El lector que nos hubiese seguido en el desenvolvimiento de esta parte importantísima de nuestra historia social, hasta hoy, a decir verdad, desconocida, no dejará de admirar, atenta a la rudeza de los tiempos, los progresos de la libertad entre las clases populares durante los siglos XII y XIII. En esos concejos primitivos están, o en germen o desenvueltas hasta cierto punto, pero efectivas y aplicadas en la práctica, buena parte de las instituciones modernamente obtenidas a costa de torrentes de sangre y de sacrificios costosos. A más que frecuentemente la conquista no pase de una ilusión seguida de crueles desengaños.¹³⁸

Lo primero que conviene destacar de estas líneas extraídas del libro VIII (1853) de la *História de Portugal*, es la conexión que el autor estableció entre dos hechos no contiguos, pero ubicados en una misma línea temporal: un acontecimiento pasado, la organización judicial y administrativa de la “infancia de la sociedad portuguesa”, y otro presente, o mejor dicho, futuro de ese pasado, la organización judicial y administrativa de la sociedad portuguesa pos-revolucionaria. La relación configurada entre estos dos hechos no es en

¹³⁷ La interpretación figural de la historia de Portugal es perceptible en otros muchos lugares de la obra de Herculano. Por ejemplo, en el poema “A Cruz Mutilada” [1849] (*Cfr.*, Alexandre Herculano, Poesías, pp. 122-125) se observa al autor asumir, si bien de manera tácita, que la cruz de Cristo es una suerte de “figura” que anuncia la libertad portuguesa moderna, y a ésta como el cumplimiento de la primera:

“Cuando la humanidad escuchaba
Este atroz blasfemar, tú te elevaste
Allá en el Oriente, oh cruz, envuelta en gloria,
Y gritaste, tremenda, al fuerte, al rico: –
«¡Mentira!» Y el siervo levanto los ojos.
Donde la esperanza cintiló, a medias,
Y vio el rostro del señor cargado de color
En palidez mortal, y errarle la vista
Trémula ola. La cruz del cielo del oriente
De la libertad anunció la venida”.

Otro tanto acontece en las páginas de la novela *O Bobo*. Ahí, la “burguesía” vimaranense –de la ciudad de Guimarães– es llamada “embrión de la moderna clase media”: suerte de proto-clase social popular, aún inmadura, que prefigura o anuncia lo que será el futuro pueblo portugués: “La burguesía (burgenses), embrión de la moderna clase media, asaz fuerte para defenderse o, por lo menos, oponer a la opresión la venganza tumultuaria, era impotente para ejercer acción eficaz en la sociedad general. Vino eso más tarde”. *Cfr.*, Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 6-8.

¹³⁸Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 500.

ningún sentido causal. No hay aquí, por ejemplo, una caracterización de las instituciones de la sociedad portuguesa moderna como efectos de los concejos medievales. Más bien se percibe una relación figural. Se ha afirmado que en “esos concejos primitivos están, o en germen o desenvueltas hasta cierto punto, pero efectivas y aplicadas en la práctica, buena parte de las instituciones modernamente obtenidas a costa de torrentes de sangre y de sacrificios costosos”. Esto quiere decir que, para Herculano, era posible detectar que ciertas instituciones de la sociedad medieval portuguesa habían anticipado o presagiado aquello que se consumaba, aunque fuera de forma parcial, en las instituciones de la moderna sociedad lusa. Por si fuera poco, es de notar que dicha noción de la anticipación pasada de un hecho futuro se plantea en estas líneas desde una perspectiva no meramente horizontal –proyectada hacia adelante, hacia el futuro–, sino también vertical. Esta dirección vertical se advierte en la afirmación que se hace de un *telos* que permite comprender a los mencionados hechos como momentos distintos de una misma entelequia que se desarrolla progresivamente en el tiempo, desde un origen germinal hacia la madurez. Ese *telos* de que hablo es aquello que el autor definió como el núcleo de la “índole” de la sociedad portuguesa: la libertad municipal –“los progresos de la libertad entre las clases populares”.¹³⁹

Sólo cuando se comprende que el pensamiento histórico de Herculano fue construido sobre una base figural se vuelve inteligible la afirmación que hizo de la historia como “maestra del futuro”. Su argumento de que el conocimiento pasado “sirve para evaluar las transformaciones presentes, en sí, en sus resultados materiales y en sus destinos futuros”,¹⁴⁰ se advierte dependiente de un concepto de la historia como un proceso temporal a través del

¹³⁹ Los dos fragmentos que han sido referidos para argumentar que Herculano estructuró su interpretación de la historia de Portugal en términos figurales, cada uno con sus respectivas y sugerentes metáforas orgánicas de la libertad municipal medieval como “semilla” y “germen” de la libertad municipal moderna, recuerdan mucho al pensamiento que configura la parábola del grano de mostaza consignada por los evangelios sinópticos (Mt 13:31-32, Mc 4:30-32, Lc 13:18-19) –resumen del pensamiento figural implícito a todo el texto bíblico. *Cfr.*, Northrop Frye, *El gran código*, p. 108. Cuando Cristo compara al Reino de Dios con el grano de mostaza, lo que en realidad está diciendo es que la “Verdad” está latente en la más pequeña e insignificante de las semillas, la cual se revela plenamente con el paso del tiempo, convirtiéndose entonces en la mayor de las hortalizas. Algo semejante da la impresión de sostener el autor portugués, sólo que en relación al núcleo de la “índole” portuguesa, la libertad municipal: ésta ya estaba en potencia en la sociedad medieval, pero era preciso que se desarrollara en el tiempo, que desarrollara y revelara todas sus posibilidades a través de distintas etapas, hasta llegar a la madurez. En pocas palabras, considero que Herculano, al igual que los autores de los textos bíblicos y los padres de la Iglesia, pensó la historia en términos de un conocimiento que concibe al pasado como una preparación para su propia revelación y consumación presente y futura.

¹⁴⁰ *Cfr.*, Alexandre Herculano “Aristocrácia hereditária” [18??], in *Composições Várias*, 3.^a ed., Lisboa, Livraria Bertrand, s.d., pp. 72-73.

cual se desarrolla y cumple un *telos* –la libertad municipal, anunciada por el pasado y consumada por el presente y el futuro. Al momento en que se repara en esto, se reconoce por qué el autor portugués concibió que el conocimiento histórico estaba facultado para ejercer una pedagogía sobre el presente y el futuro: porque implicaba una toma de conciencia, una “educación”, sobre la dirección y significado del movimiento histórico –en su caso particular, sobre la marcha del pueblo portugués en pos de la libertad municipal.

Una última aclaración en torno a la idea que Herculano tuvo de la utilidad del conocimiento histórico. Me refiero específicamente a la calidad práctica y no meramente contemplativa que atribuyó a ese conocimiento.¹⁴¹ Ya he señalado que entendió que el estudio del pasado encerraba “la explicación del presente y la profecía del futuro”;¹⁴² empero, quizá no he hecho suficiente énfasis en que esas posibilidades de “explicación” y de “profecía” no fueron para él un fin en sí mismas, sino que las comprendió como facultades históricas volcadas hacia la resolución de problemas sociales. La historia, afirmó en las páginas su novela *O Bobo*, era una suerte de “magistratura moral”.¹⁴³ De esa tesis sobre la utilidad de la historia no se movería ni un ápice a lo largo de su carrera intelectual. Desde su perspectiva, el historiador debía tomar como principal tarea temperar “las generosas pero no siempre esclarecidas y prudentes aspiraciones del progreso” de su sociedad, mostrándole “la experiencia y sabiduría de un pasado que también ya fue progreso”.¹⁴⁴ La historia era, pues, para él, una “ciencia” cuyo énfasis estaba en la comprensión del pasado, y a través de la cual se podía hallar “solución a más de un problema político”; era sobre todo una “ciencia útil por su aplicación a las graves cuestiones que agitaban los fundamentos de las sociedades modernas”.¹⁴⁵

Plenamente coherente con su noción de una historia “útil” al presente y al futuro, a través de sus poemas, cuentos, novelas históricas y obras historiográficas, Herculano configuró un monumental relato de la historia de Portugal, escrito a partir de una finalidad

¹⁴¹ El interés de Herculano por la utilidad práctica del conocimiento histórico para resolver problemas sociales presentes y, sobre todo, futuros, se advierte muy similar al que Condorcet demostró en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1795). Sin embargo, mientras la “futurología” del portugués se encuentra basada en una ontología romántico-historicista, la del francés hunde sus raíces en una ontología eleática. *Vid. supra.*, p. 156.

¹⁴² Alexandre Herculano, “Pouca Luz em Muitas Trevas” [*O Panorama*, 1844], *Opúsculos. Tomo VI*, p.140.

¹⁴³ Alexandre Herculano, *O Bobo*, p. 12.

¹⁴⁴ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 39.

¹⁴⁵ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 136-137.

político-social que jamás pretendió esconder.¹⁴⁶ Esa narración histórica de la nación libre portuguesa es la aportación por la cual se valora hasta la fecha a este autor. Al análisis de los elementos formales y las implicaciones ideológicas de dicha narración estará dedicado el siguiente capítulo de la presente investigación.

¹⁴⁶ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 39: “Cuando hace diecisiete años publiqué la primera edición de este volumen destinaba el proyectado trabajo para el estudio de un príncipe, entonces en la puericia, que en un futuro remoto, cuanto la incertidumbre de las cosas humanas permitía enjuiciarlo, debía reinar en Portugal. Persuadido de que el conocimiento de la vida anterior de una nación es el principal auxilio para poder y saber usar, sin ofensa de los buenos principios, del influjo que un rey de hombres libres tiene forzosamente en los destinos de su país, temperando las generosas pero no siempre esclarecidas y prudentes aspiraciones del progreso por la experiencia y sabiduría de un pasado que también ya fue progreso, pagaba así al hijo una deuda que había contraído con el padre [...] Entendí y todavía entiendo que, trabajando de ese modo para el bien del heredero de la corona y, virtualmente, para el bien de la tierra en que había nacido, daba un documento, al mismo tiempo de gratitud y de patriotismo, más eficaz que todas las protestas estériles con que muchos acostumbran saldar deudas de uno y otro orden”.

V. NARRANDO PORTUGAL

El presente capítulo tiene por objetivo principal dar cuenta de la estructura narrativa de la historia nacional de Portugal que Herculano construyó a través de su obra poética, novelística e historiográfica. Para cumplir este objetivo, discutiré, de entrada, el contexto nacionalista de las primeras décadas del siglo XIX portugués –condición de posibilidad para que este autor escribiera una historia “nacional”. Enseguida, haré una descripción del protagonista de dicha historia –Portugal–, el cual fue caracterizado como un organismo del que podía hacerse una suerte de “biografía”. Más adelante, analizaré dos momentos clave de esa “biografía”: su comienzo y su final. En último término, a partir del análisis de estos dos momentos narrativos, pretendo revelar las implicaciones ideológicas que se desprenden de la interpretación herculaniana de la historia nacional de Portugal.

Nacionalismo e índole portuguesa

La narrativa histórica de Portugal escrita por Herculano fue la primera en su especie que adoptó una perspectiva nacionalista, esto es, la primera que hizo suyo el principio político según el cual debía existir una congruencia entre la unidad política y la unidad cultural portuguesas –entre el Estado y la nación.¹ En este sentido, su labor historiadora se advierte inscrita en el proyecto político, económico y cultural de la burguesía portuguesa decimonónica de convertir al Reino de Portugal en un moderno Estado-nación. Para mejor comprender la naturaleza del afán de este autor de “dar a su país una historia”,² considero vital comenzar por ubicarlo en el contexto del espíritu nacionalista vigente en Portugal durante la primera mitad del siglo XIX.

Los especialistas en el tema del nacionalismo, entre ellos, Ernest Gellner, Benedict Anderson, Erich Hobsbawm y Guy Hermet, estiman que la manifestación de dicho fenómeno en los grandes reinos de Europa occidental a finales del siglo XVIII –en Inglaterra y en Francia, primordialmente–, implicó la presencia determinante de ciertos factores socio-económicos, políticos y culturales. Entre éstos destacan, en primer lugar, la prevalencia de

¹ Cfr., Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, trad. Jordi Beltrán, Buenos Aires, Crítica, 2012, p. 17. Se comprende aquí “cultura” en el sentido antropológico que le dio Gellner, es decir, como “un sistema de ideas y signos y asociaciones y formas de comportarse y comunicar”. Cfr., Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, intro. John Breully, second edition, New York, Cornell University Press, 2006, pp. 1 y 6.

² Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 47.

un sistema económico industrial orientado hacia el crecimiento y la innovación, necesitado, por ende, de recursos humanos racionales, eficientes, móviles y culturalmente homogéneos –es decir, competentes en un lenguaje genérico y poseedores de marco conceptual común.³ En segundo lugar, la existencia de un Estado centralizado capaz de ejercer su soberanía sobre un territorio contiguo y con fronteras determinadas –lo que se conoce como “Estado territorial”, invención de las monarquías absolutas.⁴ Finalmente, el deterioro de la legitimidad dinástica fundada en el derecho divino, esto a raíz, primero, de la Guerra civil inglesa (1642-1645), y luego de la Revolución francesa (1789-1815), ambas revoluciones emprendidas por una burguesía amplia, consolidada y exitosa, empeñada en hacerse de la soberanía del Estado, o por lo menos, en compartirla con el monarca y la nobleza.⁵

A la luz de tales factores, el caso portugués se revela un tanto *sui generis*. Como se verá a continuación, el reino más occidental de Europa poseía algunas de las condiciones políticas y culturales favorables al surgimiento del nacionalismo, pero adolecía casi por completo de las relativas al ámbito socio-económico. Hacia la tercera década del siglo XIX, la monarquía portuguesa podía presumir de ser soberana de uno de los reinos europeos más antiguos y con las fronteras continentales más estables –salvo por la cuestión de los municipios de Olivenza y Talega, perdidos definitivamente frente a la corona española en 1801, las fronteras portuguesas en Europa eran prácticamente las mismas desde el siglo XIII.⁶ Además, bajo el reinado de José I (1750-1777) y durante el ministerio del déspota ilustrado Sebastião José de Carvalho e Mello, marqués de Pombal (1755-1777), se había logrado una considerable centralización de la administración pública, la cual perduró a lo largo del siglo XIX.⁷ Por otro lado, la corona portuguesa, por lo menos en su territorio continental, no tenía que lidiar con el problema de una población étnica, religiosa o lingüísticamente heterogénea, como el que entonces enfrentaban, por ejemplo, las propias Francia e Inglaterra y el Imperio

³ Cfr., Ernest Gellner, *op. cit.*, pp. 20-24 y 31. Cfr., Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, trad. Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p.70. Cfr., Guy Hermet, *Histoire des nations et du nationalisme en Europe*, Paris, Éditions du Seuil, 1996, p. 15.

⁴ Cfr., Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 40 y 67.

⁵ Cfr., Hobsbawm, *op. cit.*, p. 93.

⁶ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, Vol. II, p. 67.

⁷ Cfr., José-Augusto França, *O Romantismo em Portugal. Estudo de Factos Socioculturais.*, vol. I, pp. 25-26. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa. Doutrina e Crítica*, Vol. III, p. 205. Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 24.

austro-húngaro.⁸ La mayor parte de la población portuguesa –tanto urbana como rural– era étnicamente homogénea, católica y, aunque analfabeta, hablaba la misma lengua vernácula que se usaba en la corte, en la administración y en el ámbito literario.⁹ Con todo, el reino de Portugal adolecía del factor al que los estudiosos del nacionalismo han asignado el mayor peso en el surgimiento de ese fenómeno: una economía industrial fuerte y una burguesía amplia, próspera y con capacidad para crear las condiciones de estandarización cultural indispensables para el desarrollo económico, así como para exigir su propio predominio en la *res publica*. Por aquel entonces, la economía portuguesa era fundamentalmente agrícola-tradicional, estaba dominada por la nobleza y el clero, y dependía casi por entero del comercio monopólico de materias primas provenientes del Brasil –esto hasta 1824, cuando dicho monopolio se perdió a raíz de la independencia de la antigua colonia.¹⁰ Verdadera excepción en esta economía precaria y de corte tradicional era el desarrollo semi-industrial de la ciudad de Porto, donde el cultivo de la vid y el comercio de vino habían dado origen a una próspera pequeña y media burguesía. Empero, estos grupos de comerciantes y hombres de negocios portuenses constituían sólo la décima parte del total de la burguesía portuguesa, la cual, a su vez, conformaba sólo el 8% de la población total del reino.¹¹

Aún así, pese a la poca relevancia social de la burguesía portuguesa y la debilidad de su sistema económico industrial, sucedió que, ya desde finales de la década de 1810, aparecieron en el reino los primeros indicios de la emergencia del principio que planteaba “la unidad cultural entre el gobierno y los gobernados” –el nacionalismo.¹² Los especialistas han intentado explicar esta extraña manifestación llamando la atención sobre tres factores fundamentales de la experiencia portuguesa de aquellos años. En primer lugar, resaltan la

⁸ Hacia 1791, por ejemplo, el francés estándar sólo era hablado en 16 de los 63 departamentos de Francia, y sólo un cuarto de los habitantes totales del territorio francés lo comprendía. *Cfr.*, Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 80-81. En lo que respecta a Gran Bretaña, cabe recordar el difícil proceso de cicatrización de las heridas abiertas por las guerras civiles y político-religiosas del siglo XVII y XVIII. *Cfr.*, Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 99.

⁹ *Cfr.*, Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 102. *Cfr.*, Vitor Neto, *op. cit.*, p. 27. La mejor prueba de que la corte portuguesa se expresaba desde antaño en la misma lengua vernácula hablada por el pueblo, es la unidad lingüística gallego-portuguesa manifiesta tanto en los cancioneros tradicionales populares como en las obras escritas por los monarcas de la dinastía de Avis, *v. gr.* *O Leal Conselheiro* del rey D. Duarte. *Cfr.*, Carlos Reis (dir.), *História Crítica da Literatura Portuguesa*, vol. I, pp. 235-314.

¹⁰ *Cfr.*, Maria Manuela Lucas, “Organização do Império”, in José Mattoso, *op. cit.*, p. 246. *Cfr.*, Irene Maria Vaquinhas e Margarida Neto, “Agricultura e Mundo Rural: tradicionalismos e Inovações”, in José Mattoso, *op. cit.*, p. 279.

¹¹ *Cfr.*, Irene Maria Vaquinhas e Rui Casção, “Evolução da Sociedade em Portugal: A Lenta e Complexa Afirmação de uma Civilização Burguesa”, in José Mattoso, *op. cit.*, pp. 380-384.

¹² Ernest Gellner, *op. cit.* p. 120.

rapacidad y la violencia de las invasiones napoleónicas a Portugal (1807, 1809 y 1810). En segundo, la consecuente huida de la Corte del rey João VI para el Brasil, y su permanencia en Rio de Janeiro hasta 1821. Y en tercero, el pesado y humillante tutelaje que la corona británica ejerció sobre la sociedad metropolitana luego de la expulsión de los franceses. Teniendo en cuenta estos factores, se ha interpretado que el sentimiento de indefensión que experimentaron el pueblo bajo y la burguesía frente a los excesos de los invasores franceses e ingleses, habría despertado un fuerte sentimiento de odio hacia el extranjero. Asimismo, se ha pensado que la naciente burguesía liberal portuense habría interpretado la huida del monarca como una coyuntura política que ponía en sus manos la soberanía, posibilitando así su transfiguración de súbditos en ciudadanos.¹³

Que estas conjeturas resultan verosímiles se comprueba reparando en los argumentos enarbolados por la burguesía portuense para justificar la revolución liberal-nacionalista de 1820 contra la Regência dominada por el mariscal inglés William Beresford. El 24 de agosto de 1820, en el campo de Santo Ovidio (Porto), los líderes del movimiento proclamaron la necesidad de “salvar la patria” del invasor inglés, de realizar “reformas guiadas por justicia y razón”, de “convocar a Cortes”, “preparar una Constitución”, “salvaguardar la dinastía de Bragança” –todavía por entonces refugiada en Rio de Janeiro– y preservar “la religión católica”.¹⁴ Ese llamado a la “salvación” de una “patria” gobernada extra-oficialmente por extranjeros, permite inferir que la burguesía portuense deseaba que gobierno y gobernados coincidieran en su calidad cultural de portugueses –de ahí su llamado a que se constituyese un gobierno de corte tácitamente nacional, encabezado por la dinastía portuguesa de los Bragança. Asimismo, a través del emplazamiento a cortes y a la redacción de una constitución, se deja ver que la burguesía ya no estaba dispuesta a ser un mero espectador de la vida política, sino que quería participar activamente de la soberanía del Estado. La Constitución redactada durante el llamado “Trienio liberal” (1820-1823) comprueba estas sospechas. En su artículo 26º consignaba –muy a la francesa– que “la soberanía reside

¹³ *Cfr.*, Ana Cristina Bartomeu Araújo, *op. cit.*, pp. 33-35. *Cfr.*, Isabel Nobre Vargues, *op. cit.*, p. 47. *Cfr.*, Vitorino Nemésio, *op. cit.*, pp. 96-104. *Cfr.*, Eduardo Lourenço, *O Labirinto da Saudade*, pp. 80-86. *Cfr.*, Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino. Seguido de Mitologia da Saudade*, pp. 28-29.

¹⁴ Isabel Nobre Vargues, *op. cit.*, pp. 50-51.

esencialmente en la nación” y que sería “ejercida por sus representantes legalmente electos” –en otras palabras, por los burgueses.¹⁵

La era del nacionalismo abierta en Portugal por la revolución “Vintista” (1820) fue precisamente el marco de referencia que posibilitó la empresa herculiana de construcción de una monumental historia nacional de Portugal. A partir de 1830 y hasta más allá de la década de 1860, que fue básicamente la época en que este autor escribió sus principales trabajos, el nacionalismo portugués fue intensificándose gradualmente. Contribuyeron a esto nuevos factores políticos y socio-económicos, entre ellos, el lento pero sostenido desarrollo de la economía industrial portuguesa a partir de la década de 1830;¹⁶ las revoluciones liberales “Contra Don Miguel” (1832-1834), “Septembrista” (1836-1838) y de “Regeneração” (1851-1852), que consolidaron la participación burguesa en el gobierno del Estado;¹⁷ pero también el arraigo en la sociedad portuguesa de sentimientos de vulnerabilidad frente a las potencias europeas en general, y frente a España y sus proyectos pan-iberistas, en particular.¹⁸ A la vista, entonces, de este particular contexto, se advierte casi natural que uno de los principales objetivos de la obra de Herculano fuese caracterizar a Portugal como una “nación” y dar cuenta de su desarrollo histórico a través de los siglos.

Teniendo en cuenta estas últimas afirmaciones, me gustaría hacer hincapié en un asunto que quizá parezca obvio, pero que merece ser considerado con detenimiento: me refiero a que el concepto herculiano de “nación” se advierte vinculado indisolublemente a las mencionadas circunstancias, y que este hecho imposibilita su reducción a alguno de los dos tipos de nacionalismos que los especialistas han reconocido como vigentes en la Europa decimonónica: el nacionalismo político a la francesa y el nacionalismo cultural predominante en el centro y oriente europeos.¹⁹ Esta aseveración la hago con base en el señalamiento de los mismos estudiosos en relación a que cada uno de esos tipos de nacionalismo fue relativo

¹⁵ Joaquim Gomes Canotilho, *op. cit.*, p. 127. *Cfr.*, Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 91-101.

¹⁶ *Cfr.*, Irene Maria Vaquinhas e Rui Cascão, *op. cit.*, pp. 382-384.

¹⁷ *Cfr.*, Fernando Catroga, “Nacionalistas e Iberistas”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, pp. 479-482.

¹⁸ *Cfr.*, Eduardo Lourenço, *Portugal como Destino*, pp. 27-28. Cabe señalar que, ya desde principios de la década de 1840, circulaban en Europa opiniones contrarias a la existencia de naciones social y económicamente pequeñas como Portugal. En 1843, por ejemplo, el *Dictionnaire politique* de Garnier-Pagès calificaba de “ridícula” la existencia de “enanos” como Bélgica y Portugal, pues argumentaba que no contaban con la viabilidad material para garantizar la independencia efectiva de un país soberano digno de ese nombre. *Cfr.*, Guy Hermet, *op. cit.*, p. 158. *Cfr.*, Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 39.

¹⁹ *Cfr.*, Guy Hermet, *op. cit.*, pp.115-133. *Cfr.*, Ernest Gellner, *op. cit.*, pp. 85-105. *Cfr.*, Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 31 y 55-109.

a circunstancias sociales, económicas, políticas y culturales muy específicas de las regiones donde surgió.²⁰

Piénsese, por ejemplo, en el concepto político clásico de nación del abad Sièyes, contenido en su obra *Qu'est-ce que le tiers état?* (1789). En dicho texto, el abad definió a la nación como un conjunto de individuos que “viven bajo las mismas leyes”²¹ y que conforman un cuerpo político soberano, esto sin importar su lengua, su raza o religión, aunque sí su clase social –para él la nación la constituía el tercer estado y no así la aristocracia o el pueblo bajo.²² Tal énfasis en la voluntad política de una sociedad como fundamento de la nación sólo es posible entenderlo si se tiene en cuenta su formulación en el contexto de una Francia donde la población tenía pocas diferencias étnicas y religiosas, aunque sí lingüísticas,²³ con fronteras territoriales muy porosas y prestas a extenderse; y, finalmente, poseedora de un Estado fuertemente centralizado, pero que excluía a una extensa y próspera pequeña y media burguesía deseosa de hacerse de la dirección del mismo –de ganar para ella la soberanía del Estado.²⁴

Repárese ahora en el concepto de *Kulturnation* de Herder. En sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), el filósofo prusiano definió a la “nación” como una individualidad social “natural” identificada a una lengua que reflejaba su carácter y sus costumbres –“Porque cada pueblo es pueblo; tiene su carácter nacional y su lengua”.²⁵ Al estudiar atentamente este concepto de nación centrado en la unidad socio-cultural de los pueblos, y considerando también el desdén expresado por Herder hacia los estados imperiales, a los cuales estimó como “una mezcla extraña de razas y naciones [colocadas] bajo un cetro único”,²⁶ no tardará mucho en venir a la mente, la particular situación del centro y oriente de Europa a finales del siglo XVIII. En el este europeo, tres imperios, el ruso, el austriaco y el otomano, aglutinaban a una multiplicidad de pueblos, étnica, lingüística, y religiosamente diversos;²⁷ mientras tanto, en la región del todavía Sacro

²⁰ Cfr., Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 102.

²¹ Guy Hermet, *op. cit.*, p. 116.

²² *Ibid.*, pp. 94-95.

²³ Cfr., Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 69.

²⁴ Cfr., Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 80-81 y 90-91.

²⁵ “Denn jedes Volk ist Volk; es hat seine National Bildung wie seine Sprache”. Cfr., Benedict Anderson, *op. cit.*, pp. 102-103. Cfr., Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 119-121. Cfr., Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 66.

²⁶ J. G. Herder, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, Paris, Presses Pocket, 1991, p. 173, *cit. por*. Guy Hermet, *op. cit.*, p. 120.

²⁷ Cfr. Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 135-164. Cfr., Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 89-109

Imperio Romano-Germánico, coexistían cantidad de estados con cierta proximidad etno-lingüística, pero con profundas diferencias religiosas.²⁸ A esta situación, hay que agregar que, tanto en el centro como en el oriente de Europa, la burguesía no era ni tan amplia y ni tan fuerte como para sustentar movimientos pro-democráticos y luchar por participar en el gobierno del Estado, de ahí también el poco interés que demostró Herder por la cuestión de legitimar la aparición de aquella clase social en la vida política.²⁹

De este par de ejemplos, lo que me interesa destacar es que la diversidad de circunstancias es un factor capital a tener en cuenta para explicar los distintos nacionalismos que se generaron en Europa durante el siglo XIX. No extrañará entonces que, siguiendo esta misma línea de pensamiento, conciba yo aquí al nacionalismo herculiano como un fenómeno distinto a los dos tipos de nacionalismo mencionados con anterioridad –si bien esto no significa que piense que el conocimiento de las principales características de estos últimos no sirva para mejor identificar el concepto de nación del autor portugués.

Es necesario entonces examinar los propios textos de Herculano para poder delinear qué clase de nacionalismo fue el suyo. Comenzaré por analizar el concepto de nación que plasmó en las páginas introductorias de su novela histórica *O Bobo* (1843); aquéllas en que dio cuenta del contexto político en el cual se insertaba la acción principal de su novela –el tiempo del enfrentamiento entre el futuro primer rey de Portugal, D. Afonso Henriques, y su madre, la condesa D. Teresa de León (apoyada por el noble gallego Fernão Peres de Trava), para hacerse del gobierno del Condado Portucalense (1128). Cito en extenso el fragmento que lo contiene:

Las provincias [de España] ya entonces liberadas del yugo ismaelita no tenían todavía, digamos así, sino los rudimentos de una nacionalidad. Les faltaba, o eran débiles gran parte de los vínculos morales y jurídicos que constituyen una nación, una sociedad. La asociación del rey aragonés al trono de León no repugnaba a los barones leoneses por ser él un extraño, sino porque a los antiguos súbditos del nuevo rey se entregaban de preferencia las tenencias y alcaldías de la monarquía. Las resistencias, sin embargo, eran individuales, inconexas, y por eso sin resultados definitivos, efecto natural de instituciones públicas viciosas o incompletas [...] Las ideas de nación y de patria no existían para los hombres de entonces del mismo modo que existen para nosotros. El amor celoso de la propia autonomía que deriva de una concepción fuerte, clara, consciente, de ente colectivo, era apenas, si lo era, un sentimiento flojo y confuso para los hombres del siglo XI y XII. Ni en las crónicas, ni en las leyendas, ni en los diplomas se encuentra un vocablo que represente al español, al individuo de raza godo-romana distinto del Sarraceno o Moro. Se encuentra al Asturiano, al Cántabro,

²⁸ Cfr., Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 69.

²⁹ Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 172-173.

al Gallego, al Portucalense, al Castellano, esto es, al hombre de la provincia o gran condado; y todavía al Toledano, al Barcelonés, al Compostelano, al Legionense, esto es, al hombre de cierta ciudad. Lo que falta es la designación simple, precisa, del súbdito de la corona de Oviedo, León y Castilla. ¿Y por qué falta? Porque en rigor la entidad faltaba socialmente. La había, más bajo otro aspecto: en relación al gremio religioso. Esa sí que aparece clara y distinta. La sociedad cristiana era una, y abarcaba hasta cierto punto el incompleto de la sociedad temporal. Cuando cumplía aplicar la designación que representase al habitante de la Península libre del yugo del Islam, sólo había una: *christianus*. El epíteto que indicaba la creencia representaba la nacionalidad. Y así cada catedral, cada parroquia, cada monasterio, cada simple eremita era un anillo en la cadena moral que unía el todo, en la falta de fuerte nexo político.³⁰

Si algo resalta de estas líneas es, sin duda, la conciencia que Herculano demostró en relación a la historicidad del concepto de nación, lo cual se observa en el cuidado que tuvo en afirmar que ese concepto no había existido desde siempre, sino que era un fenómeno histórico –específicamente, posterior al siglo XII.³¹ A su entender, a lo largo de la historia humana no todas las comunidades se habían constituido a partir de “vínculos morales y jurídicos”; es decir, que no toda comunidad humana era una “nación”. Así, sostuvo que en Europa, antes del siglo mencionado, y en ausencia o debilidad de “nexos políticos” que unieran a los hombres, las religiones cristiana y musulmana se constituyeron como el vínculo “moral” elemental entre hombres de distintas ciudades o provincias. Sólo posteriormente surgió ese doble nexo “político-jurídico” y “moral” que produjo “el amor celoso de la propia autonomía que deriva de una concepción fuerte, clara, consciente, de ente colectivo” –la nación.

Desde mi perspectiva, el concepto de nación expuesto por Herculano en el fragmento citado sugiere un intento de apropiación de los conceptos político y cultural de la nación vigentes en la Europa de mediados del siglo XIX. Empero, se trata de una apropiación un tanto imprecisa, pues no queda claro, por ejemplo, si el elemento político del nexo consistía en la sujeción de un conjunto de hombres a una institución; ni tampoco si el elemento moral

³⁰ Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 4-6.

³¹ En el siglo XIX, otro autor que tuvo semejante conciencia de la historicidad y novedad de la nación fue Renan. Cfr., Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation? [1882]*, pres. Shlomo Sand, Flammarion, 2011, pp. 51-52: “Las naciones, entendidas de esa manera, son una cosa de nueva en la historia. La Antigüedad no las conoció; Egipto, China, la antigua Caldea no fueron en ningún sentido naciones. Fueron rebaños conducidos por un hijo del Sol, o un hijo del Cielo. No había ciudadanos egipcios, mucho menos ciudadanos chinos. La Antigüedad clásica tuvo repúblicas y monarquías municipales, confederaciones de repúblicas locales, imperios; y no tuvo tampoco la nación en el sentido en que nosotros la comprendemos. Atenas, Esparta, Tiro fueron pequeños centros de patriotismo; pero fueron ciudades con un territorio relativamente restringido”. Cfr., Ernest Gellner, *op. cit.*, pp. 46-48. Cfr., Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 23.

estribaba en la pertenencia de esos hombres a un grupo étnico-cultural –v. gr. a la “raza godoromana”. Y todavía menos evidente es la relación entre lo político y lo cultural al interior del propio concepto. Conviene señalar, no obstante, que no extraña la ambigüedad de Herculano sobre esta materia. La circunstancia político-social portuguesa de la década de 1840 la explica de cierta forma. En primer lugar, hay que tener en mente que, para la todavía débil y poco numerosa burguesía portuguesa, resultaba sin duda amenazante la conceptualización de la nación como una cuestión de pura voluntad política –a la francesa–, ya que esto habría sido aprovechado por los demócratas más radicales para el reconocimiento de la capacidad política de la *arraia-miúda* –el pueblo bajo portugués– y de su importante papel en la elevación y derrumbe de gobiernos, tal y como había sucedido en 1836.³² Y en segundo lugar, importa reconocer que, inmersos en un ambiente que destacaba la unidad étnica, religiosa y aún lingüística de todos los reinos ibéricos, incluido Portugal –el pan-iberismo–, los nacionalistas portugueses debieron tener problemas para definir en términos estrictamente culturales –a la manera alemana–, una sociedad que ellos mismos tenían como fruto de la civilización godoromana que había dado también origen a la vecina España.³³

Ahora, se podría argumentar, por otra parte, que la imprecisión de este concepto de nación responde a que apareció en las páginas de una novela –lugar que, se diría, no era el más idóneo para teorizar sobre una cuestión como ésta. Sin embargo, se trata de una hipótesis muy débil, pues en el libro I de la *História de Portugal* es posible encontrar una definición de nación que oscila asimismo entre lo político y lo cultural:

Rechazando de nuestro trabajo, como extraña a él, la historia de todas las razas o sociedades de cualquier parte de España anteriores a la existencia de la nación portuguesa como individuo político, cumplía que nos hiciésemos cargo del sistema hasta aquí recibido y que expusiésemos preliminarmente las consideraciones que nos obligan a limitarnos a lo que es rigurosamente la historia de Portugal, que más progresos habría por ventura hecho si no se hubiesen malbaratado tantos estudios y tantos talentos históricos verdaderos en

³² Herculano escribió ese texto en el momento que acontecía la restauración de la Carta Constitucional (1842), la cual, como se sabe, antepuso al poder democrático de la Nación sancionado por la Constitución de 1822, un poder monárquico pre-constitucional. Cfr. J. Joaquim Gomes Canotilho, *op. cit.*, pp. 130-133. *Vid. supra.*, pp. 42-46.

³³ “Desde que la reacción cristiana, partiendo de Asturias, comenzó a hacer retroceder sensiblemente las fronteras de la España musulmana, el dominio cristiano se dilató avanzando siempre de la franja septentrional de la Península para el Medio día. En el siglo XII la extensión relativa entre los territorios de las dos razas llegó por momentos a equilibrarse, pero en breve pendió la balanza contra los sarracenos. Fuera de los navarros, cuatro pueblos de origen visigótica, aragoneses, castellanos, leoneses y portugueses, constantemente corrían, digamos así, para el Medio día, en cuatro oleadas paralelas, y acertaban, de año para año, las provincias del Andalúz”. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 21.

averiguaciones, no diremos ociosas, mas, por lo menos, inútiles para ilustrar los recuerdos de aquéllos que debemos considerar como nuestros mayores.

La palabra nación representa una idea compleja. Agregados de hombres unidos por ciertas condiciones, todas las sociedades humanas se distinguen entre sí por caracteres que determinan la existencia individual de esos cuerpos morales. Muchos y diversos son estos caracteres, que pueden variar de unos para otros pueblos; pero hay tres por los cuales comúnmente se aprecia la unidad o identidad nacional de diversas generaciones sucesivas. Son ellos: la raza, la lengua y el territorio. Donde falta la filiación de las grandes familias se supone quedar sirviendo de lazo entre los hombres de épocas diversas la semejanza de lengua o de haber nacido bajo el mismo cielo, cultivado los mismos campos, vertido la sangre en defensa de una patria común. Es verdad, que fuera de esas tres condiciones, la nación moderna se siente tan perfectamente extraña a la nación antigua como a la que en las más lejanas regiones vive separada de ella.

Empero, estos caracteres no tiene un valor real sino a la luz histórica. La distinción entre las sociedades humanas se funda, como todos saben, en circunstancias muchas veces diversas de éstas. Es, sin embargo, históricamente que nosotros consideramos la nación portuguesa, y es por eso, que nos importa indagar si entre ella y uno de los pueblos que habitaron otrora en España existe uno u otro de esos puntos de contacto que nos obliguen a ir entroncar nuestra historia en sucesos que nos parecen enteramente ajenos a ella.³⁴

Al leer este fragmento –que es en realidad el inicio de una densa discusión sobre la familiaridad o extrañeza de la tribu pre-romana de los *Lusitani* con respecto a los modernos portugueses–, una vez más da la impresión de que Herculano concibió a la nación como un agregado de hombres vinculado, lo mismo por nexos políticos que culturales. De entrada, en el primer párrafo, se observa una definición más bien política de la nación: la historia de la “nación portuguesa” –dice– no iba más atrás de su constitución como “individuo político” en siglo XII. No obstante, en los dos párrafos restantes, lo que se exhibe es un concepto de nación básicamente etno-lingüístico: “la raza, la lengua y el territorio”, se afirma, eran aquellos “caracteres” que, comprendidos en su sentido “histórico”, permitían apreciar la “identidad nacional de diversas generaciones sucesivas”. Fue éste el argumento que llevó al autor a concluir, páginas más adelante, que lusitanos y portugueses no constituían una misma “nación”, ya que los primeros fueron individuos de raza y lengua célticas que habían estanciado en todo el occidente ibérico, incluida la región de la Extremadura española, mientras los segundos eran étnica y lingüísticamente hispano-godos, restringiendo su morada a la franja más occidental de la Península.³⁵

Sin embargo, el ambiguo concepto de nación presente en la introducción a *O Bobo* y en el Libro I de la *História de Portugal* no fue la última palabra de Herculano sobre el asunto.

³⁴ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 64.

³⁵ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 66-83.

Más adelante en la misma *História*, particularmente en el Libro VII (1853), todo adquiere mayor nitidez. Ahí se le observa ensayar, ahora sí, la fusión plena de los sentidos político y cultural de la nación. Esta fusión acontece gracias a la introducción de un nuevo término en la ecuación, me refiero a su concepto de la “índole” del pueblo o de la sociedad:

Más de una vez en la constitución de nuestra narrativa será la índole de la sociedad, sus principios constitutivos, el sistema de su organización quien nos explique la acción de este pueblo, tan poco importante territorial y numéricamente, en el progreso de la civilización de Europa; quien nos dé razón por la vida interior, de su vida exterior; que nos haga percibir su resistencia insuperable que durante siete siglos ha ofrecido a la asimilación al resto de la Península hispánica. Los hechos, sin embargo, de orden social que determinan y caracterizan diversamente el modo de ser del país y explican su vida externa en las diversas épocas no son sino modificaciones de hechos análogos anteriores que, subiendo de generación en generación, fueron tomados de las primitivas instituciones y en las primitivas costumbres. Sin conocer éstos (hasta donde las tinieblas de la Edad media y el frecuente silencio de los monumentos lo permiten), aquellos hechos íntimos serían casi siempre oscuros, muchas veces incomprensibles, y por consecuencia, oscura e incomprensible la razón de los sucesos que constituyen la vida exterior de un país.³⁶

De la lectura de este párrafo se puede inferir que el problema del nacionalismo herculaniano se encuentra estrechamente vinculado al asunto de la “vida interna”, la “forma de organización” o la “índole” de una sociedad –tema fundamental de los libros VII y VIII de la *História de Portugal*.³⁷ Las propias palabras del autor revelan que esa “índole” era lo que distinguía a un “pueblo” –o nación– de otros, lo que constituía su “modo de ser” específico. El concepto herculaniano de la “índole” del pueblo, como se recordará del capítulo anterior,³⁸ era pariente cercano del *National Bildung* –carácter nacional– de Herder y del *Volkgeist* –espíritu del pueblo– de autores como Savigny, Wilhelm von Humboldt y Ranke: conceptos ambos que hacían referencia a los códigos de lenguaje, los símbolos, las costumbres, los tipos de relaciones sociales y las instituciones que constituían el ser de una

³⁶ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 135-136.

³⁷ Los libros VII y VIII de la *História de Portugal* constituyen una suerte de extraño en el marco de la totalidad del libro. Me explico. Los libros I a VI de la *História* son básicamente una narración de los hechos de los reyes de Portugal: tratan acerca de los hechos bélicos, diplomáticos y políticos de los primeros cinco reyes de la dinastía de Borgoña y de la expansión del reino de Portugal hacia el Algarve moro. Los libros VII y VIII tienen, en cambio, un carácter muy diferente: describen la forma de organización de la sociedad portuguesa medieval, principalmente sus instituciones políticas y jurídicas. En las líneas del fragmento citado ya se percibe la importancia que Herculano dio a la temática tratada en las últimas secciones de su *História*: desde su punto de vista, era la “vida interior”, el “sistema de organización” político-social de un pueblo, lo que daba razón de la “vida exterior”, de sus acciones bélicas, diplomáticas y políticas respecto a otros pueblos.

³⁸ *Vid. supra.*, pp.50-155.

nación o pueblo.³⁹ Herculano, como puede adivinarse, se apropió de estos conceptos germanos y les dio un giro interesante. El énfasis que, por ejemplo, Herder y Humboldt otorgaron al aspecto lingüístico como núcleo del “carácter” de una nación, el portugués – como otrora lo hiciera Savigny⁴⁰ lo confirió al elemento institucional. Esto se deja ver en el extracto citado: lo que distinguía al pueblo portugués de los demás pueblos de Europa era su “forma de organización” o “índole” desprendida de “las primitivas costumbres y las primitivas instituciones”.

Dicho esto, conviene precisar que, para Herculano, la institución que constituía el fundamento de la nacionalidad portuguesa no era otra que la institución política del municipio. Portugal era, a su entender, la nación municipal por excelencia, pues ninguna otra en Europa había cultivado el municipio con tanto ahínco.⁴¹

Restaurada por los instintos de la libertad y por las conveniencias de la organización política, aunque alterada en medio de las fases por las que España atravesó, esta institución, que, para servirnos de la frase de un escritor moderno, parece haber salido de las manos de Dios, en ninguna parte, tal vez, durante la Edad Media, tuvo más influencia en el progreso de la sociedad, fue más enérgica y vivaz que en Portugal.⁴²

Fue esta definición “municipalista” de la “índole” de Portugal la que terminó por fusionar los elementos político y cultural de la nación que, hasta ese momento, Herculano había manejado de forma muy ambigua. A reserva de que la cuestión del municipalismo herculaniano sea tratada con mayor profundidad en los últimos dos apartados de este capítulo, adelanto aquí que el autor consiguió tal amalgama a partir de su tesis del municipio como una institución “política” asociada a la “raza mozárabe” –cuna de la burguesía o clase media moderna.⁴³

La historia social de la población hispano-romano-gótica, es decir, de la población cristiana bajo el dominio de los sarracenos, desde la época de la conquista hasta que la reacción de

³⁹ Cfr. Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 120-121. Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, p. 177.

⁴⁰ Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, p. 117.

⁴¹ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 697.

⁴² Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 325.

⁴³ “La clase de los privados [hombres libres, propietarios], en que predomina, talvez, exclusivamente, la raza hispano-romana, representa la civilización subyugada por la barbarie, pero que la vence de muchas maneras por la superioridad de sus costumbres e instituciones, clase que, aunque caracterizada por bien diversas condiciones de existencia, es el origen y el tipo más o menos indefinido de la moderna clase media, y que, a través de los acontecimientos extraordinarios que siguieron en la Península a la caída del impero gótico, iremos a encontrar en la infancia de nuestro país”. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 214-215.

Asturias toma cierta consistencia, es en general excesivamente oscura [...] Sabemos que los árabes respetaron las instituciones de los vencidos; que entre éstos se conservaron, bajo el dominio sarraceno, las jerarquías civiles y eclesiásticas [...] Ningún fundamento histórico tenemos, por lo tanto, para suponer que la organización de los municipios de las clases libres inferiores de raza mozárabe dejasen de existir o se alterasen esencialmente, aunque las instituciones municipales fuesen ajenas al derecho público sarraceno [...] Como veremos, una gran parte de los vocablos que designan, en el mecanismo de los concejos leoneses y portugueses, las magistraturas, los cargos, son de origen árabe. Estos vocablos fueron introducidos evidentemente por la población mozárabe [...] La incorporación gradual de estos últimos por la conquista, en los estados leoneses nos suministra el origen principal de los modernos concejos. La población mozárabe de esas ciudades, habituada a las instituciones visigóticas, respetadas por los sarracenos, debía conservar, volviendo al seno de la sociedad cristiana, buena parte de sus costumbres. Los nuevos habitantes no nobles, que, por el hecho de la conquista, se venían a asociar a los primitivos moradores, escucharon de ellos lecciones más o menos rudas sobre las ventajas de esos gremios populares, que, a pesar de su decadencia, ofrecían algunas garantías de libertad y de orden; garantías que, por la naturaleza de las cosas, ellos habían de luchar por que se volvieran cada vez más amplias, lo que, tal vez, explica en muchos casos la concesión de fueros a las ciudades conquistadas, después de sometidas: y si por la diversidad de razas la fusión no se operaba de inmediato, ni por eso la comunidad dejaba de subsistir, constituyendo todos una sola unidad municipal, pero conservando cada raza ciertos deberes y derechos especiales, hasta que el tiempo, olvidando tales diferencias, permitía uniformar el derecho público y privado de toda la población burguesa.⁴⁴

Estas líneas dejan pocas dudas en relación al estrecho vínculo que Herculano concibió entre la institución política del municipio y la “raza mozárabe”.⁴⁵ En las “costumbres” de las “clases inferiores” de origen “hispano-romano-gótico” que vivieron bajo el dominio sarraceno –y que en otro lugar de su *História*, aseguró que en ninguna otra región de España dejaron tantos “testimonios de su existencia” como en “los distritos de entre Duoro y Tejo, sobre todo en las proximidades del océano”–,⁴⁶ el autor situó el origen de los concejos o municipios portugueses modernos, baluartes de la libertad de la “población burguesa”. Este interesante vínculo del municipio y el mozárabismo define, a mi parecer, la unidad político-cultural del concepto de nación portuguesa de Herculano. Según deduzco de lo argumentado hasta ahora, para este autor, la “índole” de Portugal, la nacionalidad portuguesa, estaría fundada en el desarrollo histórico de la institución del municipio, la cual asumió como

⁴⁴ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 343-347.

⁴⁵ Como la propia cita de Herculano lo refiere, los mozárabes fueron cristianos de origen godo-romano que vivieron bajo el dominio musulmán del Al-Ándalus. Sus costumbres, religión y formas políticas fueron toleradas con el pago de un impuesto –la *yizya*.

⁴⁶ “De los territorios de España ninguno, tal vez, mudó más veces de señores durante la lucha que los distritos de entre Duoro y Tejo, sobre todo en las proximidades del océano, y por ventura, que en ninguno quedaron más vestigios de la existencia de la sociedad mozarábica, de su civilización material, de sus pasiones, de sus intereses encontrados, y hasta de sus crímenes y virtudes”. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 294.

encarnada en las costumbres y tradiciones de la unidad etno-cultural de la “raza hispano-romano-gótica” o “mozárabe”. A su vez, esta institución simbolizaba la voluntad política de las “clases libres inferiores” o “burguesas”, voluntad que, como ya se vio en la introducción a *O Bobo*, consideraba indispensable para el surgimiento de los sentimientos nacionales –“el amor celoso de la propia autonomía que deriva de una concepción fuerte, clara, consciente, de ente colectivo”. De ahí se explica que, por esa misma época, Herculano afirmara en un artículo periodístico que el “municipio no es sino el símbolo, la manifestación organizada de la patria popular”.⁴⁷

Más adelante, lo repito, profundizaré en este asunto del municipalismo herculaniano, sobre todo en lo concerniente a sus implicaciones ideológicas. Por ahora, basta tener en cuenta que este autor pensó que la “índole” municipal era precisamente aquello que constituía a Portugal como una “individualidad política” y “moral” –cultural– irreductible; como una “nación” con derechos plenos en el “concierto de naciones europeas”.⁴⁸

Biografía de una nación

Conviene ahora concentrar la mirada sobre una implicación figurativa del concepto herculaniano de nación. En el apartado anterior afirmé que Herculano pensó a esta entidad como la manifestación de una “índole” o “individualidad” político-cultural irreductible. En ese entendido, considero fundamental señalar que esa concepción presupuso, o llevó implícita, la configuración de una poderosa comparación de la nación con un organismo. El estudio de la misma será clave para comprender cómo surgió en el pensamiento de este autor la necesidad de contar una historia, o mejor aún, una suerte de “biografía” sobre el origen y destino de Portugal.

La mencionada comparación resulta perceptible desde las primeras obras de Herculano. A continuación un ejemplo extraído de su poema *A Voz do Profeta* (1836-1837):

El hijo del Hombre se complacía con enseñar la sabiduría por medio de parábolas: en la parábola está la sabiduría del pueblo.

⁴⁷ Alexandre Herculano, “O caminho-de-ferro e a nacionalidade” [*O Português*, N.º 23, 7 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 193.

⁴⁸ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 39 y 147-148. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Os caminhos de ferro” [*O Português*, N.º 8, 18 de Abril de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 101.

Un agricultor poseía cierto campo que no producía sino frutos atrofiados; porque el suelo se había tornado yermo a falta de cultivo por varios años.

Sin embargo, aquí y allá, por la extensión de la campiña, brotaban algunos árboles y cepas de buenas castas, y que sólo de maltratados parecían silvestres.

Y este agricultor murió, dejando el campo de sus padres a los tres hijos que tenía; y éstos trataron entre sí acerca de lo que debían hacer de la herencia paterna.⁴⁹

Para entender el significado de las palabras aquí citadas es preciso aclarar dos puntos en relación al texto del que fueron extraídas. En primer lugar, recordar que *A Voz do Profeta* fue escrito en base al modelo de la lírica bíblica. El fragmento en cuestión, de hecho, es un pequeño extracto de una parábola que Herculano redactó teniendo en mente la estructura de aquéllas que se encuentran en diversos lugares del Nuevo Testamento. En segundo lugar, advertir que el tema fundamental, no sólo de esta parábola, sino del poema completo, es la crítica a la Revolución septembrista de 1836.⁵⁰ A la luz del tono y del tema generales de dicha parábola, resultará más fácil percibir que la imagen del campo de cultivo ahí dibujada es una metáfora orgánica de Portugal.⁵¹ Asimismo, las imágenes complementarias del viejo agricultor y sus hijos, convidan a ser interpretadas, respectivamente, como alegorías del absolutismo portugués –causante de la devastación de la campiña– y de las ideologías seguidas por los políticos de la pos-revolución –el tradicionalismo, el cartismo y el septembrismo.⁵²

Como se puede observar, desde el inicio de su carrera intelectual, Herculano puso en práctica esta clase de metáforas orgánicas de la nación portuguesa. Al paso de los años, esta manera figurativa de concebir al Estado-nación no menguó en su pensamiento, sino que se fortaleció. Con todo, la metáfora del Portugal-campiña no fue su predilecta. Sí lo fueron, en cambio, la analogía de la patria con un individuo humano y la metáfora de la nación como un árbol. Por ejemplo, en sus cuentos y novelas de la década de 1840 tuvo bastante proclividad por la analogía entre Portugal y un hombre de carne y hueso. Véase enseguida cómo esta comparación aparece en las páginas de *O Monge de Cister*:

Fue a finales del siglo XV y principalmente por todo el XVI que esa ciudad [Lisboa] cautivadora de ojos extranjeros comenzó a despuntar por lo alto de Santa Catarina y a

⁴⁹ Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 65-66.

⁵⁰ *Vid. supra.*, pp. 36-37.

⁵¹ Defino esta comparación como una metáfora más que como una analogía en la medida que se encuentra implícito uno de los elementos de la comparación –en este caso Portugal o la nación portuguesa–, lo cual no tiende a ocurrir en la analogía. *Cfr.*, J. A. Cuddon, *op. cit.*, pp. 35 y 507.

⁵² *Vid. supra*, Capítulo II.

descender risueña por las colinas y valles de Occidente. Hasta ahí, escondida más allá de sus muros, abrigada a los pies de su castillo morisco, que era apenas el que se veía a lo lejos, como avergonzada de su pequeñez, se contraía y se escondía a sí misma en la cinta de murallas de que la había cercado D. Fernando, celoso de su hermosura. Era entonces como la hija doncella e inocentilla del honrado y guerrero Portugal, buen soldado de la Edad Media, a quien riquezas y conquistas y embriaguez de glorias hicieron disoluto, y la disolución hizo caduco antes de la vejez. Lisboa, su hija, graciosa, púdica, pura en la antigua pobreza, creció en la abundancia y en el lujo, quebró el escudo que le dio el último rey de la primera raza y, trepando el monte occidental que la encubría, se sonrió y llamó, como mujer perdida, a los extranjeros que pasaban. Ellos, más corruptos que ella, la saciaron de vicios y abominaciones. Hoy ahí está, sentada al pie de su viejo padre. Él, veterano y tonto, aleja los harapos que lo cubren y muestra sus viejas cicatrices de mil batallas y, llevando la mano a la frente calva, busca los triunfos de novecientas victorias; pero las cicatrices están cubiertas de gusanos, y los triunfos deshojados por manos de naciones de que hace dos o tres siglos había ya tal cual noticia en el mundo. Ella, vestida con andrajos de brocado, todavía hermosa, pero descolorida y abyecta, quiere sonreír lascivamente a los extraños; sin embargo, los extraños que pasan, si honestos, siguen adelante, meneando la cabeza; si corruptos, pasan una noche en su regazo y, al partir al otro día, le escupen en el rostro, soltando una carcajada.⁵³

En esta suerte de síntesis de la historia de Portugal, este último es explícitamente comparado con un individuo humano, en específico con un viejo soldado, otrora ganador de “mil batallas”, que, a raíz de su comportamiento disoluto, sufre una prematura decrepitud. Incluso se dice que ese soldado-Portugal tuvo una hija, la doncella Lisboa –quintaesencia de la portugalidad–, que también a causa de la embriaguez de su progenitor, terminó convirtiéndose en una prostituta que se entrega lascivamente a los extranjeros. La analogía Portugal-individuo, creo yo, es bastante evidente en este caso.

Por otro lado, es de resaltar que ya en sus textos historiográficos, a la par de estas analogías de la nación con un individuo humano, se encuentren también, y en abundancia, metáforas que identifican a Portugal con un árbol. Un ejemplo claro se observa en una de sus *Cartas sobre a História de Portugal* (1842):

He aquí por qué considero todo el siglo decimosexto [de Portugal] como un siglo de decadencia. El vigor del árbol dura algún tiempo después de habersele entrañado el gusano en el núcleo del tronco; porque las hojas nacieron y se crearon cuando la savia era todavía pura. Es después de eso que las hojas palidecen y caen; las ramas se arrugan y tuercen; el tronco se pudre. Entonces, pasa el viento de las tempestades, y el árbol cae en tierra.⁵⁴

Será difícil no ver aquí la metáfora de la nación portuguesa como un árbol: a través de esta imagen Herculano sugirió que Portugal era un organismo vivo que alguna vez tuvo

⁵³ Alexandre Herculano, *O Monge de Cister*, vol. I, p. 70-71.

⁵⁴ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 141-142.

un vigor jovial, pero que más tarde, a raíz de un “gusano” que se insertó en su “tronco” –esto sucedió alrededor del siglo XV–, comenzó a morir –sus ramas se torcieron, sus hojas cayeron, su tronco, debilitado, finalmente fue arrancado del suelo por las tempestades.

En relación a las analogías y metáforas orgánicas utilizadas por este autor, considero fundamental subrayar la irreductibilidad de las mismas a simples artificios del lenguaje, a meras imágenes que le sirvieron para hermostrar su discurso. En efecto, estimo que más bien se las debe asumir como figuras del lenguaje en el sentido referido por Kenneth Burke, Hayden White y Robert Nisbet, quiero decir, como maneras de descubrir y describir la realidad; como modos de conciencia a través de los cuales se aprehende la realidad, se convierte lo exótico en familiar y se crea un campo de experiencia adecuado para su comprensión.⁵⁵ Esta premisa me permite postular que las imágenes del “Portugal-campiña”, del “Portugal-individuo” y del “Portugal-árbol” habrían servido al proyecto de dar sentido a esa nueva entidad político-cultural que estaba surgiendo al mismo tiempo que Herculano escribía: me refiero al Estado-nación portugués. Tal hipótesis sólo puede ser comprobada a partir del análisis de las implicaciones de esa aprehensión metafórica de Portugal como un organismo. De entrada, habrá que tener en cuenta que toda figuración metafórica implica dotar a una cosa de los atributos de otra, ver una cualidad desde la perspectiva de otra, o fusionar en una sola imagen dos ámbitos de experiencia separados.⁵⁶ Así, habrá que preguntarse si el autor dotó al Estado-nación portugués de las cualidades que histórica y culturalmente han sido codificadas como propias de un organismo –esto por lo menos en el Occidente europeo.

⁵⁵ Cfr., Kenneth Burke, *A Grammar of Motives*, pp. 503-517. Cfr., Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, trad. e itro. Verónica Tozzi, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2003, pp. 70-72. Cfr., Robert Nisbet, *Metaphor and History. The Western Idea of Social Development*, New Brunswick, Transaction Publishers, 2009, p. 4.

⁵⁶ En *A Grammar of Motives*, Kenneth Burke definió a la metáfora como “un artefacto para ver algo *en términos* de otra cosa. Trae a la vista lo que aquello tiene de esto, y lo que esto tiene de aquello. Si empleamos la palabra ‘carácter’ como término general de lo que sea que pueda ser pensado como distinto (cualquier cosa, patrón, situación, estructura, naturaleza, persona, objeto, acto, rol, proceso, evento, etc.) entonces podríamos decir que la metáfora nos dice algo acerca de un carácter considerado desde el punto de vista de otro carácter”. Cfr., Kenneth Burke, *A Grammar of Motives*, pp. 503-504. Siguiendo a Burke, Hayden White sostuvo en *Metahistoria*, que la metáfora era un modo figurativo de conciencia que consistía en la caracterización de un fenómeno en términos de sus semejanzas con otro; en una suerte de “indicación” de la presencia de cualidades de un objeto en otro. Cfr., Hayden White, *Metahistoria*, p. 43. Por su parte, Nisbet afirma que “la metáfora es nuestro medio para efectuar la fusión instantánea de dos ámbitos separados de la experiencia en una imagen icónica, que ilumina y encapsula [significados]”. Cfr., Robert Nisbet, *op. cit.*, p. 4.

Como bien se sabe, la analogía del Estado con un organismo, y particularmente con el organismo humano, tiene una larga historia. Sus primeros testimonios, apunta Karl Mannheim, se los encuentra en la *República* de Platón y en la *Política* de Aristóteles.⁵⁷ Estos dos filósofos pensaron al Estado como “una combinación de diversas partes en una producción conjunta” que se desarrolla a través de distintas etapas, siempre desde dentro, en tanto que contiene en sí misma la fuente de su desarrollo y finalidad –esto es, como un organismo.⁵⁸ Dicha analogía tuvo vigencia más allá de la Antigüedad clásica, durante todo el Medioevo europeo –el ejemplo más claro de esto se encuentra probablemente en el *Policraticus* (1159) de John de Salisbury;⁵⁹ hasta que fue suplantada, en la temprana modernidad, por la analogía del Estado con un mecanismo.⁶⁰ Sin embargo, luego de aproximadamente tres siglos de ausencia, o de falsa presencia como organicismo-mecánico,⁶¹ a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la analogía organicista fue recuperada por los pensadores románticos. Autores como Schelling, A. Müller, E. Burke, los hermanos Grimm, Eichhorn, K. F. Boeckh, W. von Humboldt, Ranke, y Herculano, entre otros, pensaron al Estado-nación como un organismo provisto de una vitalidad espontánea –un “carácter”–, en que las partes que lo constituían eran asumidas como causas y efectos recíprocos que se referían siempre al todo orgánico, el cual era tenido por la finalidad misma de su propia causalidad.⁶² Y todavía los románticos hicieron una aportación fundamental a la teoría orgánica del Estado: gracias a ellos, esta entidad que hasta ese momento había sido considerada estática, dado que mudaba sólo en sus aspectos fenoménicos –la teoría clásica de su paso a través de las etapas de infancia, juventud, madurez y senectud, en las cuales no se alteraba en ningún sentido su ser–, ahora se transformaba en una que crecía, evolucionaba lenta, silenciosa, espontáneamente a partir de una vitalidad interna y a través del conflicto

⁵⁷ Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 106-107.

⁵⁸ *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 107-108. *Cfr.*, Robert Nisbet, *op. cit.*, p. 7.

⁵⁹ *Vid. Infra.*, nota 255.

⁶⁰ *Cfr.*, Robert Nisbet, *op. cit.*, pp. 6-10. La analogía mecanicista concibe al Estado como un artefacto, o bien como un mecanismo de relojería construido y conformado por unidades homogéneas regidas por una causalidad mecánica. Ejemplos de autores que pensaron al Estado de esa manera son Maquiavelo y Hobbes. *Cfr.*, Karl Mannheim, *op. cit.*, p. 168-169.

⁶¹ Se conoce que el término organismo siguió siendo utilizado entre los siglos XVI y XVIII, pero ahora en el sentido de mecanismo biológico regido por la causalidad. *Cfr.*, Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 170.

⁶² *Ibid.*, p.171.

histórico entre fuerzas interiores que buscaban el equilibrio del sistema –en otras palabras, como una entidad que surgía de, y se transformaba sustancialmente en la historia.⁶³

Los textos de Herculano, incluso los más tempranos, transpiran esta concepción romántico-organicista del Estado-nación. Véase, por ejemplo, cómo algunos elementos de la teoría orgánica del Estado aparecen delineados en su diario de viaje de 1838, particularmente en la narración de su encuentro con el túmulo del conde D. Henrique en la catedral de Braga:

Entonces fijando la vista en uno de los túmulos leí la siguiente inscripción [...] El asombro sucedió en mi alma a estas reflexiones. Ahí yacen depositadas las cenizas de D. Henrique. Ahí duerme el viejo conde fundador de la Monarquía su sueño de reposo. Creció la nación que constituyó y la edad viril le llegó [a ésta] y su estatura era de gigante. Extendió los brazos para el Oriente y el Occidente, echó un vistazo al mundo diciéndole –eres mi conquista–, envejeció y cayó.

Hoy, como su fundador, esta nación es un cadáver sin nombre; mas el viejo conde murió entre el estruendo de armas y de las victorias, y ella pereció como viuda sin hijos en el lecho de la miseria y de la agonía.⁶⁴

Sin lugar a dudas, lo que más resalta de este fragmento es la metaforización de Portugal como un organismo humano,⁶⁵ quiero decir, la atribución al primero de ciertas cualidades que la perspectiva romántica consideraba propias del segundo. El Estado-nación portugués aparece ahí delineado como un ser vivo nacido de un progenitor –el conde D. Henrique; que creció y se desarrolló a partir de elementos constitutivos internos; que atravesó el ciclo vital característico de cualquier individuo humano –infancia, juventud, “edad viril” y vejez; y que tuvo una determinada fisonomía –un cuerpo con “estatura de gigante”, “brazos” que “extendió [...] para el Oriente y el occidente”, ojos con que “echó un vistazo al mundo”. Con certeza que no es posible detectar aquí la lista entera de cualidades que la teoría romántico-organicista del Estado atribuyó a este tipo de entidades, y mucho menos una disertación teórica sobre esta materia; empero, aún así estos párrafos permiten sostener que, desde finales de la década de 1830, Herculano era afecto a pensar al Estado-nación en términos de metáforas orgánicas de crecimiento y desarrollo.

⁶³ Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 171-178. Cfr., Robert Nisbet, *op. cit.*, pp. 7-11.

⁶⁴ Cfr., Alexandre Herculano, “2º Caderno (c.a. 1838)”, in *Cenas de um ano da minha vida. Apontamentos de viagem*, pp. 45-49.

⁶⁵ Una década más tarde, ya en su *História de Portugal*, fue incluso más explícito en su concepción organicista de la nación, no temiendo afirmar que “la existencia de las naciones en la infancia y en la juventud es como la del hombre también en la niñez y la mocedad; precisa de vida externa y de movimiento; de aire, de luz y de espacio”. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 575.

Una exhibición mucho más compleja de este organicismo romántico se la encuentra en sus textos de la década de 1840, particularmente en los de carácter historiográfico. El siguiente extracto de las *Cartas sobre a História de Portugal* (1842) permitirá discutir esa teoría del Estado-nación de manera puntual:

Las divisiones históricas actuales nacieron de este modo falso (por incompleto) de considerar el pasado. La necesidad de establecer una cronología rigurosa era evidente: los hechos políticos y la vida de los hombres públicos precisaban de ser fijados con exactitud en el correr de los tiempos [...] El error, a mi parecer, fue creer que quedándose aquí existía la historia: error digo, y completo; porque ni siquiera la biografía de los grandes hombres surgió de tales averiguaciones. Tenemos la certitud de su nacimiento, bautismo, casamiento y muerte. Si fue un guerrero, tenemos la descripción de sus batallas; si legislador, la fecha y objeto de sus leyes: mas el carácter, la medida intelectual y moral de su espíritu, sus hábitos y costumbres, no los conocemos. Y ¿por qué? Porque ese hombre es una abstracción: está separado de su siglo. Las opiniones, costumbres, los usos, todos los modos, en fin, de existir de la época en que vivió, son desconocidos para nosotros; y sin embargo, todo eso, toda esa existencia compleja de muchos millares de hombres, a que se llama nación, debía tener una influencia inmensa, absoluta, en aquella existencia individual del hombre ilustre, que el historiador creyó poder hacernos conocer con los simples extractos de cuatro crónicas, cosidos con buen o mal estilo a las respectivas actas de bautismo, de matrimonio y de defunción.

Es por eso que, allende ser absurdo como tesis general resumir y representar la sociedad en los individuos, tal absurdo se vuelve todavía más monstruoso, cuando los tomamos como medida de las fases de la sociedad. El hombre así colocado fuera de todas las relaciones sociales, que le modificaron de éste o de aquél modo el aspecto moral, pudiendo representar todas las épocas, pertenecer a todos los tiempos, tomar todas las fisonomías, nada representa, a nada pertenece, ninguna fisonomía tiene; y cuando en él buscamos la imagen de su tiempo, no hallamos, ni siquiera la suya propia. Unanse, empero, estas individualidades abstractas, aunque en el orden del tiempo constituyan una dinastía, una serie de capitanes, de legisladores, de magistrados; juntas o separadas, ellas nunca podrán representar una época histórica; su aparición o su falta nunca serán fronteras verdaderas de las diversas transformaciones por las cuales pasan los pueblos en su vida de siglos [...]

Pero volvamos los ojos hacia monumentos de aquellas eras antiguas, en que ellas fielmente se reflejan, y cerremos los libros: busquemos la historia de la sociedad y dejemos por un momento la de los individuos. Los primeros documentos que nos caigan en las manos destruirán esas ilusiones: sentiremos la infinita diferencia entre unos y otros tiempos: veremos que los reyes, los nobles, el clero, los ciudadanos, los campesinos de entonces eran reyes, nobles, clero, ciudadanos y campesinos bien diversos de los actuales. Poco bastará para persuadirnos de que la biografía de las familias o de los individuos nunca puede caracterizar ninguna época; antes, por el contrario, la historia de las costumbres, de las instituciones, de las ideas, es la que ha de caracterizar los individuos, aún cuando quisiéramos estudiar la vida del gran individuo moral, llamado pueblo o nación.⁶⁶

Los párrafos aquí referidos difícilmente podrían ser calificados como una reflexión teórica sobre la naturaleza orgánica del Estado-nación. En realidad, lo que Herculano emprendió en esta sección de sus *Cartas* fue una crítica a la historiografía erudita portuguesa

⁶⁶ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 104-109.

de los siglos XVII y XVIII –aquella que había tenido por temática fundamental el relato de los hechos de los grandes individuos: los reyes, los príncipes, los clérigos y los generales.⁶⁷ No obstante, subyacente a esta crítica, trasluce la metáfora romántica de la nación como organismo. Esta última se va delineando a lo largo de su discusión sobre la relación del individuo con la sociedad, la nación o el pueblo. Todo parte de su posición adversa a la posibilidad de que los individuos puedan ser comprendidos de manera abstracta, esto es, sin referencia a una sociedad o nación inserta en el tiempo –a la manera de la historiografía erudita. Precisamente, esta crítica lo colocó en posición de emitir un concepto muy especial de nación como “la existencia compleja de muchos millares de hombres”, “las opiniones, las costumbres, los usos, todos los modos, en fin, de existir” peculiares de una sociedad. En otras palabras, lo que el autor parece afirmar aquí, si bien de manera un tanto velada, es que la nación estaba conformada por diferentes individuos –“reyes, nobles, clero, ciudadanos y campesinos”– que juntos configuraban un todo constituido por opiniones, costumbres, instituciones y usos –eso que en otros lugares llamó “índole” o “carácter”. Ahora, lo más interesante del asunto, y lo que me orilla a pensar en la naturaleza organicista de esta idea de nación, es la manera como Herculano concibió la relación entre las individualidades y el todo. Para él, la totalidad nacional no emanaba de la mera sumatoria o agregación de las “individualidades” que lo conformaban; “una dinastía, una serie de capitanes, de legisladores, de magistrados”, decía, en absoluto podía “representar una época histórica” de la vida de los “pueblos”. El todo nacional era algo bien distinto y superior a cada una de sus partes: era una individualidad moral viva, una integración orgánico-espiritual de las mismas en un todo homogéneo –“la vida del gran individuo moral, llamado pueblo o nación”. Esta hipótesis se apoya también en aquello que el propio autor señaló al respecto de la relación de la individualidad con el todo nacional. Su aserto sobre que resultaba imposible comprender al individuo si no era en función de “la historia de las costumbres, de las instituciones, de las ideas” del “gran individuo moral, llamado pueblo o nación”, remite al razonamiento romántico-organicista que sostenía que la totalidad constituía una suerte de *telos* al cual tendían las partes y se referían en todo momento.

Otra característica distintiva del organicismo herculaniano, y que quizá no se deja ver con suficiente claridad en el fragmento citado, es la idea de que el Estado-nación de ninguna

⁶⁷ *Vid. supra.*, pp. 92-93.

manera era una entidad estática, sino una que, a lo largo de “su vida de siglos”, sufría “transformaciones” sustanciales en su “índole”. Esta problemática se encuentra desarrollada algunas páginas más adelante en las mismas *Cartas*:

Es la condenación de nuestros libros de historia. En ninguno de ellos se percibe, al menos levemente, por entre las averiguaciones de fechas, por entre las descripciones de batallas o de triunfos, de casamientos o de funerales de grandes señores, que al lado de eso, y dando individualmente gesto y color a esos mismos hechos personales, pasaron generaciones con costumbres, creencias e instituciones diversas, o antes opuestas en gran parte a las nuestras; que de esa sociedad, de esos hombres, en la sucesión de eras y de la naturaleza, vino la sociedad moderna, vino la generación actual; que para existir, la asombrosa diferencia de aspecto que hay entre el presente y los tiempos primitivos, fueron necesarias grandes revoluciones en la índole social de la nación. Con todo, el grave y severo objeto de la historia debería haber sido éste, si el estudio del pasado no es una vanidad inútil, un comentario sin sabor del libro de los linajes, que, de camino sea dicho, es mucho más histórico que buena media docena de escritos de nuestros historiadores.⁶⁸

En el capítulo anterior fue abordada con cierta profundidad la cuestión de cómo, hasta mediados del siglo XVIII, privó entre los pensadores de Europa occidental una ontología eleática según la cual la naturaleza, los hombres, los Estados, los pueblos, todo en el universo tenía un ser que no mudaba ni mudaría jamás –si bien ese ser podía atravesar ciclos, la recurrencia era permanente, eterna, y no una verdadera mudanza.⁶⁹ En contraste, la que se advierte en estas líneas de las *Cartas* –escritas en la quinta década del XIX– es una ontología distinta, una concepción temporal y mutable del ser. De manera bastante nítida, a través de las palabras del autor, se deja ver que la “índole” de la nación portuguesa, su ser mismo, aquello que le daba identidad, poseía una naturaleza histórica. Es por eso que se le observa afirmar que las “costumbres, creencias e instituciones” de las generaciones pasadas “eran diversas, o antes opuestas en gran parte a las nuestras”; que la “índole social” de la nación portuguesa había atravesado “grandes revoluciones” que hacían distintas a las sociedades antigua y moderna. Y, sin embargo, a pesar de esas transformaciones evidentes, el autor consideró que “de esa sociedad, de esos hombres, en la sucesión de eras y de la naturaleza, vino la sociedad moderna, vino la generación actual”; que pese a los cambios, había una unidad de “índole” entre las dos sociedades, una continuidad que hacía posible hablar de una sola “individualidad” nacional portuguesa multiseccular.⁷⁰ Pero por si esto no bastara para

⁶⁸ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 122-123.

⁶⁹ *Vid. supra.*, p. 156.

⁷⁰ *Vid. supra.*, pp. 153-155.

confirmar el organicismo del pensamiento histórico-social de Herculano, cabe subrayar que esos cambios y “grandes revoluciones” que, sostuvo, experimentaba la nación a lo largo de los siglos, los entendió siempre como interiores, como partiendo de las propias potencialidades internas de la “índole” nacional. En este fragmento, nada se dice, por ejemplo, sobre algún factor externo que hubiese influido en las transformaciones de aquélla; de hecho, la propia “índole” creciendo desde dentro y desplegando sus propias potencialidades en la historia, es tenida por el único factor de las “revoluciones” de sí misma –causa y efecto de su propio ser.

Un último punto es necesario especificar en relación a la concepción orgánica de la nación de Herculano, y éste se relaciona con el asunto de la naturaleza de las transformaciones internas consideradas por él como motor del desarrollo, del crecimiento del organismo-Portugal a través de distintas etapas. Me refiero específicamente a su idea de que los cambios en la índole de la nación se daban a través del conflicto entre fuerzas internas. En ningún lugar de su obra este pensamiento se expresa con mayor detalle que en el Libro VII de la *História de Portugal*:

En la esencia de todas las asociaciones humanas, en todas las épocas y por todas partes actúan dos principios: uno, de orden moral, íntimo, subjetivo; otro de orden material, visible, objetivo. Es el primero el sentimiento innato de la dignidad y de libertad personal; es el segundo el hecho constante e indestructible de la desigualdad entre los hombres. Las revoluciones interiores de las sociedades, sus luchas externas, las mismas mudanzas lentas y pacíficas de su índole y organización, constituyen fases más o menos perceptibles del ascendiente que toma uno u otro de esos dos principios en perpetua lucha entre sí. Cavando hasta el núcleo de cualquier hecho histórico, allá vamos encontrar ese perpetuo combate. Las conquistas, el despotismo, las oligarquías, sea cual fuere su nombre, son manifestaciones diversas del predominio del mismo principio de desigualdad, ya sea que se estribe en la fuerza bruta, en la destreza y la inteligencia, o bien en la propiedad: las resistencias, felices o infelices, de las nacionalidades o de las democracias, en cuanto no degeneran en exclusión o en tiranía del mayor número, son manifestaciones del sentimiento de la dignidad y de la libertad humanas, del principio subjetivo o de conciencia. Hechos ambos innegables e indestructibles, la gran cuestión social es equilibrarlos, y no intentar lo imposible, pretendiendo anular uno y otro; porque fue Dios quien estampó uno en la faz de la Tierra, al paso que escribía el otro en el corazón del hombre. La inutilidad de los esfuerzos de este siglo para asentar la sociedad en nuevas bases, la frecuencia de los terribles estremecimientos que agitan a Europa, intentando regenerarse, no proceden, quizá, sino del exclusivo de los partidos que representan las dos ideas, de negación de la legitimidad con que mutuamente se tratan [...] Sea cual fuere el desenlace del combate, la paz que resultara del triunfo exclusivo de uno de los dos principios nunca será duradera; porque ese triunfo importa la condena de una ley eterna, que no es lícito ofender impunemente: nunca la libertad y la paz podrán subsistir

mientras concesiones mutuas no hagan posible la coexistencia y simultaneidad de los dos principios.⁷¹

Dejando de lado, por el momento, las implicaciones políticas de lo afirmado aquí por Herculano –este problema será oportunamente tratado en el último apartado del presente capítulo–, me interesa ahora destacar sus declaraciones en torno al “perpetuo combate” que, según él, tenía lugar “en la esencia de todas las sociedades humanas”, en la “índole y organización” de cualquier sociedad. Se trata del combate entre los principios de la “libertad” y la “desigualdad”. De entrada, vale la pena descartar que el autor pensase estos principios en términos netamente ahistóricos. Es cierto, dijo de ellos que Dios “estampó uno en la faz de la Tierra, al paso que escribía el otro en el corazón del hombre”; que eran “hechos innegables e indestructibles”, y que esto constituía una “ley eterna”. No obstante, debe reconocerse que, como el propio historiador lo dejó ver, esos principios poseían también un carácter histórico: la “libertad” y la “desigualdad” habían tenido y tendrían “manifestaciones diversas” en el tiempo –la “desigualdad” había encarnado, por ejemplo, en el “despotismo” o las “oligarquías”, y la “libertad” en la “democracia”. Dada esta naturaleza cambiante y concreta de aquellos dos principios abstractos, no sorprende que Herculano concibiese que la interacción, la mayor parte de las veces beligerante, entre los mismos, fuese la fuente de las “mudanzas” y “revoluciones” de las sociedades. Esta particular concepción del cambio social como producto de dos fuerzas internas que eran, además, irreductibles, da cuenta nuevamente de una concepción organicista del Estado-nación. Y ésta parecerá aún más evidente si se advierte que el autor pensó que la “gran cuestión” del pensamiento social de su siglo era lograr “equilibrar” la “libertad” y la “desigualdad”, “la coexistencia y simultaneidad de los dos principios”. No está de más recordar que en la teoría romántico-organicista del Estado, formulada por pensadores como A. Müller a comienzos del siglo XIX, el Estado-organismo se desarrollaba a través de la lucha continua entre fuerzas internas antagónicas, dependientes unas de otras y del sistema entero –un flujo vital de corrientes y contracorrientes–, pero siempre en busca de lograr el equilibrio perdido por alguna alteración externa. Asimismo, esa teoría planteaba que la función del estadista era mediar entre dichas

⁷¹ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 188.

fuerzas antagónicas; en otras palabras, favorecer las condiciones para que el equilibrio orgánico fuera recuperado.⁷²

Ahora, resultará interesante advertir que esta teoría del cambio social –y nacional– como producto del antagonismo entre fuerzas internas, Herculano la desarrolló de manera práctica y concreta en sus poemas, cuentos, novelas y obras historiográficas. Una muestra interesante de esto se deja ver en las páginas de *O Bobo*. En dicha novela, la mencionada lucha entre la “libertad” y la “desigualdad” encarna en el combate entre el bufón Dom Bibas –símbolo de la burguesía– y el noble aragonés Garcia Bermudes, válido del conde de Trava, quien por entonces era gobernador de facto del Condado Portucalense junto a la condesa D. Teresa:

Fue entonces que Dom Bibas se vio elevado, sin protecciones ni empeños, a una situación que en sus más ambiciosos y agradables sueños de felicidad nunca había imaginado. El propio mérito y gloria le pusieron en las manos la paleta de su antecesor, el gorro bicorne, el jubón de mil colores y el vestido orlado de cascabeles [...]

En aquella época el cargo de bufón correspondía hasta cierto punto con el de los censores de la república romana [...]

En una sociedad en que las torpezas humanas así aparecían sin velo, juzgarlas sería fácil. Lo dificultoso sería condenarlas. En la extensa escala del privilegio, cuando un hecho innoble o criminal se practicaba, su acción recaía, por regla general, sobre quienes se hallaban colocados en los escalones inferiores al perpetrador del atentado [...]

Pero en medio del silencio tremendo, del padecer increíble y del sufrimiento forzado, un hombre había que, ágil como la propia cabeza, libre como la propia lengua, podía descender y subir la ardua y larga escalera del privilegio, soltar en todos los escalones de ella una voz de reprehensión, castigar todos los crímenes con una injuria amarga, y patentizar deshonras de los poderosos, vengando así, muchas veces sin saber, males y opresiones de humildes. Este hombre era el bufón.⁷³

Pocas dudas pueden haber aquí de que el bufón Dom Bibas, que había crecido por su “propio mérito” y sin ninguna “protección” –como la burguesía–, representaba la “libertad” enfrentada a los “privilegios” de una nobleza opresora y símbolo de la “desigualdad”. Pero lo que más importa señalar es que esta lucha entre el bufón y el noble García Bermudez, o mejor aún, entre la burguesía portucalense y la nobleza gallego-portuguesa, fue considerada por el autor como la textura de la gran revolución social que culminó con el nacimiento de la “individualidad nacional” portuguesa:⁷⁴

⁷² Cfr., Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, pp. 175-179.

⁷³ Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 21-25.

⁷⁴ Cfr., Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 159-160.

La suerte de armas y la venganza de Dom Bibas habían resuelto los futuros destinos de Portugal. No fue esta la primera vez, ni será la última, en que una batalla o un altercado, influyan en la existencia o no existencia, en el modo de ser o de no ser de esos cuerpos morales llamados naciones, que a pesar de su individualidad, en rigor ideal y abstracta, no dejan de parecer cuerpos físicos, por falta de voluntad y de inteligencia.

Brava batalla se peleó en el campo de S. Mamede, junto de Guimarães, donde las huestes del infante se encontraron con las de su madre y del conde de Trava. Después de largo conflicto, Afonso Henriques triunfó, y D. Teresa se vio obligada a huir con el soberbio extranjero, llegó a encerrarse en el Castillo de Lanhoso, distante dos leguas del lugar del encuentro.

¿Pero por qué no buscaron los vencidos ampararse dentro de los fuertes muros y torres del castillo de Guimarães? Es lo que no nos dice la historia. Poco importa: lo diremos nosotros. La historia no conoció a Dom Bibas, y Dom Bibas, muy en secreto lo revelamos aquí a los lectores, nos ofrece la llave de este misterio. El bufón volvió imposible semejante arbitrio, y quizá ayudó a descender del cielo la bendición que cubrió las armas de Afonso Henriques.

Éste no olvidó el modo por que y del camino por donde el esforzado señor da Maia escapó de las garras del noble tigre de Galicia. La lanza de Gonzalo Mendes [da Maia] no relució enrizada al sol de la pelea. Cuando, no obstante, estaba más encendida y trabada, varios ballesteros, que se veían a lo largo guarneciendo los andares y terrazas de las murallas y torres del castillo, comenzaron a vacilar y correr de un lado para otro, y de ahí a poco algunos de ellos, cayendo por entre las almenas, hicieron estallar las aguas encharcadas y verde-negras del foso [...]

Los hombres de calle y los villanos, viendo el castillo y el monasterio declararse por el hijo del conde Don Henrique –revolverse la torre de homenaje y el ritual–, entendieron que el burgo, asentado a los pies de los dos símbolos de la fuerza y de la inteligencia, debía imitarlos [...]

Entonces el puente levadizo del castillo descendió, y algunos hombres de armas salieron hacia el burgo. Al frente venía el Lidador, que se dirigía al monasterio, rodeado ya del villanaje, que lo saludaba y aclamaba al infante, y que el señor da Maia hacía alejar, para poder seguir adelante, con buenas contoneadas de lanza, según era derecho y costumbre tratar a los peones en semejantes actos. Dom Bibas, montado en un caballo del conde de Trava, y ataviado con sus vestimentas de bufón, seguía de cerca al caballero, riendo y haciendo gestos y mimos, sin olvidarse de distribuir golpes con su bastón a derecha e izquierda con toda la maestría de un bufón real.⁷⁵

Latente en este relato del desenlace del conflicto entre, por un lado, Dom Bibas, Gonzalo Mendes da Maia (*O Lidador*) y Afonso Henriques, y por el otro, D. Teresa, el conde de Trava y García Bermudez, se advierte la lucha irreconciliable de los principios antagónicos que representaba cada uno de los bandos: la “libertad” y la “desigualdad”, respectivamente. Asimismo, se observa que el autor tuvo a dicho conflicto intestino, orgánico, como el motor de una de las principales transformaciones de la “índole social” de Portugal: su independencia.

⁷⁵ Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 213-217.

Allende esta muestra representativa tomada de las páginas *O Bobo*, sostengo que el reconocimiento de Herculano del importante papel jugado por las luchas orgánicas de la “libertad” y la “desigualdad” en las transformaciones de la “índole” social de Portugal, da precisamente el tono de todas sus demás obras. Así sucede, por ejemplo, en *Eurico, o Presbítero*, que narra el ascenso de la Monarquía neo-gótica de Asturias –la pre-historia de Portugal– a través de la lucha del godo Eurico –la “libertad”– contra los sarracenos –“la desigualdad”–;⁷⁶ en *O Monge de Cister*, que refiere el surgimiento de la Monarquía popular de João I bajo el impulso del conflicto personal entre Frei Vasco –“la libertad”– y el altivo noble Fernando Afonso –la “desigualdad”;⁷⁷ o en la *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, que, a diferencia de lo que su título sugiere, da cuenta no sólo del nacimiento de esta institución, sino también de la monarquía absoluta, esto en el marco del enfrentamiento entre los cristianos nuevos –la “libertad”– y el tiránico João III, *O Piedoso* –“la desigualdad”.⁷⁸

Ahora, resumiendo lo hasta aquí argumentado, es factible sostener que Herculano concibió al Estado-nación portugués como un “organismo” –como un complejo social constituido por individualidades organizadas en torno a una “índole” o vitalidad interna poseedora de la capacidad de crecer y desarrollarse por medio del conflicto entre fuerzas también internas, y que atravesaba una serie de etapas, de la infancia a la vejez, pasando por la juventud y la madurez. A la vista de una concepción tal, no extraña en absoluto que el autor se propusiera abordar la historia nacional de Portugal en los términos de una narración “biográfica”: “las biografías de los individuos colectivos –sostuvo– bien como las de los singulares, no pueden comenzar lejos de su cuna”.⁷⁹ Como se sabe, desde la perspectiva herculaniana, el asunto fundamental de la historia nacional consistía en referir el despliegue temporal de una “índole” o identidad colectiva, desde su nacimiento hasta su vejez y muerte.⁸⁰ En ese entendido, parece casi natural que se plantease dicha historia a manera de una narración de identidad o una narración de vida.⁸¹

⁷⁶ Alexandre Herculano, *Eurico O Presbítero*, pp. 270-275.

⁷⁷ Alexandre Herculano, *O Monge de Cister*, vol II., pp. 68-73.

⁷⁸ Alexandre Herculano, *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, vol II, pp. 265-267.

⁷⁹ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 35 y 125. Las cursivas son mías.

⁸⁰ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 135-139.

⁸¹ *Cfr.*, Benedict Anderson, *op. cit.*, p. 284. *Cfr.*, François Dosse, *El Arte de la Biografía. Entre Historia y Ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, pp. 15-17. El concepto de “identidad” que manejo en esta

Fue precisamente esto lo que Herculano realizó a través de su obra poética, novelística e historiográfica: reconstruir la “biografía” de Portugal; abordar los distintos momentos del desarrollo de su “índole” o identidad. En obras como *Eurico O Presbítero* (1843), *Destruição de Áuria* (1838) y *O Alcalde de Santarém* (1845), refirió la historia de los ancestros de la nación portuguesa (siglos VIII-XI): una suerte de historia de los abuelos hispano-godos del biografiado –el relato de “los dioses de la infancia, groseros simulacros de las imágenes paternas [...] que hemos recontado y escuchado mil veces, que todos los de la casa saben, mas que siempre narramos y escuchamos con atención y deleite, y tal vez con entusiasmo”.⁸² El nacimiento e infancia de la nación portuguesa (siglos XII-XIII), las etapas de conformación de la “índole” nacional, las dibujó con detalle en *O Bobo* (1843), *O Bispo Negro* (1839), *A Morte do Lidador* (1839), las *Cartas sobre a História de Portugal* (1842) y la *História de Portugal* (1846-1853). Por otra parte, en textos como *Arras por Foro de Espanha* (1841-1842), *O Castelo da Faria* (1838), *A Abóbada* (1839), *Mestre Gil* (1838) y *Três Meses em Calecut* (1839), dio cuenta de la etapa de juventud y madurez de Portugal (siglos XIV-XV): el momento en que la alianza de la monarquía popular con los munícipes burgueses dio sus mejores frutos –tantos que al individuo-Portugal le alcanzó incluso para extender “los brazos para el Oriente y el Occidente”. Finalmente, la edad oscura del absolutismo portugués –en sus facetas monárquica y democrática–,⁸³ esto es, la etapa de vejez y decrepitud de Portugal (siglos XVI-XIX), fue trazada en la *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal* (1853-1859), *A Voz do Profeta* (1836-1837), *A Harpa do Crente* (1838), y en la mayor parte de los artículos periodísticos que publicó entre 1850 y 1877. Cabe aún mencionar que Herculano tuvo alguna confianza en la posibilidad de que el moribundo Portugal experimentase una resurrección, una suerte de renovación de su “índole” originaria o una “segunda infancia” –de la cual ya había dado síntomas en la

investigación parte de la definición del historiador y arqueólogo Jann Assman: la autoimagen o conciencia que tiene un individuo o un grupo social de ser una entidad irremplazable con características distintivas que permanecen constantes a lo largo del tiempo, y que se crea y preserva a través de un conjunto complejo de símbolos compartidos. *Cfr.*, Jann Assmann, *Cultural Memory and Early Civilization. Writing, Remembrance and Political Imagination*, New York, Cambridge University Press, 2011, pp. 17 y 111-120.

⁸² Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 34-35.

⁸³ Para comprender las semejanzas que Herculano observó entre absolutismo y los diversos regímenes de la pos-revolución portuguesa, *vid. supra.*, p. 131, nota 27.

revolución contra el absolutismo de 1832-1834.⁸⁴ Sobre esta eventual e hipotética etapa dio algunas tenues pinceladas en todos sus textos.

Por último, considero vital subrayar que esta “biografía” de Portugal, en tanto que narración del despliegue temporal de una “índole” nacional, fue también la historia de cumplimiento de un destino o misión histórica. Quizá pueda parecer un tanto redundante reconocer que Herculano sostuvo que la misión histórica de Portugal consistía en realizar su propia identidad; sin embargo, esa postura fue enteramente coherente con la concepción orgánica que este autor tuvo del Estado-nación. Cabe recordar que, desde el punto de vista romántico-organicista, el *telos* de cualquier organismo estribaba en el desarrollo y la consumación de la vitalidad interna presente en germen desde su mismo nacimiento. Partiendo de estas ideas, resulta lógico que el autor portugués comprendiera la historia vital de su nación como el cumplimiento progresivo de un destino; como el despliegue de la “índole” específica de

[...] esa nación pequeña por el número, mas grande por su esfuerzo, grande sobre todo por su actividad agrícola, comercial y marítima; grande por la política de sus príncipes populares; grande por la sabiduría comparativa y sus instituciones y leyes, en medio del atraso político de Europa; grande, no por las virtudes de las clases privilegiadas, mas sí por la de los villanos, por las de nuestros abuelos; grande por la alianza estrecha entre la monarquía y la democracia contra las oligarquías que nacen de la indestructible desigualdad humana y que, según los tiempos, se llaman patriciado, hidalguía, agiotismo.⁸⁵

Sobre esa misión “villana” –burguesa y municipalista– que, según palabras de Herculano, Portugal encarnaba y debía de cumplir para “el progreso de la civilización”,⁸⁶ es fundamental resaltar su naturaleza colectiva. Este sentido de colectividad del destino nacional sólo es posible comprenderlo a la luz del proyecto burgués de creación y consolidación del Estado-nación.⁸⁷ En Portugal, como en la mayor parte de los países de Europa occidental durante el siglo XIX, uno de los principales desafíos que enfrentaron las élites burguesas para consolidar el nuevo régimen emanado de las revoluciones demo-liberales, fue lograr la identificación del monarca y, más que nada, de las clases media y baja, con la unidad político-cultural encarnada por el Estado-nación.⁸⁸ Algunos estudiosos del nacionalismo como

⁸⁴ Alexandre Herculano, “Cartas sobre la História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 149.

⁸⁵ Alexandre Herculano, “O Paiz e a Nação” [1851], in *Opúsculos. Tomo VII*, pp. 120-121.

⁸⁶ Alexandre Herculano, *O Bobo*, p. 11.

⁸⁷ *Vid. supra*, Capítulo II.

⁸⁸ *Cfr.*, Stefan Berger with Christoph Conrad, *op. cit.*, pp. 3-4. *Cfr.*, Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 89-109.

Benedict Anderson y Stefan Berger han coincidido en señalar que la formación de las identidades nacionales europeas entrañó la utilización, no únicamente de mecanismos políticos y económicos, sino también de afectivos e imaginativos,⁸⁹ esto sobre todo porque el Estado-nación buscaba colmar el vacío de significación dejado por formas anteriores de identidad colectiva como el Estado dinástico o la cristiandad –formas que, durante siglos, habían dado sentido a la vida y a la muerte de millones de personas, transformando las contingencias de la vida en significado, y la fatalidad en continuidad (se era súbdito de un señor elegido por Dios y parte de un destino de salvación).⁹⁰ La supervivencia y la estabilidad de los nuevos regímenes nacionales pasaba por la identificación de las poblaciones con los mismos; y sucedía que esa meta parecía asequible sólo en la medida que esas poblaciones reconocieran que las propias vidas, así como las de sus ancestros y las de sus futuros descendientes, poseían significado y continuidad en un devenir colectivo político-cultural.⁹¹ Entre los métodos ideados por las élites burguesas para promover tal identificación, destaca, sin duda, la escritura de literatura e historiografía de corte nacionalista.⁹² A través de esta clase de discursos se intentó identificar a la población de un país con el origen y el destino de una nacionalidad.⁹³ La “biografía” del Estado-nación portugués elaborada por Herculano a través de su obra literaria e historiográfica pertenece, precisamente, a esta categoría de esfuerzos. Ahora bien, en razón de la importancia que en ese relato de identidad asumen el origen y el *telos* o destino histórico de Portugal, los dos apartados restantes de este capítulo estarán dedicados a su análisis.

El origen y el comienzo

Como todas las historias nacionales que fueron escritas en Europa durante la primera mitad del siglo XIX, la meta-narrativa herculaniana de la historia nacional de Portugal abordó con especial diligencia el problema de los orígenes del moderno Estado-nación. Es bien sabido que la necesidad de legitimar la existencia de ese nuevo régimen político-cultural, o bien de

⁸⁹ *Cfr.*, Benedict Anderson, *op. cit.*, pp. 26-30 y 200-203. *Cfr.*, Stefan Berger with Christoph Conrad, *op. cit.*, pp. 9-12.

⁹⁰ *Cfr.*, Benedict Anderson, *op. cit.*, pp. 27-42.

⁹¹ *Ibid.*, p.29.

⁹² Ann Rigney, *op. cit.*, pp. 84 y 91. *Cfr.*, Stefan Berger with Christoph Conrad, *op. cit.*, pp. 1-16.

⁹³ Chris Lorenz, “Drawing the Line: ‘Scientific’ History between Myth-making and Myth-breaking”, in Stefan Berger, *op. cit.*, pp. 43.

justificar su creación y autonomía, llevó a numerosos intelectuales y políticos europeos – muchos de ellos asociados al movimiento romántico– a proyectar los orígenes del mismo sobre el pasado remoto, particularmente sobre la Edad Media.⁹⁴ De la península Escandinava y Rusia en el Norte –afirma Stefan Berger–, a la Península Ibérica y los Balcanes en el Sur, la construcción de las diversas identidades nacionales europeas pasó por la escritura de historias que pretendieron trazar el desarrollo ininterrumpido de dichas identidades a partir de un alegado momento fundacional en la época de las invasiones o migraciones bárbaras sobre el Imperio romano.⁹⁵ Ejemplos conspicuos de esta actitud se encuentran en la *Geschichte der romanischen und germanischen Völker von 1495 bis 1514* (1824) de Leopold von Ranke, la *Histoire de France* (1833-1867) de Jules Michelet, la *History of England* (1848-1855) de Thomas Babington Macaulay, la *Histoire de Belgique* (1840) de Théodor Juste o la *Geschichte des tschechischen Volkes in Böhmen und Mähren* (1836-1867) de František Palacký. A la luz de este contexto espiritual, no extraña, entonces, que la historia nacional de Herculano reprodujese o actualizase algunos de los principales postulados de aquella búsqueda generalizada de los orígenes; me refiero, entre otros, a la tesis sobre la estirpe germánica de las modernas naciones europeas,⁹⁶ o a la famosa “querrela de las dos razas” –el enfrentamiento entre germanos y latinos que, según historiadores como Augustin Thierry y François Guizot, habría dado origen a naciones como Inglaterra y Francia, y explicaba su compleja y conflictiva estructura social.⁹⁷ Con todo, tal y como se verá a continuación, aún reconociendo la inmersión del autor luso en esa corriente de ideas, la solución que dio al problema del origen del Estado-nación portugués se advierte poseedora de rasgos bastante singulares.

⁹⁴ Cfr., Patrick J. Geary, *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*, New Jersey, Princeton University Press, 2002, pp. 17-18. Cfr., Stefan Berger with Christoph Conrad, *op. cit.*, pp. 100-114.

⁹⁵ Cfr., Stefan Berger with Christoph Conrad, *op. cit.*, pp. 81-82, y 115.

⁹⁶ La fascinación de los autores europeos por la imagen del pueblo germánico “puro y libre” tiene una larga historia, la cual comienza, probablemente, con el redescubrimiento de la *Germania* de Tácito por parte de los humanistas de los siglos XV y XVI, entre ellos Conrad Celtis y Jacob Wimpfeling. Cfr. Patrick J. Geary, *op. cit.*, p. 22. Ya en el siglo XVIII, la teoría del poeta y jurista inglés William Jones (1788) de que en el pasado había existido una lengua original indoeuropea o indogermánica derivó en la idea de que los germanos eran básicamente la cuna de la civilización europea. Así, por ejemplo, la concepción de la India y del centro de Asia como el punto cero de esa original lengua indoeuropea de la que habrían nacido lenguas como el latín, el griego o los dialectos alemanes, llevó ya en el siglo XIX a un autor como August-Wilhelm Schlegel a afirmar que “si el Oriente es la región de donde parten las generaciones del género humano, Alemania debe ser considerada como el Oriente de Europa”. Cfr., Leon Poliakov, *Le mythe aryen. Essai sur les sources du racisme et des nationalismes*, Paris, Calman-Lévy, 1971, pp. 29-48.

⁹⁷ Cfr., Leon Poliakov, *op. cit.*, pp. 29-48.

Dicha singularidad será perceptible a través del análisis de la forma como Herculano comenzó su meta-narrativa de la historia nacional portuguesa. Antes de emprender esta tarea juzgo conveniente dejar claro –aunque se trate quizá de una obviedad– que el comienzo de ese relato, al igual que el de cualquier otro discurso sin importar su carácter ficcional o factual, no puede ni debe ser considerado como algo “natural”, quiero decir, como algo que pertenece al orden natural del universo. La designación que el autor hizo de un punto en el tiempo y en el espacio –el proceso de surgimiento de la monarquía portuguesa en el siglo XII⁹⁸ como origen del Estado-nación portugués y como punto de partida de su narrativa, fue un acto violento y artificial, no natural. Violento porque, como sostiene Andrea del Lungo, todo acto inaugural de toma de palabra implica la imposición arbitraria de una frontera entre un nuevo mundo discursivo y otros mundos discursivos e histórico-sociales;⁹⁹ y “artificial”, porque cualquier comienzo –esto en palabras de Edward Said– es una “ficción necesaria”, es decir, una construcción intencionada, un artificio lingüístico que “da la oportunidad de hacer un trabajo que nos compensa del revuelto desorden de la realidad bruta que no se asienta”.¹⁰⁰ La vida, dice Louis O. Mink, “no tiene comienzos, medios o finales”, no es un relato; “las historias no son vividas, sino contadas”.¹⁰¹ Esto quiere decir que en la realidad no hay fronteras iniciales ni finales, y que es más bien nuestra necesidad de homogeneidad y de duración, de dar sentido al flujo transitorio de la experiencia, la que nos lleva a crear esas ficciones.¹⁰² En ese entendido, es factible afirmar, como premisa básica del análisis propuesto en este apartado, que el límite inicial impuesto por Herculano a su relato, y a través del cual pretendió referir el origen de Portugal, debe ser comprendido como una “ficción” que lo posibilitó, en primer lugar, para delimitar su materia de trabajo; en segundo, para instituir un movimiento durable y discontinuo respecto a otros cursos lingüísticos o histórico-sociales; y en tercero, para dar unidad, orden, dirección y significado –formal, lógico y moral– a un número disperso y heterogéneo de hechos y circunstancias.¹⁰³

⁹⁸ Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas sobre a história de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 125. Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 218.

⁹⁹ Cfr. Andrea del Lungo, *L'incipit romanesque*, Paris, Éditions de Seuil, 2003, pp. 13-17.

¹⁰⁰ Edward Said, *Beginnings. Intention and Method*, New York, Columbia University Press, 1975, p. 50.

¹⁰¹ Louis O. Mink, *op. cit.*, pp. 48 y 60.

¹⁰² Cfr. Edward Said, *op. cit.*, pp. 49-50. Frank Kermode, *The Sense of an Ending. Studies in the Theory of Fiction*, New York, Oxford University Press, 2000, p. 4.

¹⁰³ Cfr., Edward Said, *op. cit.*, pp. 29-78. Cfr. Andrea del Lungo, *op. cit.*, pp. 34-45.

Una vez aclarado esto, se percibirán mejor las implicaciones de la decisión de Herculano de inaugurar su “biografía” de Portugal a partir de una imagen de comienzo que parece delinear al más “absoluto” y “natural” de todos los comienzos –el nacimiento de un organismo:

Nuestra historia comienza únicamente en la primera década del siglo XII; no porque los tiempos históricos no remonten a una época muchísimo más antigua; sino porque antes de esa fecha no existía la sociedad portuguesa, y las biografías de los individuos colectivos, bien como las de los singulares, no pueden comenzar fuera de su cuna.¹⁰⁴

La elección de comienzo de este autor se percibe muy acorde a la tendencia dominante en su tiempo en relación a los *incipit* discursivos. Durante todo el siglo XVIII y hasta la primera mitad del XIX, el *topos* del nacimiento del protagonista de un relato fue una forma de *incipit* bastante difundida entre poetas y novelistas –v. gr., Defoe y Dickens–, pero también entre los historiadores –v. gr., Thierry y Michelet.¹⁰⁵ No resulta difícil reconocer las razones de su popularidad. Según refiere Andrea del Lungo, el atractivo que este comienzo tenía para sus cultores responde principalmente a dos características: el umbral del nacimiento disimulaba el “carácter arbitrario” de la elección, “haciendo coincidir el arranque de la narración con un comienzo natural y absoluto, que suprimía todo evento anterior en el momento de la génesis”; y además, tenía “una poderosa función inaugural” pues su conexión con la cuestión del origen permitía asegurar la “linealidad natural de la narración”, en tanto que planteaba el seguimiento de “las peripecias del héroe a lo largo de su existencia”.¹⁰⁶ Ambas cualidades están presentes en el fragmento citado de las *Cartas* de Herculano. En esas líneas se advierte que su autor se valió del convencional *incipit* del nacimiento para levantar una frontera absoluta entre la historia de la sociedad portuguesa –protagonista de su narración– y una serie de hechos anteriores que consideraba ajenos a ella. Asimismo, se observa que ese comienzo le permitió plantear que aquello que se disponía a contar –la “biografía” de un “individuo colectivo”– seguía un curso narrativo “natural”, puesto que contaba la historia de vida del héroe-Portugal desde su “cuna”.

¹⁰⁴ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 125.

¹⁰⁵ Cfr. Andrea del Lungo, *op. cit.*, pp. 105-106.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 105-106.

Ahora, no obstante el halo de naturalidad que se desprende de tal elección de comienzo, conviene recordar que se trata de una “puesta en escena ficcional”.¹⁰⁷ Es cierto, en una primera instancia, al amparo del argumento de que la existencia de la sociedad portuguesa resultaba reconocible sólo a partir del momento de su independencia política con respecto al Reino de León,¹⁰⁸ parece necesario y hasta natural el rechazo de Herculano por “la historia de todas las sociedades de cualquier parte de España anteriores a la existencia de la nación portuguesa como individuo político”.¹⁰⁹ Sin embargo, ese repudio del pasado lusitano, fenicio, griego, romano, visigodo y sarraceno, manifiesta su auténtico carácter “artificial” –esto es, su carácter como un constructo determinado por intenciones, no sólo narrativas sino también ideológicas– toda vez que se hace consciente que, bajo la mencionada premisa, Portugal devendría una entidad nacida de la nada, sin progenitores, surgida por generación espontánea. Y sucede que, por más absoluto y natural que aparente ser el *topos* del nacimiento, conlleva siempre un dejo de “ilusión”; pues a menos que se trate de un *fiat lux* divino –que no es aquí el caso–, todo nacimiento implica un acto de concepción.¹¹⁰

Herculano no fue, sin embargo, un narrador ingenuo. Por el contrario, fue bastante consciente de los problemas que su comienzo implicaba y, por eso mismo, trató de disimularlos. Aún así, resulta paradójico que los medios discursivos que empleó para ocultar el carácter “ficcional” –intencional– de su elección de comienzo, revelen esto último de manera más acusada. Para constatarlo, repárese, por ejemplo, en el siguiente fragmento extraído de su *História de Portugal*:

Portugal está constituido. La sangre derramada en muchos combates, los estragos de sucesivas invasiones y casi treinta años de energía, de perseverancia y de destreza, tal fue el precio por el que nuestros abuelos compraron la independencia. Los historiadores han pretendido señalar una fecha exacta, un único punto en el correr de los tiempos en que ella naciese y plenamente se realizase, como si la naturaleza de las cosas no repugnase eso y los hechos sucesivos que componen este hecho, múltiple, complejo y por consecuencia lento de completarse, no les gritasen bien alto que semejante pensamiento era absurdo. Preocupados por aquella idea en el examen de los sucesos parciales, la mayor parte de ellos la colocó bajo una falsa luz. Es así como la historia de Portugal en su cuna, ampliamente rellena de fábulas inverosímiles e insulsas, está, acaso, transfigurada por la mala apreciación de los acontecimientos verdaderos todavía más que por ellas mismas. Las fábulas, versando ordinariamente sobre particularidades, huyen en parte de la memoria del lector: lo que queda

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 105.

¹⁰⁸ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 86-87.

¹⁰⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 64.

¹¹⁰ *Cfr.* Andrea del Lungo, *op. cit.*, p. 105.

estampado en su alma son los lineamientos de los hechos capitales de la historia. El valor falso de éstos, su color legítimo alterado, he ahí lo que induce más que otra cosa a error grave, y, por regla general, los errores más graves son los de más larga vida.¹¹¹

Como puede advertirse, aquel comienzo violento y absoluto que Herculano propuso en las páginas iniciales de su *História* aparece aquí matizado o encubierto bajo la imagen de un “proceso” –el nacimiento de la nación portuguesa, su “independencia”, no era “una fecha exacta, un único punto en el correr de los tiempos”, era más bien un “hecho, múltiple, complejo, y por consecuencia, lento de completarse”. Irónicamente, para quien analiza este discurso, esa disimulación tiene el efecto contrario de hacer visible el carácter artificial e intencionado del propio comienzo del autor. Su crítica a otras historias o “fábulas” de Portugal, las cuales tenían por característica principal comenzar de forma absoluta, a partir de una “fecha exacta”, evidencia que el comienzo que él presentó como umbral absoluto y “natural” del desarrollo también “natural” y progresivo de un organismo, no era otra cosa que un corte artificial que tenía por intención distinguir ideológicamente su narración de otras narraciones de la historia portuguesa.

Al comenzar su historia con el relato del proceso de surgimiento de Portugal como una entidad política independiente durante el siglo XII, lo que el autor intentó hacer fue destruir la autoridad de dos relatos del origen que, desde su punto de vista, habían servido para legitimar ideológicamente al régimen absolutista portugués. Uno de ellos era el llamado “mito lusitano”, el otro era el “mito de Ourique”. Los dos habían surgido entre los siglos XV y XVI y estaban todavía vigentes a comienzos del XIX –el primero en el pensamiento y las obras de eruditos como António Caetano do Amaral (1747-1819) y Pascoal de Melo Freire (1738-1798), y el segundo en los de Fr. António Caetano de Sousa (1674-1759) y Fr. António Pereira de Figueiredo (1725-1797).¹¹²

Según refiere el propio autor, el “mito lusitano” fue creación del obispo de Évora D. Garcia de Meneses (¿-1484), quien presuntamente fuera el primero en usar “la palabra *lusitani* para designar a los portugueses”.¹¹³ Los actuales estudios sobre la historia de la

¹¹¹ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 304.

¹¹² Cfr., Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 19-37. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa. Doutrina e crítica*, vol. II, pp. 45-50. Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 64.

¹¹³ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 62-63: “El primer escritor, conocido por nosotros, que usó la palabra *lusitani* para designar a los portugueses fue el desgraciado obispo de Évora D. Garcia de Meneses (1481), víctima de ese amor exagerado de las cosas romanas que hizo triunfar el poder absoluto de D. João II

historiografía portuguesa no confirman este aserto; empero, para lo que aquí se discute esto importa poco. Lo relevante es que ya los humanistas del siglo XVI designaban a los portugueses como “lusitanos”. Por ejemplo, Luís Vaz de Camões (1524 ca.-1580) en *Os Lusíadas* (1572) sostuvo que la historia de los *lusíadas* o lusitanos, es decir, de los portugueses, se remontaba al hijo o compañero del dios romano Baco, Lyso o Luso, quien había venido de Grecia o Italia a poblar la región entre los ríos Douro y Guadiana.¹¹⁴ Por otro lado, el monje alcobacense Fr. Bernardo de Brito (1569-1617), en la primera parte de la *Monarchia Lusytana* (1597) aseguró que Luso había sido hijo del rey Siceleo, y que su reinado sobre el occidente de la península ibérica –iniciado en 1509 a.C.– había sido tan próspero y amado que, en su honor, aquella franja de tierra fue denominada “Lusitania” y sus aborígenes celtas, “lusitanos”.¹¹⁵ Como puede constatarse, se trata aquí de dos relatos distintos sobre el hecho fundador de Lusitania que, sin embargo, coincidien en remitir a la figura de “Luso” los orígenes de Portugal y de los portugueses.

El vínculo que Herculano reconoció entre el “mito lusitano” y la ideología absolutista se fundaba en una cuestión bastante sutil y un tanto indirecta. Según este autor lo alcanzó a entrever, la identidad, la “dependencia lógica” de los portugueses respecto a los “lusitanos” fue una invención de hombres de “amor exagerado por las cosas romanas”; de latinistas como García de Meneses y André de Resende (1498-1573), quienes, con base en las tradiciones latinas sobre Hispania, fueron los mismos que, en sus sueños imperiales, buscaron por todos los medios “hacer triunfar el poder absoluto de D. João II”.¹¹⁶ Así, en atención a que los *lusitani* eran uno de los objetos de estudio predilectos de aquellos eruditos –lo cual le parecía un absurdo, puesto que el propio imperio romano había tenido muchos problemas para asimilar a esa tribu celta–, Herculano dedujo que el interés por los mismos provenía del mismo espíritu romanista-imperial que informaba la ideología absolutista:

En la época, pues, de Resende, esto es, a mediados del siglo XVI, la idea, contraria a los hechos, de que existía cierta especie de unidad nacional entre la nación portuguesa y una o más tribus de los celtas españoles conocidos por el nombre de lusitanos estaba fuertemente radicada entre los escritores, que habían recibido sin examen, lisonjeados con el lustre que creían venía a su patria de este parentesco, tan noble por lo remoto como por las hazañas de

sobre la organización política de la Edad Media, y que, en literatura, llevaba aquel prelado a dar a sus compatriotas el nombre colectivo de una porción de tribus célticas de la antigua España”.

¹¹⁴ Cfr. Luís Vaz de Camões, *Os Lusíadas*, Contra Folha Editora, 2009, III:21 y VIII:1-4.

¹¹⁵ Cfr. Fr. Bernardo de Brito, *Monarchia Lusytana*, Lisboa, 1690, cap. XV, pp. 54-55. Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa. Doutrina e crítica*, vol. II, pp. 45-50.

¹¹⁶ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 62-63.

aquellos guerreros salvajes que tomaban por abuelos. Para bien conocer cuán grande fue el gusto de la erudición clásica que hizo remontar nuestra historia a eras y pueblos que naturalmente no cabían, y que, por ventura, la supuesta conveniencia de sustituir por un nombre conocido entre los escritores de la edad aurea el nombre latino-bárbaro de los portugueses ha legado a los que tratan de la historia portuguesa el impropio e inútil trabajo de llenar gruesos volúmenes con los sucesos reales o imaginarios de una sucesión de siglos anteriores a la existencia de la nación; para bien conocer, decimos, cuánto la violenta asociación de que hablamos fue debida a la influencia exagerada del Renacimiento, es digno de notarse, no sólo el silencio de todo el género de monumentos históricos de nuestra Edad Media acerca de esos llamados tiempos primitivos, sino también que la denominación latina de *lusitani* sólo comienza a ser aplicada en el último cuarto del siglo XV, esto es, cuando el ardor de los estudios clásicos y la invención de la imprenta habían hecho común en el occidente de Europa la lectura de los historiadores y geógrafos latinos.¹¹⁷

En franca oposición a la “fabula” o “mito lusitano” y a sus implicaciones absolutistas, Herculano no se conformó con comprobar que, antes del siglo XV, ningún documento portugués mencionaba siquiera la palabra “lusitanos”, sino que en el comienzo de su narrativa –sobre todo en las páginas de ese largo comienzo que es la *História de Portugal*– se abocó a verificar que nada, ni la raza, ni la lengua, ni el territorio, unía a los modernos portugueses con los antiguos *lusitani*.¹¹⁸ Para este autor, había sido la “furia latinizante” la causa primera de la credulidad de los portugueses de su tiempo en ese tipo de “fábulas”; los culpables eran los escritores “clasicistas/absolutistas”, quienes le habían inventado a Portugal un “nombre latino” –Lusitania–, una procedencia “antigua”, un “origen noble” y un “destino imperial”.¹¹⁹

En relación al “mito de Ourique”, Herculano pensó que su asociación al absolutismo era aún más directa que en el caso del “mito lusitano”:

Partamos de un hecho. El primer testimonio sobre la existencia de la tradición relativa al milagro de Ourique, claro, incontrovertible, es el de Vasco Fernández de Lucena en 1485: todo lo demás son crónicas que se perdieron, vestigios que se borraron, obras que nadie conoce [...]

Tenemos, pues, un hombre célebre, un castellano, erudito, válido de D. João II, que, en un discurso recitado frente a Inocencio VIII, menciona por primera vez la aparición [...]

La memoria de D. João II es odiosa. Entre todos los reyes legítimos portugueses, él es el único al cual sin injusticia la historia puede atribuir el calificativo de tirano. Él fue quien dio el golpe mortal a las viejas libertades de nuestra tierra. A su reinado tiene que ir a buscar el historiador la causa fundamental de nuestra decadencia, que comienza con el establecimiento del absolutismo, aunque la podredumbre que corroe el árbol se esconda por algunos años en ciernes. Es también singular por esta circunstancia el origen de la tradición. Nace, se dilata, crece, afirmando sus raíces en el túmulo de la libertad [...]

¹¹⁷ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 61-62.

¹¹⁸ *Vid. supra.*, p. 180.

¹¹⁹ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 128-129. *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 60-63.

Fallecido el papa [Sixto IV] que había recordado a D. João II cuál era el origen de la independencia de Portugal respecto a León, y que todavía osaba acordarse de la señal de vasallaje que otrora se ofreciera a la iglesia de Roma, había sido sustituido por Inocencio VIII. Sabido este suceso, el rey resolvió mandar a Roma una embajada, para orador de la cual escogió un hombre de su plena confianza, el castellano Vasco de Lucena [...]

De este discurso lo que se deduce es que la batalla de Ourique fue su última hazaña [de Afonso I], posterior a todo, incluso a la toma de Évora, y ¿quién sabe si a la bula de Alejandro III, que concedió al príncipe portugués la calificación de Rey? Lo que es cierto es que, si la cronología fingida por Lucena fuese verdadera, la batalla y el milagro de Ourique, en que visiblemente quiere fundar la independencia de Portugal, aunque con el favor del pueblo y de Roma, habrían sido posteriores a la carta de feudo a la Sede apostólica y a la bula de aceptación del homenaje expedida por Lucio II. Así la dignidad del rey y de la independencia se fundarían en un título, no sólo incomparablemente mejor, cual era la voluntad de Dios, milagrosamente manifiesta, sino también posterior al ofrecimiento del homenaje hecho en 1144, que por ese hecho queda invalidado por inútil.¹²⁰

En las páginas de su opúsculo *Solemnia Verba II* (1850) –carta dirigida al escritor pro-absolutista António Lúcio Magessi Tavares (1806-1877), como respuesta a su *Demonstração histórica e documentada da aparição de Cristo nos campos de Ourique, contra a opinião do sr. A. Herculano* (1846)–, Herculano afirmó que la tradición del “Milagro de Ourique”, la narrativa de la aparición de Cristo al entonces conde D. Afonso Henriques en una batalla supuestamente decisiva contra los moros en el Alentejo (1139), y de cuya victoria habría devenido su aclamación popular como Rey de Portugal, no era otra cosa que una invención del siglo XV, obra del jurista castellano y válido de D. João II, Vasco Fernández de Lucena. Desde su perspectiva, dicho relato había nacido como consecuencia de que el papa Sixto IV afirmara que la legitimidad de la independencia de Portugal respecto al Reino de León estaba fundada en el aval pontificio de 1179. Frente a esta amenaza al poder real, aquel “tirano” que dio “un golpe mortal a las viejas libertades de nuestra tierra” –D. João II– habría encomendado a su embajador ante Roma, Vasco Fernandez de Lucena, que preparase una defensa de la causa portuguesa. Esta última derivó en un discurso que sostenía que “la dignidad del rey y de la independencia” se asentaban, no en el aval del papa, sino en el “título” de la “voluntad de Dios” milagrosamente “manifiesta” a Afonso I en el campo de batalla de Ourique.¹²¹ De nuevo, para los fines perseguidos en este apartado, no importa tanto comprobar la exactitud del dato referido por Herculano respecto a quién y cuándo creó el “mito de Ourique”, sino el hecho de que, efectivamente, y como él bien lo argumentó, del

¹²⁰ Cfr., Alexandre Herculano, “A Batalha de Ourique. Solemnia Verba 2.^a” [1850], *Opúsculos. Tomo III*, pp. 165-176.

¹²¹ *Ibid.*, pp. 165-176.

siglo XV en adelante ese mito de origen fue usado para legitimar al régimen absolutista.¹²² Ya en su propia época, esto es, en pleno momento de las revoluciones liberales (1820-1851), los eruditos partidarios del absolutismo miguelista y demás suscriptores de la tesis del “derecho divino” del monarca –entre ellos, António Caetano Pereira y el propio Magessi Tavares– seguían considerando al “milagro de Ourique” como un “hecho histórico” y como prueba del “destino providencial de Portugal” encarnado en su rey.¹²³

Frente a estos dos relatos sobre el origen de Portugal, en sustitución de los comienzos “lusitano” y “ouriquiano”, ambos legitimadores del régimen absolutista, Herculano creó un nuevo mito de origen a través del cual buscó legitimar la instauración de una monarquía municipalista-representativa. En ese nuevo relato hizo aparecer a Portugal ya no como un reino con un origen “antiguo” y “noble”, ni tampoco como uno fundado por un rey por derecho divino, sino como una “nación enteramente moderna”, de “nombre latino-bárbaro”, de “origen plebeyo” y surgida a través de un proceso de “revolución y conquista”.¹²⁴

Lo primero que salta a la vista de este nuevo origen de Portugal es, sin duda, su carácter, al mismo tiempo, “moderno” y medieval:

Portugal, nacido en el siglo XII en un ángulo de Galicia, constituido sin atención a las divisiones políticas anteriores, dilatándose por el territorio del Gharb sarraceno y buscando hasta, como veremos, aumentar su población con las colonias traídas de más allá de los Pirineos, es una nación enteramente *moderna*. A pesar, no obstante, de su corta existencia, no precisa para vanagloriarse de apropiarse de la gloria de Sertorio o de revestir una importancia en parte ficticia de las acciones de Viriato. La historia verdaderamente suya es suficientemente honrada e ilustre sin esas vanidades extrañas, que al estar lejos de tener el valor que se les atribuye cuando las consideramos de cerca, y que sólo sirvieron para distraer los ingenios, además grandes, por el campo de las conjeturas, cuando no por el de insulsas fábulas, con daño de más severas y provechosas indagaciones.¹²⁵

Como lo sugerí al inicio de este apartado, Herculano compartió con los nacionalistas románticos de su época la creencia en que el origen de los modernos Estados-nación europeos

¹²² *Cfr.*, Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, p. 73. Luís Reis Torgal sostiene que la referencia más antigua de esa tradición data de 1416, de una obra llamada *De Ministerio Armorum*. Afirmo también que en 1508 fue retomada por el cronista Duarte de Galvão en su *Crónica de 'El-Rei D. Afonso Henriques*, y luego replicada por Fr. Bernardo de Brito en su *Crónica de Cister* (1602) y por António de Brandão en la parte III de la *Monarquía Lusitana* (1632).

¹²³ *Cfr.*, Luís Reis Torgal, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *op. cit.*, pp. 73-74.

¹²⁴ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 131. *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 86-87.

¹²⁵ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 86. Las cursivas son mías.

se remontaba al Medioevo.¹²⁶ Al igual que aquéllos, y también en función de fines políticos nacionalistas, proyectó la historia nacional de su país hacia un pasado distante. Sin embargo, su proyección fue muy distinta a las que efectuaron la mayor parte de sus contemporáneos; pues mientras, por ejemplo, historiadores como Augustin Thierry (1795-1856), Johan Friedrich Böhmer (1795-1863) o Michail Pogodin (1800-1875) regularon hacia el Medioevo para resaltar, respectivamente, la “antigüedad” de las naciones francesa, alemana y rusa,¹²⁷ el autor en cuestión hizo lo propio con el fin de subrayar la “modernidad” del Estado-nación portugués. Esto último es visible en el extracto de la *História de Portugal* apenas citado, y merece ser explicado con profundidad.

De entrada, cabe recordar que Herculano abominó de todo pasado que tuviese algún vínculo con la ideología absolutista, y, como fue dicho, a sus ojos, la “antigüedad lusitana” creada por los “romanistas” del siglo XV los tenía muy claros. Al entender de este autor, Portugal no era ninguna nación “antigua”, ni tenía relación con el pasado lusitano encarnado por Viriato o con el pasado romano de Sertorio; era, en cambio, una nación “moderna” respecto a esa “antigüedad”, pues había surgido apenas en el siglo XII. Asimismo, debe tenerse en cuenta que su designación de la Edad Media portuguesa como el origen del “moderno” Estado-nación tenía por finalidad desautorizar aquella otra “modernidad” encarnada por el periodo absolutista. Si era cierto que Portugal había nacido en el Medioevo como una “nación enteramente moderna”, lo ocurrido entonces entre los siglos XV y XIX, esa vuelta “fabulosa” a la “antigüedad” que había asestado un “golpe mortal en las viejas

¹²⁶ “Grandes historiadores han dibujado el sombrío e inmenso cuadro de la disolución del imperio de los césares. Este resumía toda la civilización antigua; la resumía y la contenía en sí. Esa disolución había acabado la tarea que la Providencia le destinó en la obra del progreso humano. El cristianismo había profundizado sus raíces en la tierra, crecía humedecido por la sangre de los mártires, abrigaba las ciudades con su vasta sombra y, tomando los miembros de ese cadáver gigante que se desconjuntaba, iba preparando cada uno de ellos para convertirlo en un cuerpo social lleno de juventud y de vida. Nuevas migraciones descendían del Septentrión al Mediodía de Europa para renovarlo, como en tiempos remotísimos habían descendido de las mesetas interiores de Asia a poblarlo. Las legiones, la política de los emperadores y la majestad del nombre romano sirvieron por algún tiempo de dique a la invasión. Fue, sin embargo, Dios, quien liberó el torrente. Era una lucha sublime la de la civilización y la barbarie; pero ésta rompió las barreras. Las huestes y las tribus salvajes del Norte se arrojaron encima del imperio: a cada ola seguía otra más. De aquel gran cataclismo nacieron las naciones modernas”. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 73-74.

¹²⁷ *Cfr.*, Stephan Berger with Christoph Conrad, *op. cit.*, pp. 113-114. *Cfr.*, Patrick Geary, *op. cit.*, p. 30. *Cfr.*, Lionel Gossman, *op. cit.*, pp. 99 y 109.

libertades de nuestra tierra”, no merecía ser observada sino como una falsa “modernidad”, legítimamente destruida por las revoluciones liberales del XIX.¹²⁸

Entreverada con esta cuestión de la “modernidad” de la nación portuguesa se encuentra el asunto de su “origen plebeyo”:

La familia portuguesa cuenta apenas con seis siglos de existencia: es plebeya entre las más plebeyas naciones. No recelemos, empero, que su nombre se borre de la memoria de los hombres, si algún día ella deja de existir: este nombre peón está escrito con la espada en la faz de las cinco partes del mundo. Es como Portugueses, no como lusitanos, que seremos para siempre recordados.¹²⁹

Dos significados principales se desprenden de esta caracterización de Portugal como una “nación plebeya”. El primero y más fácil de advertir tiene que ver con el asunto de la paradójica “modernidad medieval” portuguesa. La nación más occidental de Europa, afirmó Herculano, no podía reclamar para sí, a la manera que lo haría un aristócrata, un origen supuestamente “antiguo”, “noble” e “ilustre”. Dado su nacimiento reciente –“apenas seis siglos de existencia”–, era absurdo buscar en la antigüedad lusitana los escudos de armas de la “gente portuguesa”. Esta última no era “una de las más antiguas del universo”;¹³⁰ era “moderna”, esto es, “joven” y, en ese entendido, “plebeya” –sin un pasado putativamente “antiguo” y “noble”. Ahora, el segundo de los significados está asociado al origen “popular” de Portugal. En contraposición a los mitos “lusitano” y “ouriquiano”, los cuales consideraban que el reino de Portugal había nacido por la voluntad de Luso o de Afonso Henriques, Herculano propuso que, si bien era cierto que los primeros reyes de la dinastía Borgoñona organizaron la “revolución” contra el Reino de León, ganando así la independencia política, ésta había sido conseguida al amparo de una clara conciencia popular de individualidad nacional:

¹²⁸ “Pero la razón capital de la preferencia que debemos al estudio de la Edad Media está en lo que hace poco ponderé acerca de los fines objetivos de la historia. Ni descubrimientos, ni conquistas, ni comercios establecidos por el privilegio de la espada, ni el lujo y la majestad de un imperio inmenso, nos pueden enseñar sabiduría social. Los instintos maravillosos de una nación que tiende a constituirse; las luchas de los diversos elementos políticos; las causas y efectos del predominio y abatimiento de las diferentes clases de la sociedad; los vicios de las instituciones incompletas o inciertas, que obligaron no sólo a nuestros abuelos, mas a toda Europa, a dejar el progreso natural y lógico de la civilización moderna para lanzarse en la imitación necesaria, pero bastarda, de la civilización antigua; la existencia en fin intelectual, moral, y material de la Edad Media es la que puede dar provechosas lecciones a la sociedad presente, con la que tiene muchas y muy completas analogías.” Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 144.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 131.

¹³⁰ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol I, pp. 60-61.

Mas considérese Portugal en aquella época o como condado o como provincia o como reino, es cierto que los pueblos derramados por todo el trecho de tierra desde el Minho hasta el Mondego comenzaban a dejar percibir, ya en la segunda e tercera décadas del siglo XII, cierto carácter de nacionalidad que no es posible desconocer. Los sucesos políticos lo muestran mejor que ningún otro indicio. En las guerras civiles, a que el mal habido consorcio de D. Urraca y Alfonso I [de Aragón] dio origen y que se prolongaron por tantos años, las disensiones no reventaban entre uno u otro estado, entre una u otra provincia, sino nacían de distrito en distrito, de castillo en castillo y casi de individuo a individuo [...] Galicia, cuya historia relativa a aquel periodo llegó hasta nosotros más particularizada que la de las restantes provincias, no nos ofrece otro cuadro. León todavía en los últimos años de esta sangrienta lucha presenta casi el mismo espectáculo [...] Portugal, sin embargo, en medio de las divisiones, conservó siempre un notable aspecto de unidad moral [...] Así, el pensamiento de desmembración e independencía, que es visible existir ya en los ánimos de Henrique y de su viuda y que vino a realizarse completamente en el tiempo de Afonso Henriques, es un pensamiento común al jefe de Estado y a los miembros de él, siendo tal vez los actos de los príncipes aún más el resultado de la influencia del espíritu público de que la manifestación espontánea de la propia ambición.¹³¹

Como puede observarse en este fragmento de la *História de Portugal*, es patente la diferencia de esta tesis del origen “nacional-popular” de Portugal con respecto al argumento “real-individualista” que enarbolaban los “mitos lusitano” y “ouriquiano”. Desde la perspectiva de Herculano, el “pensamiento de desmembración e independencía” latente en los ánimos del conde Henrique Borgonha, de la condesa D. Teresa, y del hijo de éstos, Afonso Henriques, más que una “ambición individual”, ameritaba ser entendido como el resultado de un “espíritu público” de “unidad moral”, de “nacionalidad”, inmanente a los pueblos entre el Minho y el Mondego ya en las primeras décadas del siglo XII. Así, no obstante que Herculano reconoció que la independencía política, la “fundación” de la “nacionalidad portuguesa”, había sido en buena parte obra del “orgullo”, la “ambición”, “el esfuerzo y la tenacidad de nuestros primeros príncipes” que emprendieron “la revolución [contra el Reino de León] y la conquista [del Algarve]”,¹³² siguiendo muy de cerca los argumentos de Thierry en relación a que la historia nacional no podía iniciar con el ascenso de una dinastía real sino con la aparición de la nación,¹³³ consideró asimismo que la independencía debía ser entendida, ante todo, como el producto de un preexistente espíritu “popular” de “nacionalidad”. Por esa misma razón sostuvo que “las revoluciones no las hacen sino las ideas de los pueblos o sus instintos. Los hombres que de un golpe descabezan a veces la vida

¹³¹ *Ibid.*, pp. 224-225.

¹³² *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 86-87.

¹³³ *Cfr.*, Lionel Gossman, *op. cit.*, pp. 98-99. *Cfr.*, Augustin Thierry, *Dix ans d'études historiques*, Paris, Just Tessier Livrarie, 1835, p. 324.

social de unos pocos siglos y de muchas generaciones no son más que la piedra arrojada por la catapulta que se esconde en medio de las multitudes”.¹³⁴

Ahora, varias preguntas importantes se desprenden de esta asunción sobre la prevalencia de un “carácter de nacionalidad” entre los “populares” habitantes de las mencionadas poblaciones del Condado Portucalense: ¿cuál era la peculiaridad de ese “carácter”? ¿Quiénes eran esos “populares” que lo detentaban? ¿De dónde surgió? Para responderlas, conviene tener en cuenta que Herculano concibió que la “unidad moral” de Portugal, su “índole” nacional, estaba dada por el “municipalismo”.¹³⁵ Para apoyar esta tesis, cito a continuación dos extractos de la *História de Portugal* muy sugerentes a este respecto:

Al lado, empero, del sistema beneficiario del edificio visigótico-leonés, que temblaba, y sobre los fundamentos que Afonso I y, más que nadie, su hijo, habían enraizado en suelo portugués, surgió lentamente el edificio municipal, edificio humilde, pero cuyo sólido cimiento había endurecido, en el decurso de muchos años, al soplo de las tempestades. En la oscuridad y el silencio, bajo el peso, hasta de las opresiones, los gremios populares se habían fortalecido; el trabajo había producido su fruto, como anteriormente mostramos, y las clases privilegiadas debían contemplar con espanto y envidia el irse acumulando la riqueza monetaria en las moradas burguesas y villanas, al paso que, no diremos la miseria, pero los embarazos pecuniarios comenzaban a pasar como relámpagos de mal augurio por los solares señoriales, y se enquistaban permanentemente en el alcázar real. La clase media comenzaba a sobresalir; y como resumiendo y simbolizando su posterior historia, la cuna de su vida era dorada. El futuro pertenecía a los concejos.¹³⁶

Era el pueblo que surgía fuerte y activo, porque la vida municipal había en él despertado el sentimiento de la libertad y la idea de patria; porque el jefe de la monarquía los elevó a sus propios ojos, dando los primeros pasos para esa mutua alianza de siglos contra el orgullo y el desenfreno brutal de las clases privilegiadas, convirtiéndolos de hombres de creación o vasallos solariegos, casi siervos de los señores de las tierras, en súbditos libres del rey; porque finalmente, sus cartas de garantía constitucional, llamadas forales, eran verdaderos contratos, donde al lado de cada deber que se imponía a los burgueses se les aseguraba un derecho.¹³⁷

A mi entender, la lectura de estos párrafos permite constatar que Herculano consideró a la institución municipal como el núcleo de la constitución político-social portuguesa y, por lo tanto, de su “nacionalidad”. Para el autor, el municipio era una forma de organización social endémica de la “clase media” o “burguesía” de las poblaciones del occidente peninsular ubicadas entre el Minho y el Mondego. Del seno de esa “burguesía”, liberada por

¹³⁴ Cfr., Alexandre Herculano “Os caminhos-de-ferro e a nacionalidade” [*O Portuguez*, N.º 16 – 28 de Abril de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 167.

¹³⁵ *Vid. supra.*, pp. 182-184.

¹³⁶ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 88

¹³⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 510.

los condes de Portucale y regida por “forales” o “cartas de garantía constitucional”, había surgido “el sentimiento de libertad y la idea de patria”.¹³⁸ Al amparo de dicha idea, emanada directamente de la “vida municipal” –afirmó más adelante en la misma *História*–, esos “burgueses” no sólo habían dado forma al afán independentista de Afonso Henriques, sino que también habían impulsado el proyecto de conquista del Algarve, integrando la mayor parte de las partidas que cada verano cruzaban el Mondego, y más tarde el Tejo, con el afán de ampliar el territorio nacional hasta alcanzar sus “límites naturales”.¹³⁹

Una vez comprendido el carácter “municipalista” y “burgués” que Herculano atribuyó a la nación portuguesa,¹⁴⁰ conviene indagar el origen que reclamó para el mismo. En una primera instancia, teniendo en cuenta su rechazo del pasado peninsular anterior al siglo XII como parte de la historia de Portugal, se podría llegar a pensar que el mencionado carácter habría surgido *ex nihilo*. Sin embargo, el autor no lo pensó de esa manera. En las páginas de su *História* es posible encontrar una densa argumentación dirigida a demostrar que el carácter

¹³⁸ En las páginas introductorias de la novela *O Bobo*, aparece sintetizada esta misma interpretación del proceso de configuración de los municipios portugueses y de la nacionalidad portuguesa: “El castillo de Guimarães, como existía a principios del siglo XII, se diferenciaba entre los otros que cubrían casi todas las eminencias de las honras y préstamos de Portugal y de Galicia, por su vastedad y elegancia [...] Pero el castillo de Guimarães podía, desde la cima del monte donde estaba asentado, mirar con tranquilo desdén para los formidables ingenios militares de cristianos y sarracenos [...] erguido sobre el oscuro portal de la entrada, parecía un gigante en pie y con los puños cerrados sobre los cuadriles, amenazando el burgo rastrero y humilde que, allá abajo en la falda de una suave ladera, se encogía y afligía, como villano que era, delante de tamaño señor. ¿Mas no veis ahí a lo lejos, por entre el caserío de la población y verdura de los huertos que, intercalados con los edificios burgueses, sirven como de vasto tapete, onde se asientan los telones de los muros blancos, y los tejados rojos y emplumados de las casas modestas de los peones? ¿No véis, digo, el alpendrado de una iglesia, el portón de un eremiterio, la torre de un campanario? Es el Monasterio de D. Mumadona [...] Hacía doscientos años que en este valle vivían apenas algunos siervos, que cultivaban la villa o heredad de Vimaranes. Pero el monasterio se edificó y la población nació. El ameno y apacible sitio atrajo a los poderosos: el conde Henrique quiso ahí habitar algún tiempo, y sobre las ruinas de un flaco y pequeño castillo, a que los monjes se acogían ante el asolador tufón de las correrías de los Moros, se levantó aquella máquina. El trato y la frecuencia de la corte enriqueció a los burgueses: muy débiles, venidos en compañía del conde, ahí se habían establecido, y los *hombres de rua*, moradores del burgo, se constituyeron en sociedad civil. Entonces surgió el municipio: y esas casas aparentemente humildes, encerraban ya una porción de fermento de la resistencia antiteocrática y antiaristocrática, que, expandiéndose por el país, debía en tres siglos poner maniatados a los pies de los reyes a la aristocracia y la teocracia [...] En breve, Guimarães obtuvo del conde un foral, una carta de municipio, todo *pro bono pacis*, como reza el respectivo documento”. Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 13-17.

¹³⁹ “Los *fosados* o correrías de cristianos comenzaron a cruzar aquel suelo del Gharb, donde todavía subsistían vestigios de pasadas invasiones [...] No eran, de hecho, sólo los prestatarios del rey o caballeros a sueldo, ni los hombres de armas de los barones y señores que figuraban en estas empresas, la mayor parte oscuras: eran también y principalmente los llamados caballeros villanos, esto es, los individuos más ricos de los concejos, que, o se organizaban en los distritos de nuevo subyugados y que servían de centro a las poblaciones restauradas, o que ya existían en las provincias anteriormente sujetas a León y que habían sido como el núcleo de la clase popular del nuevo estado”. Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 351. Para la cuestión de los “límites naturales”, *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 20-2.

¹⁴⁰ *Ibid.*, vol. II, pp. 187, 214-215 y 385.

portugués actualizaba de forma *sui generis*, una añeja tradición municipalista que provenía del mundo hispano-romano y que había pasado a través de las sociedades visigoda, mozárabe y leonesa, hasta llegar a la portuguesa:

Al comenzar la monarquía portuguesa, el estado de opresión de los individuos no nobles, no privilegiados, de aquellos que, en esa época, mejor de lo que en ninguna otra, se puede aplicar la designación de hombres de trabajo, remontaba no sólo al tiempo del gobierno leonés, sino también, a través de diversas modificaciones, a la época de los godos y, hasta, a la del dominio romano. En verdad el municipio, también de origen romano, sobrevivió a la ruina del imperio y prolongó su más o menos completa existencia hasta la disolución de la sociedad visigótica. Pero, olvidado en los primeros tiempos de la reacción asturiana, sólo vino a renacer lentamente cuando ya el reino leonés había adquirido cierta estabilidad, y eso con las diferencias radicales en su índole que habremos de notar en la división de nuestro trabajo relativo especialmente a los concejos, diferencias que los tornan, a bien decir, una fórmula social enteramente nueva; nueva, hasta, porque una larga interrupción había hecho olvidar en buena medida las tradiciones de municipio antiguo.¹⁴¹

Antes de atreverme a conferir a Herculano el mote de contradictorio, esto por cuanto en su *História* se le observa, primero, repudiar como propios de la historia de Portugal los pasados romano, visigodo y leonés, para luego aceptarlos como sus elementos fundamentales, cabría mejor comprenderlo como un pensador extremadamente selectivo en cuanto al pasado que quiso vincular a aquélla. En lo que respecta, en primer lugar, al pasado romano, su rechazo al mismo se explica por la relación que observó entre éste y la ideología absolutista. Aún así, a la vista del fragmento citado, queda la impresión de que sólo el pasado imperial romano le resultó repugnante, pues aquí se le observa afirmar que consideraba al pasado municipal de la sociedad hispano-romana –“piedra angular” de la época de la República– como parte vital de la historia portuguesa. Para él, de hecho, “la historia de esa gran institución, el municipio, [era] el legado más precioso que la Península heredó del dominio romano”, esto en tanto que en el municipio se había preservado la “antigua libertad romana”, la “libertad popular”.¹⁴² Para la formulación de esta tesis, Herculano retomó la teoría del municipalismo burgués desarrollada por Thierry en obras como *Lettres sur l’histoire de France* (1820), *Dix ans d’études historiques* (1834) y *Essai sur la formation et progrès du tiers état* (1850).¹⁴³ Como es sabido, en dichos textos el historiador francés

¹⁴¹ *Ibid.*, vol. II, p. 190.

¹⁴² *Ibid.*, vol. I, pp. 333, 345-346, 353 y 401-402.

¹⁴³ “La más bella parte de la historia de España es la historia política de esas villas, sucesivamente reconquistadas por la población del país”. *Cfr.*, Augustin Thierry, *Dix ans d’études historiques*, p. 347. *Cfr.*, Augustin Thierry, *Lettres sur l’histoire de France, septième édition*, Paris, Just Tossier Librairie-Editeur, 1842,

argumentó que la burguesía francesa, descendiente de la “raza galo-romana” que había sido conquistada por los bárbaros francos en el siglo V, era la gran heredera de la tradición municipal romana.¹⁴⁴ En plena consonancia con esa tesis, el autor portugués sostuvo que, durante el periodo de la invasión visigótica a la península ibérica, la “raza conquistada” de los hispano-romanos –suerte de embrión de la “actual clase media”–, se convirtió en el baluarte del municipalismo romano.¹⁴⁵

En relación al pasado visigodo, debe señalarse que, al igual que sucedió con el romano, Herculano no lo repudió por completo –de hecho, afirmó que los portugueses, lo mismo que los aragoneses, los castellanos y los leoneses eran un pueblo de “origen visigótico”.¹⁴⁶ Empero, dado que, tradicionalmente, ese pasado había sido asociado a la historia castellana, resulta lógica la precaución que este autor tuvo hacia él. Desde que, en el siglo XV, diversos escritores como Alfonso de Cartagena (1381-1456), Gutierre Díaz de Games (¿1378-?) y Alfonso de Palencia (¿1423-1492), entre otros, afirmaron la existencia de una solución de continuidad entre Alarico y Pelayo, y de éstos dos con las modernas realeza y nobleza castellanas, el mito de los godos vencedores de Roma y, por eso mismo, herederos del Imperio, había sido utilizado para legitimar las aspiraciones unitarias de Castilla sobre España, así como su política imperial.¹⁴⁷ Fue ese pasado visigodo el que Herculano rechazó como parte de la historia portuguesa. Esto último queda muy claro, por ejemplo, en las páginas de su *Eurico* –una novela que se encuentra ambientada en la época de la caída del Reino visigodo de Toledo. Ahí afirmó que el relato de los hechos del godo Eurico no era una “novela histórica”, sino una “crónica-poema, leyenda o lo que fuera del presbítero godo”, puesto que hablaba solamente de hechos “heroicos” de nobles caballeros y remitía a un

pp. 226-445. Cfr., Augustin Thierry, *Essai sur la formation et progrès du tiers état*, Paris, Furne et C^a, Libraire-Éditeur, 1853, 410 p. Es posible tener noticia del conocimiento de Herculano de la obra de Thierry a partir de las diversas menciones que de sus tesis hizo en las “Cartas” y los “Apontamentos”, Cfr. Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 102. Cfr., Alexandre Herculano, “Apontamentos para a história dos bens da coroa e dos foraes”, in *Opúsculos VI*, pp. 219-220.

¹⁴⁴ Cfr., Lionel Gossman, *op. cit.*, pp. 102-109. Cfr., Augustin Thierry, *Lettres sur l'histoire de France*, pp. 232-235. Cfr., Augustin Thierry, *Essai sur la formation et progrès du tiers état*, pp. 1-4.

¹⁴⁵ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 352-353 y 567. Cfr., Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 6-8.

¹⁴⁶ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, p. 21.

¹⁴⁷ Cfr., Ana Maria S. Tarrío, “Del antigoticismo en la península ibérica: los godos en la cultura portuguesa”, in Carmen Codoñer and Paulo Farmhouse Alberto, *Wisigothica. After M. C. Díaz y Díaz*, Firenze, Sismel, Edizioni del Galluzzo, 2014, pp. 660-665. Cfr., Leon Poliakov, *op. cit.*, pp. 25-27.

“goticismo español” que desconocía la vida del “pueblo”. “El periodo visigótico –sostuvo, entonces– debe ser para nosotros como los tiempos homéricos de la Península”.¹⁴⁸

Pero si ese pasado visigodo que sólo hablaba de hechos de nobles no era “histórico” para Portugal, ¿existía, acaso, algún otro pasado también visigodo que sí lo fuera? La respuesta a esta pregunta es afirmativa. Como se verá enseguida, Herculano consideró al municipalismo visigodo como un pasado propio de los portugueses:

Uno de los más ilustres escritores modernos pretende que las palabras *boni homines*, en los siglos XII y XIII, designen generalmente en el Sur de Europa, sin exceptuar a España, una especie de senado, de colegio de asesores especiales de los jueces del municipio. Sin averiguar lo que realmente eran ellos más allá de los Pirineos, es cierto que en la Península esa designación no parece emplearse en tal sentido: por lo menos en Portugal es indudable que no lo tenía. El concejo, el agregado de los hombres ricos, quiérase en relación a las funciones jurisdiccionales, quiérase en relación a las administrativas, era el complejo de los jefes de familia, tanto caballeros como peones. La índole altamente democrática de esta institución, dando a todos los vecinos el derecho de deliberar en los negocios públicos, que a todos interesaban, podía creerse nacida en los últimos tiempos del dominio de los godos; tiene su origen en el *conventus publicus vicinorum*, de que ya, como vimos, se hace mención en el *Código Visigótico* y que era una nueva fórmula municipal procedente de las causas que indicamos, siéndonos, probablemente, transmitida a nosotros por los mozárabes. Fuese como fuese, es cierto que los monumentos de la primera época de la monarquía prueban que en Portugal esa designación no tenía el valor restricto que se dice haber tenido en Italia y en otros países de Europa central, en la época de que tratamos.¹⁴⁹

A partir de este extracto de la *História*, se advierte que, efectivamente, al entender del autor, Portugal era heredero directo de una tradición municipal visigoda –resultado de la fusión racial e institucional de godos e hispano-romanos.¹⁵⁰ Los godos, instalados definitivamente en la península ibérica hacia el siglo VI, no sólo se habían apropiado de la institución municipal hispano-romana, sino que le habían dado un nuevo impulso al conferirle tintes “democráticos” –todos los jefes de familia vecinos de una villa, incluidos caballeros villanos y peones, y no únicamente los ricos hombres como había sucedido bajo

¹⁴⁸Alexandre Herculano, *Eurico o Presbítero*, pp. 6 y 279-281.

¹⁴⁹ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 484.

¹⁵⁰ “Durante el siglo VI, en que el imperio visigodo se fijó definitivamente en la Península, conservando apenas una limitada porción de los vastos territorios de las Galias, los conquistadores se regían por sus costumbres tradicionales, reducidos en todo o en parte a escrito desde el reinado de Alarico, en los comienzos del siglo VI, y los hispano-romanos por la ley romana (*lex romana*) compilada en la misma época y conocida por los escritores modernos por la denominación de *Breviario de Aniano*. Antes, sin embargo, de mediados del siglo VII, las dos razas se hallaban ya asimiladas bastante para establecer una legislación común a ambas, ordenada en el llamado *Código* o *Libro de las Leyes*, o *de los Godos*, y después *Foro de los Jueces*, el célebre *Código Visigótico*, donde las diversas instituciones bárbaras y romanas vinieron a encontrarse y modificarse, y donde las últimas distinciones legales entre vencedores y vencidos fueron al final abolidas”. *Ibid.*, vol. II, pp. 140-141.

el gobierno romano, podían participar en la cosa pública. Asimismo, aparece aquí referido que los mozárabes, aquella parte de la población visigoda que permaneció en territorio musulmán luego de la invasión de 711 ca., había mantenido vigente la “fórmula municipal”. De ahí, precisamente, le venía a Portugal su “índole” municipalista-burguesa; pues como se dijo en el apartado anterior, Herculano creía que en ninguna otra región de Hispania, salvo en su extremo occidental, había predominado de forma tan clara la raza mozárabe –grupo humano caracterizado a la manera de Thierry, es decir, no tanto por su raza como por su tipo socio-económico, compuesto por hombres de clase media, burgueses, que habían guardado celosamente las instituciones municipales.¹⁵¹

Finalmente, queda por resolver el asunto de la relación entre el pasado leonés y la historia de Portugal. De entrada, es preciso poner atención a la metáfora principal que Herculano empleó para definir dicho nexo:

Portugal, sin embargo, nacido recientemente, incluido de antiguo en el todo de las varias sociedades peninsulares, fundado en fragmentos del suelo de las antiguas divisiones territoriales de la España céltica, púnica y romana, tronco, en fin, separado del árbol leonés, no hallaba un solo parentesco legítimo y exclusivo en los tiempos anteriores a la conquista goda, o más rigurosamente a los tiempos de la restauración cristiana.¹⁵²

En este extracto de la *História* se constata fácilmente que su autor concibió a Portugal a la manera de un “tronco, en fin, separado del árbol leonés”; esto es, como una suerte de vástago del Reino de León. Sin embargo, también ahí mismo se observa que, no obstante ese parentesco, la nación portuguesa era una entidad con una “índole” distinta a la de su progenitor leonés, pues “si bien en las instituciones y en las costumbres de la nación [portuguesa] se revelase su origen leonés, tanto unas como otras habían sido suficientemente modificadas para constituir una autonomía diversa”.¹⁵³ Tales semejanzas y diferencias de carácter las explicó a través del siguiente argumento. Con la invasión sarracena a la península ibérica, la monarquía fundada por Pelayo en Asturias, convertida luego en el Reino de Oviedo-León, y más tarde en Castilla-León, devino en el refugio de las “instituciones”, “leyes” y “costumbres” visigodas, incluido entre éstas el municipio.¹⁵⁴ Empero, la vida en aquellas regiones montañosas y salvajes del Norte, así como las guerras constantes con el

¹⁵¹ *Vid. supra.*, p. 183. *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 347.

¹⁵² Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 57-58.

¹⁵³ *Ibid.*, vol. II, p. 135.

¹⁵⁴ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 85-86.

enemigo árabe, provocaron en aquellos godos una cierta involución hacia formas de gobierno germánico-aristocráticas o hacia la adopción de una monarquía que se apreciaba “semejante en la índole y en la acción al cesarismo romano”.¹⁵⁵ El Condado Portucalense –sostuvo–, al igual que los otros reinos de origen visigótico-leonés, fue fundado a partir de estos mismos elementos.¹⁵⁶ Con todo, en la medida que el Condado fue incorporando grupos considerables de mozárabes huidos al Norte cristiano o conquistados a través de las incursiones que las partidas leonesas realizaban en el Sur cada año, las instituciones municipales fueron recuperando su antigua fuerza en el territorio occidental enmarcado por el Minho y el Mondego. Prueba de ello era que en esta última región restaban abundantes cartas de foral o de constitución municipal anteriores a su separación del Reino de León.¹⁵⁷ Así, poco a poco, se fue ahondando una diferencia radical de “índole” entre el padre-León y el hijo-Portugal, ya que, mientras uno tenía un carácter marcadamente aristocrático-imperial, el otro poseía uno municipalista. Éste fue básicamente el argumento: la diferencia de “índole” sirvió a Herculano para justificar el acto violento de “desmembración” o “separación” encarnado por la revolución de independencia de Portugal respecto al Reino de León.¹⁵⁸

Una última palabra en relación al comienzo radical –por “desmembración”– que Herculano planteó en su meta-narrativa de la historia de Portugal. Tengo por cierto que no es gratuita la justificación que hizo del carácter “revolucionario” y “violento” del origen portugués. Su énfasis en la “legitimidad” de ese proceso, me refiero a las revueltas del conde D. Henrique y de su hijo Afonso Henriques contra el Reino de León, si bien parece estar anclado en hechos que ocurrieron en el siglo XII,¹⁵⁹ buscaba también legitimar aquella otra

¹⁵⁵ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 6-8. *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 600.

¹⁵⁶ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 476.

¹⁵⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 153-162, 325. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Do Estado das Classes Servas na Península”, in *Opúsculos. Tomo III*, pp. 294-295.

¹⁵⁸ *Vid. supra.*, pp. 223-225.

¹⁵⁹ “Es preciso en todas estas averiguaciones no olvidar nunca un gran hecho social de aquella época, hecho que el historiador-filósofo Martínez Marina provó de forma irrecusable, y que derrumba por los fundamentos esas explicaciones violentas de un acontecimiento muy simple –la revuelta del conde Henrique. Este acontecimiento no deshonorra al conde, porque él no podía tener las ideas de estrecha legalidad que hoy nosotros exigimos y debemos exigir a los hombres políticos. En su tiempo la fuerza corría trivialmente pareja con el derecho: era ésta una de las infinitas y pésimas consecuencias morales de la barbarie y rudeza de los tiempos. Del mismo modo, ninguna mancha puede poner en los hechos gloriosos de la nación ese origen menos ajustado por las reglas de la jurisprudencia política de aquellas eras. Toda la nación es legítimamente independiente, sea cual fuere la historia de la aparición de su individualidad o de su organización. Ni Francia niega la usurpación de Pipino, o de Hugo, ni Inglaterra la conquista de Guillermo *El Normando*: esas naciones poseen sobrada luz de gloria para desvanecer tales sombras. ¿Será el viejo Portugal más pobre y oscuro que ellas?”. Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 84-85.

revolución que, entre 1832 y 1834, encabezó el duque de Bragança, D. Pedro, contra su hermano el rey absolutista D. Miguel, y que, en opinión del autor, había dado origen al moderno Estado-nación portugués.¹⁶⁰ Así como los condes de Portucale habían logrado la independencia impulsados por el clamor popular de libertad, el príncipe D. Pedro y sus “7500 forajidos” –entre los cuales figuró el propio Herculano– habían iniciado y hecho triunfar una revolución “popular” –burguesa– contra un Estado de “índole cesarista” como el de D. Miguel. Desde esa perspectiva, los dos acontecimientos “revolucionarios” y “violentos” que habían dado vida a la nación portuguesa –vida original y nueva vida tras tres siglos de absolutismo– resultaban enteramente “legítimos”, pues en ambos habían actuado “los instintos maravillosos de una nación que tiende a constituirse”.¹⁶¹

Éste es, a grandes rasgos, el comienzo, el nuevo “mito” que Herculano propuso como origen de la historia portuguesa. Ese comienzo quedó fijo como punto de referencia de todos los acontecimientos y procesos que siguieron al momento fundacional de su narración, y especialmente de su punto extremo: el *telos* y final de la misma. A continuación, un análisis de los elementos constitutivos de esa otra “ficción” que dio sentido a su meta-narrativa de la historia de Portugal.

El Portugal esperado, o las plumas y el plumero

Para conferir sentido a su efímera existencia –sostiene Frank Kermode en su famoso libro *The Sense of an Ending* (1967)–, para darle “duración” y hacerla tolerable, los hombres que nacen y mueren *in mediis rebus* precisan de relacionarla con un principio y un final. Satisfacer esta necesidad parece, en una primera instancia, imposible para la mente humana, pues implicaría el abandono del ámbito de la naturaleza y de la historia en pos de la “eternidad” –empresa factible sólo para un “ser absoluto”: Dios o aquella “ave artificial” del poema de Yeats que “cantaba acerca de lo que había pasado, lo que pasaba y lo que estaba por venir”. No obstante, al entender de Kermode, existe un tipo especial de conciencia humana capaz de “imitar” la facultad del “ser absoluto” de conocer “lo que fue, lo que es y lo que será” –el pasado, el presente y el futuro: me refiero a la conciencia poética. Esta última crea “artificios de eternidad”, “patrones coherentes”, “formas”, “modelos del mundo” con un principio, un

¹⁶⁰ *Vid. supra.*, Capítulo II.

¹⁶¹ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 144

medio y un final; “tramas” o “ficciones” que producen sentido y satisfacen nuestra necesidad de hacer consonante el momento propio con respecto a un origen y un destino.¹⁶²

Ahora, tal y como lo señaló Kermode a finales de la década de los sesenta del siglo XX, y poco después lo reafirmaron Louis O. Mink, Hayden White y Paul Ricoeur, entre otros tantos críticos, la historiografía participa asimismo de esa conciencia poética creadora de “ficciones” o “patrones coherentes”. La historia, al igual que la literatura, impone una trama al tiempo, le confiere “una organización que humaniza el tiempo al darle forma”.¹⁶³ Escribir historia no significa abocarse al mero registro de hechos sin otra liga que la mera sucesión cronológica; por el contrario, se trata de imponerle una “forma”, una “trama” que vuelva inteligibles hechos discontinuos y contingentes al configurarlos como partes mutuamente implicadas y condicionadas en un *contunuum* significativo, en una “duración”.¹⁶⁴

La historia es, pues, creadora de tramas, y en cualquier trama, sea esta ficcional o referencial, el final es el elemento de mayor relevancia tanto en el plano formal como en el del significado. Sin menoscabo de la importancia incuestionable del comienzo en la estructura narrativa de un relato histórico –punto inaugural que confiere dirección formal, lógica y moral a un número disperso y heterogéneo de hechos y circunstancias–,¹⁶⁵ el final es el momento narrativo elemental, pues completa y consume lo que el comienzo ha anunciado. Desde el punto de vista de autores como Kermode y White, el final es aquello que ordena y da significado a los hechos que acontecen en el medio, esto al revelar la estructura inmanente a todos y cada uno de ellos.¹⁶⁶

Pero, ¿qué tipo de significado es éste que entraña el cierre o final de un relato histórico? White sugiere que se trata de uno fundamentalmente moral. A su entender, un trabajo histórico alcanza plenitud narrativa cuando su final “invoca explícitamente la idea de un sistema social que sirve como un punto de referencia fijo a través del cual el flujo efímero de eventos es dotado de un sentido moral”.¹⁶⁷ Apoyado en argumentos del propio Kermode,

¹⁶² Frank Kermode, *The Sense of an Ending*, pp. 3-17.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 45.

¹⁶⁴ Cfr., Frank Kermode, *The Sense of an Ending*, pp. 43 y 56-57. Cfr., Louis O. Mink, *Historical Understanding*, p. 47. Cfr., Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, trad. e intro. Verónica Tozzi, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2003, pp. 124-125. Cfr., Hayden White, *The Content of the Form*, p. 9. Cfr., Paul Ricoeur, *Temps et récit*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1983, vol. I, pp. 128-129.

¹⁶⁵ *Vid. supra.*, pp. 202-203.

¹⁶⁶ Cfr., Frank Kermode, *The Sense of an Ending*, p. 46. Cfr. Hayden White, *The Content of the Form*, p. 20.

¹⁶⁷ Hayden White, *The Content of the Form*, p. 22.

el teórico norteamericano concibe que el historiador proyecta el significado de los hechos hacia el futuro, es decir, hacia un rasero moral más allá de su experiencia presente que le permite, más que observar, juzgar la estructura del campo histórico completo. Ese rasero moral es su ideal de sociedad.¹⁶⁸ Con base en este postulado, White infiere que el conjunto de acontecimientos que el historiador registra en su narración es dependiente en su totalidad de dicho ideal. Así, el lugar que cada hecho ocupa en el relato, su valor o incluso su estatus de “realidad”, dependerá de su éxito o fracaso en la conducción hacia el establecimiento del orden moral o social ideal invocado por el final de la historia.¹⁶⁹

Esta apreciación de White sobre la naturaleza moral del final de las historias resulta particularmente útil para abordar el problema del final de la meta-narrativa de la historia nacional de Portugal configurada por Herculano. A mi entender, el ideal de sociedad que este último proyectó hacia el futuro, como *telos* y final de la historia portuguesa, constituye aquello que ordena, completa y da significado a todos los hechos de su historia, incluido el comienzo. En las páginas que siguen pretendo dar cuenta de la estructura de ese ideal, así como demostrar que, efectivamente, se trata del polo de sentido de la narrativa herculaniana.

En primer lugar, importa señalar que Herculano formuló su ideal de sociedad como una respuesta frente a aquél que planteaban las narrativas de la historia de Portugal afines al régimen absolutista. Textos como *Os Lusíadas* (1572) de Luís Vaz de Camões, la *História do Futuro* (1718) del padre António Vieira, la *História Sebástica* (1734) de Frei Manuel dos Santos, los *Fastos políticos e Militares da Antiga, e Nova Lusitânia* (1745) de Inácio Barbosa Machado o la *Vida do Infante D. Henrique* (1758) del padre Francisco José Freire, habían contribuido al encumbramiento de la época de los descubrimientos y las conquistas de ultramar –el llamado “Renacimiento lusitano”– como el punto máximo de la historia portuguesa. Para estos autores, dicha época, que había sido también la del surgimiento del Estado absolutista, era una “Edad dorada”, el *telos* hacia el que debían tender todos los acontecimientos de la historia de Portugal, puesto que en ese periodo se había realizado su destino providencial e imperial.¹⁷⁰ Herculano, por su parte, estaba en completo desacuerdo

¹⁶⁸ Cfr., Frank Kermode, *The Sense of an Ending*, p. 8. Cfr., Hayden White, *The Content of the Form*, pp. 22-25.

¹⁶⁹ Cfr., Hayden White, *The Content of the Form*, p. 23.

¹⁷⁰ Cfr., Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. III, pp. 101, 199-202. Cfr. Eduardo Lourenço, *Portugal como destino*, pp. 16-19.

con esta interpretación, y a desmentirla se abocó, sobre todo, en las páginas de su polémica *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal* (1853-1859), pero también en varios de sus *Opúsculos* –por ejemplo, en sus *Cartas sobre a História de Portugal*.¹⁷¹

Como él lo veía, los siglos XV y XVI no habían sido otra cosa que “una época en que la tiranía, el fanatismo, la hipocresía y la corrupción nos aparecen en su natural hediondez”.¹⁷² Hacia finales del siglo XV –afirmó–, la monarquía había propiciado la anulación política de los elementos sociales aristocrático y democrático –la nobleza y la burguesía–, y al hacerlo, “bajo el imperio de una sola voluntad”, la unidad orgánica de la nación portuguesa había venido por tierra. Prueba de ello era que, ya en 1580, a menos de cien años de que D. João II, el “Príncipe Tirano”, configurara la “monarquía pura en todo su vigor y su brillo”, “la independencia de Portugal no existía: y el ‘Diablo del Mediodía’ –Felipe II [...] reinaba en todas las Españas”.¹⁷³ El ascendiente de aquella época de la que “todavía hoy el absolutismo, ignorante de su propio pasado, osa gloriarse”, era entonces un sinsentido. Durante aquel periodo la “nación” portuguesa había sido “pobre y corrupta”, “fanática y supersticiosa”, y gobernada por reyes igual de ignorantes e inhábiles que su pueblo. Y el peor de todos había sido D. João III, “El Piadoso”, el cual se había lanzado “a los extremos de la intolerancia” estableciendo una institución –la Inquisición– que había acabado con “los ciudadanos más activos, más industriosos y más ricos –los cristianos nuevos, representantes de la burguesía–, destruyendo uno de los elementos de la prosperidad pública”.¹⁷⁴

Esta imagen desfavorable que Herculano formuló en relación a la época del “Renacimiento”, lo mismo que su negativa para comprenderla como el *telos* de la historia nacional portuguesa –aunque sí como una fase necesaria para su consecución–,¹⁷⁵ revelan plenamente su sentido observadas a la luz de su inconformidad con respecto a una situación político-social prevalente en su propio tiempo. Me refiero, específicamente, a su aversión por

¹⁷¹ Alexandre Herculano, *História da Origem e do Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, vol. II, pp. 297-299.

¹⁷² *Ibid.*, vol. I, pp. 9-11.

¹⁷³ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 136-137 y 140-149.

¹⁷⁴ Alexandre Herculano, *História da Origem e do Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, vol. III, p. 43.

¹⁷⁵ Aunque, Herculano consideró la época del absolutismo (s. XVI-s.XIX) como un periodo en que Portugal había traicionado su destino, no por eso la pensó como ajena a la trama de revelación y cumplimiento de su “índole” municipalista. El absolutismo había sido un trance necesario para la consecución de la meta, pues “era preciso que las naciones se habilitasen, en la tiranía de la opresión, para la libertad; que los elementos sociales se discriminaran y reposaran; que la intelectualidad se desenvolvese; que, en fin, las diversas nacionalidades existiesen *en sí*, como existían *entre sí*”. Alexandre Herculano, “Cartas sobre a história de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 150.

el sistema político-administrativo centralista vigente en Portugal desde 1832.¹⁷⁶ Para este autor,

La centralización, en la copia portuguesa, como hoy existe y como la sufrimos, es el fideicomiso legado por el absolutismo a los gobiernos representativos, pero enriquecido, exagerado; es, disculpadme la frase, el absolutismo liberal. La diferencia está en esto: anteriormente los frutos que daba el predominio de la centralización se suponía eran recogidos por un hombre llamado rey: hoy cógenlos seis o siete hombres llamados ministros [...] dicen después que todo es del país, por el país, y para el país. Y no mienten. El país del que hablan es el país nominal; es su clientela, su funcionalismo; es el propio gobierno; es la traducción moderna de la frase de Luis XIV, “El Estado, soy yo”, salvo la sinceridad.¹⁷⁷

Como otrora lo habían detectado Montesquieu y Tocqueville en sus respectivos *De l'esprit des lois* (1748) y la *De la démocratie en Amérique* (1835-1840), el autor de las líneas arriba citadas observaba una solución de continuidad entre el absolutismo y el centralismo.¹⁷⁸ “La centralización de la soberanía; la centralización de la administración por el ejecutivo; la centralización de la justicia; la centralización de la fuerza pública”, en otras palabras, la concentración absoluta del poder político y de la administración en las manos de un gobierno central –ya no en las de un rey–, no era para él otra cosa que simple y llano “despotismo” disfrazado de “gobierno representativo”.¹⁷⁹ “Este bello invento” del centralismo, afirmaba, “había heredado del absolutismo todos los harapos de la púrpura que las ideas y las revoluciones habían rasgado, y remendó con ellos un traje nuevo”.¹⁸⁰ Así, en vista de esta concepción de la identidad entre el absolutismo de los siglos anteriores y el centralismo de su propio tiempo, no extraña el encono del autor contra la época de los descubrimientos y las conquistas de ultramar: se trataba del símbolo histórico del absolutismo-centralismo, de esa forma de Estado que, lo mismo en su versión de monarquía absoluta que en la de monarquía constitucional centralista, hacía cuatro siglos que subyugaba al organismo-nación portuguesa

¹⁷⁶ El centralismo político-administrativo portugués tomó inspiración de las legislaciones jacobina –leyes de 14 y 22 de diciembre de 1789– y napoleónica –ley del 28 de Pluviôse, año VIII–, y fue sancionado tanto por la legislación cartista de 1832 –decreto N.º 23 de José Xavier Mouzinho da Silveira–, como por el Código Administrativo de 1842. Cfr., Fernando Catroga, *A Geografia dos Afectos Pátrios. As Reformas Político-Administrativas (Séc. XIX-XX)*, Coimbra, Edições Almedina, 2014, pp. 29, 49, 54-55.

¹⁷⁷ Alexandre Herculano, “Carta aos Eleitores de Sintra” [1858], in *Opúsculos. Tomo II*, pp. 237-238.

¹⁷⁸ Cfr., Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*, trad., Hernán M. Díaz, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2015, pp. 48-49. Cfr., Fernando Catroga, *A Geografia dos Afectos Pátrios*, pp. 49-50.

¹⁷⁹ Alexandre Herculano, “Os Vínculos” [1856], in *Opúsculos. Tomo IV*, Lisboa, Viuva Bertrand & C.ª, 1879, pp. 35-36.

¹⁸⁰ Alexandre Herculano, “A centralização”, *O Português*, N.º 29 – 14 de Maio de 1853, in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 205-206.

bajo su estructura “artificial” de “pirámide jerárquica”, con su “juego [burocrático] de funciones regulares” y “racionales”.¹⁸¹

Para Herculano, el desmantelamiento del sistema político-administrativo centralista, de ese nuevo-viejo orden social “despótico” a que, en una servil imitación del sistema francés, habían derivado los regímenes supuestamente liberales de la pos-revolución portuguesa, pasaba por la destrucción del mito del “Renacimiento”. De ahí que, a lo largo de su carrera intelectual, toda su investigación histórica, todo su interés crítico por el pasado estuviese encaminado a revelar que Portugal tenía un “destino humilde” y no uno “hidalgo” o “imperial”.¹⁸² Desde su perspectiva, la misión histórica de la nación más occidental de Europa, “de ese pueblo de hombres de imaginación ardiente, apasionados de lo incógnito, de lo misterioso”,¹⁸³ tenía que estar en concordancia con sus orígenes. La “nacionalidad portuguesa” no había nacido, como argumentaba el polemista partidario del centralismo António Lopes de Mendoça, “bajo la idea de la centralización, bajo la unidad monárquica” y contra “los egoísmos locales” –esto es, con la monarquía absoluta conformada en los siglos XV y XVI.¹⁸⁴ Portugal, defendía Herculano, se había constituido como “nacionalidad” en el siglo XII, en la “época municipal”, y por lo tanto, su destino era “humilde” –“plebeyo”, “burgués”, “municipal”.¹⁸⁵

Su mayor deseo era, por lo tanto, que la sociedad portuguesa decimonónica asumiera “una manera de ser lógica con sus orígenes”; que recuperara las “tradiciones primitivas” y las “fórmulas sociales” que había tenido en su “cuna”.¹⁸⁶ Ahora, como lo subrayé en el capítulo anterior,¹⁸⁷ al asumir esta pretensión, Herculano estaba muy lejos de desear la restauración de instituciones medievales. Lo que en realidad quería era que se conservaran las obras “útiles del tiempo pasado”, mejorando todo lo que de este último no sirviera. La suya era, pues, la actitud del conservador o bien la del reformista, que no la del reaccionario

¹⁸¹ *Ibid.*, pp. 205-209.

¹⁸² *Cfr.*, Alexandre Herculano, *O Bobo*, pp. 9-10. *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Arras por foro de Espanha”, in *Lendas e Narrativas*, vol. I, pp. 136-137.

¹⁸³ Alexandre Herculano, *O Bobo*, p. 11.

¹⁸⁴ *Cfr.*, António Lopes de Mendoça, “O caminho-de-ferro e a nacionalidade”, in *A Revolução de Setembro*, n.º 3327, 6 de Maio de 1853, p. 1, *cit. por* Fernando Catroga, *A Geografia dos Afectos Pátrios*, p. 314.

¹⁸⁵ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “A centralização”, *O Português*, N.º 29 – 14 de Maio de 1853, in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 217.

¹⁸⁶ Alexandre Herculano, “Mousinho da Silveira” [1856], in *Opúsculos. Tomo II*, p. 216.

¹⁸⁷ *Vid., supra.*, pp. 133-134.

—era la actitud que atribuyera al personaje del “segundogénito” en su parábola de los tres hijos contenida en *A Voz do Profeta*:

Y dijo el segundogénito: – Venerada es la memoria de los que nos generaron: sin embargo, también se debe acatar la razón, que nos fue dada por Dios.

Conservemos todas las obras del tiempo pasado; pero mejoremos todo lo que en ellas hubiese de ruin.

Ahí están los árboles útiles en medio de nuestra heredad: no los derribemos, porque hacerlo, fuera de impiedad, sería rematada locura.

No obstante, cortemos los matos y zarzales, abonemos la tierra, y procuremos hacer nuevos plantíos adecuados a la calidad del suelo [...]

Es necesario que quitemos el poder de las manos de los que nos gobiernan, si no moriremos todos de pura penuria.

Y así lo hicieron; y, aunque la lucha fue larga y encarnizada, vencieron; porque la razón estaba de su parte, y Dios los bendecía.

Entonces comenzaron a trabajar: limpiaron los árboles de las ramas secas y exuberantes; abonaron los campos y los prados, y arrancaron las matas y las plantas nocivas.

Y lanzaron buenas simientes a la tierra, y cuando las espigas fueron creciendo comenzaron a quitarle la cizaña y las otras hierbas dañinas.

Prometía en aquellos años ser una excelente cosecha, y en el corazón de los familiares renacía ya la esperanza.¹⁸⁸

La predilección que, en las líneas de esta parábola, Herculano demostró por el hijo “segundogénito”, por “el buen hijo” que, a diferencia de su hermano mayor se negó a “mantener el campo que heredamos del mismo modo en que lo recibimos” aunque éste fuera “pobre” y llevara a la muerte —la actitud del hijo reaccionario—,¹⁸⁹ evidencia que no estamos tratando con un tradicionalista ingenuo, con alguien que, de manera acrítica, valorase positivamente “todas las obras del tiempo pasado”. “Amo —apuntó en otro lugar— el pasado de mi país, y sus tradiciones primitivas [...] pero de eso no se sigue que desconozca la experiencia de los siglos, las ventajas de la civilización y las verdades adquiridas por las ciencias sociales”.¹⁹⁰ De ahí que su intención de “restaurar” las “fórmulas sociales” medievales —el municipio—, su deseo de “vincular la libertad moderna a la libertad antigua [medieval]”, no significó para él un querer volver a aquella época plagada de “cosas incompletas, bárbaras”. Tal pretensión era, a su entender, completamente absurda.¹⁹¹ En cambio, al igual que el “segundogénito” de su parábola, lo que él buscaba era “conservar” las instituciones valiosas creadas por los antiguos portugueses, mejorarlas y desechar las que

¹⁸⁸ Alexandre Herculano, “A Voz do Profeta”, in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 65-69.

¹⁸⁹ *Idem*.

¹⁹⁰ Alexandre Herculano, “Mousinho da Silveira” [1856], in *Opúsculos. Tomo II*, p. 216.

¹⁹¹ *Idem*.

fueran “ruines”. Esto en términos concretos quería decir que anhelaba “restaurar, en armonía con la ilustración del siglo, las instituciones municipales, perfeccionarlas sí, pero acordes con su índole, en sus elementos, con las de la Edad Media”.¹⁹²

Para Herculano era, pues, imperativo que la sociedad portuguesa del presente se reorganizara a partir de su índole original, municipalista. Era lo natural; cualquier otra forma de organización político-administrativa, la centralista, por ejemplo, era artificial y estaba destinada al fracaso.¹⁹³ Fundaba este parecer, por un lado, en el examen crítico de los documentos originales medievales, sobre todo de los *forais* o cartas de constitución municipal. Según lo alcanzaba a percibir, en esos documentos era reconocible que, en su origen, la monarquía portuguesa había surgido al amparo de la institución municipal, la cual, a pesar de su “imperfección”, ya desde entonces había revelado su carácter como baluarte de la libertad de las clases burguesas frente a la opresión de las clases poderosas –el clero y la aristocracia.¹⁹⁴ Por otro lado, su argumento municipalista estaba también inspirado en los textos de sus máximos exponentes y defensores de allende los Pirineos: Benjamin Constant, Augustin Thierry y Alexis de Tocqueville.¹⁹⁵ Sin embargo, la del primero no fue, en definitiva, una recepción pasiva de las ideas de los autores franceses. Observó, de hecho, profundas diferencias entre la realidad de las comunas francesas del siglo XII –acuciosamente estudiadas por Thierry en sus *Lettres sur l’histoire de France* (1820) y en su *Essai sur l’histoire et des progrès du Tiers État* (1848-1853)– y la de los municipios portugueses de la misma época. En ambos casos se trataba, sí, de instituciones burguesas, de “gremios populares”, pero la conformación de los mismos había tenido un origen distinto:

¿Por qué se restauraba hasta cierto punto la organización de las provincias romanas, esencialmente municipal? Lo que se casaba más naturalmente con el espíritu de la época era el método contrario: las influencias del feudalismo eran enérgicas entre nosotros en la cuna

¹⁹² Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol II, pp. 189-190.

¹⁹³ Cfr., Alexandre Herculano, “A centralização”, *O Português*, N.º 29 – 14 de Maio de 1853, in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 217.

¹⁹⁴ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 190-191.

¹⁹⁵ Cfr., Fernando Catroga, *A Geografia dos Afectos Pátrios*, pp. 37-40. Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, pp. 45-52. Cfr., Benjamin Constant, “Principes de Politique. Applicables à tous les gouvernements représentatifs et particulièrement à la Constitution actuelle de la France 1815”, in *Écrits politiques*, Paris, Éditions Gallimard, 1997, pp. 423-433. Cfr., Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, Paris, Éditions Gallimard, 1986, pp. 111-124. Cfr., Augustin Thierry, *Lettres sur l’histoire de France*, pp. 210-466. Cfr., Augustin Thierry, *Essai sur l’histoire et des progrès du Tiers État*, pp. 1-68. Es bien conocido, por ejemplo, que en su *História de Portugal*, Herculano repitió el famoso juicio del autor de *De la démocratie en Amérique* sobre que “la comuna parece haber surgido de las manos de Dios”. Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, p. 111, Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 325.

de la monarquía; los delegados del poder real y los poseedores de tierras de la corona procuraban dar a sus cargos y *préstamos*, que no pasaban, aquéllos de *delegaciones*, éstos de *verdaderos beneficios*, el carácter de feudos. Y sin embargo, el progreso del sistema opuesto fue rápido y sorprendente: al final del reinado de D. Afonso III, Portugal estaba cubierto de concejos. Al paso que en los países esencialmente feudales estas pequeñas repúblicas casi siempre se formaban por la revuelta y en medio de grandes luchas, entre nosotros aconteció lo que M. Thierry niega y muestra ser una opinión falsa relativamente a Francia: esto es, fueron principalmente instituidas por voluntad del rey, aunque no falten fundamentos para creer que algunas de las más antiguas cartas de comuna o forales, entre éstos el de Coimbra en tiempo de D. Henrique, se obtuvieron por violencia, y después de una lucha en que la autoridad soberana no llevó la mejor parte.¹⁹⁶

La característica emblemática del municipio original portugués, aquélla que, según apuntó el autor de este extracto, lo diferenciaba del caso francés –e incluso del leonés-castellano–, era que no había surgido a partir de ninguna revolución contra el monarca, sino de su institución por parte de este último. En contraste con la interpretación de Thierry, para quien las cartas comunales eran testimonios de la liberación burguesa ganada por fuerza al rey y a la nobleza francesas,¹⁹⁷ Herculano comprendió los *forais*, las cartas de comuna otorgadas por los primeros reyes portugueses, como pruebas del pacto primitivo entre el monarca y sus súbditos “ingenuos” –hombres libres. Se trataba de una alianza pragmática: la monarquía necesitaba los recursos económicos –dinero, especie, trabajo– que las villas aportaban, así como una base de apoyo militar para emprender la conquista del Algarve o someter a los nobles rebeldes; y los burgueses precisaban de protección contra sus explotadores –la nobleza y el alto clero.¹⁹⁸ Con todo, esa alianza interesada daba cuenta de la capacidad política del pueblo; los *forais* eran la prueba del reconocimiento legal de la asociación burguesa como “concejo municipal” –como “entidad política” compuesta por “hombres libres”.¹⁹⁹

El municipio medieval fue, entonces, considerado por Herculano como el baluarte de la libertad burguesa; y aún más, llegó a sostener que “la libertad municipal” era la “única libertad verdadera”.²⁰⁰ Pero, ¿qué libertad era ésta? La libertad que había existido en los

¹⁹⁶ Alexandre Herculano, “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” [1843-1844], in *Opúsculos. Tomo VI*, p. 219-220.

¹⁹⁷ *Cfr.*, Augustin Thierry, *Lettres sur l'histoire de France*, pp. 210-271. *Cfr.*, Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, p. 158.

¹⁹⁸ Alexandre Herculano, “Apontamentos para a História dos Bens da Coroa e dos Foraes” [1843-1844], in *Opúsculos. Tomo VI*, p. 226-237.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 230-231.

²⁰⁰ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 36-37.

municipios medievales, y que el autor deseaba establecer como fundamento de la organización político-administrativa del Estado portugués pos-revolucionario, ¿era una libertad a la antigua, puramente política, o se trataba de una libertad individual, esto es, a la moderna?²⁰¹ El párrafo que cito a continuación, extraído de la *História de Portugal*, permitirá aclarar este asunto:

La Edad Media, época contraria a las reglas generales, en ningunas costumbres, en ningunas instituciones lo era tanto como en la organización de los municipios. La razón es obvia. Ellos representaban de un modo verdadero y eficaz la variedad contra la unidad, la irradiación de la vida política contra la centralización, la resistencia organizada y real de la debilidad contra la fuerza, resistencia que la irreflexión o la hipocresía de los tiempos modernos confió a la solemne mentira de las garantías “individuales”, al aislamiento del débil frente al fuerte, al ciudadano y a los ciudadanos, al derecho indefenso, y no al derecho armado. En cada lugar, por tanto, los villanos tendían a constituirse [políticamente] no sólo de modo que alcanzasen las mayores ventajas individuales posibles y la mayor suma de libertades colectivas, porque en ellas estaba la seguridad de los derechos y debilidades de cada individuo, sino también de un modo relativo a las condiciones del lugar y del tiempo que ahí se daban. Éstas nacían de circunstancias variadísimas. Era una de las principales el origen de las concesiones, a veces obtenidas por medio de la revolución, aquí lenta, allá repentina, o por los tributos a los oficiales de la corona, otras veces nacidas de la benevolencia del rey, benevolencia que no raramente era un cálculo, un pensamiento político.²⁰²

A la luz de estas líneas es posible reconocer que Herculano pensó la libertad en ambos sentidos, es decir, como el ejercicio directo y colectivo de la soberanía municipal –a la manera de los antiguos griegos y romanos–, y como garantías individuales –libertad de poseer, de expresar, de creer, de hacer, tal y como las concibieron Locke, Adam Smith o Mill.²⁰³ No obstante, del mismo extracto se deduce la ascendencia que el autor atribuyó a la primer clase de libertad. Su argumento fue el siguiente: de la constitución política primitiva de los burgueses como concejo municipal, es decir, de la participación colectiva y libre de aquéllos en la *res publica* –del ejercicio de su libertad política–, dependía la salvaguarda de sus libertades individuales y colectivas. Esta preocupación fundamental por la libertad política de ninguna manera quería decir que considerase a las libertades individuales como algo

²⁰¹ *Cfr.*, Benjamin Constant, “De la liberté des anciens comparée à celle des Modernes”, in *Écrits politiques*, pp. 591-619.

²⁰² Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 411-412.

²⁰³ *Cfr.*, Hannah Arendt, *Between Past and Future*, p. 153. *Cfr.*, Isaiah Berlin, *Liberty*, ed. Henry Hardy, Oxford, Oxford University Press, 2002, p. 173. *Cfr.*, Benjamin Constant, “De la liberté des anciens comparée à celle des Modernes”, in *Écrits politiques*, pp. 594-595.

superfluo. Todo lo contrario, al igual que Constant, el autor portugués pensó que la finalidad del ejercicio colectivo del poder estribaba en la salvaguarda de las libertades individuales.²⁰⁴

Ahora, entender el concepto herculaniano de libertad implica tener en cuenta su imbricación con un determinado concepto de sociedad. Para este efecto, cito a continuación algunos párrafos extraídos de su opúsculo *Os Vínculos* (1856), los cuales me parecen sumamente ilustrativos a este respecto:

¡La desigualdad natural entre los hombres ha sido negada de un modo absoluto en los tiempos modernos: se han empleado todas las sutilezas de la filosofía del derecho para demostrar la posibilidad de destruir un hecho indestructible! Todo nace, a nuestro entender, de la confusión de ideas de diverso orden.

La igualdad civil no es sólo posible, es necesaria. Deriva del derecho natural que cada uno tiene de desarrollar su actividad hasta donde no impide el desarrollo de la actividad ajena. Ese derecho supone deberes correlativos. La sociedad existe para mantener aquél y éstos. Es por eso que el estado social es inseparable de la humanidad, y que el hombre de naturaleza, soñado por algunos filósofos del siglo pasado como anterior a la sociedad, no pasa de una quimera [...] Las instituciones que aseguran el libre movimiento del individuo dentro de la esfera de su propia acción, sean cuales fueren, son instituciones de libertad, porque mantienen la igualdad civil.

Pero la igualdad civil implica la desigualdad social [...] la desigualdad de aquellas relaciones cuyas normas se establecen, en parte, por reglas a que llamamos derecho público, derecho que la razón y la historia nos presentan como más cambiante, menos conforme en el espacio, y menos permanente en el tiempo, de lo que las reglas de las relaciones civiles.²⁰⁵

De entrada, se observa aquí que, en plena oposición al principio roussoniano del hombre natural,²⁰⁶ Herculano concibió que no existía hombre fuera de la sociedad. Aunado a esto, y también en desacuerdo con el filósofo ginebrino, sostuvo que la sociedad no estaba conformada por hombres naturalmente iguales. Por el contrario, siguiendo a Guizot,²⁰⁷ afirmó que “la desigualdad” era “la ley” de la sociedad. En esta última, los hombres diferían “por la cuna, por el genio, por el trabajo, o por un acaso feliz”, y era imposible y vano intentar eliminar esas diferencias.²⁰⁸ Fue en este contexto social de desigualdad donde situó la libertad de los individuos. Es cierto, con Locke, Mill, Constant, Guizot y Tocqueville,²⁰⁹ entendió la

²⁰⁴ Cfr., Benjamin Constant, “De la liberté des anciens comparée à celle des Modernes”, in *Écrits politiques*, pp. 616-619.

²⁰⁵ Cfr., Alexandre Herculano, “Os Vínculos” [1856], in *Opúsculos. Tomo IV*, p. 53.

²⁰⁶ Cfr., Isaiah Berlin, *La libertad et ses traîtres. Six ennemis de la liberté*, Paris, Éditions Payot & Rivages, 2009, p. 225.

²⁰⁷ Cfr., Isaiah Berlin, *La liberté et ses traîtres*, p. 225. Cfr., Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, pp. 87 y 90-91.

²⁰⁸ Cfr., Alexandre Herculano, “Os Vínculos” [1856], in *Opúsculos. Tomo IV*, pp. 47-56. Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 189.

²⁰⁹ Cfr., Isaiah Berlin, *Liberty*, p. 171. Cfr., Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, p. 57.

“libertad individual” como “una verdad de conciencia, como Dios”, como un hecho verdadero e inviolable;²¹⁰ sin embargo, también pensó, con estos mismos autores, que la libertad acontecía siempre en sociedad. Su definición de libertad individual atestigua tal concepción: la libertad del individuo, declaró, consistía en “el derecho natural de desenvolver su actividad hasta donde no impida el desenvolvimiento de la actividad ajena” –lo cual quería decir que el individuo era libre de actuar como le conviniese, siempre y cuando no afectara el actuar de los otros miembros de la sociedad.

Herculano comprendió, no obstante, que este equilibrio entre las libertades de distintos individuos difícilmente acontecía en la realidad. Según lo alcanzaba a entrever, en el ámbito de la sociedad real desigual, casi siempre la libre actividad de los poderosos tendía a oprimir a la libertad de los débiles. De ahí que estos últimos necesitaran de otra libertad, la libertad política, para salvaguardar sus libertades individuales. Fue por eso que, desde la época medieval, los débiles, las clases medias e inferiores portuguesas, habían tendido a organizarse a partir de instituciones intermedias de participación política colectiva tales como los municipios. Dichas instituciones, gracias a estar dotadas –en mayor o menor medida– con la capacidad para garantizar la “igualdad civil” –“derechos y obligaciones comunes” a todos los ciudadanos–, habían dado pelea en la defensa de “la variedad de los actos humanos”, de las libertades individuales.²¹¹

A la luz de estos argumentos, se entiende mejor por qué Herculano afirmó que “la libertad municipal” era la “única libertad verdadera”. El concejo municipal o municipio portugués del Medioevo fue par él la “institución de libertad” por excelencia, esto por cuanto se trataba de la primera instancia de la vida social que aseguraba legalmente “el libre movimiento del individuo dentro de la esfera de su propia acción” –la “igualdad civil”. Desde su punto de vista, esa legalidad quedaba establecida por los *forais* o cartas de constitución municipal, los cuales, allende de ser “cartas de población”, eran, por un lado, “códigos que instituían o fijaban el derecho público local y que constituían por agregación de varios individuos una persona moral, una entidad social con cierta autonomía, la *civitas* de la jurisprudencia romana, más o menos profundamente caracterizada”,²¹² y por el otro, diplomas de “derecho público [general]” que establecían “los deberes y los derechos de los

²¹⁰ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas a Oliveira Martins” [1870], in *Cartas*, vol. I, pp. 221-213.

²¹¹ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a história de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 153-154.

²¹² Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 355.

gremios y de los individuos que los componían en relación al Estado [la sociedad en general]”.²¹³

Con todo, a pesar de las virtudes que reconoció en los concejos municipales medievales, nada fue más lejano al pensamiento de este autor que imaginar que se trataba de instituciones perfectas que era viable restaurar en el presente. Con certeza –razonó–, los municipios medievales había sido un auténtico “germen de libertad”, un “poderoso motor de civilización y de orden”; empero “por admirable que fuese en gran parte la propia estructura de éstos, es innegable que la barbarie de la época, el caos del que apenas salía la sociedad, estampaban en esta institución el cuño de rudeza, de desarmonía y de imperfección comunes a las otras”.²¹⁴ Dicho juicio lo pensó válido incluso para aquellos municipios de la categoría que denominó de “concejos completos” o “perfectos”, en los cuales sus respectivos *forais* sancionaban no sólo la existencia de magistraturas administrativas y judiciales libremente elegidas por los burgueses –característica democrática fundamental de todo municipio–, sino también la competencia de estos últimos para elegir al *alcaide* o “entidad media que ligaba a los gremios populares perfectos al gobierno central.”²¹⁵ También en dicho gremios acontecía que los principios destinados a defender al débil y a garantizar su independencia habían terminado por transformarse en defectos que dieron “motivo o pretexto a la corona para ir más lejos de lo que se debía y para lanzar en el seno de los gremios los gérmenes de su disolución como elemento social independiente, esto es, para matar la propia fuerza de la democracia”.²¹⁶

Tres eran los males que Herculano detectó en el “organismo municipal” del Portugal medieval y que necesitaban ser atendidos con urgencia por la “ciencia política moderna”. En primer lugar, la existencia de una magistratura jurisdiccional exclusiva de cada concejo, que hacía que en las contiendas entre un vecino y un extraño, el juicio fuera parcial y moralmente ilegítimo. En segundo lugar, la separación material –territorial– de los nobles de la convivencia con los vecinos del concejo; ya que, si bien en aquel entonces fue el único medio de conservar la independencia de los burgueses, tal medida había terminado por evidenciar su fragilidad frente al poder y la violencia de los nobles. Y en tercero, la desigualdad en las

²¹³ *Ibid.*, vol. II, p. 601.

²¹⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 630.

²¹⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 425-442.

²¹⁶ *Ibid.*, vol. II, pp. 630.

garantías políticas, judiciales y tributarias que cada *foral* establecía en favor de los ciudadanos de un municipio y en detrimento de los individuos extraños a él; situación que había creado no sólo distinciones odiosas y conflictos entre las villas, sino que hizo a éstas más frágiles frente a las clases aristocráticas y más dependientes de la corona.²¹⁷

El remedio que, a consideración de Herculano, colmaría las deficiencias de la vida municipal medieval, consistía básicamente en tres modificaciones al sistema: primero, el nombramiento de jueces territoriales, no electos por los burgueses; segundo, la configuración de una separación moral –verdadera separación democrática– entre las asociaciones burguesas y las clases privilegiadas; y tercero, la homogeneización de las garantías políticas, judiciales y tributarias de todos los municipios portugueses.²¹⁸ Ahora, esta triple propuesta de solución podía, en realidad –y así lo hizo el autor– sintetizarse en una sola: en tanto que el problema de fondo del municipalismo medieval portugués radicaba en que cada municipio velaba únicamente por sus propios intereses y no por los de la sociedad en general, había que lograr que los diversos elementos municipales que componían la nacionalidad portuguesa dejaran de existir “entre sí” y juntos constituyeran un “en sí”.²¹⁹ A esta última tarea, lo reconoció el propio Herculano, había contribuido el absolutismo. La gran labor histórica de ese régimen político, aquella por la cual se justificaba su existencia histórica, radicaba en que había acabado con “la lucha continua en que vivían las diversas clases para defender o dar predominio a sus propios intereses”,²²⁰ logrando así “una cierta homogeneización de las costumbres para los pueblos de una misma nación”.²²¹ Sin embargo, su defecto, la razón que llevó a su caída, radicaba en que, en el curso de su labor, había oprimido a la libertad municipal. Era necesario, entonces, culminar, perfeccionar, tanto la obra del municipalismo medieval como la del absolutismo moderno, y para lograrlo había que crear un régimen que garantizara la libertad municipal sin la “anarquía”,²²² y que protegiera el orden sin la “tiranía” del rey o de la nobleza sobre la libertad.²²³ En pocas palabras, había que hacer surgir un

²¹⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 631-633.

²¹⁸ *Ibid.*, vol. II, pp. 631-633.

²¹⁹ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 150.

²²⁰ *Idem.*

²²¹ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “O credo político de Herculano” [O Português, N.º 34 – 20 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 230-231.

²²² *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 115-116.

²²³ *Cfr.*, Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, p. 150.

régimen que configurara Portugal como una auténtica “nación”: como una “organización” de los distintos “patriotismos locales”.²²⁴

Probablemente no haya otra imagen que ilustre de manera más clara la constitución político-administrativa que Herculano deseó para su país que la del “plumero” que aparece en el “Libro VIII” de su *História de Portugal*. Cito a continuación el párrafo que la contiene:

Al finalizar la república, y cuando comenzaba a afirmarse el despotismo de los césares, los dominios romanos, exceptuando la capital, se dividían en dos partes distintas, Italia y las provincias. Las ciudades de Italia, súbditas de Roma como cuerpos colectivos, constituían singularmente y en relación a su economía interna verdaderas repúblicas, cuyos miembros como personas civiles eran ciudadanos romanos. Esas pequeñas sociedades entraban todas en dos categorías principales, las colonias y los municipios. Las colonias, como su nombre lo indica, eran poblaciones formadas por la colonización, en la medida que Roma iba dilatando sus conquistas. Se regían por las leyes de la metrópoli y en la propia índole reflejaban la imagen de ella; los municipios eran, por el contrario, ciudades habitadas por una población no originaria de Roma, y cuyos miembros, por la incorporación de lugar en que vivían en los estados de la república, entraban en un modo absoluto, o con algunas limitaciones en la categoría de ciudadanos romanos, permaneciendo, sin embargo, rigiéndose por sus propias instituciones y leyes. Así, las colonias podían considerarse como muchas plantas de la misma especie engendradas por un ejemplar único, al tiempo que los municipios eran comparables a las diversas plumas insertas en un madero común.²²⁵

Aunque esta imagen del Estado como un “plumero” el autor la hubiese dibujado con la finalidad de ilustrar el régimen municipalista vigente –en algunas ciudades italianas– durante el último periodo de la República romana, no resultará difícil demostrar que fue el modelo de organización político-administrativa que anheló para el Portugal de su propia época –no es gratuito que definiese al municipio romano como el “indispensable elemento de toda buena organización social”.²²⁶ Como el propio Herculano lo explicó, un Estado municipalista era aquél que estaba compuesto por una suerte de “pequeñas repúblicas” en las cuales sus habitantes, a la par de estar regidos por las “propias instituciones y leyes” de la localidad, eran gobernados por las leyes generales del Estado, puesto que eran también “ciudadanos” del mismo. A una entidad política de estas características bien podía, entonces, representársela a través de la analogía del “plumero”: un “madero común” –el Estado– en que estaban insertas “diversas plumas” –los municipios. El autor evidentemente quería que ese régimen pre-figurado por la República romana se concretizara en Portugal. Dada la índole

²²⁴ Cfr., Alexandre Herculano, “O caminho-de-ferro e a nacionalidade”, *O Português*, N.º 23 – 7 de Maio de 1853, in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 191-194.

²²⁵ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 326.

²²⁶ *Ibid.*, vol. II, pp. 325.

municipalista que él había detectado como original de la nación, tuvo por antinatural la adopción de un modelo centralista –de importación francesa– en que las villas portuguesas perdían su individualidad, convirtiéndose en una suerte de “colonias” –meras réplicas– o satélites de Lisboa o de otras grandes ciudades.²²⁷ Lo que correspondía era impulsar que todo el país estuviera “dividido en concejos”;²²⁸ un Estado en que el poder central no fuera otra cosa que “el resumen, la manifestación de la actividad de los intereses locales, en todo aquello en que cada uno de ellos puede individualmente manifestarse, en todo aquello en que es necesario limitar el derecho de acción de una localidad, para que no estorbe el derecho de acción de otra”.²²⁹

El régimen político anhelado por Herculano, su ideal de Estado organizador de distintas municipalidades, tenía un nombre concreto en el ámbito de la filosofía política de mediados del siglo XIX: la Monarquía representativa. En el papel, este régimen lo habían establecido en Portugal la Constitución de 1822 y la Carta Constitucional de 1826; y había sido refrendado por la Constitución de 1838 y el Acto adicional a la Carta de 1852.²³⁰ No obstante, a los ojos de este autor, su sanción escrita no implicaba que los políticos hubiesen procurado su realidad. Todo lo contrario, desde 1835 los líderes liberales habían hecho todo lo posible por limitar la representatividad. En primer lugar, con la distritación del país en 1835 –leyes de 16 de mayo y de 28 de junio–, los municipios habían quedado administrados por autoridades nombradas por el gobierno central, lo cual significaba, de facto, la desaparición del sistema municipal. En segundo lugar, en tanto que a la distritación administrativa había seguido una distritación electoral y político-partidaria, las elecciones municipales de representantes a la cámara de diputados se habían transformado en una imposición de candidatos nombrados por los partidos políticos de la capital.²³¹ En este sentido, a la luz de estos hechos, no parece un mero capricho el reclamo que Herculano hizo

²²⁷ En esto Herculano estaba muy probablemente reaccionando a las políticas de extinción de concejos sancionadas por los Códigos Administrativos de 1836 (Passos Manuel) y de 1842 (Costa Cabral), así como a los decretos de 1853 y 1855 aprobados por el gobierno de la Regeneração. *Cfr.*, Fernando Catroga, *A Geografia do Afectos Pátrios*, p. 61.

²²⁸ *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 631.

²²⁹ *Cfr.*, Alexandre Herculano “A descentralização” [*O Portuguez*, N.º 36 – 23 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 248.

²³⁰ *Cfr.*, J. Joaquim Gomes Canotilho, “As Constituições”, *op. cit.*, pp. 125-138.

²³¹ *Cfr.*, Fernando Catroga, *A Geografia do Afectos Pátrios*, pp. 60 y 72.

al gobierno de la *Regeneração* en 1853, exigiendo el establecimiento de “la realidad del sistema representativo”, del “gobierno del país por el país”.²³²

Contrario al centralismo adoptado por los distintos gobiernos de la Pos-revolución, Herculano sostuvo que la “monarquía” portuguesa sólo sería “representativa” en la medida que estuviera fundada en la vida política municipal:

Pero, para que el sistema representativo sea una realidad, para que la elección, en su base esencial, no sea una comedia, para que las garantías sociales no sean letra muerta, sepultada en los artículos vírgenes del código de la Nación, para que el principio de que el país debe ser gobernado por el país sea una realidad, queremos que la vida política sea llevada a las extremidades del cuerpo de la Nación. Queremos que la vida local sea una realidad, para que el Gobierno central pueda representar el pensamiento del País.²³³

Aunque Herculano no lo hubiese afirmado de manera explícita, sería absurdo pensar que las ideas sobre el “sistema representativo” que aparecen en estas líneas no estuviesen de alguna manera influenciadas por los postulados de los principales teóricos de ese sistema político en la primera mitad del siglo XIX: me refiero a Benjamin Constant y a François Guizot.²³⁴ Ahora, que conociese y discutiese los argumentos de este par de autores, no significa, de nuevo, que los hubiese asimilado de manera acrítica. Por el contrario, como se verá enseguida, la teoría herculaniana del “sistema representativo” se revela bastante original, sobre todo en lo que respecta al papel asignado al municipio dentro del sistema. Constant, por ejemplo, aunque destacó la necesidad de la independencia municipal en relación al ejecutivo nacional y afirmó –tangencialmente– que la unidad de Francia pasaba por la conformación de una “federación” de municipios –por la unión “interior” o “influencia recíproca” de los mismos–, no profundizó sobre esta cuestión, y nada dijo sobre el lazo que unía al municipio con el Parlamento y el Rey.²³⁵ Guizot, por su parte, en consonancia con su idea de que el centralismo liberal, a diferencia del absolutista, no significaba despotismo sino

²³² Cfr., Alexandre Herculano “O progresso material como disfarce da reacção” [*O Portuguez*, N.º 3 – 13 de Abril de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 248. Cfr., Alexandre Herculano “O credo político de Herculano” [*O Portuguez*, N.º 34 – 20 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 228.

²³³ Alexandre Herculano “O credo político de Herculano” [*O Portuguez*, N.º 34 – 20 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 230.

²³⁴ Cfr., Benjamin Constant, “Principes de politique. Applicables à tous les gouvernements représentatifs et particulièrement à la Constitution actuelle de la France (1815)”, in *Écrits politiques*, pp. 305-588. Cfr., François Guizot, *Histoire des origines du gouvernement représentatif*, quatrième édition, Paris, Didier et C^{ie}, Libraires-Éditeurs, 1880, 2 vols.

²³⁵ Cfr., Benjamin Constant, “Principes de politique”, in *Écrits politiques*, pp. 424-430.

el “trabajo de la civilización”, sostuvo que era preciso acabar con la “anarquía” de “la preponderancia de las instituciones locales” –v. gr. el municipio–, haciendo que el poder central –representante de la sociedad en su totalidad– tuviera presencia en “cada rincón de la sociedad”.²³⁶ La postura de Herculano en torno al vínculo del municipio con el Estado y con la idea de representatividad se advierte distinta a la de este par de autores. En el caso del portugués, como lo demuestran sus palabras, la viabilidad del “sistema representativo” dependía por entero de la existencia de la “vida política” en “las extremidades” del “cuerpo social”: de una “fuerte y enérgica organización municipal”.²³⁷

La monarquía representativa propuesta por Herculano tenía tres niveles fundamentales. En la base estaba el municipio –“medio de cohesión espontánea de las familias”, muro de defensa de las garantías individuales y colectivas.²³⁸ Conformaban dicha institución los representantes de los intereses de las familias: varones casados, con hijos, profesionistas o propietarios; “jefes de familia” burgueses, en fin, dotados de libertad política para elegir y ser elegidos a los cargos políticos y administrativos de la localidad –las magistraturas.²³⁹

Ahora, la libertad política de los munícipes no estaba reducida a cuestiones puramente locales; una parte vital de esa libertad radicaba en la capacidad de los “jefes de familia” para elegir “libremente” a sus representantes al Parlamento nacional.²⁴⁰ Esta última institución, Herculano la concibió como el órgano que “unía” los municipios al “cuerpo político” del Estado.²⁴¹ A sus ojos, esa unión no consistía, sin embargo, en la mera “yuxtaposición” de los

²³⁶ Cfr., François Guizot, *Histoire des origines du gouvernement représentatif*, t. I, p. 59 cit. por Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, p. 52. Cfr., Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, pp. 48-52.

²³⁷ Alexandre Herculano “A descentralização” [*O Portuguez*, N.º 48 – 8 de Junho de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 275-276.

²³⁸ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, pp. 300-301.

²³⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 529. Aunque Herculano tuvo desacuerdos importantes respecto al régimen electoral censatario e indirecto vigente en Portugal hacia mediados del siglo XIX, aún así, con Guizot y otros teóricos del mismo, permaneció enemigo del sufragio universal y afirmó que los propietarios y profesionistas eran los “ciudadanos capaces” –los electores– por excelencia. Cfr., Alexandre Herculano, “Carta aos Eleitores de Cintra” [1858], in *Opúsculos. Tomo II*, pp. 231-240. Cfr., Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, pp. 107-113. Cfr., Isabel Nobre Vargues e Maria Manuela Tavares Ribeiro, “Estruturas políticas: Parlamentos, eleições, partidos políticos e maçonarias”, in José Mattoso (dir.), *op. cit.*, pp. 163-168.

²⁴⁰ Cfr., Alexandre Herculano “As duas ditaduras” [*O Portuguez*, N.º 15 – 27 de Abril de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 154.

²⁴¹ Alexandre Herculano, “Cartas sobre a História de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 48-49.

intereses particulares de los municipios representados por sus diputados,²⁴² estribaba, en cambio, en la “conciliación” de los intereses particulares entre sí y con los intereses generales de la sociedad.²⁴³ A dicha “conciliación” –siguiendo probablemente a Guizot– el autor portugués la denominó la “soberanía de la razón”. En plena contraposición a la tesis roussoniana de que la Asamblea nacional o Parlamento personificaba la “voluntad general” de la nación, y enemigo como fue de la idea de la “soberanía popular” y del despotismo de las “mayorías aritméticas”,²⁴⁴ Herculano postuló que el único poder atribuible a aquel órgano colectivo era el del uso conjunto de la “razón” como medio para que los diputados descubrieran y organizaran, y luego representaran, la “razón pública” dispersa en la sociedad.²⁴⁵

En la cima de toda esta estructura político-social, o más bien, por encima de ella, pero al mismo tiempo en el centro del sistema, Herculano situó al rey. Éste era “jefe de Estado” y no jefe de gobierno; no era depositario de ninguna soberanía conferida por la divinidad, ni tampoco era la soberanía misma, como afirmaban los teóricos del absolutismo; era, en cambio, la condición de posibilidad para la existencia de la “soberanía de la razón”.²⁴⁶ Con Constant, imaginó al monarca como la encarnación del poder neutro y conservador; el poder que se situaba por encima de todos los elementos del organismo social –los municipios, el Parlamento, los jueces, los Pares–, y cuya función consistía en unirlos a todos, garantizando la actuación conjunta y concertada, equilibrada, entre los mismos.²⁴⁷ A sus ojos, tal función unificadora, conciliadora, convertía, de facto, al monarca en la “representación” última de la sociedad, en “la imagen del poder central” y “manifestación e instrumento de la unidad social”.²⁴⁸

²⁴² Cfr., Alexandre Herculano “A centralização” [*O Portuguez*, N.º 31 – 17 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 220. Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas a Oliveira Martins” [1870], in *Cartas I*, pp. 212-213.

²⁴³ Alexandre Herculano “A descentralização” [*O Portuguez*, N.º 48 – 8 de Junho de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 272.

²⁴⁴ Cfr., Isaiah Berlin, *Liberty*, pp. 208-209.

²⁴⁵ Cfr., Alexandre Herculano “O credo político de Herculano” [*O Portuguez*, N.º 34 – 20 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, p. 220. Cfr., Pierre Rosanvallon, *El momento Guizot*, pp. 70-76.

²⁴⁶ Cfr., Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 516. Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas a Oliveira Martins”, in *Cartas I*, pp. 212-213.

²⁴⁷ Cfr., Benjamin Constant, “Principes de politique”, in *Écrits politique*, pp. 323-337.

²⁴⁸ Cfr., Alexandre Herculano, “Da existência ou não existência do feudalismo nos reinos de Leão, Castela e Portugal” [1875-1877], in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 224-225.

Teniendo a la vista la imagen completa del ideal de sociedad que Herculano asumió como *telos* de su meta-narrativa de la historia nacional de Portugal –la monarquía representativa-municipalista–, importa hacer una última apreciación sobre ella. Páginas atrás afirmé que la metáfora del “plumero” ilustraba el tipo de régimen político-administrativo anhelado por el autor. Conviene ahora agregar que la metáfora del “cuerpo” resulta asimismo esclarecedora en lo que respecta a la naturaleza de dicho régimen. Esta apreciación surge de la propia caracterización metafórica que el autor hizo del Estado monárquico-municipalista medieval como “cuerpo social” o “cuerpo político”, en el cual los municipios eran las “extremidades” y el rey la “cabeza”.²⁴⁹

Se puede decir que nunca príncipe tan poco belicoso como Afonso II combatió tanto como él; pero esos combates estaban muy lejos de parecerse a las gloriosas luchas de su abuelo [Afonso I] para alargar los límites del reino a costa del islamismo y a los no menos gloriosos trabajos de su padre [Sancho II] en empeño de acrecentar la fuerza de la sociedad en general con el aumento de la población y de dar energía y libertad al pueblo con la rápida multiplicación de los municipios. El calor de la vida que sus antecesores habían procurado llevar a la periferia del cuerpo social buscaba él concentrarlo en la cabeza o en el corazón de la república. Puede ser que este príncipe o sus consejeros viesan en semejante política un progreso de orden y mejoramiento para la nación; mas lo que la experiencia nos enseña acerca de las pasiones humanas persuade antes que tantas diligencias para aumentar por todos los medios los recursos de la corona y el poder real no tenían los motivos más nobles.²⁵⁰

De de este párrafo extraído del “Libro IV” de la *História de Portugal*, destaca la metáfora “corporal” que Herculano empleó para caracterizar a la monarquía medieval portuguesa –su definición de los municipios como la “periferia del cuerpo social”, del rey como “la cabeza”, y de la corte como “el corazón”. Sobre esta metáfora, cabe precisar que el autor tuvo mucho cuidado de deslindarla de aquella otra que, durante el antiguo régimen portugués, había sido también usada para comparar al Estado absolutista con un “cuerpo” –ese “tropo de la retórica [absolutista]”, afirmó, que “comparaba la sociedad con un hombre, cuyos miembros son regidos por la cabeza, al mundo alumbrado por un sol”, era un “despropósito”.²⁵¹ Su disgusto por ella tenía que ver, en primer lugar, con la “jerarquización” que hacía de los elementos del “cuerpo social” a partir de las “funciones” que cada uno desempeñaba –orar, guerrear o trabajar; y, en segundo lugar, con la designación del rey –la

²⁴⁹ Cfr., Alexandre Herculano, “Cartas sobre a história de Portugal”, in *Opúsculos. Tomo V*, pp. 48-49.

²⁵⁰ Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. I, pp. 564.

²⁵¹ Cfr., Alexandre Herculano “A centralização” [*O Portugal*, N.º 31 – 17 de Maio de 1853], in António José Saraiva, *Herculano Desconhecido*, pp. 205-206.

“cabeza” del “cuerpo”– como detentor exclusivo del poder político, de la soberanía.²⁵² En oposición a la concepción absolutista del Estado-cuerpo, la metáfora corporal herculaniana proponía, ya no una jerarquía de órganos y funciones superiores e inferiores, sino la unión e interdependencia entre las múltiples autonomías, “miembros” u “órganos” que componían al Estado, esto a partir de principios conciliados por todos los miembros y de cuya autoridad debía ser dependiente incluso el rey.²⁵³ Evidentemente, Herculano no creía que, durante el

²⁵² *Ibid.*, pp. 205-206. El concepto absolutista del Estado como “cuerpo” fue heredero de las teorías que sobre esta materia desarrollaron el pseudo Dioniso Aeropagita (siglo V d.c.) y John of Salisbury en su *Policraticus* (1159). La famosa concepción organicista de la sociedad –comparación de la *res publica* con el cuerpo humano– de John of Salisbury (ca. 1120-1180) aparece en el capítulo II, del libro V de su *Policraticus* (1159). Su concepto reunió ideas y doctrinas políticas funcionalistas de raíz altomedieval, anteriores a la difusión y ascendencia de las ideas de la *Política* de Arsitóteles. Desde el punto de vista de Salisbury, la sociedad política –el Estado– era “un cuerpo que está dotado de vida por el favor divino”. Cada miembro de ese cuerpo tenía una función social: el rey era la cabeza del cuerpo político, los sacerdotes eran su alma (el alma preside al cuerpo, es el elemento con supremacía), los jueces y administradores eran ojos, oídos y lengua, los cortesanos los costados, los militares las manos, los tesoreros su vientre, los campesinos y artesanos sus pies (deben ser protegidos y atendidos, mantienen de pie, sostienen y hacen moverse el cuerpo). Se trataba de un cuerpo dentro del cual existía una interdependencia de sus elementos, una armonía funcional de los grupos sociales y una unión de voluntades y espíritus en el plan providencial. La teoría orgánica de la sociedad de Salisbury bebió y alteró las ideas funcionalistas bajomedievales del orden social, sobre todo la concepción funcionalista y jerárquica de la Iglesia, la cual era concebida como un orden jerárquico en que cada parte (“orden”) desempeñaba determinadas funciones (“teoría de los *ordines*”). En la teoría organicista-funcionalista de Salisbury, el rey era la cabeza del cuerpo y, por lo tanto, el responsable del buen gobierno –pero responsable sólo ante Dios y no ante sus súbditos, quienes no participaban del gobierno. *Cfr.*, Juan de Salisbury, *Policraticus*, ed. Miguel Ángel Ladero, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 42-44, 53, 60-61 y 347. *Cfr.*, John Rigby Hale, *La Europa del Renacimiento. 1480-1520*, 4ª ed., México, Siglo Veintiuno Editores, 1979, pp. 193-198

²⁵³ Otro de los modelos del Estado-cuerpo de Herculano fue la Iglesia Católica conciliar de los primeros siglos del cristianismo: “El carácter fundamental del catolicismo verdadero, del catolicismo que nos inculcaron en la infancia, era la inmutabilidad, la perpetuidad y la universalidad de sus dogmas, y de sus doctrinas en la sucesión de los tiempos [...] En esto consistía prácticamente la inmensa ventaja del catolicismo sobre las sectas disidentes, indefinidamente variables, fluctuantes, subdivididas de un día a otro, generando las más desvariadas aberraciones religiosas. Fuera de eso, la iglesia tenía leyes que regían desde los siglos primitivos y que sólo los parlamentos cristianos, los concilios, podían alterar, cuando esas alteraciones no se opusieran a las instituciones apostólicas, y a las que todos los miembros de la sociedad católica, desde el papa hasta el más oscuro de los fieles, eran obligados a obedecer. Después, en la economía de la administración interna, en los ritos, y en otras manifestaciones accidentales del culto, cada iglesia nacional, y hasta cada provincia eclesiástica, tenía sus usos y libertades especiales, que la iglesia universal consentía, porque lo que constituye verdaderamente la unidad es la unidad de la fé. Gobierno parlamentar, máximas fundamentales dominando a través de los siglos la legislación canónica, derecho común conciliándose con el respeto a las autonomías, nadie superior a la ley, fraternidad humana, tolerancia material al lado de intolerancia doctrinal; en suma, una gran parte de las conquistas de la civilización moderna son apenas viejas conquistas del cristianismo transferidas a la sociedad temporal”. Alexandre Herculano, “A supreção das Conferências do Casino” [1871], in *Opúsculos. Tomo I*, pp. 259-260. Herculano consideró a la Iglesia católica –“en la pureza de su índole”– como el auténtico “tipo” de esa unidad social ideal que era para él “la monarquía representativa”. Alexandre Herculano, “Cartas a Oliveira Martins”, in *Cartas I*, pp. 218. No se refería, empero, a la Iglesia papista-centralista de la modernidad, sino a la de la tradición paulina. Cabe aquí recordar que Pablo concibió a la Iglesia como conformada por un conjunto variado de pequeñas comunidades cristianas las cuales, no obstante sus diferencias “carismáticas”, constituían un solo “cuerpo” con Cristo –constituían el “Cuerpo de Cristo”. *Cfr.*, Hans Küng, *The Church*, London, Burns and Oates, 1968, pp. 223-238. De este concepto corporal de sociedad parece haber derivado Herculano la identidad estructural que concibió entre la monarquía representativa y la Iglesia conciliar.

Medioevo portugués, esta clase de “Estado-cuerpo” hubiese existido plenamente. Lo que sí tenía por cierto era que el Estado-cuerpo medieval –la monarquía municipalista de los primeros reyes borgoñones–, había sentado las bases de la futura consumación del ideal –la convocatoria de la burguesía a cortes por parte de Afonso III (1254), esto es, la integración del “cuerpo social” completo, si bien no era “el fundamento de la libertad municipal”, sí había sido “una manifestación de ella [...] una garantía de su conservación futura”.²⁵⁴

En síntesis, lo que quiero aquí evidenciar es que el concepto corporal de Estado que Herculano formuló a través de su obra y postuló como *telos* de su historia nacional de Portugal, fue diametralmente distinto al concepto corporal de Estado vigente durante el antiguo régimen. Pues mientras el último atribuyó al “cuerpo social” una constitución que bien podría ser definida como “mecánico-metonímica”, esto al dividir y jerarquizar al “cuerpo social” en distintas funciones que al final “redujo” a la máxima función de dirección y gobierno desempeñada por el “rey-cabeza”,²⁵⁵ por su parte, el concepto corporal herculaniano de la monarquía representativo-municipalista confirió al “cuerpo social” una estructura “orgánico-sinecdóquica”.²⁵⁶ Aquí, los municipios autónomos –las “extremidades” del cuerpo– contenían al todo de la “razón pública”, y ésta, encarnada en el Parlamento y en el Rey –el “corazón” y la “cabeza”–, contenía y simbolizaba a su vez a todos los municipios. El Estado no era, así, reducible a ninguna de sus partes, era todas sus partes a la vez; era, en fin, un “cuerpo” que realizaba “el pensamiento fundamental de *la variedad en la unidad*”.²⁵⁷

²⁵⁴ Herculano sostuvo que en el reinado de Afonso III, los “gremios populares”, los municipios, fueron por primera vez convocados a cortes (Cortes de Leiria, 1254): “Determinar la índole o el valor político de tales asambleas no cabe aquí. Por poco, sin embargo, que fuese este último, es cierto que Alfonso III reconoció la importancia relativa a los gremios populares; y cuando su reinado no ofreciese otra circunstancia que lo ilustrase, el hecho de reunir, aunque transitoriamente, las resistencias burguesas, de facilitarles de tal manera el acuerdo y, por lo tanto, de multiplicarles la energía para luchar más ventajosamente contra el privilegio, sería sólo de por sí bastante para merecer la atención de la historia. Así constituidas las Cortes, si no fueron el fundamento de la libertad municipal, base de la única libertad verdadera que, a nuestro entender, ha existido en el mundo, y tal vez la única posible, fueron por cierto desde esa época una gran manifestación de ella y, hasta cierto punto, una garantía de su conservación futura”. *Cfr.*, Alexandre Herculano, *História de Portugal*, vol. II, p. 37

²⁵⁵ *Cfr.*, Kenneth Burke, *A Grammar of Motives*, pp. 505-507. *Cfr.*, Juan de Salisbury, *Policraticus*, pp. 42-44, 53, 60-61.

²⁵⁶ *Cfr.* Kenneth Burke, *A Grammar of Motives*, pp. 507-508. Como lo mencioné con anterioridad, Kenneth Burke definió a la sinécdoque como aquella figura retórica que toma la parte por el todo, o el todo por la parte, el contenedor por el contenido, el signo por la cosa significada, la causa por el efecto, el efecto por la causa, el género por la especie, la especie por el género.

²⁵⁷ Alexandre Herculano, “Instrução Pública” [1841], in *Opúsculos. Tomo VIII*, Lisboa, Viuva Bertrand & C^a, 1901, p. 144.

CONCLUSIONES

Observada desde una óptica dilatada, la conciencia histórica de Alexandre Herculano da la impresión de haber sido configurada por los mismos supuestos que forjaron la de filósofos, novelistas e historiadores contemporáneos como Walter Scott, Humboldt, Hegel, Manzoni, Guizot, Ranke, Vigny, Droysen o Michelet. Por tales supuestos, me refiero, sobre todo, a 1) un concepto unidimensional y diacrónico del tiempo; 2) la idea de que los hechos conformaban una secuencia temporal coherente en que los eventos posteriores –únicos e irrepetibles– derivaban de los anteriores –también únicos e irrepetibles; 3) la estimación de una clara diferencia entre los hechos reales –históricos– y los hechos ficticios del mito y la literatura, siendo los primeros susceptibles de comprobación a partir de la evidencia documental; 4) la presunción de que había que comprender las intenciones subyacentes a las acciones de los hombres del pasado fijadas por la evidencia; 5) la afirmación de la narración como la forma discursiva más adecuada para dar cuenta de los hechos históricos; 6) la consideración del estudio del pasado como una actividad desprovista de contenido ético y abocada al descubrimiento de la verdad “por ella misma”; y 7) la asunción –velada la mayor parte de las veces– de que la historia servía a la construcción del Estado-nación.¹ Ahora, un examen más puntual de los componentes de la conciencia histórica del autor portugués revela la existencia de ciertas particularidades que invitan a comprenderla como un fenómeno *sui generis* en el marco de la historia de la conciencia histórica en la Europa decimonónica. Dichas particularidades se las encuentra menos en el ámbito de los fundamentos ontológicos y epistemológicos del pensamiento histórico herculaniano, y más en el de sus principios estéticos y éticos. Presento a continuación un balance de mis conclusiones sobre cada uno de estos rubros.

En lo que se refiere a sus preconcepciones sobre la estructura de la temporalidad humana –el fundamento ontológico de su pensamiento histórico–, Herculano fue un romántico-historicista bastante típico. Frente a la necesidad de volver a unir los mundos tradicional y moderno escindidos por las revoluciones democrática e industrial de los siglos

¹ Cfr., Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 21-22. Cfr., Hayden White, *The Practical Past*, Evanston, Northwestern University Press, 2014, p. 9.

XVIII y XIX –el pasado, el presente y el futuro–, al igual que Herder, Hegel, Humboldt, Walter Scott, Ranke y Carlyle, entre otros tantos, el autor portugués prefiguró la realidad histórica como un proceso temporal dinámico e irreversible, constituido por hechos particulares, irrepetibles y distintos que conformaban una continuidad sustancial. En otras palabras, imaginó al campo histórico como un curso en que los hechos pasados estaban, paradójicamente, disociados e implicados con los hechos presentes y futuros, ya que, pensaba, aún en su particularidad, los segundos cumplían o consumaban progresivamente la sustancia o sentido anunciado por los primeros.

Otro tanto podría decirse de su propuesta de intelección de la realidad histórica –el fundamento epistemológico de su pensamiento histórico–, pues también en este rubro Herculano se mostró bastante cercano al modelo romántico-historicista. Con Humboldt y Ranke, sostuvo que, para resultar inteligibles, los hechos del pasado debían ser sometidos a un riguroso proceso de comprensión histórica. Siguiendo muy de cerca los argumentos de aquel par de autores, planteó que dicha comprensión –denominada por él “resurrección del pasado”– consistía en descubrir la intencionalidad inmanente a los hechos del pasado que había sido preservados por los documentos, para en base a la misma organizar los hechos en unidades formales, temporales y teleológicas como la “idea histórica” del “carácter” o la “índole de la nación”.

Hasta aquí, pocas o nulas razones habría para calificar al pensamiento histórico de Herculano como “singular” en algún sentido. Pero esto cambia cuando se examinan ciertos aspectos de su dimensión estética; sobre todo cuando se repara en la manera en que este autor representó el pasado portugués. Sucede que lo hizo a través de obras de variada naturaleza discursiva: poemas, cuentos, novelas históricas y textos historiográficos. Ciertamente, es preciso reconocer que este fenómeno fue condicionado por la revolución romántica de la primera mitad del siglo XIX –me refiero en particular al proyecto pluri-discursivo de búsqueda de los orígenes, emprendido por personajes como Herder, los hermanos Schlegel y Novalis, entre otros. Sin embargo, también es claro que en muy pocos románticos –quizá los casos de Scott y Michelet sean los únicos que podrían comparársele– se observa una trayectoria discursiva tan coherente como la del autor portugués, desde la poesía histórica hacia la historiografía, pasando por el cuento y la novela históricos.

Conviene señalar, asimismo, que el caso de Herculano destaca aún más en tanto que la mencionada trayectoria estética de su pensamiento histórico encarnó también una trayectoria ética. Cada forma discursiva que adoptó para representar el pasado portugués entrañó un uso particular de este último en vistas a plantar cara a los distintos problemas sociales, políticos y económicos que la sociedad lusa enfrentó durante el periodo de las guerras liberales y la pos-revolución –esto es, al momento del advenimiento de la era democrática. Con su lírica, primero, usando como medio de contraste imágenes poéticas del pasado portugués anterior al siglo XVI, pretendió gestar entre sus contemporáneos un sentimiento de repudio por los hechos revolucionarios de 1836-1837. Posteriormente, con el cuento y la novela históricos, dio cauce a sus deseos de dibujar la “infancia” medieval de su pueblo, esto con la finalidad de hacer que los portugueses de su tiempo “recuperasen” –aún a través del recurso a las leyendas y los mitos nacionales– “el patriotismo y la energía social” que habían tenido en otros tiempos y que habían perdido en los años de dictadura cabralista (1842-1851). Por último, bajo la premisa de que sólo un patriotismo fundado en hechos reales –*v.gr.* en la libertad municipal original portuguesa– serviría de freno a los impulsos revolucionarios (democratizantes) que acechaban nuevamente a Portugal en los últimos años de la década de 1840 y a principios de la de 1850, en sus textos historiográficos dio cuerpo a la pretensión de conocer “verdaderamente” –ya sin dejo de “fantasías” y a partir de fuentes documentales fidedignas– la estructura de la organización social y las costumbres medievales del pueblo portugués.

Ahora, resalto esta particularidad estético-ética del pensamiento histórico de Herculano no sin reconocer que otros poetas, novelistas o historiadores contemporáneos representaron igualmente el pasado de sus sociedades a través de distintas formas discursivas, y fueron conscientes de que esas formas encarnaban diversos usos del pasado en vistas a resolver problemas del presente. Con todo, insisto en que el pensamiento del poeta-historiador portugués se diferencia del de aquéllos en la medida que no encubrió el componente ético que entraña toda representación del pasado. Así, mientras, por ejemplo, Scott, Humboldt, Ranke, Manzoni, Thierry y Guizot disimularon que sus discursos poéticos o historiográficos contribuyeran de algún modo a la constitución del Estado-nación inglés, prusiano, italiano o francés, Herculano abiertamente sostuvo que sus poemas, cuentos y

novelas históricos, lo mismo que sus textos historiográficos, estaban destinados a implantar cierto tipo de nacionalismo entre las clases medias portuguesas.

El examen de la conciencia histórica de este autor deja entonces claro que en la Europa del siglo XIX no sólo filósofos de la historia como Hegel, Comte o Marx unieron de forma explícita aquello que Hayden White –siguiendo al filósofo Michael Oakeshot– define como el “pasado histórico” y el “pasado práctico”.² En las páginas de esta investigación se mostró el caso de un poeta, novelista e historiador que tuvo por cierto que el pasado reconstruido –comprendido y narrado– a partir de la evidencia documental (el “pasado histórico”) debía funcionar también como una suerte de depósito de experiencias, ideales, valores y formulas para la resolución de problemas prácticos del presente y el futuro (el “pasado práctico”).³ Expresado esto mismo en otros términos, aquí se presentó a un autor que asumió con total transparencia el triple contrato epistemológico-estético-ético (“científico-narrativo-político”) que, en la estima de Jacques Rancière, dio forma a la conciencia histórica moderna.⁴ Esta asunción se reconoce en la “filosofía de la historia nacional de Portugal” que subyace a todas las producciones discursivas de Herculano –identificable, no obstante que no la expusiese de forma sistemática en ninguna de ellas. Su meta-discurso o meta-narrativa crítica de la marcha del pueblo portugués en pos de la libertad municipal –del desarrollo progresivo de su “índole municipalista” desde la época medieval hasta el presente pos-revolucionario– dio cuerpo a su proyecto de levantar una “barrera moral” que garantizase la independencia de su país frente a las aspiraciones pan-iberistas de España y a las de intervención de Gran Bretaña.

Como última reflexión, sólo cabría agregar que, aún advirtiendo cierta singularidad en su conciencia histórica, sería un error calificar a Herculano como un escritor intempestivo o póstumo. Por el contrario, convendría mejor caracterizarlo como una suerte de “autor-símbolo” de su época. Aquel siglo XIX obsesionado –como lo subrayaron Auerbach y Barthes– por la historia, esto es, por lo real, lo concreto y lo único, por el cambio y la continuidad, por el origen; y cuya obsesión trascendió los estrechos límites de los géneros discursivos y las formas culturales –que lo mismo la encontramos en la novela que en la

² *Cfr.*, Hayden White, *The Practical Past*, pp. 8-9.

³ *Idem.*

⁴ *Cfr.*, Jacques Rancière, *op. cit.*, p. 22.

historiografía, en la pintura que en la música, en la poesía que en el teatro;⁵ esa preocupación de toda una era, de toda una civilización, de innumerables personalidades, se la encuentra aquí concentrada en las diversas producciones discursivas de un solo pensamiento. Salvo Michelet, será difícil hallar a otro autor decimonónico más empeñado con la historia. Es por eso que considero que la conciencia histórica de Herculano es un símbolo de la trayectoria que la conciencia histórica europea siguió en el siglo XIX: una empresa que comenzó en la poesía, continuó en el cuento y la novela históricos, y recaló en la historiografía; que es lo mismo que decir, un designio que nació de una sed nostálgica por el pasado, que se decantó enseguida por el deseo de revivirlo imaginativamente, y que maduró en su empeño de conocerlo y comprenderlo en sus propios términos. Importante resaltar, finalmente, que, en el caso de Herculano, esa obstinación por la historia jamás le llevó a padecer el hastío a que conduce la sobresaturación de pasado –mal que Nietzsche diagnosticó extendido por Europa hacia la década de 1870. Quizá la razón de la “jovialidad” de su conciencia histórica sea que, hasta el último de sus días (1877), el portugués nunca dejó de pensar que la historia tenía intereses prácticos, que era útil para la vida.

⁵ *Cfr.*, Eric Auerbach, *Mimesis*, pp. 434-492. *Cfr.*, Roland Barthes, “L’effet de réel”, p. 87.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografia primaria

HERCULANO, Alexandre, *Cartas*, 3ª ed., Lisboa, Livraria Bertrand, s.d., 2 vols.

-----, *Cenas de um ano da minha vida. E Apontamentos de Viagem*, coord. y pref. de Vitorino Nemésio, 3.ª ed., Amadora, Livraria Bertrand, 1955, 326 p.

-----, *Cenas de um ano da minha vida. Apontamentos de viagem*, Lisboa, Circulo de Leitores, 1987, 204 p.

-----, *Composições Várias*, 3.ª ed., Lisboa, Livraria Bertrand, s.d., 274 p.

-----, *História da Origem e Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, revisão de Vitorino Nemésio, introdução de Jorge Borges Macedo, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1975, (Obras Completas de Alexandre Herculano), 3 vols.

-----, *História de Portugal. Desde o começo da Monarquia até ao fim do Reinado de Afonso III*, prefácio e notas de Vitorino Nemésio, Lisboa, Bertrand Editora, 1974, 4 vols.

-----, *História de Portugal. Desde o começo da Monarquia até ao fim do Reinado de Afonso III*, prefácio e notas de José Mattoso, Lisboa, Bertrand Editora, 2007, 2 vols.

-----, *Lendas e Narrativas*, prefácio e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1970, (Obras Completas de Alexandre Herculano), 2 vols.

-----, *O Bobo (1128)*, prefácio e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972, (Obras Completas de Alexandre Herculano), 296 p.

-----, *O Monasticon*, introdução e revisão de Vitorino Nemésio, Amadora, Portugal, Livraria Bertrand, 1972, (Obras Completas de Alexandre Herculano), 3 vols.

-----, *Opúsculos*, Lisboa, Viuva Bertrand & Cª, 1873-1908, 10 vols.

-----, *Poesias*, Lisboa, Viuva Bertrand e Filhos, 1860, 334 p.

-----, *Portvgaliae monvmenta historica: a saeculo octavo post Christum usque ad quintumdecimum*, Lisboa, Academia das Ciências de Lisboa, 1856-1877, 20 vols.

O Panorama: Jornal Litterario e Instructivo da Sociedade Propagadora dos Conhecimentos Úteis, dir. Alexandre Herculano, Lisboa, Imprensa da Sociedade Propagadora dos Conhecimentos Úteis, 1837-1841, primeira série, 5 vols.

Bibliografía secundaria

A Historiografia Portuguesa de Herculano a 1950: Actas do Colóquio, Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1978, 272 p.

ABRAMS, M. H., *The Mirror and the Lamp. Romantic Theory and the Critical Tradition*, New York, Oxford University Press, 1953, 406 p.

-----, *Natural Supernaturalism. Tradition and Revolution in Romantic Literature*, New York, W. W. Northon & Company, 1973, 550 p.

Alexandre Herculano à luz do Nosso Tempo: Ciclo de Conferências, Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1977, 388 p.

Alexandre Herculano. Ciclo de Conferências Comemorativas do I Centenário da sua morte. 1877-1977, Porto, Biblioteca Pública Municipal do Porto, Gabinete de História da Cidade, 1979, 120 p.

ANDERSON, Benedict, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 316 p.

ANKERSMIT, Frank. "Historicism: An Attempt at Synthesis", in *History and Theory*, 34, 1995, No. 3, pp. 143-161.

-----, *La experiencia histórica sublime*, trad. Nathalie Schwan, México, Universidad Iberoamericana, 2010, 416 p.

-----, *Narrative Logic*, The Hague: Martinus Nijhoff Publishers, 1983, 265 p.

ARENDT, Hannah, *Between Past and Future. Eight Exercises in Political Thought*, intro. Jerome Kohn, New York, Penguin Books, 2006, 298 p.

ASSMAN, Jan, *Cultural Memory and Early Civilization. Writing, Remembrance and Political Imagination*, New York, Cambridge University Press, 2011, 320 p.

AUERBACH, Eric, *Figura. Sacrae Scripturae Sermo Humilis*, trad. Yolanda García Hernández y Julio A. Pardos, Madrid, Editorial Trotta, 1998, 148 p.

-----, *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature*, trad. Willard R. Trask, New Jersey, Princeton University Press, 2003, 560 p.

BAKHTINE, Mikhaïl, *Esthétique et théorie du roman*, trad. Daria Olivier, Nanterre, Gallimard, 2013, 496 p.

BARTHES, Roland, *Michelet*, trad. Jorge Ferreiro, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 244 p.

BEAU, Albin Eduard, *Estudos. Vol. II*, Coimbra, Universidade de Coimbra, 1964, 544 p.

BEGUIN, Albert, *L'Âme romantique et le rêve*, Paris, Livre de Poche, 2006, 570 p.

BEIRANTE, Cândido, *A Ideologia de Herculano. Da Teoria do Progresso da Civilização às Reformas Regeneradoras de Portugal*, Santarém, Edição da Junta Distrital de Santarém, 1977, 248 p.

-----, *Alexandre Herculano: as faces do poliedro*, Lisboa, Vega, 1991, 184 p.

BELCHIOR, Maria de Lourdes, *Os Homens e os Livros II. Séculos XIX e XX*, Lisboa, Editorial Verbo, 1980, 240 p.

BENTLEY, Michael, *Modern Historiography: An Introduction*, New York, Routledge, 1999, 192 p.

BERGER, Stefan, Linas Eriksonas & Andrew Mycock (ed.), *Narrating the Nation, Representations in History, Media and Art*, New York, Berghahn Books, 2008, 350 p.

BERGER, Stefan and Christoph Conrad, *The Past as History. National Identity and Historical Consciousness in Modern Europe*, Hampshire, Palgrave Macmillan, 2015, 570 p.

BERLIN, Isaiah, *La liberté et ses traîtres. Six ennemis de la liberté*, Paris, Éditions Payot & Rivages, 2009, 282 p.

-----, *Liberty*, ed. Henry Hardy, Oxford, Oxford University Press, 2002, 392 p.

-----, *The Roots of Romanticism*, ed. by Henry Hardy, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1999, 216 p.

BERNSTEIN, Harry, *Alexandre Herculano (1810-1877). Portugal's Prime Historian and Historical Novelist*, Paris, Fundação Calouste Gulbenkian, 1983, 240 p.

BEVIR, Mark, "Why Historical Distance is not a Problem", *History and Theory*, Theme Issue 50, Wesleyan University, December 2011, pp. 24-37.

Biblia de Jerusalén, Victor Morla Asensio y Santiago García Rodríguez coords., México, Editorial Porrúa, S.A., 1998, 1900 p.

BLOOM, Harold, *The Western Canon. The Books and School of Ages*, New York, Riverhead Books, 1995, 556 p.

BONIFÁCIO, Maria de Fátima, *História da Guerra Civil da Patuleia. 1846-1847*, Lisboa, Editorial Estampa, 1993, 184 p.

BOYM, Svetlana, *The Future of Nostalgia*, New York, Basic Books, 2001, 406 p.

BRAGA, Teófilo, *História do Romantismo em Portugal*, Lisboa, Ulmeiro, 1984, 520 p.

BRITO, Fr. Bernardo de, *Monarchia Lusytana*, Lisboa, 1690, vol. I, 570 p.

BULL, Malcolm (comp.), *La teoría del apocalipsis y de los fines del mundo*, trad. María Antonia Neira Bigorra, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 350 p.

BULTMANN, Rudolf, *History and Eschatology. The presence of eternity*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1962, 170 p.

- BURKE, Kenneth, *A Grammar of Motives*, Berkeley, University of California Press, 1969, 530 p.
- CAMÕES, Luís Vaz de, *Os Lusíadas*, Trafaria, Contra Folha Editora, 2009, 158 p.
- CAPELO, B. Pereira, “Herculano”, in Helena Carvalhão Buescu (coord.), *Dicionário do Romantismo Literário Português*, Lisboa, Editorial Caminho, 1997, pp. 221-230.
- CARVALHO, Joaquim Barradas de, *As Ideias Políticas e Sociais de Alexandre Herculano*, 2.^a ed., Lisboa, Seara Nova, 1971, 292 p.
- CATROGA, Fernando, *A Geografia dos Afectos Pátrios. As Reformas Político-Administrativas (Séc. XIX-XX)*, Coimbra, Edições Almedina, 2014, 406 p.
- , “Ética e Sociocrácia – O exemplo de Herculano na Geração de 70”, in *Estudos Contemporâneos. Aspectos da Cultura Portuguesa Contemporânea*, N° 4, Porto, Imprensa Nacional-Casa de Moeda, 1982, pp. 9-68.
- CERTEAU, Michel de, *La escritura de la Historia*, trad. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1999, 334 p.
- CIDADE, Herâni, *Século XX. A revolução cultural em Portugal e alguns dos seus mestres*, Lisboa, Editorial Presença, 1985, 114 p.
- COELHO, António Borges, *Alexandre Herculano*, Lisboa, Editorial Presença, 1965, 196 p.
- COHAN, Steven and Linda M. Shires, *Telling Stories. A Theoretical Analysis of Narrative Fiction*, New York, Routledge, 1988, 198 p.
- COLLINGWOOD, R. G., *Speculum Mentis or The Map of Knowledge*, London, Oxford University Press, 1946, 328 p.
- CONSTANT, Benjamin, *Écrits politiques*, Paris, Éditions Gallimard, 1997, 876 p.
- CROCE, Benedetto Croce, *Teoria e storia della storiografia*, Milano, Adelphi Edizioni, 1989, 430 p.
- CUDDON, J. A., *The Penguin Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*, 4th edition, England, Penguin Books, 1991, 992 p.
- CUNHA, Maria do Rosário, “Garrett, Herculano e o romance histórico”, in *Discursos. Série de Estudos Portugueses e Comparados*, N° 1, VI Série, Lisboa, Universidade Aberta, 2006, pp. 127-138.
- DANTO, Arthur, *La transfiguración del lugar común*, trad. Ángel y Aurora Molla Román, Barcelona, Paidós, 2002, 302 p.
- DOSSE, François, *El Arte de la Biografía. Entre Historia y Ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, 460 p.
- DUCROT, Oswald y Tzvetan Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, trad. Enrique Pezzoni, México, Siglo XXI Editores, 1974, 422 p.

FRANÇA, José-Augusto, *O Romantismo em Portugal. Estudo de Factos Socioculturais*, trad. Francisco Bronze, Livros Horizonte, 1875-1977, 6 vols.

FRYE, Northrop, *Anatomy of Criticism. Four Essays*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1957, 386 p.

-----, *El gran código. Una lectura mitológica y literaria de la Biblia*, trad. Elizabeth Casals, Barcelona, Editorial Gedisa, S.A., 1988, 282 p.

-----, *The Secular Scripture. A Study of the Structure of Romance*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1976, 200 p.

FUETER, Eduard, *Historia de la historiografía moderna*, trad. Ana María Ripullone, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, 2 vols.

GALARD, Jean y Mathias Waschek, *¿Qué es una obra maestra?*, trad. María José Furió, Barcelona, Crítica, 2002, 222 p.

GARRETT, João Baptista da Silva Leitão de Almeida, *Camões*, Paris, Livraria Nacional e Estrangeira, 1825, 216 p.

-----, *Discursos Parlamentares e Memórias Biographicas*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1871, 439 p.

-----, *Escriptos Diversos*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1876, 334 p.

-----, *O Arco de Sant'Ana*, Ofélia Paiva Monteiro coord., Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2004, 388 p.

-----, *Romanceiro*, Lisboa, Casa da Viuva Bertrand e Filhos, 1853, 3 vols.

-----, *Teatro III*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1844, 236 p.

-----, *Viagens na Minha Terra*, Porto, Porto Editora, 2016, 288 p.

GEARY, Patrick, *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*, New Jersey, Princeton University Press, 2002, 200 p.

GELLNER, Ernest, *Nations and Nationalism*, intro. John Breuilly, Ithaca, Cornell University Press, 2006, 154 p.

GENETTE, Gerard et Tzvetan Todorov (dir.), *Littérature et réalité*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1982, 388 p.

GENETTE, Gerard et Tzvetan Todorov (dir.), *Théorie des genres*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1986, 208 p.

GOOCH, G. P., *Historia e historiadores en el siglo XIX*, trad. Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, 610 p.

GOSSMAN, Lionel, *Between History and Literature*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1990, 412 p.

GUIZOT, François, *Histoire de la Civilisation en Europe. Depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Revolution Française*, septième édition, Paris, Didier et C.^e Libraires-Éditeurs, 1860, 416 p.

-----, *Histoire des origines du gouvernement représentatif*, quatrième édition, Paris, Didier et C.^{ie}, Libraires-Éditeurs, 1880, 2 vols.

HALE, John Rigby, *La Europa del Renacimiento. 1480-1520*, 4^a ed., México, Siglo Veintiuno Editores, 1979, 409 p.

HERMET, Guy, *Histoire des nations et du nationalisme en Europe*, Manchecourt, Éditions du Seuil, 1996, 314 p.

HERDER, Johann Gottfried, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, trad. Edgar Quintet, Paris, F. G. Levrault, 1834, 3 vols.

Herculano e a sua obra. Ciclo de conferências promovido pelo Instituto Cultural do Porto, no Centenário da Morte de Alexandre Herculano, Porto, Fundação Eng. António de Almeida, 1978, 128 p.

HIPPO, Aurelius Augustin, Bishop of, *The City of God*, tras. Marcus Dods, London, Edinburgh: T. & T. Clark, 1913, 2 vols.

HOBSBAWM, Eric, trad. Jordi Beltrán, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Buenos Aires, Crítica, 2012, 214 p.

HOBSBAWM, Eric and Terence Ranger (ed.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Press Syndicate of the University of Cambridge, 1984, 322 p.

HOLLANDER, Jaap den, Herman Paul and Rik Peters, "Introduction: The Metaphor of Historial Distance", in *History and Theory, Theme Issue 50*, Middletown CT, Wesleyan University, 2011, pp. 1-10.

HOLLANDER, Jaap den, "Contemporary History and the Art of Self-Distancing", in *History and Theory, Theme Issue 50*, Middletown CT, Wesleyan University, 2011, pp. 51-67.

HUIZINGA, Johan, *El concepto de la historia y otros ensayos*, trad. Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, 452 p.

IGGERS, Georg G., *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2012, 278 p.

KELLNER, Hans, *Language and Historical Representation. Getting the Story Crooked*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1989, 340 p.

KERMODE, Frank, *The Sense of an Ending. Studies in the Theory of Fiction*, New York, Oxford University Press, 1968, 208 p.

KOSELLECK, Reinhardt, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, trad. Keith Tribe, New York, Columbia University Press, 2004, 318 p.

-----, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. Daniel Inneraroty, Ediciones Paidós, I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2001, 156 p.

KÜNG, Hans, *El cristianismo. Esencia e historia*, trad. Victor Abelardo Martínez de Lopera, 6ª ed., Madrid, Editorial Trotta, 2013, 950 p.

-----, *El judaísmo. Pasado, presente y futuro*, trad. Victor Abelardo Martínez de Lopera y Gilberto Canal Marcos, séptima edición, Editorial Trotta, 2013, 718 p.

-----, *The Church*, London, Burns and Oates, 1968, 516 p.

LOURENÇO, Eduardo, *Portugal como Destino Seguido da Mitologia da Saudade*, 5ª ed. 2012, Lisboa, Gradiva, 180 p.

-----, *O Laberinto da Saudade*, 9ª ed., 2013, Lisboa, Gradiva, 180 p.

LÖWITH, Karl, *Meaning in History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1949, 260 p.

LUKÁCS, Georg, *The Historical Novel*, trad. Hannah and Stanley Mitchell, London, Merlin Press, 1962, 364 p.

LUNGO, Andrea del, *L'incipit romanesque*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, 382 p.

MANNHEIM, Karl, *Essays on Sociology and Psychology*, ed. Paul Kecskemeti, New York, Oxford University Press, 1953, 320 p.

-----, *Ideology and Utopia, Ideology and Utopia. An Introduction to Sociology of Knowledge*, translated from German by Louis Wirth and Edward Shils, New York, Harvart Book-Harcourt, Inc., 1936, 354 p.

MACHADO, Álvaro Manuel, *As Origens do Romantismo em Portugal*, Amadora, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, Ministerio da Educação, 100 p.

-----, “Herculano: Nationalisme, histoire et religion”, in *Les Romantismes au Portugal. Modèles étrangers et orientations nationales*, Paris, Fondation Calouste Gulbenkian, Centre Cultural Portugais, 1986, pp. 199-222.

MANZONI, Alessandro Manzoni, “Del romanzo storico e, in genere, de’ componimenti misti di storia e d’invenzione”, in *Opere varie*, 1850, pp. 473-552.

MARINHO, Maria de Fátima, “O Romance Histórico de Alexandre Herculano”, in *Revista da Faculdade de Letras*, Porto 1992, pp. 97-117.

-----, *O Romance Histórico em Portugal*, Porto, Campo das Letras, 1999, 350 p.

MARTINS, Guilherme d'Oliveira, *Alexandre Herculano. Mestre-Cidadão*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa de Moeda, 2010, 16 p.

MARTINS, Joaquim Pedro de Oliveira, *Portugal Contemporâneo II*, Lisboa, Guimarães Editores, 1986, p. 255.

MATTOSO, José (dir.), *Historia de Portugal*, coords. Luís Reis Torgal e João Lourenço Roque, Lisboa, Editorial Estampa, 1998, vol. V, 604 p.

MATUTE, Álvaro, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 337 p.

MAXWELL, Richard, *The Historical Novel in Europe, 1650-1950*, New York, Cambridge University Press, 2009, 324 p.

MEREA, Paulo, *O Liberalismo de Herculano*, Coimbra, Coimbra Editora, 1941, 18 p.

MINK, Louis O., *Historical Understanding*, ed. Brian Fay, Eugene O. Golob, Ithaca, Cornell University Press, 1987, 294 p.

MICHELET, Jules, *Histoire de France*, Paris, Librairie Clasique et Élémentaire de L. Hachette, 1840, 17 vols.

-----, *Histoire de la Révolution Française. Tome Premier*, Paris, Librairie Abel Pilon, 1883, 384 p.

-----, *Histoire du XIXe siècle II. Tome I*, Paris, C. Marpon et E. Flammarion, Éditeurs, 1880, 384 p.

MONOD, Gabriel, *Vie et pensée de Michelet*, Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1923, 262 p.

MONTEIRO, Ofélia Paiva, “Algumas reflexões sobre a novelística de Garrett”, in *Colóquio/Letras*, 30, Março, 1976, pp. 13-29.

MOURA, Vasco da Graça, “Herculano Poeta”, in *Herculano e a sua obra. Ciclo de conferências promovido pelo Instituto Cultural do Porto, no Centenário da Morte de Alexandre Herculano*, Porto, Fundação Eng. António de Almeida, 1978, pp. 43-77.

NEMÉSIO, Vitorino, *A Mocidade de Herculano: 1810-1832*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003, 628 p.

NEMÉSIO, Vitorino (dir.), *Estética do Romantismo em Portugal. Primeiro Coloquio*, Lisboa, Grémio Literário, 1970, 272 p.

NETO, Vitor, *O Estado, a Igreja e a Sociedade em Portugal (1832-1911)*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1998, 620 p.

NISBET, Robert, *History of the Idea of Progress*, 4ta. ed., New Brunswick, Transaction Publishers, 2009, 370 p.

-----, *Metaphor and History. The Western Idea of Social Development*, New Brunswick, Transaction Publishers, 2009, 336 p.

NOVALIS, *La cristiandad o Europa*, trad., Lorena Díaz González, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2009, 64 p.

ORTEGA Y GASSET, José, *Ideas y creencias (y otros ensayos de filosofía)*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1986, 198 p.

ORTEGA Y MEDINA, Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, 274 p.

PHILIPS, Mark Salber, “Rethinking Historical Distance: From Doctrine to Heuristic”, in *History and Theory, Theme Issue 50*, Middletown CT, Wesleyan University, 2011, pp. 11-23.

PIMENTEL, António de Serpa, *Alexandre Herculano e o Seu Tempo*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1881, 262 p.

PIRES, António Machado e Maria Helena Santana, *Alexandre Herculano. O Escritor. Antologia*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2010, 372 p.

POLIAKOV, Léon, *Le mythe aryen. Essai sur les sources du racisme et des nationalismes*, Paris, Calmann-Lévy, 1971, 354 p.

RANCIÈRE, Jacques, *Les mots de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1992, 190 p.

-----, *Figures de l'histoire*, Paris, Presses Universitaires de France, 2012, 90 p.

REIS, Carlos, *Construção da Leitura. Ensaio de Metodologia e Crítica Literária*, Instituto Nacional de Investigação Científica, Centro de Literatura Portuguesa da Universidade de Coimbra, 1982, 198 p.

REIS, Carlos (dir.), *História Crítica da Literatura Portuguesa*, Editorial Verbo, Lisboa, 1998-2015, 9 vols.

RENAN, Ernest, *Qu'est ce qu'une nation?*, présentation par Shlomo Sand, Barcelone, Flammarion, 2011, 128 p.

REYNAUD, Maria João, “Herculano, exílios e profetismo”, in *Colóquio Letras*, N.º 177, Maio-Agosto 2011, Lisboa, Fundação Calouste Gulbeinkian, pp. 69-81.

RIBEIRO, Maria Manuela Tavares, “A Restauração da Carta Constitucional e a Revolta de 1844”, in *Revista de História das Ideias 7. Revoltas e Revoluções*, Coimbra, Instituto de História e Teoria da Ideias, Faculdade de Letras, Universidade de Coimbra, 1985, pp. 183-241.

RICOEUR, Paul, *Temps et récit*, Lonrai, Éditions du Seuil, 1983, 3 vols.

RÖEMER, Thomas, Jean-Daniel Macchi y Christophe Nihan (eds.), *Introducción al Antiguo Testamento*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2008, 716 p.

ROSANVALLON, Pierre, *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*, trad., Hernán M. Díaz, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2015, 316 p.

- SÁ, Victor de, *A Revolução de Setembro de 1836*, 3ra ed., Lisboa, Livros Horizonte, 1978, 152 p.
- SAFRANSKY, Rüdiger, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, traducción del alemán de Raúl Gabás, México, Tusquets Editores México, 2009, 380 p.
- SAID, Edward W., *Beginnings. Intention & Method*, New York, Columbia University Press, 1985, 414 p.
- SALISBURY, Juan de, *Policraticus*, ed. Miguel Ángel Ladero, Madrid, Editora Nacional, 1984, 788 p.
- SARAIVA, António José, *Breve historia de la literatura portuguesa*, Madrid, Ediciones Itsmo, 1971, 300 p.
- , *Herculano Desconhecido*, 2ª ed., Publicações Europa-América, Póvoa de Varzim, 1971, 294 p.
- , *Herculano e o Liberalismo em Portugal*, Lisboa, Livraria Bertrand, 1977, 272 p.
- SCHOLLES, Robert, James Phelan and Robert Kellogg, *The Nature of Narrative*, 4th ed., New York, Oxford University Press, 2006, 390 p.
- SCOTT, Walter, *Ivanhoe. A Romance*, Boston, Ticknor and Fields, 1866, 340 p.
- SÉRGIO, António, *Ensaíos*, Lisboa, Livraria Sá da Costa Editora, 1972, 3 vols.
- SERRÃO, Joaquim Veríssimo, *A Historiografia Portuguesa. Doutrina e Crítica*, Lisboa, Editorial Verbo, 1972, 3 vols.
- , *Herculano e a Consciência do Liberalismo Português*, Lisboa, Livraria Bertrand, 1977, 258 p.
- SERRÃO, Joel, “Herculano, Alexandre”, in *Dicionário de História de Portugal*, Porto, Livraria Figueirinhas, 1981, vol. III, pp. 209-213.
- SIMÕES, João Gaspar, *Perspectiva Histórica da Ficção Portuguesa. Das Origens ao Século XX*, 2ª ed., Lisboa, Publicações Dom Quixote, 1987, 754 p.
- TARRÍO, Ana Maria S., “Del antigoticismo en la península ibérica: los godos en la cultura portuguesa”, in Carmen Codoñer and Paulo Farmhouse Alberto, *Wisigothica. After M. C. Díaz y Díaz*, Firenze, Sismel, Edizioni del Galluzzo, 2014, pp. 660-665
- THIERRY, Augustin, *Dix ans d'études historiques*, Paris, Just Tessier Livrarie, 1835, 428 p.
- , *Essai sur la formation et progrès du tiers état*, Paris, Furne et Cª, Libraire-Éditeur, 1853, 410 p.
- , *Lettres sur l'histoire de France, septième édition*, Paris, Just Tessier Librarie-Éditeur, 1842, 478 p.

-----, *Récits des Temps Mérovingiens*, ed. Pierre Riché, Éditions Bartillat, Paris, 2014, 296 p.

TOCQUEVILLE, Alexis de, *De la démocratie en Amérique*, Paris, Éditions Gallimard, 1986, 2 vols.

TORGAL, Luís Reis, José Maria Amado Mendes e Fernando Catroga, *História da História em Portugal. Séculos XIX-XX*, Coimbra, Círculo de Leitores, 1996, 720 p.

TORGAL, Luís Reis, *Tradicionalismo e Contra-revolução. O Pensamento e a Acção de José da Gama e Castro*, Coimbra, Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, Publicações do Seminário de Cultura Portuguesa, 1973, 356 p.

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, Cádiz, Universidad de Cádiz-Servicio de Publicaciones, 1989, 136 p.

VICO, Giambattista, *The New Science*, trad. Thomas Goddard and Max Harold Fisch, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1948, 400 p.

VIDEIRA-LOPES, Maria da Graça, “Les Paroles d'un Croyant de Lamennais et A Voz do Profeta de Herculano”, in *Ariane. Revue d'Etudes Littéraires Françaises*, N° 2, Lisbonne, Groupe Universitaire d'Etudes de Litterature Française, 1983, pp. 259-269.

WESSELING, Elisabeth, *Writing History as a Prophet. Postmodernist Innovations of the Historical Novel*, John Benjamins Publishing Company, Philadelphia, 1991, 218 p.

WHITE, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, intro. Verónica Tozzi, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, I.C.E de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2003, 254 p.

-----, *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría. 1957-2007*, trad. María Julia De Ruchi, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2001, 572 p.

-----, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Estela Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, 432 p.

-----, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1987, 244 p.

-----, *The Practical Past*, Evanston, Northwestern University Press, 2014, 118 p.

